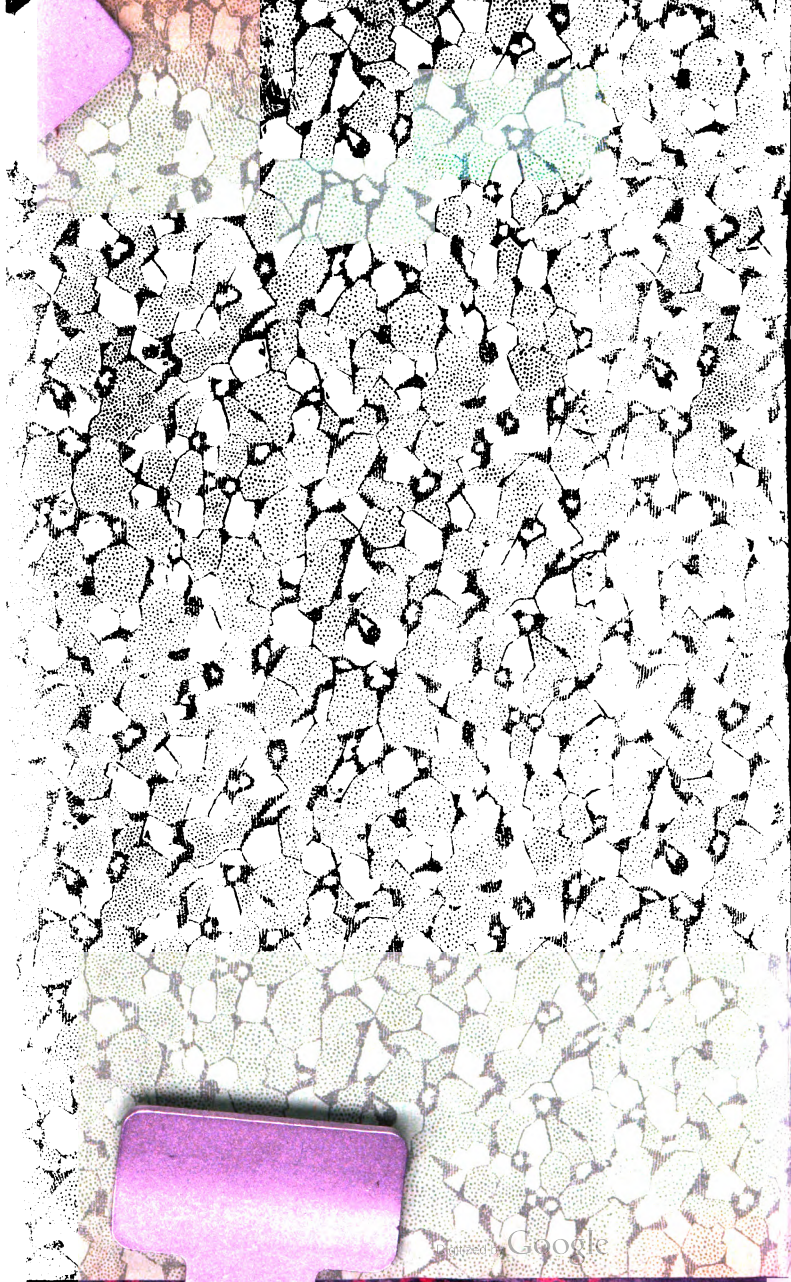
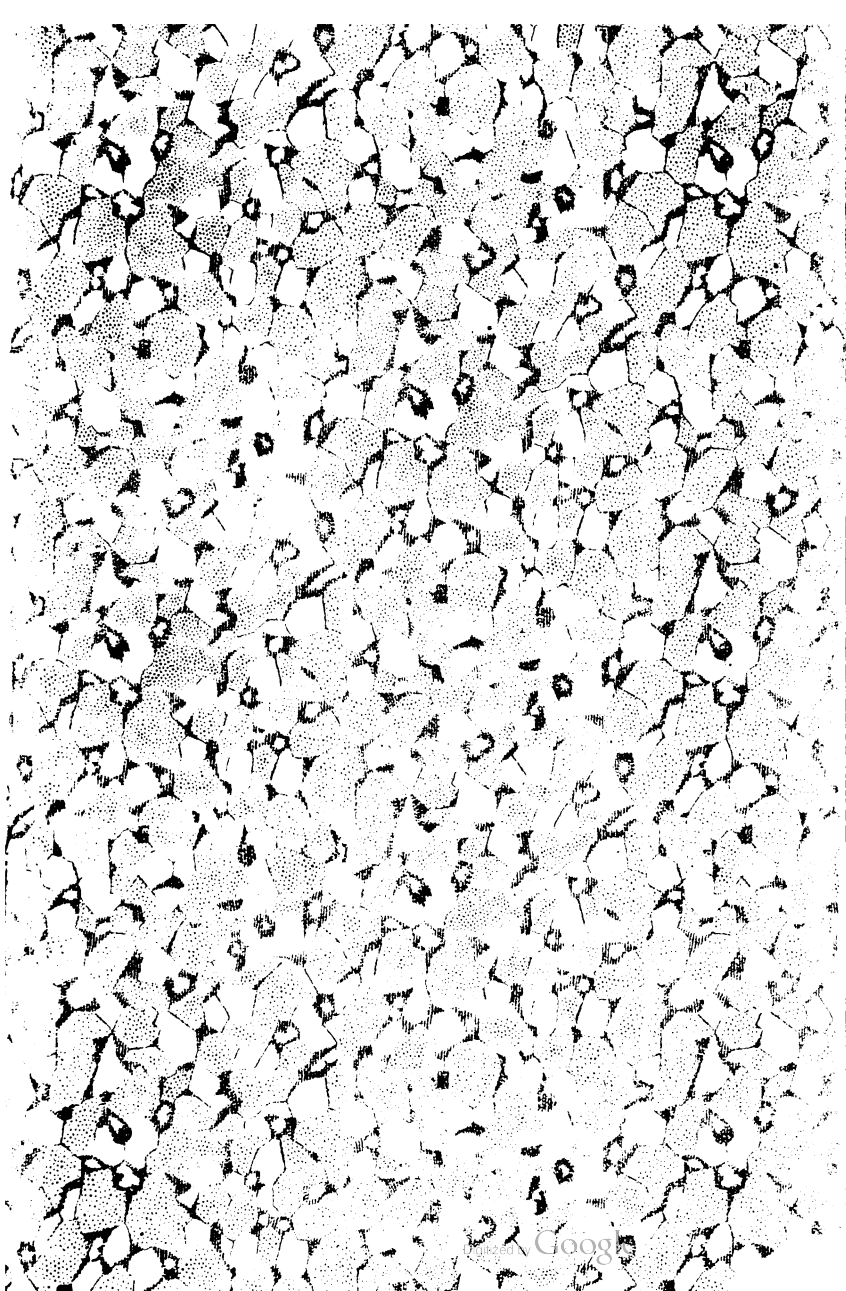


# Paraíso perdido

John Milton





Original No.



PARAÍSO PERDIDO.

21.

# BIBLIOTECA CLASICA.

**Doce reales cada tomo en toda España.**

OBRAS PUBLICADAS.	Tomos.
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .....	1
— <i>Estudios históricos</i> .....	1
— <i>Estudios políticos</i> .....	1
— <i>Estudios biográficos</i> .....	1
— <i>Estudios críticos</i> .....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> .....	1
Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—( <i>Teócrito, Bión y Mosco</i> ). Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i> .....	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i> .....	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> .....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i> .....	1
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> .....	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> .....	1
— <i>La Cyropaedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> .....	1

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO I

---

# PARAÍSO PERDIDO

POEMA ÉPICO

DE

JUAN MILTON

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO

POR

D. J. DE ESCOQUIZ

---

TOMO I

---

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

COLEGIATA, NÚM. 6

1882



1001061953



## ADVERTENCIA.

---

El tomo XI de la BIBLIOTECA CLÁSICA comprende los *Estudios literarios* de Lord Macaulay, y el primero de ellos refiérese á Milton, sus obras y su época.

Aunque esta notabilísima crítica del autor del *Paraiso perdido* sea completo y acabado juicio del célebre poeta inglés, creemos oportuno poner al frente de esta edición de su poema otro estudio biográfico-crítico de Milton, escogiendo al efecto el que ha hecho Taine en su *Historia de la literatura inglesa*.

---



## MILTON.

---

- I. Idea general de su genio y carácter.—Su familia.—Su educación.—Sus estudios.—Sus viajes.—Su vuelta á Inglaterra.
- II. Efectos del carácter concentrado y solitario.—Su austeridad.—Su inexperiencia.—Su casamiento.—Sus hijos.—Sus domésticos pesares.
- III. Su energía militante.—Su polémica contra los Obispos.—Su polémica contra el Rey.—Su entusiasmo y su inflexibilidad.—Sus teorías acerca del Gobierno, de la Iglesia y de la educación.—Su estoicismo y virtud.—Su vejez, sus ocupaciones, su persona.
- IV. El prosista.—Cambios ocurridos desde tres siglos á esta parte en las fisonomías y en las ideas.—Pesadez de su lógica.—*Tratado sobre el divorcio*.—Sandez de sus gracias.—*Animadversions upon the remonstrant*.—Rudeza en sus discusiones.—*Defensio populi anglicani*.—Vio-

## VIII

lencia de su animosidad.—*Reasons of church Government. Iconoclastes.*—Liberalismo de sus doctrinas.—*Of reformation. Areopagítica.*—Su estilo.—Amplitud de su elocuencia.—Riqueza de sus imágenes.—Lirismo y sublimidad de su dicción.

- V. El poeta.—En lo que se asemeja y en lo que difiere de los poetas del Renacimiento.—De cómo impone á la poesía un fin moral.—Sus poemas profanos.—*L'Allegro* y el *Penseroso.*—El *Comus.*—*Lycidas.*—Sus poemas religiosos.—el *Paraíso perdido.*—Condiciones de una verdadera epopeya.—No se encuentran ni en el siglo ni en el poeta.—Comparación de Eva y Adán con una familia inglesa.—Comparación de Dios y de los Angeles con una corte monárquica.—Lo que subsiste del poema.—Comparación de los sentimientos de Satanás con las pasiones republicanas.—Carácter lírico y moral de los paisajes.—Elevación y buen sentido de las ideas morales.—Situación del poeta y del poema entre dos edades.—Construcción de su genio y de su obra.

En los confines del desenfrenado Renacimiento que termina y de la poesía culta que empieza, entre los monótonos *concetti* de Cowley y las correctas galanterías de Waller, aparece un genio potente y magnífico que la lógica y el entusiasmo predisponen para la epopeya y la elocuencia:



liberal, protestante, moralista y poeta; que celebra la causa de Algernon Sidney y de Locke con la inspiración de Spencer y de Shakspeare; heredero de una edad poética; precursor de una edad austera; viviendo entre el siglo de las desinteresadas ilusiones y el siglo de la acción práctica, pareciese á su Adán, que al entrar por tierra hostil escucha tras sí, en el cerrado Paraíso, los espirantes conciertos del Cielo.

No era la de Juan Milton una de esas almas febriles, impotentes contra sí mismas, elocuentes por arrebató, cuya enfermedad sensibiliza las precipita de continuo en parasismos de dolor ó de alegría, flexibles para representar la diversidad de caracteres, condenadas á pintar, por el tumulto de sus impulsos, el delirio y las contrariedades de las pasiones. Su fondo lo forman inmensa ciencia, estricta lógica y una pasión grandiosa. Tenía Milton el talento claro y la imaginación limitada; incapaz de alucinaciones, lo es también de metamorfosis; concibe la mayor de las ideales bellezas, pero sólo concibe una. No nació para el drama, nació para la oda; no crea almas, pero construye razonamientos y hace sentir emociones.

Todas las fuerzas y todas las acciones de

su alma se unen y ordenan á impulsos de un solo sentimiento, el sentimiento de lo sublime; y el ancho río de la poesía lírica se desborda impetuoso, compacto, espléndido como inmensa sábana de oro.

## I.

Esta sensación dominante forma la grandeza y la firmeza de su carácter. Contra las fluctuaciones de la vida exterior encontraba refugio en sí mismo, y la ciudad ideal que había construído en su alma permanecía inexpugnable á todos los asaltos; ciudad interior, demasiado bella para abandonada, demasiado sólida para destruída. Creía en lo sublime con todo el vigor de su naturaleza, con toda la autoridad de su lógica, y el cultivo de la razón fortificaba con nuevas pruebas en su ánimo las sugerencias del primitivo instinto. Con esta doble armadura puede el hombre avanzar con paso firme al través de la vida; nutrido incesantemente de demostraciones, es capaz de creer, de querer y de perseverar en su creencia y en su vo-

luntad, sin que acontecimientos ni pasiones le desvíen de su camino como á ese sér tornadizo y manejable que se llama un poeta, porque tiene por base principios fijos. Capaz de abrazar una causa y, suceda lo que quiera, permanecer unido á ella hasta el fin, ni seducción, ni accidente, ni emoción, ni cambio alguno altera la estabilidad de su convicción ni la lucidez de su entendimiento; lo mismo el primero que el último día, y en todo el intervalo, guarda intacto el sistema entero de sus claras ideas, y el vigor lógico de su cerebro sostiene el vigor viril de su corazón. Cuando esta lógica rigurosa se emplea, como aquí sucede, al servicio de nobles ideas, el entusiasmo se une á la constancia; el hombre juzga sus opiniones no sólo verdaderas, sino sagradas, y las defiende más que como soldado, como sacerdote, siendo apasionado, lleno de abnegación, religioso, heroico. Rara vez se ve este conjunto de sentimientos, pero se vió plenamente en Milton.

Nacido en una familia donde el valor, la nobleza moral y el sentimiento de las artes se habían unido para murmurar las más bellas y elocuentes palabras alrededor de su cuna, era su madre «persona ejemplar,

célebre en la vecindad por sus limosnas» (1). Su padre, estudiante en Christ-Church, y desheredado por ser protestante, se había formado por sí la fortuna. No le impidieron sus ocupaciones de abogado conservar la afición á la literatura, y jamás quiso «abandonar sus liberales é inteligentes inclinaciones para convertirse en esclavo del mundo.» Hacía versos y era excelente músico, figurando entre los mejores compositores de su época. Escogió á Cornelius Jausen para hacer el retrato de su hijo, á la edad de diez años, y dió á éste completa y esmeradísima educación literaria (2).

Figúrese el lector á este niño en una calle de comerciantes, en el seno de una familia burgués, literata, religiosa y poética, de excelentes costumbres y elevadas aspiraciones; donde se pone música á los salmos y se escriben madrigales en honor de la Reina Oriana (3); donde el canto, la

---

(1) Life by Keightley «Matre probatissima et eleemosynis per viciniam potissimum nota.» (*Defensio secunda.*)

(2) Life by Massou «My Father destined me while y et á child tothe study of polite literature.»

(3) La Reina Isabel.

poesía y la pintura, toda la ornamentación del bello Renacimiento, sirven de adorno y vestidura á la gravedad constante, á la honradez laboriosa y al cristianismo profundo de la Reforma. Todo el genio de Milton nace de este medio en que se educa. Llevó la brillantez del Renacimiento á la seriedad de la Reforma, las magnificencias de Spencer á las severidades de Calvino, y encontrándose con su familia en la confluencia de dos civilizaciones, las reunió.

No había cumplido diez años, y ya tenía un preceptor sabio «y puritano, que le cortó al rape los cabellos;» además iba á la escuela de San Pablo y después á la Universidad de Cambridge para instruirse en la «literatura culta.» Desde los doce años trabajaba hasta media noche y aun más tarde, á despecho de su mala vista y de los dolores de cabeza que padecía. «Cuando yo era niño, dice uno de los personajes que se le parece (1), no me agradaban los juegos infantiles. Aplicaba seriamente mi espíritu á aprender y saber, para trabajar por tal medio en beneficio del bien común: creíame nacido para promovedor de la ver-

---

(1) *Paradise Regained.*

dad y de la rectitud.» En efecto, en la escuela, en Cambridge, en la casa paterna era incansable en el estudio; «libre de censuras y aprobado por todos los hombres de bien,» recorría el inmenso campo de las literaturas griega y latina, y no sólo de los grandes escritores, sino de todos, hasta de los de la Edad Media: al mismo tiempo aprendía el hebreo antiguo, el siriaco, el hebreo de los rabinos, el francés y el español, la antigua literatura inglesa, toda la literatura italiana, con tanto provecho y celo, que escribía en verso y en prosa italiana y latina como pudiera hacerlo un italiano ó un latino. Y no impedían estos estudios los de la música, las matemáticas, la teología y otras artes y ciencias.

Dirigía este gran trabajo un grave proyecto. «Por intento de mis padres y de mis amigos, dice, había sido destinado desde la infancia al servicio de la Iglesia, y concurrían á este propósito mis propias resoluciones; pero llegado á la edad madura ví la tiranía que había invadido la Iglesia; tiranía tan grande, que quien quería tomar las órdenes obligado estaba á declararse *esclavo* por juramento y bajo su firma, de modo que, á menos de ser la promesa á gusto de la conciencia, preciso era ser per-

juro ó sufrir el naufragio de la fe; creí preferible un silencio sin reproche, al oficio sagrado de la palabra, adquirido á costa de la servidumbre y el perjurio.» Negábase á ser sacerdote por la misma razón que había querido serlo, partiendo del mismo origen la esperanza y la renuncia: de la firme voluntad de obrar noblemente.

Decidido á la vida seglar, continuó instruyendo y perfeccionando su espíritu, estudiando apasionadamente y con método, pero sin pedantería ni rigorismo: muy al contrario, y á ejemplo de Spenser, su maestro, en el *Allegro*, el *Penseroso* y el *Comus* adornaba con brillantes filigranas las riquezas de la mitología, de la naturaleza y de la fantasía.

Partió después para la tierra de la ciencia y la belleza: visitó Italia; conoció á Grotius y Galileo; entró en relaciones frecuentes con sabios, literatos y hombres de mundo; escuchó á los músicos, y contempló todas las bellezas amontonadas por el Renacimiento en Florencia y Roma. Su erudición y su bello estilo italiano y latino proporcionábanle en todas partes la amistad íntima de los humanistas; de tal suerte, que al volver á Florencia dice que «se encontraba tan bien como en su propia pa-

tria.» Adquiría libros y música, que enviaba á Inglaterra, y proyectaba recorrer Sicilia y Grecia, dos patrias de las letras y las artes de la antigüedad.

De todas las flores abiertas al calor del sol del Mediodía, y bajo la mano de dos grandes paganismos, cogía libremente las más perfumadas y exquisitas, sin mancharse con el lodo que las rodeaba. «Tomo á Dios por testigo, escribía algún tiempo después, de que en todos estos parajes donde la vida es tan licenciosa, he vivido puro y exento de toda especie de vicio y de infamia, llevando siempre en mi alma la idea de que si podía evitar las miradas de los hombres, no podía impedir que Dios me viese» (1).

En medio de las galanterías licenciosas y de sonetos insípidos que chichisveos y académicos prodigaban, conservó Milton su idea sublime de la poesía. Pensaba escoger un asunto heroico de la historia antigua de Inglaterra, y confirmábase en su opinión (2) de que «quien quiere escribir de cosas dignas de alabanza, para no ver

---

(1) Véase también el sentimiento religioso que predomina en sus sonetos italianos.

(2) *Apology for Smectymnus.*



frustrada su esperanza debe ser él un verdadero poema, es decir, conjunto y modelo de las cosas más honrosas y mejores, no presumiendo de cantar grandes elogios de hombres heroicos ó de famosas ciudades sin tener antes la experiencia y la práctica de cuanto es digno de ser alabado.

Amaba, entre todos, á Dante y Petrarca por su pureza, diciéndose «que si la impudicia en la mujer, á quien San Pablo llama la gloria del hombre, es tan grande escándalo y deshonra, en el hombre, que es á la vez imagen y gloria de Dios, debe ciertamente ser, aunque por lo común no se crea, vicio mucho más deshonroso é infame.» Pensaba «que todo hombre noble y libre debe ser por nacimiento, y sin necesidad de jurarlo, un campeón» para la práctica y defensa de la castidad, y conservó su virginidad hasta el día de su casamiento (1).

Cualquiera que fuese la tentación, atractivo ó temor, su firme resistencia fué siempre igual.

Por gravedad y conveniencia, evitaba siempre las disputas sobre religión; pero

---

(1) Véase *passim* su *Tratado del divorcio*, donde está trasparente

si atacaban la suya la defendía con rudeza hasta en Roma, frente á los jesuitas que conspiraban contra él, á dos pasos de la Inquisición y del Vaticano. El deber peligroso, lejos de auyentarle, le atraía. Cuando empezó á rugir la revolución, volvió á su Patria por impulso de su conciencia, como soldado que al ruido de las armas corre al peligro, «persuadido de que era para él vergonzoso pasar tranquilamente y por su gusto el tiempo en el extranjero, cuando sus compatriotas luchaban por la libertad.»

Empeñada la guerra, presentóse en las primeras filas como voluntario, ofreciendo su pecho á los golpes más rudos. En toda su educación y en toda su juventud, en sus lecturas profanas y en sus estudios sagrados, en sus acciones y en sus máximas, se transparenta su pensamiento dominante y permanente, la resolución de constituir y desarrollar en sí mismo el hombre ideal.

## II.

Dos son las influencias que principalmente guían á los hombres: la sensación y la idea; impulsa aquélla á las almas sensitivas, descuidadas, poéticas, capaces de metamorfosis como la de Shakspeare; gobierna ésta las almas activas, resistentes, heroicas, capaces de inmutabilidad como la de Milton. Son las primeras, simpáticas y fecundas en efusiones; las segundas, concentradas y predisuestas á la reserva (1): aquéllas se entregan; éstas se guardan: aquéllas, por confianza y por sociabilidad, con instinto de artista y súbita comprensión imitativa, toman involuntariamente el tono y la disposición de los hombres y de las cosas que les rodean, y su vida interna pónese inmediatamente en equilibrio

---

(1) Aunque sólo hubiese tenido superficial conocimiento del cristianismo, mi carácter naturalmente reservado y la disciplina moral enseñada por la más noble filosofía, hubieran bastado para inspirarme desprecio á las incontinencias. (*Apología para Smectymnus.*)

con la exterior; éstas, por desconfianza, por rigorismo, con instinto de combatiente y rápida mirada á la regla, se repliegan naturalmente en sí mismas, y en el recinto en que se encierran no sienten ni las solicitudes ni las contradicciones del medio en que viven. Fórmanse un modelo, y, cual si fuera consigna, este modelo las detiene ó las impulsa. Como todos los poderes destinados á imperar, la idea interior vegeta y absorbe en provecho propio el resto de su sér; las meditaciones la arraigan; los razonamientos la nutren; únese á ella la red de todas sus doctrinas y de todas sus experiencias, de suerte que cuando les asalta una tentación, no ataca ésta un principio aislado, sino que tropieza con todo el edificio de sus creencias, edificio infinitamente ramificado y demasiado sólido para que pueda una seducción sensible echarlo por tierra. Además, el hombre se defiende por costumbre; la actitud militante le es natural, y le mantiene firme y erguido el orgullo de su valor y la antigüedad de su reflexión.

Un alma así dispuesta es como un buzo dentro de su campana (1); atraviesa la vida

---

(1) Frase de Juan Pablo Richter. Véase un excelente artículo sobre Milton, *National Review*, julio, 1859.

como éste se hunde en el mar, pura, pero aislada.

De vuelta á Inglaterra, engolfóse Milton de nuevo en el estudio, y recibió en su casa algunos discípulos, á quienes obligó al mismo continuo trabajo que él se imponía, lecturas serias, régimen frugal, severa conducta, vida solitaria, casi de eclesiástico.

De repente, en un mes, después de un viaje al campo, se casó (1). Sólo habían transcurrido algunas semanas cuando su esposa volvió á la casa paterna, negándose á vivir con su marido, no haciendo caso de sus cartas y despidiendo desdeñosa al mensajero que las llevaba.

Los caracteres eran opuestos.

Nada disgusta tanto á las mujeres como las naturalezas austeras y reservadas, porque conocen que no pueden ejercer dominio sobre ellas: su dignidad las incomoda, su orgullo las retrae, sus preocupaciones las aleja; siéntense subordinadas á intereses generales ó á curiosidades especulativas, como si se las juzgase de sobra ó, á lo más, se las considerara con condescendencia como á sér inferior y menos racional, quedando excluidas de la igualdad que re-

---

(1) A los treinta y cinco años (1643).

claman, y cuya pérdida sólo puede compensar para ellas el amor.

El carácter *sacerdotal* es propio para la soledad, porque carece de los cuidados, la solicitud, el agrado y la dulzura necesaria á toda sociedad; se le admira, pero no se le quiere al lado, y especialmente le rechazan las mujeres que, como la esposa de Milton, son vulgares (1), porque á su limitada inteligencia se unen las repugnancias de su corazón.

«Tenía Milton, dicen los biógrafos, una gravedad natural y una severidad de espíritu incompatibles con las pequeñeces,» viviendo su alma á una altura y en una región que no es la de la vida casera. Acusábanle de ser «adusto y colérico,» y seguramente amaba su dignidad de hombre y

(1) Mute and spiritless mate.

«The bashful muteness of the virgin may oftentimes hide all the unloveliness and natural sloth which is really unfit for conversation.

»A man shall find himself bound fast to an image of earth and phlegm, with whom he looked to be the copartner of a sweet and delightful society.» (Milton, *Doctrine and Discipline of Divorce.*)

Una linda mujer dirá en cambio: «Yo no amo á un hombre que lleva su cabeza como un Santo Sacramento.»

su autoridad de esposo hasta el punto de no considerarse estimado, respetado y atendido como, en su concepto, merecía serlo.

Pasaba el día entre sus libros, y el resto del tiempo en un mundo abstracto y sublime que pocas mujeres comprenden, y la suya menos que ninguna. Eligió esposa, como hombre abstraído por el estudio, con la inexperiencia que originaba su vida anterior, casta y austera. De igual suerte sintió la fuga de su esposa como sabio, tanto más irritado, cuanto más desconocidos le eran los procedimientos del mundo. Sin temer el ridículo y con la rigidez de un ideólogo que tropieza de pronto con la vida real, escribió tratados en favor del divorcio, los firmó con su nombre y apellido, los dedicó al Parlamento; creyóse divorciado de hecho, puesto que su mujer negábase, de derecho, á volver al domicilio conyugal y porque tenía en favor suyo cuatro pasajes de la Biblia: hasta empezó á enamorar á una joven, y de pronto, al ver á su esposa llorando á sus pies, la perdonó, la llevó consigo y recomenzó su árido y triste matrimonio, sin que le arredrase la experiencia, porque aun contrajo otras dos uniones conyugales, la última con una mujer que tenía treinta años menos que él.

Los demás sucesos de su vida doméstica no fueron ni más felices, ni mejor arreglados. Convirtió á sus hijas en secretarios, haciéndoles leer en idiomas que no comprendían, tarea repulsiva de la que amargamente se quejaban. En cambio las acusaba su padre de no ser «ni respetuosas ni buenas con él» (1), de no cuidarle, de conspirar con la criada para sisar en las compras, de quitarle sus libros suponiéndolas deseosas de vender toda su biblioteca á los traperos.

Al saber que iba á contraer nuevo matrimonio, dijo María, su segunda hija: «Este suceso no es una noticia; la verdadera noticia sería la de su muerte.» Frase terrible que pinta las tristezas de la vida en el interior de aquella casa.

Ni las circunstancias ni la naturaleza habían hecho á Milton para ser feliz.

### III.

Habíanle hecho para la lucha, y á ella se dedicó por completo desde su vuelta á In-

---

(1) Undutiful and unkind.



glaterra, armado de lógica, ira y erudición, y acorazado por la convicción y por la conciencia. «Tan pronto, dice, como fué concedida la libertad, al menos de palabra, todas las bocas se abrieron contra los Obispos... Despertado por este clamor, y al ver que se tomaba el verdadero camino de la libertad, y que á partir de este principio disponíanse los hombres á librar de la servidumbre toda la vida humana... como desde la juventud me había dedicado con preferencia á no ignorar nada de lo relacionado con las leyes divinas y humanas... resolví, á pesar de ocuparme por entonces en meditar acerca de otros asuntos, aplicar de este lado toda la fuerza y toda la actividad de mi espíritu.» Por consecuencia de esta resolución escribió su tratado *De la reforma en Inglaterra* (1), satirizando y combatiendo con altivez y desprecio al episcopado y á sus defensores. Refutado y atacado, redobló la acritud y destrozó á los que había derribado. Arrastrado hasta el límite

---

(1) 1641. Of Reformation in England and the Causes that hitherto have hinderet it.

A treatise of Prelatical Episcopacy.

The Reasons of church Government urged against Episcopacy.

Apology for Smectymnus.

de su creencia, y como jinete á escape que rompe en la carrera toda la línea de batalla, llegó hasta el Rey, defendiendo la abolición de la monarquía de igual modo que la del episcopado.

Un mes después de la muerte de Carlos I justificó la ejecución, contestó al *Eicon Basilice*, y después á la *Defensa del Rey* hecha por Saumaise, con una grandeza de estilo y un desdén incomparables, combatiendo como apóstol, como hombre que siente la superioridad de su ciencia y de su lógica, y que quiere hacerla sentir atropellando y aplastando con soberbia á sus adversarios, que calificaba de ignorantes, de espíritus inferiores y de corazones mezquinos (1).

«Los reyes, dice al principio del *Iconoclasta*, si son fuertes en legiones, son débiles en argumentos, porque desde la cuna están acostumbrados á servirse de su voluntad como de su mano derecha, y de su razón como de su mano izquierda. Cuando

---

(1) The tenure of Kings and Magistrates.

Iconoclastes:

Defensio Populi Anglicani:

Defensio secunda.

Authoris pro se defensio.

Responsio.

por inesperado accidente se ven obligados á este género de combate, son débiles y pequeños adversarios.» Sin embargo, por estimación á los que se humillan ante el nombre brillante de «majestad,» consintió «en recoger el guante del Rey Carlos,» y le abofeteó con él de forma y manera que hubieron de arrepentirse los imprudentes que lo habían arrojado. En vez de amilanarle la acusación de asesino, se valió de ella para enaltecer el regicidio.

Refirió con acento de juez «de qué modo aquel Rey perseguidor de la religión, opresor de las leyes, después de larga tiranía había sido vencido con las armas en la mano por su pueblo, encerrado después en prisión, y no ofreciendo, ni por sus palabras ni por sus actos, garantía alguna de mejorar su conducta, condenado por el soberano Consejo del Reino á pena capital, y decapitado ante las puertas de su palacio... Jamás monarca alguno sentado sobre el más poderoso trono brilló con majestad más grande que la del pueblo inglés, cuando, sacudiendo la antigua superstición, se apoderó de este rey ó más bien de este enemigo, el único entre los mortales que reivindicaba para sí, como de derecho divino, la impunidad, le sujetó á sus propias leyes,

le sometió á juicio, y, encontrándole culpado, no temió aplicarle el suplicio que él había hecho aplicar á otros.» Después de justificar la ejecución, la santificó; después de haberla autorizado por las leyes terrenales, la consagró por los decretos del cielo; puesta al abrigo del derecho, la puso también al abrigo de Dios, de ese Dios que humilla «á los reyes desenfrenados y soberbios, y que les desarraiga con toda su raza.» «Dirigidos de repente por su mano visible para la salvación y la libertad, casi perdidas, guiados por él, venerando sus divinos vestigios impresos por todas partes ante nuestros ojos, hemos entrado no por vía oscura, sino abierta y manifiesta bajo sus auspicios (1).» El razonamiento termi-

---

(1) Esta defensa está escrita en latín: «Sois los primeros hombres emancipados por Dios de las dos mayores calamidades de la vida humana, la tiranía y la superstición: sois los primeros mortales á quienes ha inspirado bastante grandeza de alma para juzgar en ilustre juicio á vuestro Rey, vencido por vuestras armas y prisionero, para condenarle y castigarle. Después de acción tan gloriosa, no debéis pensar ni hacer nada bajo ni pequeño, nada que no sea grande y elevado. El único camino para alcanzar esta gloria es el de demostrar que, como habéis vencido á vuestros enemigos en la gue-

na aquí con un canto de victoria, sucediendo el entusiasta al combatiente. Así aparece en todos sus actos y en todas sus doctrinas. Las sólidas filas de argumentos armados y disciplinados que disponía en batalla, cambiábanse en su corazón al llegar el triunfo en gloriosas procesiones de coronados y resplandecientes himnos. Transportado fuera de la realidad, forjábese la ilusión de vivir en compañía de lo sublime como guerrero y pontífice que, con su rígida armadura, está erguido frente á frente de la verdad.

↳ Absorto de esta suerte en su lucha y en su sacerdocio, permanecía fuera de la realidad del mundo, tan ciego ante los hechos palpables como defendido de las seducciones sensibles, sin que hasta él llegaran ni las manchas sociales ni las lecciones de la experiencia.

Incapaz de conducir á los hombres ni de seguirles, no había en Milton nada que se

---

rra, podéis en la paz, con más valor que los demás hombres, abatir la ambición, la avaricia, el lujo, todos los vicios que corrompen la fortuna próspera y tienen subyugado al resto de los mortales, empleando para conservar la libertad tanta moderación, templanza y justicia, como valor tuvisteis para rechazar la servidumbre."

pareciera á las habilidades ni á los temperamentos del hombre de Estado, astuto calculista que se detiene á mitad del camino, que tantea con la vista fija en los acontecimientos, que mide la posibilidad de las cosas y emplea la lógica para soluciones prácticas. Especulativo y quimérico, encerrado en sus ideas, ni ve ni aprende mas que de ellas.

Cuando escribe contra los Obispos, quiere que se les extirpe inmediatamente y sin excepción, exigiendo que se establezca al instante el culto presbiteriano, sin precauciones, ni respeto, ni reserva; es orden de Dios y es deber de todos los fieles, y no hay que burlarse de Dios ni contemporizar con la fe. Concordia, dulzura, libertad, piedad; ve salir del nuevo culto un enjambre de virtudes.

Nada debe temer el Rey, porque afirmará su poder; y veinte mil asambleas democráticas se guardarían muy bien de atentar contra su derecho (1).

Tales ideas traen la sonrisa á los labios, y bien se reconoce al hombre de partido que, cuando la restauración era inevitable, cuando «enloquecía á la multitud el deseo

---

(1) *The Reformation*, pág. 272.

de tener un rey,» publicaba «el fácil y pronto medio de constituir una república libre,» y describía detalladamente el plan; se advierte al teórico que, para pedir la institución del divorcio, recurría á las Sagradas Escrituras, pretendiendo cambiar la institución civil de un pueblo cambiando el aceptado sentido de un versículo. Con los ojos cerrados y el sagrado texto en la mano, va, de consecuencia en consecuencia, atropellando las preocupaciones, las inclinaciones, las costumbres, las necesidades de los hombres, como si el razonamiento ó el espíritu religioso constituyeran por sí solos al hombre, como si la evidencia produjera siempre la creencia, como si la creencia condujera siempre á la práctica, como si, en el combate de las doctrinas, la verdad ó la justicia dieran siempre á las doctrinas la victoria y el imperio.

Para colmo de su ideología hizo Milton el boceto de un tratado de educación, en el que proponía enseñar á todos los discípulos todas las ciencias, todas las artes, y, lo que es más, todas las virtudes. «El maestro, decía, que tenga el talento y la elocuencia convenientes, podrá en poco tiempo infundir á sus discípulos un ánimo y una diligencia increíbles, llevando á sus

jóvenes pechos tan noble y liberal ardor, que muchos de ellos llegarán á ser seguramente hombres famosos.»

Milton había enseñado durante muchos años en distintas ocasiones. Para abrigar tal ilusión, después de tal experiencia, es preciso ser insensible á la experiencia y predestinado á la ilusión.

Pero su rigidez era su fuerza, y la estructura interior que cerraba su espíritu á las enseñanzas, armaba su corazón contra los desfallecimientos.

Ordinariamente se seca en los hombres la fuente de abnegación al contacto de las realidades de la vida.

Poco á poco, á fuerza de vivir en el mundo se desarrolla el egoísmo. No se quiere sufrir engaño, ni privarse de las licencias que los demás se permiten; la severidad juvenil se afloja, y hasta inspira burlona sonrisa, atribuyéndola al ardor de la sangre; desdeñados los motivos de la sublimidad, se prescinde de ser sublime, acabando por ver tranquilo cómo el mundo marcha, cuidando de no tropezar y aprovechándose de los placeres cómodos.

Nada de esto se encuentra en la vida de Milton, que entero é intacto en sus convicciones hasta el fin, ni la experiencia le ins-



truye, ni los reveses le abaten, soportándolo todo sin arrepentirse de nada.

Voluntariamente había perdido la vista, escribiendo, á pesar de estar enfermo y de la prohibición de los médicos, para justificar al pueblo inglés contra las invectivas de Saumaise. Asistió á los funerales de la república, á la proscripción de sus doctrinas, á la difamación de su honor. A su alrededor estallaba la aversión á la libertad y el entusiasmo por la servidumbre; un pueblo entero precipitábase á los pies de un joven libertino, incapaz y traidor; los gloriosos jefes de la fe puritana eran condenados, ejecutados, arrancados vivos de la horca y despanzurrados entre insultos; los que la muerte había librado del verdugo, desenterrados para ser expuestos á la vergüenza; refugiados otros en tierra extranjera, vivían bajo las amenazas y expuestos á los atentados de las espadas realistas; otros, en fin, los más desgraciados, habían vendido su causa por dinero y por títulos, y tomaban asiento entre los ejecutores de sus antiguos amigos.

Los más piadosos y austeros ciudadanos de Inglaterra llenaban las prisiones, ó andaban errantes, sumidos en la indigencia y el oprobio; y el vicio grosero, desver-

gonzadamente sentado en el trono, reunía á su alrededor á la plebe de las avaricias y de la desbordada sensualidad.

Obligado Milton á ocultarse, sus obras fueron quemadas por mano del verdugo; aun después del acta general de perdón, fué aprisionado; puesto en libertad, no se libraba del peligro del asesinato, porque el fanatismo privado podía recoger el arma abandonada por la vindicta pública.

Otras desdichas de menor importancia ahondaban las llagas de su alma. Las confiscaciones, una quiebra y, por último, el gran incendio de Londres le privaron de las tres cuartas partes de su fortuna (1); sus hijas no le tenían consideraciones ni respeto; vendían sus libros sabiendo que, muerto Milton, ninguna utilidad tendrían para su familia, y en medio de tantas desdichas públicas y privadas permanecía

---

(1) Un *scrivener* le hizo perder 10.000 duros. La Restauración se negó á pagarle otros 10.000 duros que tenía colocados en el *Excise Office*, y le quitó una finca de 250 duros de renta, que había comprado de los bienes del cabildo de Westminster.

Su casa se quemó en el gran incendio de Londres.

Al morir dejó 7.500 duros, comprendido el valor de su biblioteca.

tranquilo. En vez de renegar de lo que había hecho, lo glorificaba; en vez de abatirse, se enardecía; en vez de desfallecer, se fortificaba.

«Cyriac, decía en tiempo de la república, tres años hace hoy (1554, soneto 22) que estos ojos puros y sin mancha, privados de luz, han dejado de ver. El sol, la luna, las estrellas que duran todo el año, el hombre, la mujer, nada aparece en sus inútiles globos; sin embargo, no murmuro contra la mano ó la voluntad del Cielo, ni mi valor y mi esperanza disminuyen; en pie y con firmeza bogo derecho hacia adelante. ¿Me preguntas quién me sostiene? La conciencia, amigo, de haberlos perdido usados por la defensa de la libertad, mi noble empresa, de la que habla toda Europa. Esta única idea me conduciría á través de la vana mascarada del mundo, contento, aunque ciego, cuando no tuviera mejor guía.»

Le condujo, en efecto, «se armó á sí mismo,» y «la coraza de diamante» (1) que había protegido al hombre adulto de las heridas en la batalla, protegió al anciano contra las tentaciones y las dudas en la derrota y en la adversidad.

---

(1) *Sonetos italianos*, VI, 4.

Vivía Milton en una casita en Londres, ó en el campo en el Condado de Buckingham, frente á una elevada y verde colina, donde escribió su *Historia de Inglaterra*, su *Lógica*, el *Tratado de la verdadera religión y de la herejía*, y meditaba su gran *Tratado de la doctrina cristiana*.

De todos los consuelos, es el trabajo el más saludable y que más fortifica, porque alivia las penas del hombre, no llevándole consuelos, sino reclamándole esfuerzos.

Todas las mañanas se hacía leer en hebreo un capítulo de la Biblia, y permanecía después algún tiempo grave y silencioso meditando sobre lo que había oído. Nunca iba á los templos. Independiente en religión como en todo lo demás, se bastaba á sí mismo, y no encontrando en ninguna secta las señales de la verdadera Iglesia, rogaba á Dios solitario, sin necesidad de ajeno auxilio.

Estudiaba hasta el mediodía, y después de una hora de ejercicio tocaba el órgano ó el violoncelo. En seguida reanudaba el estudio hasta las seis, y por la noche conversaba con los amigos.

Los que le visitaban encontrábanle de ordinario «en una habitación revestida de vieja tapicería verde, sentado en un sillón

y vestido pulcramente de negro.» «Su color era pálido, dice un visitante, pero no cada-  
vérico;» «padecía de gota en las manos y los pies; los oscuros cabellos, dividiánse en mitad de la frente y caían por ambos lados en largas guedejas; sus ojos grises y puros no indicaban la ceguera.»

En su juventud había sido extraordinariamente bello, y sus mejillas inglesas, delicadas como las de una niña, permanecieron sonrosadas hasta el fin de su vida. «Afable en el trato, su andar firme y viril atestiguaba la intrepidez y el valor.» En todos sus retratos nótase algo grande y activo, y pocos hombres seguramente han honrado tanto como él la raza humana.

Apagóse esta noble vida como sol que se oculta en el ocaso, brillante y tranquila. En medio de tantas pruebas, concedióle el cielo una alegría inmensa y pura; el poeta, sepultado por el puritano, había revivido más sublime que nunca para dar al Cristianismo el segundo Homéro.

Reuniéronse en su mente los brillantes ensueños de la juventud y los recuerdos de su edad madura, alrededor de los dogmas calvinistas y de las visiones de San Juan, para formar la epopeya protestante de la Condénación y de la Gracia; y la inmensi-

dad de los horizontes primitivos, los siniestros resplandores del infierno y las magnificencias del cielo presentaron á los «ojos interiores» del alma regiones desconocidas superiores á las que los ojos de la carne habían dejado de ver.

## IV.

Tengo á la vista el temeroso volumen donde, poco tiempo después de la muerte de Milton, fueron reunidas sus obras en prosa (1). ¡Qué libro! Crujen las sillas bajo su peso, y cuando se le maneja durante una hora duele tanto el brazo como la cabeza. A tal libro, tales hombres: su aspecto exterior da alguna idea de los polemis-

---

(1) Los títulos de los principales escritos en prosa de Milton son: *History of Reformation*,—*The Reason of Church government urged against prelacy*;—*Animadversions upon the remonstrant*,—*Doctrine and discipline of Divorce*,—*Tetrachordon*,—*Tractate of Education*,—*Areopagitica*,—*Tenure of Kings and Magistrates*,—*Iconoclastes*,—*History of Brittain*,—*Thesaurus lingue latinæ*,—*History of Moscovy*,—*De Logicæ Arte*, etc.

tas y teólogos cuyas ideas están allí encerradas. Hay que recordar que el autor fué singularmente literato, elegante, viajero, filósofo, y para su tiempo hombre de mundo.

Involuntariamente vienen á la memoria los retratos de los teólogos del siglo; adustas figuras hundidas en el acero por el duro buril de los maestros, y cuya frente geométrica y ojos fijos sobresalen con violento relieve de la tabla de negra encina. Compáraselas á los rostros modernos, cuyas finas y complejas facciones parece que se estremecen al contacto de innumerables ideas y sensaciones. Aquellas figuras reflejan la abrumadora educación latina, los ejercicios físicos, los duros tratamientos, las ideas raras, los dogmas impuestos, que ocupaban, oprimían, fortificaban, endurecían en pasados tiempos á la juventud, y se cree ver un osario de megaterios y mastodontes reconstruídos por Cuvier.

Parece que la raza ha cambiado. Inclínase hoy nuestro espíritu ante la idea de esta grandeza y de esta barbarie; pero descubrimos que fué entonces la barbarie causa de la grandeza. De igual manera que en el fango primitivo y bajo la bóveda de colosales bosques hubo pesados mons-

truos que, retorciendo trabajosamente sus escamados lomos, con informes dientes se arrancaban pedazos de carne, vemos hoy á distancia, desde las alturas serenas de la civilización, las batallas de los teólogos que, acorazados de silogismos y armados de textos, se llenaban de denuestos y procuraban devorarse.

En primera fila combatió Milton, predestinado á la barbarie y á lo grandioso por su naturaleza personal y por las costumbres que le rodeaban; capaz de manifestar en alto relieve la lógica, el estilo y el espíritu del siglo.

La vida de los salones ha afinado á los hombres. Preciso ha sido la sociedad con las damas, la carencia de intereses serios, la holganza, la vanidad, la seguridad, para poner en moda la elegancia, la urbanidad, la sátira fina y ligera; para enseñar el deseo de agradar, el temor de causar enojos, la perfecta claridad, la corrección acabada, el arte de las transiciones insensibles y de las delicadas atenciones, el gusto de imágenes convenientes, de la constante y variada educación social.

Nada de esto se busque en Milton. Todavía está cerca de él la escolástica, que pesa aún sobre los mismos que la destruyen.



Bajo esta secular armadura, la discusión marcha pedantescamente á pasos contados: se empieza por fijar la tesis, y Milton escribe en gruesos caracteres al frente de su *Tratado sobre el divorcio* la siguiente proposición que va á demostrar: «Que una mala disposición, incapacidad ó contrariedad de espíritu, procedente de una causa invariable por su naturaleza, impidiendo y debiendo probablemente impedir siempre los principales beneficios de la sociedad conyugal, que son el consuelo y la paz, es mayor motivo de divorcio que el de la frigidéz natural, especialmente no habiendo hijos y sí el mutuo consentimiento de divorciarse.» Después de la tesis viene, legión tras legión, el disciplinado ejército de los argumentos: pasan los batallones uno tras otro numerados, y forman una docena en fila, cada cual con su título en letras más visibles. Los textos sagrados ocupan lugar preferente. Son discutidos palabra por palabra el sustantivo después del adjetivo, el verbo después del sustantivo, la preposición después del verbo; cítanse las interpretaciones, las autoridades, los ejemplos, puestos en fila entre empalizadas de nuevas divisiones; y, sin embargo, falta el orden; no se reduce la cuestión á una idea única;

no se advierte el camino por donde va; las pruebas se suceden, pero no se siguen, y se produce fatiga, pero no convencimiento. Conócese que el autor escribe para las gentes de Oxford, legos ó eclesiásticos habituados á aparatosas disputas, capaces de obstinada atención, habituados á digerir libros indigestos; que se encuentran como el pez en el agua en medio de la espesura de espinosos matorrales escolásticos, abriéndose camino casi á ciegas, endurecidos contra los arañazos que nos repelen, y sin idea de la claridad que en todo pedimos.

Inútil es buscar el ingenio en estos razonadores macizos, porque el ingenio es la agilidad de la razón victoriosa, y entre ellos, por ser todo potente, todo es pesado. Cuando Milton quiere burlarse, parece un piquero de Crómwell que, al entrar en una sala para bailar, cae de bruces con todo el peso de su cuerpo y de su armadura. Pocas cosas hay tan estúpidas como sus *Objeciones á un contradictor*. Su adversario termina una refutación con este rasgo de ingenio teológico: «Reparad, hermano, que habéis pescado toda la noche sin encontrar nada.» Milton replica gloriosamente: «Si pescando con el apóstol Simón nada he podido co-

ger, reparad lo que vos cogéis con Simón el Mágico, que os ha legado sus anzuelos y sus instrumentos de pesca.» Una salvaje carcajada acoge estas palabras, porque el auditorio advierte la gracia en esta manera de insinuar que su adversario es simoníaco.

Poco antes expresa éste el siguiente dilema: «Decidme, ¿esta liturgia es buena ó mala?—Es mala. Reparad como podáis el cuerno de vuestro dilema aqueloiano para la primera carga.» Maravíllanse los sabios de esta bella comparación mitológica, y se regocijan de ver al adversario delicadamente comparado á un buey, á un buey vencido, á un buey pagano.

En la siguiente página dice el adversario á manera de ingeniosa y satírica censura: «En verdad que no habéis medido bien la altura del polo.—No es extraño, responde Milton; muchos otros hay que no miden bien la altura de vuestro polo, pero que medirán mejor la declinación de vuestra altura.» Hay después tres retruécanos del mismo gusto, y todo esto parecía entonces muy gracioso.

Saumaise gritaba que jamás había visto el sol crimen comparable al asesinato del Rey. Milton le contestaba ingeniosamente,

que se dirigiera de nuevo al sol, no para esclarecer los crímenes de Inglaterra, sino para calentar la frialdad de su estilo.

La extraordinaria sandez de estas agudezas demuestra que el talento estaba aún enzarzado en la erudición naciente. La Reforma es el principio de la libertad de pensar, pero sólo es el principio. La crítica aun no había nacido, y la autoridad, aunque con la mitad de su peso, pesa todavía sobre los talentos más emancipados y temerarios.

Para probar Milton que se puede matar á un Rey, cita á Orestes, las leyes de Publícola y la muerte de Nerón. Su *Historia de Inglaterra* es un conjunto de todas las tradiciones y de todas las fábulas. En todas las circunstancias ofrece, como prueba, un texto de la Biblia, y su audacia se limita á mostrarse gramático atrevido y comentador heroico. Es tan ciegamente protestante como otros son ciegamente católicos, y deja encadenada la alta razón, madre de los principios, libertando sólo la razón subordinada, intérprete de los textos. Parecido á las enormes creaciones semiformadas, hijas de las primeras edades, todavía es mitad hombre y mitad limo.

No es en estas polémicas donde encon-

traremos la educación, donde hallaremos esa dignidad elegante que responde á la injuria con la tranquila ironía, y respeta al hombre al herir de muerte la doctrina. Milton aplasta groseramente á su adversario.

Un pedante vanidoso, nacido de la cópula de un léxicon griego y de una gramática siriaca, Saumaise, había vomitado contra el pueblo inglés un vocabulario de injurias en un infolio de citas. Milton le contestó en el mismo estilo, llamándole histrión, charlatán, profesor de á cuarto (1), pillastre pagado, desalmado, tunante, malvado, imbécil, sacrílego, esclavo, digno de azotes, todo el diccionario latino de las palabras malsonantes. «Tú, que sabes tantos idiomas, le decía, que lees tantos libros, que escribes tanto, eres un asno.» Encontrando el epíteto bonito, lo repitió. «¡Oh el más charlatán de los asnos, añadía, llegas montado por una mujer y acompañado de las cabezas curadas de los Obispos á quienes tú descalabraste, imagen en pequeño de la gran bestia del Apocalipsis!» Acabó por llamarle fiera, apóstata y diablo. «No dudo, escribía, que tendrás el mismo fin que Ju-

---

(1) Professor triobolaris.

das, y que arrastrado por la desesperación más que por el arrepentimiento, causándote horror, deberás algún día ahorcarte, y, como tu émulo, estallar por mitad del vientre (1).» No es, pues, ésta discusión de dos hombres, es bramido de dos toros.

El debate era feroz. Milton odiaba con toda su alma, y combatía con la pluma, como los fanáticos voluntarios con la espada, paso á paso, con odio reconcentrado y fiera obstinación. Los Obispos y el Rey pagaban así once años de despotismo, porque cada cual se acordaba de los destierros, de las confiscaciones, de los suplicios, de la ley sistemáticamente y sin descanso violada, de la libertad individual á merced de un constante complot, de la

---

(1) Saumaise decía de la muerte del Rey: «Horribilis nuntius aures nostras atroci vulnere, sed magis mentes perculit.»—Milton contestó: «Profecto nuntios iste horribilis aut gladium multo longiorem eo quem strinxit Petrus habuerit oportet, aut aures istæ auritissimæ fuerint, quas tam longinquo vulnere perculerit.»

—«Oratorem tam insipidum et insulsum ut ne ex lacrymis quidem ejus mica salis exiguisima possit exprimi.»

«Salmasius nova quadam metamorphosi salmacis factus est.»

idolatría episcopal impuesta á las conciencias cristianas, de los predicadores fieles arrojados á los desiertos de África ó entregados al verdugo y á la picota (1). El re-

---

(1) Transcribiré uno de estos agravios, una de estas quejas. El lector juzgará por la enormidad de los ultrajes de la grandeza de los resentimientos.

La humilde petición del doctor Alejandro Leighton, prisionero en La Flotte, dice así: «Que el 17 de febrero de 1630 fué preso al volver del sermón, por orden de la alta Comisión, y arrastrado á lo largo de las calles, con hachas y palos, hasta la prisión de Londres. Que llamado el carcelero de Newgate, le puso grillos y por fuerza le condujo á una especie de perrera, infesta y medio ruinosa, llena de ratas y ratones, recibiendo luz únicamente por un agujero enrejado. El techo estaba rajado, y la lluvia y la nieve caían sobre su cuerpo. No tenía cama, ni sitio donde encender fuego, salvo las ruinas de una vieja chimenea, por donde no salía el humo. En este deplorable sitio estuvo encerrado unas quince semanas, sin que dieran á nadie permiso para verle, hasta que por fin lo obtuvo únicamente su mujer. Que al cuarto día de su prisión, el perseguidor, con una multitud de gente, fué á su casa para buscar libros de jesuitas, y trató á su mujer de un modo tan bárbaro é inhumano que avergüenza referirlo. Que registraron todas las habitaciones y desnudaron á todas las personas, apuntando una pistola al pecho de un niño de cinco años y ame-

cuerdo de aquellos hechos imprimía en las almas enérgicas odios inexpiables, y los escritos de Milton atestiguan un encarizamiento inaudito. La impresión que deja la lectura de su *Iconoclastes* (1) es desconsoladora. Frase por frase, dura y amargamente es refutado el Rey y acusado sin piedad, sin que la acusación decaiga un sólo momento, sin conceder al acusado la menor buena intención, la menor excu-

---

nazándole con matarle si no decía el sitio donde estaban los libros. Que había estado enfermo y, en opinión de cuatro medicos, envenenado, porque se le cayeron todos los cabellos de la piel. Que en lo más grave de esta enfermedad fué pronunciada la cruel sentencia contra él, y ejecutado el 26 de noviembre, recibiendo sobre la espalda treinta y seis golpes con una cuerda de tres hilos y con las manos atadas á un poste. Que á pesar del frio y de la nieve le tuvieron cerca de dos horas de pie en la picota, marcándole después el rostro con un hierro ardiendo, rajándole la nariz y cortándole las orejas. Que hecho esto le condujeron embarcado á La Flotte y le encerraron en un cuarto tan insalubre que estuvo enfermo mientras vivió en él, y al cabo de ocho años le arrojaron á la prisión común.» Tenía setenta y dos años. (Neal, *History of the Puritans*, II, 19.

(1) Respuesta al *Retrato real*, obra atribuída al Rey, en favor del Rey.



sa, la menor apariencia de justicia, sin que el acusador descansa un sólo instante exponiendo ideas generales. Es un combate cuerpo á cuerpo, de rudos golpes, obstinado, sin tregua ni descanso, prueba de una enemistad constante é implacable y con el único intento de herir certero y causar la muerte.

El odio de Milton á los Obispos que vivían en la opulencia fué violentísimo, bastando apenas para expresarlo la acritud de las metáforas más venenosas. Presentábaseles «alardeando vanidad y calentándose al sol de la riqueza y de los ascensos» como nido de impuros reptiles. «La envenenada hez de su hipocresía, mezclada en masa podrida con la agria levadura de las tradiciones humanas, es el huevo de serpiente, de donde saldrá en alguna parte un Antecristo tan deforme como el tumor que le nutre.»

Estas groserías rudas y toscas eran una especie de coraza exterior, indicio y defensa de la fuerza y de la vida superabundante que tenían los miembros y pechos de aquellos atletas. Mas desligado hoy el talento, es también más débil; menos exclusivas las convicciones, son también menos fuertes; libre de la pesada escolástica y de

la tiranía de la Biblia, la atención es hoy menos constante. Las creencias y las voluntades, disueltas por la tolerancia universal y por los mil encontrados choques de las múltiples ideas, han engendrado el estilo exacto y fino, instrumento de conversación y de placer, y abandonado el estilo poético y rudo, arma de guerra y de entusiasmo. Hemos arrojado de nuestras costumbres las ferocidades y las sandeces, pero también hemos disminuido la fuerza y la grandeza de las convicciones.

La fuerza y la grandeza se reflejan en las opiniones y en el estilo de Milton, nacidos de su creencia y de su talento. Aquella magnífica razón aspiraba y pedía desplegarse sin trabas, reclamando para la humanidad lo que para sí misma deseaba, y reivindicando en todos sus escritos todas las libertades. Desde un principio atacó á los barrigudos prelados (1), «improvisados escolásticos, perseguidores de la libre discusión, tiranos asalariados de las conciencias cristianas.»

Sobre el clamor de la revolución protestante oíase su voz, que tronaba contra la tradición y la obediencia. Ridiculizó dura-

---

(1) *Of Reformation in England.*

mente á los teólogos pedantes, devotos adoradores de los viejos textos que toman un enmohecido martirologio por un argumento sólido, y responden á una demostración con una cita. Declaró que la mayoría de los Padres de la Iglesia fueron intrigantes, turbulentos y charlatanes; que unidos no valían más que separados, siendo sus concilios conjuntos de sordas intrigas y vanas disputas; repudió su autoridad y su ejemplo, é instituyó la lógica como único intérprete de las Sagradas Escrituras.

Puritano contra los Obispos, independiente contra los presbiterianos, fué siempre dueño de su pensamiento é inventor de su creencia. Nadie como él ha amado jamás, ni practicado ni ensalzado el libre y atrevido uso de la razón, que ejerció hasta la temeridad, hasta el escándalo.

Revolvióse contra la costumbre (1), reina ilegítima de la creencia humana, enemiga nata y encarnizada de la verdad; puso mano en el matrimonio, y pidió el divorcio en el caso de oposición de carácter entre los contrayentes. Declaró «que el Error sostiene la Costumbre; que la Costumbre acredita el Error, y que los dos, unidos y

---

(1) *The Doctrine and Discipline of Divorce.*

apoyados por el vulgar y numeroso cortejo de sus sectarios, acosan con sus gritos y con su envidia, calificándolos de fantasía y de innovación los descubrimientos de la razón libre.»

Demostó que «cuando llega al mundo una verdad, llega con calificativo de bastarda, para vergüenza de quien la engendra, hasta que el Tiempo, que no es padre, sino comadrón del Conocimiento, declara al niño legítimo y derrama sobre su cabeza la sal y el agua.» No sólo sostuvo estas opiniones en tres ó cuatro escritos, á pesar del desbordamiento de injurias y de anatemas, sino que se atrevió á más, atacando ante el Parlamento la censura, que era obra del Parlamento (1), hablando como hombre herido y oprimido, para quien la interdicción pública es un ultraje personal, que se siente encadenado al ser encadenada la nación.

No queriendo que la pluma de un censor asalariado insultase con su aprobación la primera página de su libro, y odiando esta mano ignorante é imperativa, reclamó la libertad de escribir por iguales razones y títulos que la libertad de pensar.

---

(1) En su *Areopagítica*.

«¿Qué ventaja, dice, tiene un hombre sobre un niño de escuela, si sólo nos hemos librado de la férula del maestro para caer bajo la del *imprimatur*; si los escritos serios y meditados, cual si fueran temas de un estudiante de gramática que el pedagogo aprueba ó desecha, no pueden ser publicados sin la autorización tardía de un censor distraído? Cuando un hombre escribe para el público, llama en su ayuda toda su razón, toda su reflexión; busca, medita, inquiere, y ordinariamente consulta y conferencia con sus más juiciosos amigos. Hecho esto, procura instruirse en el asunto de que va á tratar tan concienzudamente como los que lo han tratado antes que él. Si en este acto, el más consumado de su celo y de su madurez, ni la edad, ni la diligencia, ni la prueba anterior de su capacidad pueden exceptuarle de sospecha y desconfianza, á menos que lleve todas sus meditadas investigaciones, todas sus prolongadas vigiliass, todo su gasto de aceite y trabajo ante los presurosos ojos de un censor atareado, quizá mucho más joven que él, quizá de menos juicio, que acaso no conozca las penas de escribir un libro, de modo que, si su obra no es rechazada ú olvidada, deba aparecer

impresa como novicio con preceptor, con la mano de su censor sobre la espalda del título, como prueba y caución de que el autor no es idiota ni corruptor, lo que se consigue es deshonor y degradación para el autor, para el libro, para los privilegios y la dignidad de la ciencia.»

Abrid todas las puertas; que éntre el día, que cada cual piense y exponga á la luz sus pensamientos. Lejos de asustaros las divergencias, regocijaos por tan gran trabajo. ¿Por qué insultar á los trabajadores con el nombre de cismáticos y de sectarios?

«Cuando se construía el templo del Señor, unos aserraban los cedros, otros cortaban y labraban las piedras; ¿había hombres tan insensatos que desconociesen la necesidad de que las piedras y los maderos sufrieran mil separaciones y divisiones antes de que estuviera construída la casa del Señor? Y cuando la industria une las piedras, no pueden ser continuas, sino contiguas, al menos en este mundo. La perfección consiste, pues, en que de esas mil diversidades limitadas, de esas mil diferencias fraternales, sin desproporción notable, nazca la hermosa y agradable simetría que embellece el conjunto y todo el edificio.»

Triunfa aquí Milton por simpatía, expresándose en magníficas imágenes y desplegando en su estilo la fuerza que advierte á su alrededor y en sí mismo. Elogia la revolución, y el elogio parece toque de trompeta que sopla pecho de bronce. «Mirad ahora esta gran ciudad, ciudad de refugio, casa patrimonial de la libertad, ceñida y rodeada por la protección de Dios. Los arsenales de la guerra no pueden tener más yunques y martillos trabajando en la fabricación de la coraza y de la espada de la justicia que se arma para la defensa de la verdad sitiada, no puede haber más plumas y más cabezas estudiosas velando junto á las lámparas, meditando, buscando nuevos inventos y nuevas ideas para presentarlas como tributo de homenaje y de fe á la reforma que se acerca. ¿Qué más se le puede pedir á una nación tan manejable y tan ardiente en la investigación del conocimiento? ¿Qué falta á tierra tan fértil y sembrada de tan buena semilla, sino sabios y fieles labradores para convertirla en pueblo ilustrado, en nación de sabios, de profetas y de grandes hombres? Parece-me ver una noble y poderosa nación incorporándose como el hombre fuerte que despier-ta después de largo sueño, sacudiendo las

guedejas de su invencible cabellera. Páreceme verla como águila que recuerda su heroica juventud, que enciende sus nunca deslumbrados ojos en puros rayos del sol, que arranca las escamas de sus pupilas, que baña su vista, largo tiempo oscurecida, en la fuente única del esplendor celeste, mientras que bandadas de miedosos y gritadores pájaros y los que aman el crepúsculo revolotean á su alrededor admirados de lo que quiere hacer, y en su envidiosa gritería procuran predecir una época de sectas y de cismas.»

Es Milton quien habla, y, sin saberlo, es Milton el descrito.

En un escritor sincero las doctrinas anuncian el estilo. Los sentimientos y las necesidades que forman y arreglan sus creencias, construyen y colorean sus frases. El mismo genio deja dos veces la misma huella, una en el pensamiento y otra en la forma. La potencia de lógica y de entusiasmo que explica las opiniones de Milton, explica también su genio. El sectario y el escritor son un solo hombre, y se encuentran las facultades del sectario en el talento del escritor.

Cuando arraiga una idea en un espíritu lógico, vegeta en él y fructifica, produciendo



do multitud de ideas accesorias y explicativas que la rodean, uniéndose entre sí y formando como una espesura, como un bosque. Las frases son inmensas, y necesita períodos de una página para encerrar el acompañamiento de tantas razones encadenadas, de tantas metáforas acumuladas alrededor del pensamiento dominante. En este gran alumbramiento el corazón y la razón se excitan; razonando Milton se exalta, y la frase parte como catapulta que redobla la fuerza de su impulso por la enormidad de su peso. No me atrevería á traducir ante un lector moderno los gigantescos períodos con que empieza el *Tra-  
tado de la Reforma*. Ahora no tenemos ese aliento; incapaces de sostener la atención sobre un mismo punto durante toda una página, no entendemos más que las cortas y pequeñas frases. Queremos ideas manejables, y hemos abandonado el mandoble de nuestros padres para valernos del ligero florete. Dudo, sin embargo, que la penetrante frase de Voltaire sea más mortal que el tajo de esta masa de hierro: «Si en las artes menos nobles y casi mecánicas no se considera digno del nombre de buen arquitecto ó excelente pintor á quien no tiene un alma generosa, superior al cuida-

do servil (1), á la ganancia, al salario, con mayor razón debemos tratar de imperfecto é indigno sacerdote á quien, en vez de despreciar el innoble lucro, arregla y alimenta toda su teología con la esperanza mendicante y bestial de un obispado ó de una pingüe prebenda.» Si los profetas de Miguel Angel hablaran, emplearían este estilo, y leyendo al escritor se advierte veinte veces al escultor.

La potencia lógica que extiende los períodos sostiene las imágenes. Si Shakspeare y los poetas nerviosos forman un cuadro en los estrechos límites de una expresión fugitiva, rompen sus metáforas con nuevas metáforas, y hacen aparecer sin cesar en la misma frase la misma idea, bajo cinco ó seis distintas vestiduras, el brusco giro de las alas de su imaginación autoriza estos cambiantes colores, estos cruzamientos de relámpago. Más consecuente y más dueño de sí mismo, deshilvana Milton hasta el fin los hilos que aquellos rompen. Cada una de sus imágenes es un pequeño poema, especie de sólida alegoría, cuyas partes, unidas

---

(1) La frase inglesa es más verdadera y enérgica, *peasantly regard*.

entre sí, concentran sus luces sobre la idea única que deben embellecer ó iluminar. «Los prelados, dice, que salen de clases humildes y plebeyas, convertidos de pronto en señores de suntuosos palacios, de espléndidos mobiliarios, de succulentas mesas, con cortejo de príncipes, han juzgado que la sencilla y tosca verdad del Evangelio es indigna de permanecer por más tiempo en compañía de sus señorías, á menos que la pobre é indigente Virgen no sea vestida con mejor traje; cargan de indecentes trenzas su casto y modesto velo, rodeado de rayos celestiales, y la ponen con deslumbrador aparato todas las lujosas seducciones de una prostituta.»

Los políticos responden que esta fastuosa Iglesia sostiene la monarquía.

«¿Qué mayor humillación, añade, puede haber para la dignidad real, cuya altura sólida y sublime se apoya en los inmutables fundamentos de la justicia y de la virtud heroica, como la de encadenarla para que subsista ó perezca unida á las pintadas almenas, á la espléndida podredumbre de un episcopado fácil de derrumbarse á un soplo del Rey como castillo de naipes?» (1).

---

(1) Esto lo escribía Milton á principios de la

Sostenidas de esta suerte las metáforas, tienen una amplitud, una pompa y una majestad verdaderamente extraordinarias; desarróllanse tersas como los anchos pliegues de purpúreo manto con franjas de oro, bañado de luz.

Y no se crea que estas metáforas son raras. Milton las prodiga como pontífice que presenta todas las magnificencias de su culto y atrae los ojos para ganar los corazones. Formado con la lectura de Spenser, de Drayton, de Shakspeare, de Beaumont, de los más brillantes poetas, honra de la edad precedente, aunque en un medio empobrecido y sin émulos, se ensancha como lago, deteniéndose en su corazón.

Como Shakspeare, imagina cualquier motivo, y hasta sin motivo escandaliza á los clásicos y á los franceses. «No pudiendo los corruptores de la fe, dice, hacerse celestiales y espirituales, han hecho á Dios terrestre y carnal, trocando su esencia sagrada y divina en una forma exterior y corporal; le han consagrado, incensado, hisopeado; le han vestido, no con trajes de pura inocencia, sino con restos de otras

---

guerra civil, cuando todavía no era republicano.

deformes y fantásticas vestiduras, con paliros, mitras, oro y oropel, recogidos en el viejo guardarropa de Aarón ó en el vestuario de los flámines. Obligado se vió desde entonces el sacerdote á estudiar sus gestos, sus posturas, sus liturgias, hasta que el alma, amortajándose de esta suerte en el cuerpo y entregándose á las delicias sensuales, abatió sus alas hacia la tierra. Viendo las comodidades que recibía del cuerpo su visible y sensual colega, y encontrando sus alas rotas y caídas, emancipóse del trabajo de ascender en adelante á las alturas; olvidó su celeste vuelo, y dejó al inerte y lánguido esqueleto arrastrarse por el antiguo sendero, aceptando el repulsivo oficio de una conformidad mecánica.» Si no se descubrieran aquí rastros de fatalidad teológica, parecería que leíamos un imitador de *Fedra*.

Al través de la ira del fanático se reconocen las imágenes de Platón. Frases hay que por la belleza viril y el entusiasmo recuerdan el tono de la *República*. «No puedo elogiar, dice, una virtud fugitiva y enclaustrada, inexperimentada, inanimada, que jamás sale de su retiro, ni mira de frente á su adversario, sino que esquivo la lucha en que en medio del calor y el polvo

los corredores se disputan la guirnalda in mortal.»

Pero sólo es platónico por la riqueza y la exaltación; para lo demás es el hombre del Renacimiento, pedante y grosero: ultraja al Papa que después de la donación de Pepino el Breve «no dejó de morder y de ensangrentar á los sucesores de su caro señor Constantino con maldiciones y excomuniones escandalosas.» En defensa de la prensa, apela á la mitología, demostrando que en pasados tiempos «ninguna envidiosa Juno se sentaba con las piernas cruzadas para el alumbramiento de una inteligencia.» Importa poco que estas sabias imágenes sean familiares ó grandiosas; son potentes y naturales. La superabundancia y la rudeza manifiestan el vigor y el aliento lírico que el carácter de Milton había predicho.

La pasión mana de sí misma y las imágenes la exaltan. Las audaces palabras, los excesos de estilo hacen oír la voz vibrante del hombre que sufre, que se indigna y que quiere. «Los libros, dice en su *Areopagítica*, no son cosas absolutamente muertas; contienen en sí un poder vivificante tan activo como el alma de quien son hijos; mejor aún, conservan como

en un frasco la eficacia y la esencia más pura de la viva inteligencia que los ha engendrado. Me atrevo á decir que son tan animados y tan vigorosamente productivos como los dientes del dragón fabuloso, y que desparramados por todas partes, pueden hacer que salgan hombres armados. Supone casi lo mismo matar un hombre que un buen libro. Quien mata un hombre, mata una criatura racional, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios en el ojo en que habita. Muchos de los hombres que viven son inútil carga en la tierra; pero un buen libro es preciosa sangre vital de un espíritu superior, embalsamada y conservada religiosamente como tesoro para una vida mucho más lejana que su vida... Cuidado, pues, con la persecución que dirijamos contra los vivos trabajos de los hombres públicos; no derrochemos esta vida incorruptible guardada y amasada en los libros, pues vemos que esta destrucción es una especie de homicidio, y á veces un martirio, y si se extiende á toda la prensa, una especie de matanza cuyos destrozos no se limitan á la pérdida de una vida, sino que llegan á la quinta esencia etérea, aliento de la razón

misma, no siendo una vida lo que destruyen, sino una inmortalidad.»

Esta energía es sublime; el hombre está á la altura de la causa que defiende, y jamás se ha dicho con mayor elocuencia mayor verdad. Con expresiones terribles anonada á los opresores de los libros, á los profanadores del pensamiento, á los asesinos de la libertad, «al Concilio de Trento y á la Inquisición que han engendrado y acabado esos catálogos, esos índices expurgatorios que rebuscan entre las entrañas de de antiguos y buenos autores, cometiendo peor violación que todos los atentados contra sus tumbas.» Con idénticas frases azota á los espíritus carnales que creen sin pensar, y convierten su servilismo en su religión. Pasajes hay que por su amarga familiaridad recuerdan á Swift y aun le superan por la imaginación y por el genio.

«Un hombre, dice, de verdadera fe puede ser herético, si cree las cosas sólo porque su pastor se las dice. La verdad que cree poseer se convierte en su herejía. Un hombre rico dedicado á sus negocios y á sus placeres, encuentra que la religión es asunto tan embarazoso y lleno de enmarañadas cuentas, que no sabe cómo abrirle crédito en sus libros. ¿Qué ha de hacer sino



es tomar la resolución de apartarse de esta faena y desenterrar algún agente, á cuyo cuidado y crédito confía todos sus asuntos religiosos? Este agente será algún eclesiástico estimado y notable. Confiado á él, le abandona el almacén de sus efectos religiosos con llaves y cerraduras, y, á decir verdad, hace de este hombre su religión, de modo que en adelante su religión no es él, es un sér separado y móvil que va y viene cerca de él, según la frecuencia con que el doctor visita la casa. Le aloja, le agasaja, le regala; su religión viene á su casa todas las noches, reza, come opíparamente, duerme en suntuoso lecho, se levanta por la mañana, recibe los buenos dias, y después de una copa de malvasia ó de cualquier otro brebaje bien saturado de especias, su religión se desayuna bien, sale á las ocho y deja en la tienda á su excelente huésped traficando todo el día sin su religión.»

Veis que acaba de burlarse con picante ironía; pues la ironía, por picante que sea, le parece débil. Escuchadle cuando vuelve á su estilo favorito, cuando emplea la invectiva abierta y seria, cuando, después del fiel carnal, ataca al prelado carnal. «La mesa de la comunión, escribe, trocada en

mesa de separación, está dispuesta en plataforma, frente al coro, rodeada de un pasillo y de una empalizada para evitar el contacto profano de los legos, mientras que el sacerdote obsceno y repleto no tiene escrúpulo en enroscar y masticar el pan sacramental con tanta familiaridad como un mazapán de su taberna.» Regocíjase pensando que todas estas profanaciones serán castigadas. La atroz doctrina de Calvino ha fijado de nuevo la vista de los hombres en el dogma de la maldición y de la condenación eterna. Milton amenaza con el infierno en la mano, y se embriaga de justicia y de venganza ante los abismos que abre y las llamas que flamea. «Serán arrojados, dice, por toda la eternidad en la más negra y profunda boca del infierno, bajo el imperio humillante, bajo los pies, bajo los desdenes de todos los demás condenados, que, en la angustia de sus torturas, tendrán por único regocijo ejercer frenética y bestial tiranía sobre ellos, sobre sus siervos y sus negros, y permanecerán siempre en tal estado los más viles, los más profundamente hundidos, los más degradados, los más pisoteados, los más aplastados de todos los esclavos de la perdición.» El furor llega aquí á lo sublime, y el Cristo de Mi-

guel Angel no es más inexorable ni más vengador.

Colmemos la medida. Unamos, como él lo hace, las perspectivas del cielo á las visiones de las tinieblas. El libelo se convierte en himno. «Cuando traigo á mi ánimo, dice, la idea de que al fin, después de tantos siglos durante los cuales el largo y sombrío cortejo del Error había barrido todas las estrellas fuera del firmamento de la Iglesia, la brillante y benéfica Reforma lanzó su rayo á través de la espesa y negra noche de la ignorancia y de la tiranía anticristianas, paréceme que en el pecho del que lee ó del que escucha debe entrar á torrentes soberana y vivificante alegría, y que el suave olor del Evangelio devuelto baña su alma con todos los perfumes del cielo.» Sobrecargados de adornos, prolongados hasta el infinito, estos períodos son coros triunfantes de *alleluias* angélicas, cantados por voces profundas al sonido de diez mil arpas de oro.

En medio de sus silogismos Milton reza, sostenido por el acento de los profetas, rodeado de los recuerdos de la Biblia, encantado por los esplendores del Apocalipsis, pero detenido por la ciencia y por la lógica á las puertas de la alucinación, en lo alto

de la atmósfera serena y sublime, sin ascender á la región ardiente en que el éxtasis funde la razón, con una majestad de elocuencia y una solemne grandeza que nada sobrepaja, y cuya perfección prueba que ha entrado en su dominio, y que al través del prosista aparece el poeta.

«Tú que tienes asiento, dice, en una gloria y en una luz inaccesibles, Padre de los ángeles y de los hombres, y tú también Rey omnipotente, redentor de este resto perdido, cuya naturaleza tomaste, inefable é inmortal amor; tú, en fin, tercera sustancia de lo infinito divino, espíritu iluminador, alegría y consuelo de todo lo creado, mira esta pobre Iglesia aniquilada y casi espirando. ¡Oh! no les dejes acabar sus perniciosos designios. No permitas que nos envuelvan nuevamente en esa oscura nube de tinieblas infernales que nos oculta el sol de tu verdad, que nos priva para siempre de la esperanza y consuelo de la aurora, que nos impedirá siempre oír el canto del ave de tu mañana... ¡Quién no te ve hoy en tu brillante marcha, en medio de tu santuario, entre esos candelabros de oro largo tiempo oscurecidos para nosotros, gracias á la violencia de aquellos que los habían cogido, más por avaricia del oro, que por

amor á su radiante claridad? ¡Ven, pues, oh tú, que tienes las siete estrellas en tu mano derecha, establece tus escogidos sacerdotes, según su orden y según sus antiguos ritos, para que realicen ante tus ojos su oficio de verter religiosamente el aceite consagrado en tus lámparas santas siempre ardiendo! Tú has enviado para esta obra y por todos los parajes á tus servidores un espíritu de plegaria; tú has despertado sus deseos como el ruido de multitud de aguas alrededor de tu trono. ¡Oh! acaba y realiza tus gloriosos actos. Sal de tus regias cámaras, oh príncipe de todos los reyes de la tierra; reviste los trajes visibles de tu majestad imperial, empuña el cetro universal que tu Padre te ha transmitido, porque la voz de tu prometida te llama ahora, y todas las criaturas suspiran por su renovación.»

Este cántico de súplicas y de alegría es una efusión de magnificencias, y sondando en todas las literaturas no encontraréis poetas que iguallen á este prosista. ¿Pero es verdaderamente prosista? La dialéctica rigurosa, el ingenio pesado y torpe, la rusticidad fanática y feroz, la épica grandeza de las imágenes sostenidas y superabundantes, el aliento y las temeridades de la pa-

sión implacable y omnipotente, la sublimidad de la exaltación religiosa y lírica, ninguno de estos rasgos dan á conocer un hombre nacido para explicar, persuadir y probar. La escolástica y la grosería de la época han enmohecido su lógica; la imaginación y el entusiasmo le han arrebatado y encadenado en las metáforas. Extraviado ó halagado de esta suerte, no ha podido producir obra perfecta; sólo ha escrito libelos útiles, condenados por el interés práctico y el odio contemporáneo, y bellos retazos aislados, inspirados por el encuentro de una gran idea y el destello momentáneo del genio. Sin embargo, en estos abandonados restos aparece por completo el hombre. El espíritu sistemático y lírico están retratados en el libelo como en el poema. La facultad de abarcar grandes conjuntos y de entusiasmarse es igual en Milton en sus dos carreras, y veréis en el *Paraiso* y en el *Comus*, lo mismo que habéis visto en el *Tratado de la Reforma* y en las *Objeciones á un contradictor*.

## V.

«Milton me ha confesado, escribe Dryden, que Spenser había sido su modelo.» Y, en efecto, ambos eran hermanos por la pureza y la elevación de la moral, por la abundancia y trabazón del estilo, por los nobles y caballerescos sentimientos y por el bello orden clásico. Pero además tenía otros maestros, Beaumont, Fletcher, Burton, Drummond, Ben Jonson, Shakspeare, todo el magnífico Renacimiento inglés, y tras de éste la poesía italiana, la antigüedad latina, la hermosa literatura griega y todas las fuentes de donde había surgido el Renacimiento literario de Inglaterra.

Continuaba, pues, la gran corriente, pero la continuaba á su manera. Tomaba de ella la mitología, las alegorías, á veces los *concetti* (1), y encontraba en ella su rico colorido, su magnífico sentimiento de la

---

(1) Véase el himno á la Natividad, principalmente las primeras estrofas. Véase también *Lycidas*.

naturaleza viviente, su inextinguible admiración á las formas y á los colores. Pero al mismo tiempo transformaba su dicción y daba á la poesía nuevo empleo.

Escribía no únicamente por el impulso ó la sensación que nace del contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, sabiamente, con ayuda de los libros, estudiando los asuntos tanto en los escritos precedentes como en sí mismos, añadiendo á sus imágenes las imágenes de otros, cogiendo y refundiendo sus invenciones, como artista que multiplica y aprieta los repujados y alicatados dispuestos y entrelazados ya en una diadema por la mano de veinte cinceladores. Formóse de esta suerte un estilo compuesto y brillante, menos natural que el de sus predecesores, menos á propósito para las efusiones, para las vivas sensaciones repentinas, pero más sólido, más regular, más capaz de concentrar en ancho manto de claridad todos sus centelleos y todos sus resplandores.

Formaba, como Esquilo, frases de «seis codos,» «engalanadas y vestidas con trajes de púrpura,» y las hacía marchar, cual regio acompañamiento, delante de su idea para anunciarla y realzarla. Presentaba las bellas ninfas, «rosas vivientes de los bos-



ques, con sandalias de plata y vestidas de flores,» y la tarde con capuchón gris que, cual triste peregrino dentro del monástico sayal, se levanta tras de las ruedas fugitivas del sol—«las islas, con su cintura de olas, como ricos diamantes sembrados en el desnudo pecho del abismo;»—«los ardientes querubines, en filas deslumbradoras, dirigiendo al cielo sus angélicas y tonantes trompetas.» Amontonaba en espesos bosquecillos las flores esparcidas en otros poetas; «la temprana primícula, que muere abandonada; el crestado jacinto, el pálido jazmín, el jaspeado pensamiento, el blanco clavel, la ardiente violeta, la rosa perfumada, la graciosa madreselva con el cuco lánguido que inclina su pensativa cabeza, y todas las flores de melancólicos colores.» Las llamaba en derredor de la tumba de su amigo, y les decía: «al amaranto que derramase en ella toda su belleza, á los narcisos que llenasen sus copas de lágrimas.» Hablaba á los hondos valles, donde habitan los dulces murmullos en las sombras, en los fugaces viente-cillos, en las saltadoras fuentes, y á cuyo fresco regazo no atenta la ardiente Sirio, y les decía que «alfombrasen todo el suelo con flores primaverales, que arrojasen sobre aquella

tumba todos los esmaltes de sus radiantes ojos, que beben en el verde césped perfumados rocíos.»

Joven todavía y al salir de Cambridge, su inclinación era á lo magnífico, á lo grandioso: necesitaba el gran verso redondo, la estrofa amplia y sonora, los períodos inmensos de catorce y de veinticuatro versos. No apreciaba los objetos frente á frente y pie á tierra, como mortal, sino desde la altura, como esos ángeles de Goethe (1), que de una ojeada abarcan el Océano entero, luchando contra las costas y la tierra, que rueda envuelta en la armonía de los astros fraternales. No era la *vida* lo que él sentía como los maestros del Renacimiento; era lo *grandioso*, á la manera de Esquilo y de los profetas hebreos (2); espíritus viriles y líricos como el suyo, que nutridos como él con las emociones religiosas y con el entusiasmo continuo, han mostrado, al igual que Milton, la pompa y la majestad sacerdotales.

Para expresar tal sentimiento no basta-

---

(1) *Fausto*. Prolog im Himmel.

(2) Véase en *Lycidas* la profecía contra el Arzobispo Laud:

But that two-handed engin at the door,  
Stands ready to smite once and smite no more.

ban las imágenes, no bastaba la poesía que entra por los ojos; necesarios eran los sonidos y esa poesía más íntima que, purgada de representaciones corporales, toca al alma: era músico, y sus himnos tienen la lentitud de una melopea y la gravedad de una declamación. Parece que él mismo pinta su arte en estos versos incomparables, que se desarrollan como la armonía solemne de un motete: (1)

En la profundidad de las noches, cuando el sopor—encadena los sentidos de los mortales, escucho—la armonía de las sirenas celestes,—que sentadas sobre las nueve esferas enrodadas,—cantan para aquellas que tienen las tijeras de la vida—y hacen girar los husos de diamante—donde se enrosca el destino de los dioses y de

- 
- (1) But else in deep of night, when drowsiness  
 Hath locked up mortal sense, then listen I  
 To the celestial Sirens' harmony,  
 That sit upon the nine infolded spheres,  
 And sing to those that hold the vital shears,  
 And turn the adamantin spindle round,  
 On which the fate of gods and man is wound;  
 Such sweet compulsion doth in music lie,  
 To lull the daughters of Necessity,  
 And keep unsteady Nature to her law,  
 And the low world in measured motion draw  
 After the heavenly tune, which none can hear  
 Of human mold with gross unpurged ear.

los hombres.—Tal es el dulce atractivo de la armonía sagrada.—Para encantar á las hijas de la Necesidad,—para mantener la naturaleza vacilante en su ley—y para conducir la medida danza de este bajo mundo—á los acentos celestes que nadie puede oír,—nadie formado de tierra humana,— mientras sus groseros oídos no sean purificados.

Al mismo tiempo que el estilo cambian los asuntos; restringía y ennoblecía, á la vez que el lenguaje, el dominio del poeta, y consagraba sus pensamientos como sus palabras. «Quien conoce la verdadera naturaleza de la poesía, decía algún tiempo después, pronto conoce también cuán despreciables criaturas son los rimadores vulgares, y qué religioso, qué glorioso, qué magnífico uso puede hacerse de la poesía en las cosas divinas y humanas... Es un don inspirado por Dios, raramente concedido, que obtienen, sin embargo, algunos en cada nación; poder puesto al lado de la tribuna para plantar y nutrir en su gran pueblo las semillas de la virtud y de la honradez pública, para apaciguar las turbaciones del alma y restablecer el equilibrio en las emociones, para celebrar en elevados y gloriosos himnos el trono y el acompañamiento de Dios omnipotente, para

cantar las victoriosas agonías de los mártires y de los santos, las acciones y los triunfos de las naciones justas y piadosas que combaten valientemente por la fe contra los enemigos de Cristo.»

En efecto, desde un principio en la escuela de San Pablo y en Cambridge había parafraseado los salmos y compuesto después odas á la Natividad, á la Circuncisión y á la Pasión. Al poco tiempo aparecen los cantos tristes á la muerte de un niño, al fin de una noble dama; posteriormente graves y nobles versos sobre el Tiempo, á propósito de una música solemne, á sus veintitres años, «tardía primavera que aun no ha mostrado capullos ni flores.»

Se traslada al campo con su padre, y las impacencias, los ensueños, los primeros encantos de la juventud surgen en su corazón como matinal perfume en día de verano. Pero ¡cuánta distancia hay entre estas contemplaciones sonrientes y serenas y la cálida adolescencia, el voluptuoso *Adonis* de Shakspeare! Sus alegrías se limitan á pasear, ver y escuchar; son alegrías poéticas del alma. Oye «á la alondra que alza el vuelo y despierta con su canto á la macilenta noche, hasta que se levanta el alba sonrosada; al labrador que silba sobre el

surco de su arado, el ingenuo canto de la lechera; al segador afilando la hoz en el valle bajo el espino.» Ve los bailes y las alegrías de mayo en la aldea; contempla las pomposas procesiones, y «el rumor afanoso de la multitud en las grandes ciudades.» Entrégase especialmente á la melodía, á los divinos arrullos de los versos suaves y á los dulces ensueños que con luz de oro hacen pasar á nuestros ojos. A esto se limita, y como si fuera demasiado lejos, para contrabalancear tal elogio de las alegrías sensibles, llama á sí la Melancolía, «monja pensativa, piadosa y pura, envuelta en los majestuosos pliegues de su oscuro vestido, que avanza con mesura y aspecto contemplativo, y le contesta con la vista dirigida al cielo y el alma en los ojos;» con ella va errando, preocupado con los graves pensamientos y graves espectáculos, que recuerdan al hombre su condición y le preparan á sus deberes, á veces entre altas columnas de árboles seculares, cuyas frondosas copas abrigan el silencio y el crepúsculo; á veces por «los pálidos claustros que excitan al estudio, ó bajo los pesados arcos, las ventanas de pintados cristales y los ricos rosetones, que sólo dejan paso á una semiclaridad religiosa;» á veces, en

fin, en el recogimiento del gabinete de trabajo, donde canta el grillo, donde luce la lámpara laboriosa, donde el espíritu, á solas con los nobles espíritus de pasados tiempos, evoca á Platón para aprender «qué mundos, qué vastas regiones poseen el alma inmortal, cuando abandona su casa de carne y el estrecho rincón en que nos movemos.»

Esta elevada filosofía aparece en todas sus obras, cualquiera que fuese la lengua en que escribiera, inglés, italiano ó latín; cualquiera que fuese el género de la composición, sonetos, himnos, odas, tragedias ó epopeyas. Siempre elogia el amor casto, la piedad, la generosidad, la fuerza heroica, no por escrúpulos, sino porque las necesidades de su naturaleza le obligaban á estos nobles conceptos. Milton admira, como Shakspeare crea, como Swift destruye, como Byron combate, como Spenser sueña. Hasta en los poemas decorativos que servían sólo para presentar al público trajes y decoraciones, en *Máscaras*, como las de Ben Jonson, imprimía su carácter propio. Eran diversiones de familia, y las convertía en enseñanzas de magnanimidad y de constancia. Uno de ellos, el *Comus*, ampliamente desarrollado con gran origi-

nalidad y estilo elevadísimo, es acaso su obra maestra, y se limita á un elogio de la virtud.

En él y al primer impulso nos encontramos en los cielos. Un espíritu que ha descendido en medio de salvajes bosques, declama esta oda:

Ante la puerta estrellada del palacio de Júpiter—está mi morada entre estas formas inmortales,—espíritus etéreos que viven luminosos—en las esferas serenas del aire tranquilo y puro,—por encima de la humareda y del tumulto de este rincón oscuro—que los hombres llaman la tierra, establo vil—donde amontonados y confinados en sus bajos pensamientos—luchan para conservar una débil y febril vida,—olvidando la corona que da la virtud—después de mortales vicisitudes á sus verdaderos servidores,—en medio de los dioses sentados en sus sagrados tronos.

Tales personajes no pueden hablar, cantan. El drama es una ópera antigua, formada, como *Prometeo*, de solemnes himnos; el espectador necesita trasportarse fuera del mundo real, porque no son hombres sino sentimientos lo que escucha. Asiste á un concierto, como al presenciar *El sueño de una noche de verano* de Shakspeare. *El Comus* es continuación de esta



obra, de igual manera que un coro viril de profundas voces continúa la ardiente y dolorosa sinfonía de los instrumentos.

«En los entrelazados senderos de esta áspera selva, donde la luz temblorosa amenaza los pasos del viajero perdido,» yerra una noble dama, separada de sus dos hermanos, azorada por los salvajes gritos y turbulenta alegría que á lo lejos se oye. El hijo de la encantadora Circe, el sensual Comus, baila y sacude las antorchas en la espesura del bosque, en medio de los clamores de los hombres embrutecidos. Es la hora en que «los lagos y los mares, con sus escamosos rebaños, hacen alrededor de la luna sus ondulantes rondas, mientras que en las arenas y escurridizas pendientes saltan las ligeras hadas y los petulantes enanos.» Asústase la dama, se arrodilla, y entre las nebulosas formas que ondulan en la pálida claridad de la altura ve á la Esperanza de blancas manos, á la Fe de puras miradas, y á la Castidad, guardianes misteriosos y celestes que velan por su vida y su honor.

Bien venidas seáis, Fe de puras miradas,—  
Esperanza de blancas manos,—ángel que vuelas sobre mi cabeza ceñido con tus alas de oro,—  
y tú, santa Castidad, formada sin mancha.—

f

Os veo claramente, y ahora creo—que el Bien supremo que no sufre á los malos seres—sino para convertirles en serviles ministros de su venganza,—enviará un ángel luminoso, si necesario fuese,—para librar mi vida y mi honor de toda especie de ataque.—Pero ¿me engaño, ó envuelve á la noche con sus plateadas orillas una negra nube?—No me engaño; una negra nube ha envuelto con sus plateadas orillas á la noche—y produce un resplandor entre la espesa sombra de la hojarasca.

Llama á sus hermanos; «el dulce y solemne acento de su voz vibrante se eleva como vapor de ricos y destilados perfumes,» deslizándose en el aire de la noche por encima de los valles «cubiertos de violetas» hasta el Dios disoluto á quien transporta de amor y acude disfrazado de sacerdote.

¿Es posible que una mezcla perecedera de arcilla terrestre—exhale el divino encanto de tales acentos?—Algo divino habita seguramente en ese pecho.—¡Cuán dulcemente flotan sobre las alas—del silencio á través de la bóveda vacía de la noche!—He oído muchas veces á mi madre Circe, con las tres sirenas—en medio de las náyades vestidas de flores—cogiendo sus poderosas yerbas y sus venenos mortales,—arrastrar con sus cantos el alma cautiva en el bienaventurado Eliseo; Scila lloraba,—las ruidosas olas callaban atentas,—y la cruel Caryb-

dis murmuraba dulce aplauso;—pero un arro-  
bamiento tan sagrado y profundo,—tal sensa-  
ción de pura felicidad—jamás la sentí.

Llegan aquí los cantos celestes. Milton  
los describe y á la vez los imita, haciendo  
comprender la frase de Platón, su maes-  
tro, de que las melodías virtuosas enseñan  
la virtud.

El hijo de Circe se ha llevado engañada  
á la noble dama, y en un palacio suntuoso  
la sienta inmóvil delante de una mesa con  
exquisitos manjares. Ella le acusa, resiste,  
le insulta, y el estilo adquiere acento de  
indignación heroica para denigrar las ofer-  
tas del tentador.

Cuando la corrupción—por medio de miradas  
impuras, gestos inmodestos y lenguaje procaz,  
—y sobre todo por el acto innoble y pródigo  
del pecado,—deja entrar la infamia en lo más  
profundo del hombre,—el alma cadavérica se  
infecta por contagio,—enterrada en la carne y  
embrutecida hasta que pierde completamente—  
el divino carácter de su primer sér.—Así son  
las pesadas y húmedas sombras fúnebres—que  
se ven con frecuencia bajo las bóvedas de los  
osarios y en los sepulcros,—sentadas junto á  
una nueva tumba—como pesarosas de abando-  
nar el cuerpo que amaban.

Confuso se detiene, y en el acto los her-  
manos, conducidos por el Espíritu protec-

tor, se arrojan sobre él, espada en mano. Huye, llevándose su varilla mágica. Para dar libertad á la dama encantada, llaman á Sabrina, la náyade bienhechora que «sentada sobre la fría ola cristalina ata con trenzas de lirio los bucles de su cabello de ámbar.» Alzase ligera de su lecho de coral y su carro de turquesa y de esmeralda, la pone sobre los juncos de la orilla, entre «los húmedos mimbres y las cañas.» Tocada por esta mano fría y casta, la dama sale de la silla maldita que la tenía encadenada. Los hermanos y la hermana reinan tranquilamente en el palacio de su padre, y el Espiritu director de estos sucesos declama una oda en la que la poesía conduce á la filosofía, en la que la voluptuosa luz de una leyenda oriental viene á bañar el Elisco de los sabios, en la que todas las magnificencias de la naturaleza se reunen para añadir una seducción á la virtud.

¿Para qué hacer mención de los errores, de las rarezas, de las expresiones recargadas, herencia del Renacimiento, de una disputa filosófica entre un razonador y un platónico? Apenas se advierten estas faltas; todo desaparece ante el espectáculo del sonriente Renacimiento, transformado por

la austera filosofía, y de lo sublime, adorado sobre un altar de flores.

Este, según creo, fué su último poema profano. En el siguiente, *Lycidas*, cantando, á imitación de Virgilio, la muerte de un querido amigo, deja advertir las iras y las preocupaciones puritanas; censura la mala doctrina y la tiranía de los Obispos, y habla ya «del mandoble que espera á la puerta, dispuesto á herir de un golpe, para no tener que dar más que uno.»

Desde su vuelta de Italia la controversia y la acción arrastran su ánimo; empieza la prosa, y la poesía se detiene. De vez en cuando rompe este largo silencio un soneto patriótico ó religioso, bien para alabar á los jefes puritanos Crómwell, Vane, Fairfax; bien para honrar la muerte de una piadosa amiga, ó la vida «de una virtuosa joven;» unas veces para pedir á Dios «que vengue sus santos degollados,» los infelices protestantes del Piamonte, «cuyos huesos están esparcidos en las frías vertientes de los Alpes;» otras á propósito de su segunda esposa, muerta al cabo de un año de matrimonio, «su santa» y amadísima esposa, que se le ha aparecido en sueños «cual Alceste sacado de la tumba con larga vestidura blanca, puro como su alma:»

estos sonetos expresan leales amistades, dolores aceptados, aspiraciones generosas ó estoicas, depuradas por los reveses de la fortuna.

Avanzado en edad, excluído del poder, de la acción, hasta de la esperanza, vuelve á los grandes ensueños de la juventud. Busca lo sublime, como otras veces, fuera de este bajo mundo, porque lo real en éste es pequeño, y lo familiar parece vulgar. Hace retroceder sus nuevos personajes hasta el extremo de la antigüedad sagrada, porque la distancia aumenta su talle, y faltando la costumbre de medirla, no se les rebaja. Inmediatamente aparecen los seres fantásticos: la Alegría, hija del Céfito y de la Aurora; la Melancolía, hija de Vesta y de Saturno; el hijo de Circe, Comus, coronado de hiedra, dios de los ruidosos bosques y de la orgía tumultuosa. En seguida Sansón, el que desprecia los gigantes, el elegido del Dios fuerte, el exterminador de los idólatras; Satanás y sus iguales, Cristo y sus ángeles se presentarán á nuestra vista como estatuas sobrehumanas, y la distancia, frustrando todo intento de nuestras manos curiosas, preservará nuestra admiración y su majestad.

Vayamos más lejos y subamos más alto,

al origen de las cosas, entre los seres eternos, hasta los principios del pensamiento y de la vida, hasta los combates de Dios en ese mundo desconocido en que los sentimientos y los seres, superiores al alcance del hombre, lo son también á su juicio y á su crítica, infundiendo en el ánimo la veneración ó el terror. Cuando el canto continuo de versos solemnes proclama las acciones de estas vagas figuras, experimentamos la misma emoción que cuando en una catedral el órgano prolonga sus sonidos bajo los grandes arcos, y las nubes de incienso, al través de la iluminación de los cirios, borran los contornos de los enormes pilares.

Pero si el corazón permanece igual, el genio se transforma: la virilidad ha sustituido á la juventud; la riqueza es menor y la severidad más grande. Diez y siete años de combates y de desgracias han entregado esta alma á las ideas religiosas. La mitología ha dejado el puesto á la teología; la costumbre de disertar ha amortiguado la inspiración lírica, y la erudición acrecentada abrumba el genio original. No canta ya el poeta en versos sublimes, refiere ó arenga en versos graves; no inventa un género personal, imita la tragedia ó la epo-

peya antiguas. •Parécele Sansón una tragedia elevada y fría, el Paraíso reconquistado una epopeya fría y noble, y escribe un poema imperfecto y sublime, el *Paraiso perdido*.

Pluguiese á Dios que lo hubiera podido escribir, como lo intentó, en forma de drama, y mejor aún, como el *Prometeo* de Esquilo, en forma de ópera lírica. Hay asuntos que exigen un estilo determinado y que, de no emplearlo, queda destruída la obra, y gracias si en el deforme conjunto el acaso produce y conserva bellos retazos. Para poner en escena lo sobrenatural, preciso es abandonar el asiento ordinario, porque permaneciendo en él parece como que no se cree en lo que se hace. Siendo la visión quien crea, preciso es expresar lo creado con el estilo de la visión.

Cuando Spenser escribe, sueña; escuchamos los felices conciertos de su música aérea, y el vario acompañamiento de sus apariciones fantásticas se desarrolla como vapor ante nuestros ojos complacientes ó deslumbrados. Cuando Dante escribe, está alucinado, y sus gritos de angustia, sus raptos, la apiñada sucesión de sus fantasmas infernales ó místicos, nos trasportan con él al mundo invisible que describe. El



éxtasis solamente hace visibles y creibles los objetos del éxtasis. Si nos referís las empresas de Dios, como las de Crómwel, con grave y sostenida entonación, no advertiremos á Dios, y como él forma toda vuestra obra, no advertiremos nada; creemos que habéis aceptado una tradición, que la adornáis con pensadas ficciones, que sois un predicador, no un profeta, un decorador, no un poeta; descubriremos que cantáis á Dios como el vulgo le reza, conforme á una fórmula aprendida y no por espontánea inspiración. Cambiad de estilo, y mejor aún, si podéis, cambiad de emoción. Procurad descubrir en vos mismo la antigua exaltación de los psalmistas y de los apóstoles, de reconstruir la divina leyenda, de sentir la conmoción sublime por la cual el espíritu inspirado y desorganizado advierte á Dios, y en el instante sonará el gran verso lírico lleno de magnificencias.

Ilusionados de esta suerte, no investigaremos si es Adán ó el Mesías quien habla; no examinaremos si son reales ó contruídos por mano de psicólogo; no nos cuidaremos de sus acciones pueriles ó extrañas: impulsados fuera de nosotros mismos, participaremos de vuestra sinrazón creadora,

siendo arrastrados por la ola de imágenes temerarias ó levantados por el amontonamiento de metáforas gigantescas, perturbados, en fin, como Esquilo cuando, herido su *Prometeo* por el rayo, oye el universal concierto de ríos, mares, bosques y criaturas que lloran, como David ante Jehová, «que se lleva mil años como un torrente de agua; para quien las edades son hierba florida por la mañana y por la tarde seca.»

Pero no había llegado aún el siglo de la inspiración metafísica. A lo lejos, en lo pasado, desaparecía Dante; á lo lejos, en lo porvenir, se ocultaba Goethe. Aun no se advertía el *Fausto* panteísta que absorbe los seres transformables en su profundo seno; tampoco se advierten ya el paraíso místico y el amor inmortal cuya luz ideal baña las almas redimidas.

El protestantismo no había alterado ni renovado la naturaleza divina; conservador del símbolo admitido y de la antigua leyenda, sólo había transformado la disciplina eclesiástica y el dogma de la gracia. Sólo había hablado al cristiano de su salvación personal y de la libertad de los legos; ni había refundido al hombre, ni reformado la idea de Dios; no podía, pues, producir una epopeya divina, sino una

epopeya humana; no eran los combates y las obras del Señor lo que podía cantar, sino las tendencias y la salud del alma.

En la época de Cristo brotaban los poemas cosmogónicos; en la de Milton brotaban las confesiones psicológicas. En la época de Cristo cada imaginación producía una jerarquía de seres sobrenaturales y una historia del mundo; en la de Milton cada corazón refería la serie de sus palpitaciones y la historia de la Gracia. La erudición y la reflexión inspiraron á Milton un poema metafísico que no era propio de su siglo, al mismo tiempo que la inspiración y la ignorancia revelaban á Bunyan la narración psicológica que á su siglo convenía, y el genio del grande hombre resultaba más débil que la ingenuidad del calderero.

Suprimida la ilusión lírica, deja entrar el examen crítico en su poema. Libres de entusiasmo, juzgamos sus personajes y exigimos que sean vivos, reales, completos, de acuerdo con ellos mismos como los de una novela ó un drama. No escuchando las odas, queremos ver objetos y almas; pedimos que Adán y Eva obren y sientan conforme á su naturaleza primitiva; que Dios, Satanás y el Mesías obren y sientan conforme á su naturaleza sobrehumana.

Para tal empresa apenas bastaría Shakspeare; Milton, lógico y razonador, sucumbe en ella. Hace discursos correctos, solemnes, pero nada más; sus personajes, mejor que personajes son arengas, y en los sentimientos que expresan apenas hay otra cosa que puerilidades y contradicciones.

Me acerco á Eva y Adán, la primera pareja, y creo encontrar la Eva y el Adán de Rafael imitados por Milton; admirables jóvenes, dicen los biógrafos, vigorosos, voluptuosos, desnudos á la luz del día, inmóviles y preocupados ante los grandes paisajes, con la mirada brillante y vaga, sin más ideas que las del toro y la yegua acostados detrás de ellos. Escucho, y oigo: una familia inglesa, dos razonadores de la época, como por ejemplo el coronel Hutchinson y su esposa. ¡Dios mío! Vestidles pronto. Personas tan cultas hubieran inventado antes que ninguna otra cosa el pudor y los pantalones. ¡Qué diálogos! Son disertaciones que terminan con graciosos rasgos; son sermones recíprocos que acaban con reverencias. ¡Y qué reverencias! ¡Qué cumplimientos filosóficos y qué sonrisas morales! «Yo cedí, dice Eva, y desde entonces conozco cuán superior es á la belleza la

gracia viril y la sabiduría, única verdaderamente bella.» Querido y sabio poeta, satisfecho hubieseis quedado si cual quiera de vuestras tres esposas, buena colegiala, os dijera como conclusion esta sólida máxima teórica. Y os la han dicho, porque la siguiente escena es de vuestra vida matrimonial:

«Así habló la madre del género humano, y con miradas de halago conyugal no rechazado, se apoyó en dulce abandono, medio abrazando á nuestro primer padre. Entusiasmado éste por su belleza y sus sometidos encantos, sonrió con amor digno y oprimió con puro beso los labios de la matrona.»

Este Adán pasó por Inglaterra antes de entrar en el Paraíso terrenal; allí aprendió la *respectability*, y allí estudió el discurso moral. Oigamos á este hombre que aun no ha probado el árbol de la Ciencia: no hay bachiller alguno que en su discurso de recepción exprese mejor y con más nobleza mayor número de huecas sentencias. «Mi bella compañera, la hora de la noche y el sueño de todas las criaturas en su retiro nos advierten que debemos descansar de igual modo, puesto que Dios ha establecido para los hombres el alternativo cambio del

reposo y del trabajo, como la noche y el día, y puesto que el oportuno rocío del sueño con su blando y letárgico peso abate nuestros párpados. Las demás criaturas viven todo el día ociosas, sin ocupación, y necesitan menos el descanso. El hombre, por disposición del Altísimo, está obligado á trabajo diario de cuerpo y de pensamiento, que prueba su dignidad y lo que el Cielo cuida de todos sus actos, mientras que los demás seres vagan desocupados sin que Dios les pida cuenta de sus acciones.»

Utilísima y excelentísima exhortación puritana. Se ve en ella la virtud y la moral inglesas, y los padres podrán leerla por las noches á sus hijos de igual modo que la Biblia. Adán es el verdadero jefe de la familia, elector, miembro de la Cámara de los Comunes, antiguo estudiante en Oxford, consultado en caso preciso por su esposa, á la que da con prudente mano las soluciones científicas que necesita. Esta noche, por ejemplo, la infeliz ha tenido una pesadilla, y Adán, con su puntiagudo gorro de dormir encasquetado, le administra esta dosis psicológica.

«Has de saber que en el alma hay muchas facultades inferiores que sirven á la Razón como soberana. Entre estas faculta-

des, la Imaginación desempeña el cargo principal. Con todas las formas exteriores que los sentidos representan crea formas aéreas que la Razón une ó separa, y con ellas compone todo lo que afirmamos ó negamos. Frecuentemente, en su ausencia, la Imaginación, que trata de imitarla, procura hacerlo; pero reuniendo mal sus fuerzas sólo produce una obra incoherente, sobre todo durante el sueño, por rara mezcla de palabras ó acciones presentes ó pasadas.» Motivo bastante hay para que la pobre Eva vuelva á dormirse, y al ver su esposo este efecto, añade cual acreditado casuista: «No estés triste; el mal puede entrar y pasar en el espíritu de Dios y del hombre sin su consentimiento y sin dejar tras sí ninguna mancha ó falta.» Bien se ve al marido protestante, confesor de su esposa.

Al día siguiente llega de visita un ángel, y Adán dice á Eva que se procure las provisiones. Discute Eva un momento como mujer hacendosa la comida que ha de ofrecerle, no sin que le enorgullezca su despena. «El ángel confesará que Dios ha derramado sus riquezas sobre la tierra lo mismo que en el cielo.» Está pintado el amable celo de una *lady* hospitalaria.

Parte Eva apresuradamente y mirando

afanosa. ¡De qué suerte escogerá lo más delicado? ¡á qué orden, á qué industria apelará para que no haya confusión en el gusto, para que entre uno y otro sabor resulte afortunado contraste? Ella fabrica vino dulce, bebida de peras, cremas, esparce flores y hojas sobre la mesa. ¡Qué excelente mujer casera! ¡y qué bien ganará votos entre los señores de la campiña cuando Adán se presente candidato al Parlamento!

Adán es de la oposición, *whig*, puritano. Sale á recibir al ángel sin otro acompañamiento que sus propias perfecciones, llevando en sí toda su corte, más solemne que la enojosa pompa de los Príncipes, con la larga fila de sus soberbios caballos y de sus lacayos cubiertos de bordados de oro. El poema épico se convierte en poema político, y este detalle es un epigrama contra el poder.

Los saludos y cumplimientos fueron un poco largos; pero como por fortuna los manjares eran fiambres, «no había peligro de que se enfriase la comida.»

El ángel, aunque etéreo, come al igual de un campesino de Lincolnshire, «no en apariencia, ni en humo, según la vulgar glosa de los teólogos, sino con el vivo apresuramiento de hambre real y de calor di-



gestivo para asimilar el alimento, transpirando fácilmente lo superfluo á través de su sustancia espiritual.»

En la mesa escucha Eva las historias del ángel, y se va discretamente á los postres cuando empieza la conversación sobre política. Las damas inglesas aprenderán á conocer, por este ejemplo, en la cara de sus maridos «cuándo van á expresar sus abstrusos y estudiados pensamientos.» Su sexo no les permite volar tan alto, y una mujer prudente «preferirá á las explicaciones de un extraño las de su marido.»

Adán escucha un breve discurso sobre astronomía, y, como inglés práctico, saca la conclusión «de que la primera sabiduría es la de reconocer los objetos que nos rodean en la vida diaria; que lo demás es humo vano, pura extravagancia que nos hace, para las cosas que más nos importan, inexpertos, inhábiles y siempre inciertos.»

El ángel parte. Descontenta Eva de su jardín, quiere hacer en él reformas, y propone á su marido trabajar ambos, cada cual de un lado. «Eva, dice con sonrisa de aprobación Adán, nada sienta mejor á una mujer que el pensar en los bienes de la casa, é impulsar á su marido á un buen trabajo.» Pero teme por ella, y quisiera

que permaneciese á su lado. Eva, picada en su amor propio, se enfada como una joven *miss* á quien no se dejara salir sola. Triunfa en su deseo, parte, y come la manzana. Este es el momento en que los interminables discursos caen sobre el lector, tan numerosos y fríos como las duchas de lluvia en invierno. Las arengas del Parlamento, *expurgado* por Crómwell, no son tan pesadas. La serpiente seduce á Eva con una colección de entimemas dignos del escrupuloso Chillingworth, y el humo silogístico llena esta pobre cabeza.

«La prohibición de Dios, dice para sí Eva, recomienda este fruto, pues aquélla infiere el bien que éste comunica y nuestra necesidad de poseerlo; porque un bien desconocido, seguramente no es poseído; y si es poseído y continúa desconocido, resulta igual que si no se le posee por completo. *Tales prohibiciones no obligan.*» Eva sale de Oxford, donde ha estudiado leyes en las aulas del Templo, y lleva tan bien como su marido el birrete de doctor.

La marea de las disertaciones no se detiene: del Paraíso sube al Empireo; ni el cielo, ni la tierra, ni el mismo infierno bastarán á reprimirla.

Dios es el más bello de cuantos persona-

jes pueda el hombre poner en escena. Las cosmogonías de los pueblos son poemas sublimes, y el genio de los artistas no llega á su último límite sino sostenido por tales concepciones. Los poemas sagrados de los Indios, las profecías de la Biblia, el Edda, el Olimpo de Hesiodo y de Homero, las visiones de Dante, son flores radiantes donde brilla concentrada una civilización entera, y todo desaparece ante la sensación fulminante que las ha hecho surgir de lo más profundo de nuestro corazón.

De aquí que nada sea tan triste como la degradación de estas nobles ideas cuando caen en la regularidad de las fórmulas y bajo la disciplina del culto popular; nada tan pequeño como un Dios rebajado á rey ó á hombre; nada más feo que el Jehová hebreo definido por la pedantería teológica, ajustado en sus acciones conforme al último manual del dogma, petrificado por la interpretación literal, con el número puesto como venerable mueble de un museo de antigüedades.

El Jehová de Milton es un rey grave, de representación conveniente, casi, casi como Carlos I. La primera vez que se le encuentra en el libro tercero está en consejo haciendo la exposición de un asunto.

En el estilo se adivina su bello traje con pieles, su barba puntiaguada á lo Van-Dyck, su sillón de terciopelo y su dorado dosel. Trátase de una ley que da malos resultados, y quiere justificar á su gobierno. Adán va á comer la manzana. ¿Por qué ha sido expuesto Adán á la tentación? El regio orador diserta y demuestra: «Adán es capaz de resistirla, pero libre para caer en ella. Así he creado todos los poderes etéreos, todos los espíritus, los que han resistido y los que han caído, obrando unos y otros libremente. Sin esta libertad, ¿qué prueba sincera hubiesen podido dar de su verdadera obediencia, de su constante fe, de su amor, limitándose á actos forzosos y sin poder ejecutar los voluntarios? ¿A qué elogio se hubieran hecho acreedores? ¿Qué placer me proporcionaría una obediencia de tal suerte pagada, si la voluntad y la razón (la razón también es libre), inútiles y vanas, despojadas ambas de libertad, pasivas ambas, sirvieran á la necesidad y no á mí? Han sido, pues, creadas en el estado que la equidad exigía, y no pueden en justicia acusar á su creador, ni á su naturaleza, ni á su destino, como si la predestinación dominase su voluntad, fijada por decreto absoluto ó por una presciencia

superior. Ellos mismos han decretado su propia rebeldía, sin intervención alguna de mi parte. Si lo he previsto, la presciencia no ha influido para nada en su falta, que, no prevista, hubiera sido igualmente cierta.» «De esta suerte, sin impulso alguno, sin la menor apariencia de fatalidad, sin que haya nada previsto por mí de un modo inmutable, pecan porque son dueños de sus acciones al juzgar y al escoger.»

No siendo el lector moderno tan paciente como los Tronos, los Serafines y las Dominaciones, suspendo en la mitad la exposición de la regia arenga. Bien se ve que el Jehová de Milton es hijo del teólogo Jacobo I, muy versado en las disputas de arminianos y gomaristas, muy hábil en el *distingo*, y sobre todo incomparablemente fastidioso. Para obligarles á escuchar tan largos discursos debe dar pingües sueldos á sus consejeros de Estado. Su hijo, el Príncipe de Gales, le responde respetuosamente en igual estilo. ¡Cómo rebaja á este Dios, hombre de negocios, hombre de escuela, hombre de aparato, el Dios de Goethe, semiabstracción, semileyenda, fuente de oráculos serenos, visión entrevista sobre una pirámide de estrofas está-

ticas (1). Y honro demasiado al Dios de Milton concediéndole tales títulos, pues merece algunos peores cuando envía á Rafael á advertir á Adán que Satanás no le quiere bien. «Que lo sepa, dice, no sea que, transigiendo voluntariamente, tome por pretexto la sorpresa, porque no se le ha advertido.» ¿No es este Dios un maestro de escuela que, previendo el solecismo de su discípulo, le recuerda de antemano la regla gramatical, para tener después el placer de reñir sin discusión?

Además, como buen político, tenía otro motivo, el mismo que para sus ángeles; obraba así «por la pompa, á título de Rey supremo, para acompañar sus altos decretos y perfeccionar la debida obediencia.» La frase es baja, y por ella se ve lo que es el cielo de Milton: un Whitehall con lujosos lacayos. Los ángeles son músicos de capilla, cuyo oficio consiste en cantar himnos para el Rey y por el Rey, «conservando su puesto mientras dura su obediencia,» relevándose para hacer música toda la noche alrededor de su alcoba (2). ¡Qué

---

(1) Fin de la segunda parte de *Fausto*. Prólogo en el Cielo.

(2) Esto recuerda á Voltaire en la historia de Irax, condenado á sufrir sin tregua ni descanso.

vida la de este pobre Rey! ¡Qué condición tan cruel la de escuchar durante la eternidad sus propias alabanzas!

Para distraerse, decide el Dios de Milton coronar como Rey *King-partner*, si se quiere, á su hijo. Vea el lector este pasaje, y diga si no se trata de una ceremonia de la época del poeta. Todas las tropas están sobre las armas, cada cual en su puesto, «llevando bordados en los estandartes, como blasones, actos de celo y fidelidad,» probablemente la presa de un buque holandés ó la derrota de los españoles en las Dunas. El Rey presenta á su hijo, le «unge,» declara que es «su Virrey.» «Que todas las rodillas se doblen ante él; quien le desobedezca, me desobedece,» y en aquel mismo día es expulsado del palacio. «Todo el mundo parece satisfecho, pero algunos no lo están.» Sin embargo, «pasan el día cantando y danzando, y después del baile tienen un exquisito festín.» Milton describe las mesas, los manjares, el vino, las copas.

---

los elogios de cuatro gentileshombres y esta cantata:

¡Qué méritos tan grandes!  
 ¡Qué gracias, qué esplendor!  
 ¡Contento de sí mismo  
 Debe estar monseñor!

Es una fiesta popular, en la que se echan de menos los fuegos artificiales y las campanas que suenan como en Londres, y donde imagino que se brindaría á la salud del nuevo Rey.

Más adelante, Satanás se revela. Lleva sus tropas al otro extremo del país, como Lambert ó Monk «á los cuarteles del Norte,» probablemente á Escocia, atravesando regiones bien administradas, «imperios» con su *schérif* y sus lores lugartenientes. El cielo está dividido como un buen mapa. Satanás hace una disertación delante de sus oficiales contra la monarquía; lucha en torneo de arengas contra Abadiel, buen realista, que refuta «sus argumentos blasfemos» y va á unirse con su Rey en Oxford.

Bien armado, empieza el rebelde la marcha con sus piqueros y sus artilleros, para atacar la plaza fuerte de Dios (1). Ambos

---

(1) Tan rebajado queda Dios en su condición de Rey y de hombre, que dice (verdad es que irónicamente) versos como los siguientes:

«Lest unawary we lose

This place, our sanctuary, our hill»

Su hijo, joven caballero que va á batirse por primera vez, le responde:

If I befound the worst in heaven, etc



ejércitos se destrozan á sablazos, se barren á cañonazos y se aplastan á fuerza de razonamientos políticos. Estos tristes ángeles tienen el espíritu tan disciplinado como los miembros, y se ve que han pasado su juventud en la escuela del silogismo y en la escuela de reclutas. Satanás tiene frases de predicador. «Dios se ha equivocado, dice; así, pues, aunque le hayamos juzgado omnisciente, no es infalible en el conocimiento del porvenir.» Tiene palabras de cabo instructor como estas: «Vanguardia, abrid el frente á derecha é izquierda.» Hace retruécanos tan torpes como los del carnicero Harrison, que llegó á ser oficial.

¡Qué cielo! Motivo hay para perder la afición al Paraíso. Tanto valdría entrar en el cuerpo de lacayos de Carlos I ó en el cuerpo de coraceros de Crómwell. Hay en él órdenes del día, un escalafón, una sumisión rigurosa, servicios de vasallaje (1), disputas, ceremonias reglamentadas, etiqueta, armas prohibidas, arsenales, depósitos de carros y de municiones. ¡Vale la pena dejar la tierra para encontrar en las

---

(1) Por ejemplo, el de Rafael á las puertas del infierno. Allí se aburre mucho, y «regocíjase grandemente» al volver al cielo.

alturas la carretería, la albañilería, la artillería, el manual administrativo, el arte de saludar y el almanaque real? ¿Son éstas las «cosas que los ojos no han visto, ni los oídos escuchado, ni soñado el corazón? ¡Cuán lejos de esta ropavejería morárquica (1) están las apariciones de Dante, las almas que flotan como estrellas entre los cantos, los resplandores que se confunden, las rosas místicas que irradian y desaparecen en el azulado cielo; el mundo impalpable donde todas las leyes de la vida terrestre desaparecen, el insondable abismo atravesado por visiones fugitivas parecidas á las doradas abejas que cruzan los rayos del profundo sol! ¡No es señal de que la imaginación se apaga, de que la prosa empieza, de que nace el genio práctico y reemplaza la metafísica con la moral? ¡Qué caída! Para comprenderla volved á leer un verdadero poema cristiano, el *Apocalipsis*.

---

(1) Cuando Rafael baja á la tierra, los ángeles que están de guardia alrededor del Paraíso le presentan las armas.

El rasgo más desagradable y característico de este Paraíso consiste en que el motor universal es la obediencia, mientras que en el de Dante es el amor.

**Copio diez líneas. Juzgad lo que ha llegado á ser en el imitador:**

«Entonces me volví para ver de dónde venía la voz que me hablaba, y al volverme ví siete candelabros de oro.

»Y en medio de los siete candelabros á uno que se parecía al Hijo del hombre, vestido con larga túnica y ceñido el pecho con un cinturón de oro.

»Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca y como la nieve, y sus ojos eran como llama de fuego.

»Sus pies parecían al bronce más fino que ese tuviese en ardiente horno, y su voz era como el ruido de las grandes aguas.

»Tenía en su mano derecha siete estrellas: una aguda espada de doble filo salía de su boca, y su mirada resplandecía como el sol cuando brilla con toda su fuerza.

»Al verle, caí á sus pies como muerto.»

Quando Milton ordenaba su gran parada celeste, no cayó como muerto.

Pero si la costumbre innata é inveterada de la argumentación lógica, unida á la teología literal de la época, impidieron á Milton llegar á la ilusión lírica ó crear almas vivientes, la magnificencia de su grandiosa imaginación, unida á las pasiones puritanas, le han dado elementos para crear un personaje heroico, muchos himnos sublimes y paisajes por nadie superados.

Lo que hay más bello en el *Paraiso* es el infierno, y en esta historia de Dios el primer papel corresponde al diablo. El ridículo diablo de la Edad Media, encantador cornudo, sucio intrigante, mico trivial y perverso director de orquesta en un aquelarre de viejas, se convierte en un gigante, en un héroe. Como Crómwell, vencido y desterrado, sigue siendo objeto de admiración y obediencia de los mismos á quienes ha precipitado en el abismo.

Continúa siendo señor, porque es digno de serlo. Más constante, más emprendedor, más político que los demás, de él son los profundos consejos, los recursos inesperados, los actos de valor; él es quien inventa en el cielo las armas fulminantes y gana la victoria del segundo día; él es quien en el infierno reanima sus tropas prosternadas y concibe la perdición del hombre; él es quien, cruzando las guardadas puertas y el caos infinito á través de tantos obstáculos y peligros, ha rebelado al hombre contra Dios y ganado para el infierno el pueblo entero de los nuevos vivientes.

Derrotado, vence, porque priva al Monarca de una tercera parte de los ángeles y de casi todos los hijos de Adán; herido,

triunfa, porque el rayo que destroza su cabeza deja su corazón invencible. Más débil en fuerza, es superior en nobleza. porque prefiere la independencia dolorosa á la servidumbre feliz, y acepta su derrota y sus torturas como una gloria, una libertad y una fortuna. Resaltan en esta figura las fieras y sombrías pasiones políticas de los puritanos consecuentes y abatidos; Milton las había sentido en las vicisitudes de la guerra, y los emigrantes, refugiados entre las panteras y los salvajes de América, las tenían vivas y de pie en lo más profundo del corazón.

El heroísmo sombrío del Satanás de Milton, su dura obstinación, su punzante ironía, aquellos brazos orgullosos y rígidos que abrazan al dolor como á una querida, a concentración del valor invicto que, replegado en sí mismo, encuentra en sí todos los medios y recursos, el poder de la pasión y el imperio sobre la pasión son los rasgos característicos del carácter inglés y de la literatura inglesa, y se encuentran después en *Lara* y en el *Conrado* de lord Byron.

En él, y á su alrededor, todo es grande. El infierno de Dante queda reducido á un taller de torturas cuyas estancias super-

puestas descenden por pisos regulares hasta el último pozo. El infierno de Milton es inmenso y vago «lugar horrible, flameando como un horno, cuyas llamas no tienen luz, sino tinieblas visibles que descubren aspectos de desolación; regiones de duelo, sombras lúgubres, mares de fuego, helados continentes que se dilatan negros y salvajes, azotados por eternos torbellinos de duro granizo que jamás se licua y cuyos montones asemejan ruinas de antiguos edificios.» Los ángeles se reúnen en legiones innumerables parecidas «á bosques de pinos en las montañas, con las cabezas escoriadas por el rayo; imponentes, aunque despojados, permanecen de pie sobre el quemado arenal.

Milton necesita y prodiga lo grandioso, lo infinito. Su vista exige para reposar el espacio sin límites y sólo engendra colosos para poblarlo. Así es Satanás revolcándose sobre las olas del mar lívido.

Spenser ha creado figuras tan grandes como las de Milton, pero no tiene la seriedad trágica que imprime en un protestante la idea del infierno. No hay creación poética alguna que iguale en horror y en grandiosidad al espectáculo que encuentra Satanás al salir de su calabozo.

El aliento heroico del viejo campeón de las guerras civiles anima la batalla infernal, y si se me preguntara por qué crea Milton más grandes cosas que los demás poetas, respondería que porque tiene un corazón más grande.

De ello proviene la sublimidad de sus paisajes. Si no fuera por miedo á la paradoja, diría que son escuela de virtud.

Spenser es un espejo que reproduce imágenes tranquilas; Shakspeare, una luna ardiente donde se reproducen una tras otra visiones multiplicadas que nos ciegan. Aquél nos distrae; éste nos perturba; Milton nos eleva. La fuerza de los objetos que describe se trasmite á nuestro espíritu, y somos grandes por simpatía con su grandeza.

Tal es el efecto de su pintura de la creación. El mando eficaz y sereno del Mesías impresiona al corazón que le escucha, y se siente mayor vigor y más salud moral al aspecto de esta grande obra de sabiduría y de voluntad.

Describe los paisajes primitivos, mares y montañas inmensas y desnudas, como Rafael los pinta en el fondo de sus cuadros bíblicos. Milton abraza los conjuntos y maneja las masas tan fácilmente como su Jehová.

Apartemos la vista de estos espectáculos sobrehumanos ó fantásticos. Milton hará que les iguale una sencilla puesta del sol; llenándola de solemnes alegorías y de regias figuras, y naciendo lo sublime del poeta, como antes nació del asunto.

Los cambios de la luz forman una procesión religiosa de seres vagos que llenan el alma de veneración. Santificado de esta suerte el poeta, reza. De pie, junto al lecho nupcial de Eva y Adán, saluda «al amor conyugal, ley misteriosa, verdadera fuente de la raza humana, que arrojó el adúltero libertinaje lejos de los hombres, hasta los rebaños de los brutos, que funda en razón leal, justa y pura los amados parentescos y todas las ternuras del padre, del hijo, del hermano.» Lo justifica con el ejemplo de los patriarcas. Inmola ante sí el amor comprado y la loca galantería, las mujeres desordenadas y las jóvenes sin corazón. Nos encontramos á mil leguas de Shakspeare, y en esta alabanza protestante de la familia, del amor legal, de los «halagos de la vida doméstica,» de la devoción reglamentada y del hogar, bien se advierte una literatura nueva y una nueva época.

¡Qué grande hombre tan singular y qué espectáculo tan extraño! Nació Milton con



el instinto de las cosas nobles, y fortificado este instinto por la meditación solitaria, por la acumulación del saber, por el rigorismo de la lógica, conviértese en un conjunto de máximas y creencias que ninguna tentación podrá disolver, ni destruir ninguna contrariedad. Provisto de esta suerte, atraviesa la vida combatiendo, como poeta, con actos valerosos y espléndidas ilusiones, heroico y rudo, quimérico y apasionado, generoso y sereno como todo razonador, ensimismado como todo entusiasta, insensible á la experiencia y enamorado de lo bello.

Impulsado por el acaso de una revolución hacia la política y la teología, reclama para los demás la libertad que necesitaba su poderosa razón, y lucha contra las trabas públicas que encadenaban su personal impulso. Su potente inteligencia es más capaz que otra alguna de acumular la ciencia: el vigor de su entusiasmo le hace más capaz que á cualquier otro de sentir el odio.

Armado de esta suerte, se lanza en la controversia con toda la pesadez y toda la barbarie propias de su época; pero aquella admirable lógica presenta su razonamiento con amplitud maravillosa, y sostiene sus

imágenes con majestad desconocida. Después de derramar en la prosa un torrente de magníficas figuras, esta exaltada imaginación le arrastra en un arrebatado de pasión hasta la oda furiosa ó sublime, especie de canto de arcángel adorador ó vengador.

El acaso de un trono derribado y después restablecido le impulsa antes de la revolución á la poesía pagana y moral; después de la revolución, á la poesía cristiana y moral. En ambas busca lo sublime é inspira admiración, porque lo sublime es obra de la razón entusiasta, y la admiración es el entusiasmo de la razón. En ambas lo consigue por el conjunto de magnificencias, por la sostenida amplitud del canto poético, por la grandeza de las alegorías, por la elevación de los sentimientos, por la pintura de los objetos infinitos y de las emociones heroicas. En la primera, lírico y filósofo, poseedor de una libertad poética más extensa y creador de una ilusión poética más poderosa, produce odas y coros casi perfectos: en la segunda, épico y protestante, encadenado por una teología estricta, privado del estilo que hace visible lo sobrenatural, desprovisto de la sensibilidad dramática que crea almas vivas y variadas, acumula frías disertaciones, hace del hom-

bre y de los máquinas ortodoxas y vulgares, y sólo encuentra su genio cuando presta á Satanás su alma republicana, cuando multiplica los paisajes grandiosos y las apariciones colosales, cuando consagra su poesía á la alabanza de la religión y del deber.

Colocado por la suerte entre dos edades, participa de dos naturalezas, como río que, corriendo entre dos tierras distintas, se tiñe de dos colores. Poeta y protestante, recibió de la edad que tocaba á su término la libre inspiración poética, y de la edad que comenzaba la severa religión política; puso aquélla al servicio de ésta, y aplicó la inspiración antigua á los asuntos nuevos. En su obra se reconocen dos Inglaterra: la una apasionada por lo bello, entregada á las emociones de la sensibilidad desenfrenada y á las fantasmagorías de la imaginación pura, sin más reglas que los sentimientos naturales, sin más religión que las creencias naturales, pagana de buen grado y con frecuencia inmoral. Así la muestran Ben Jonson, Beaumont, Fletcher, Shakspeare, Spenser y toda la magnífica cosecha de poetas que cubre aquel suelo durante cincuenta años. La otra, provista de una religión práctica y desprovista de invención meta-

física, completamente política, profesando culto á la reglamentación, adherida á las opiniones justas, sensatas, útiles, estrechas, elogiando las virtudes de la familia, armada de rígida moralidad, precipitada en la prosa y elevada al mayor grado de poder, riqueza y libertad. Bajo este aspecto, el estilo y las ideas de Milton son monumentos de historia, porque concentran, recuerdan ó adelantan lo pasado y lo porvenir, y en los límites de una sola obra se descubren los acontecimientos y los sentimientos de muchos siglos y de una nación.

TAINÉ.

---

---

# PARAÍSO PERDIDO.

## LIBRO PRIMERO.

### SUMARIO.

PROPÓNESE el objeto del poema, que es la desobediencia del primer hombre, y su castigo. Se nombra el autor del pecado, á saber. Satanás, que bajo la figura de la serpiente sedujo á nuestros primeros padres para vengarse de Dios, cuya terrible justicia le había desterrado del cielo, precipitándole al abismo, con los compañeros de su rebelión. Se describe á Satanás, y á sus Angeles, en medio de los infiernos, que no se suponen entonces en el centro del mundo, pues que el cielo y la tierra no existían aún sino en las tinieblas exteriores, á las que se da el nombre de caos. Atropellados por los rayos, se ven allí desfallecidos, y flotando esparramados en un lago de fuego. El Monarca infernal vuelve en sí; dirige la palabra á Belzebuth, y después despierta sus legiones, que se levantan de las ondas de fuego, y se van juntando en sus orillas abrasadas. Se trata de su número prodigioso, de su orden de batalla, y de sus principales jefes, bajo los nombres con que los conoció la idolatría. Satanás les habla, les anima con la esperanza de reconquistar el cielo, y les da noticia de un nuevo mundo que debía formarse, que es el nuestro, y del hombre que se debía criar en él, lo que es análogo á la opinión de algunos santos Padres, que han creído que el universo fué criado mucho tiempo antes que este mundo visible. Trata después el Monarca infernal de examinar en pleo consejo lo que pueden hacer, en consecuencia de lo que ha propuesto. Sus asociados consienten en ello, construyen en un momento el Pandemonio, ó palacio de Satanás, en donde las Potestades infernales se juntan para la deliberación.

Del primer hombre la desobediencia  
Canto, y la fatal fruta del vedado  
Árbol, cuyo bocado,  
Desterrando del mundo la inocencia,

Dió entrada á los dolores, y á la muerte,  
Y nos hizo perder el paraíso;  
Hasta que el hijo del Eterno quiso,  
Lleno de amor, bajar á nuestro suelo,  
Hacerse hombre, y volver con brazo fuerte  
A abrir las puertas del cerrado cielo.

Asísteme piadosa,

Oh tú, Verdad divina, y encendida,  
Unica Musa digna de mi canto,  
Que de Oreb en la cima, en la escondida  
Cumbre del Sinaí, la venturosa  
Alma del pastor santo  
Te dignaste alumbrar con tu luz pura;  
A fin que á la escogida  
Nación, la prodigiosa historia diera,  
La narración segura,  
Del modo con que el orbe, á la primera  
Voz de su Criador obedeciendo,  
De repente salió del caos horrendo:  
O, si más de Sión la alta colina  
Te deleita, á la fuente peregrina  
De Síloe, cuyo curso arrebatado  
De su divino templo al pie fluyendo,  
Te inspire como oráculo sagrado,  
Dígnate desde allí animar mi acento,  
Supuesto que cantar osado intento  
Cosas sublimes, nuevas, celestiales.  
No cantadas aún por los mortales.

Tú, sobre todo, Espiritu fecundo,  
Que de un corazón puro la morada  
Prefieres á los templos más suntuosos;  
Tú, que el abismo lóbrego y profundo,  
Que cuando nació el orbe de la nada  
Le envolvía en sus velos tenebrosos,  
Con tu calor divino fomentaste,

Tus benéficas alas extendiendo  
Sobre él, y á producir le preparaste;  
Pues que nada se oculta á tu alta ciencia.  
Descúbreme benigno el ignorado  
Orden de los sucesos que pretendo  
Cantar, hasta que llegue al deseado  
Fin de hacer ver la sabia providencia  
De Dios, y los decretos soberanos,  
Justos, con que gobierna á los humanos.  
Dígnate, pues que todo está patente  
A tu vista, en el cielo, y en el mismo  
Centro del infernal profundo abismo,  
Dígnate revelarme claramente  
Qué causa fué la que hizo desgraciados  
Nuestros primeros padres, que gozaban  
Del divino favor cuando habitaban  
Del Edén los pensiles encantados,  
De todo bien tranquilos poseedores,  
Fuera de un solo fruto, prohibido  
A fin de que se hiciesen acreedores,  
Tan ligero precepto exactamente  
Observando, á otro bien no conocido  
De los mortales, á la deliciosa  
Suerte de ver á Dios eternamente,  
Del cielo en la morada venturosa.

Díme quién fué el cruel que los sedujo.  
Satanás sólo, la infernal serpiente,  
Fué el que de envidia y de furor ardiendo  
Contra su Eterno dueño, desde el día  
En que de su soberbia y rebeldía  
Le castigó arrojándole al horrendo  
Abismo, con millones de otros fieros  
Angeles de su culpa compañeros,  
Quiso vengar en el linaje humano,  
Objeto del amor del soberano

Señor, á quien sus iras dirigía,  
Lo que en su sér excelso no podía.  
El miserable, de soberbia erguido,  
De una multitud de Angeles séguido  
Vanos como él, se había lisonjeado,  
Insano, colocar su trono al lado  
De su eterno hacedor, desconociendo  
Todos que á su bondad sola debían  
Los dotes y el sér mismo que tenían;  
Llegando á tanto el atentado horrendo,  
Que contra Dios se armaron  
Y á hacerle impía guerra se arrojaron.  
¡Intento vano! el brazo omnipotente  
Los precipitó á todos, abrasados  
En vivas llamas, desde el eminente  
Alcázar de los cielos, con horrible  
Y vasta ruina, á aquel infernal suelo;  
Sima sin fondo, en donde los malvados,  
Con cadenas de bronce aherrojados,  
Consumidos de un fuego inextinguible,  
Sufren á un tiempo mismo, sin consuelo,  
Eternamente, el frío, las mortales  
Angustias, y otros infinitos males.

Mientras que nueve veces mide el día,  
Y otras tantas la noche tenebrosa,  
Del tiempo á los humanos la carrera,  
El fiero Arcángel, con su turba impía,  
Aturdido rodó, en la tempestuosa  
Superficie de aquellas formidables  
Olas de fuego, que en la sima fiera,  
Entre negros peñascos espantables,  
Forman un lago inmenso y turbulento.  
Al fin como inmortal restituído,  
Para padecer más, á su sentido,  
Recorre en su agitado pensamiento,



Con amargo dolor, ya la perdida  
Felicidad, ya el bárbaro tormento  
A que está para siempre reducido.  
Vuelve después la triste y encendida  
Vista, á lo lejos, á uno y otro lado.  
En sus ojos, el triste abatimiento,  
El desmayo profundo está pintado,  
Junto á la endurecida  
Soberbia y al rencor más obstinado.  
Da al contorno una fúnebre mirada,  
Tan lejos como alcanzan los vivaces  
Ojos de un Ángel, por la dilatada  
Extensión, y á sus míseros secuaces  
Ve en aquel mar ardiente amortecidos  
Fluctuar entre las ondas esparcidos.

Observa á todos lados una oscura  
Bóveda inmensa, que las llamas cubre  
Del lago, que en lugar de una luz pura  
No esparcen más que pálidos horrores  
De un resplandor funesto, una palpable  
Lobreguez, que descubre  
Aquel vasto recinto de dolores,  
Asilo de las sombras espantable,  
Y visiones horribles. Desgraciada  
Región, que para siempre está cerrada  
Al reposo y la paz; que aun la esperanza,  
Que á todas partes lleva su consuelo,  
Jamás visita; en donde la venganza  
Sobre el malvado agota el justo cielo  
Con diluvio de fuego, alimentado  
Eternamente por su soplo airado.  
Tal es la prisión dura, preparada  
Por la justicia del Eterno dueño,  
Para siempre, á aquel Ángel insolente,  
Y á la turba rebelde y obstinada

Que sus banderas sigue. Un breve sueño  
 Fué su felicidad. ¡Cuán diferente  
 Era, oh suerte, el lugar en que habitaron,  
 Cuando de Dios las manos los formaron!  
 Tres veces más que desde el eminente  
 Polo septentrional hasta el segundo  
 Polo, que á una con él sostiene el mundo,  
 Hay desde aquel divino  
 Alcázar, á su cárcel, de camino.

Mas ya el furioso Arcángel, descubriendo  
 Sus secuaces en medio del horrendo  
 Fuego de un incesante torbellino  
 De rayos que sobre ellos, apiñados,  
 Lluven aún del cielo, atolondrados,  
 Da un profundo gemido, y distinguiendo  
 Al fiero Belzebuth poco distante,  
 Le habla con ronca voz de esta manera:

«¡Sí, eres tú aquél...! mas ¡oh, cuán diferente,  
 »Cuán distinto del que era  
 »Hace poco una estrella tan brillante,  
 »Un principe glorioso y eminente,  
 »En aquellas regiones venturosas,  
 »Moradas de la luz y la alegría!  
 »¡Del que, entre mil millones de gloriosas  
 »Deidades, en beldad sobresalía!  
 »¡Sí, eres tú aquel que en la atrevida guerra,  
 »Conmigo unieron en estrecha alianza  
 »Los planes, los deseos, la esperanza,  
 »Como ahora la desgracia nos encierra  
 »Juntos en este abismo tenebroso!  
 »¡Sí, eres aquel Arcángel poderoso  
 »Igual á mí, que ruina lamentable  
 »Nos perdió para siempre! ¿Y quién podía  
 »Adivinar la fuerza formidable  
 »De sus ardientes rayos? ¿Quién había

- »De pensar que á un ejército sin cuento
- »De espíritus tan nobles, é inmortales,
- »Precipitar lograrse en un momento,
- »Del cielo, hasta estas simas infernales?
- »Pero todo el furor de ese terrible
- »Enemigo, ni el mal que aun puede hacerme,
- »Jamás podrán al arrepentimiento
- »Ni á la menor bajeza resolverme.
- »Por más que pierda el resplandor visible,
- »La majestad augusta,
- »Primer objeto de su envidia injusta,
- »Que corresponde á mi naturaleza,
- »Jamás dejará mi ánimo inflexible
- »El odio, la venganza que ha jurado
- »A ese Altísimo sér que me ha obligado,
- »Humillando envidioso mi grandeza,
- »A disputarle el cetro, sostenido
- »De innumerable ejército, escogido
- »Entre los inmortales
- »Seres tratados con igual vileza,
- »Que mis nobles banderas prefirieron
- »A las de su opresor, que defendieron
- »Conmigo sus derechos naturales,
- »Combatiendo en los campos celestiales
- »Con dudosa batalla, y conmovieron
- »Su eterno trono. Es cierto que perdimos
- »El campo; mas ¿qué importa? No está todo
- »Perdido, si concordes retuvimos
- »El ánimo invencible,
- »Y nos queda el ingenio necesario
- »Para encontrar un modo,
- »Por más que sea osado y temerario,
- »Con que saciar el odio inextinguible,
- »La venganza, la ira
- »Que ese fiero enemigo nos inspira;

- »Si nos queda firmeza
- »Para repugnar siempre la bajeza
- »De obedecerle, de doblar rendidos
- »El cuello al yugo, ó darnos por vencidos.
- »¡Antes de esto perezca mi memoria!
- »Toda su rabia, toda su potencia
- »Agotará, sin conseguir la gloria
- »De haberme reducido á su obediencia,
- »Sin lograr que le doble la rodilla
- »O le pida perdón. Aunque á la silla
- »Que en el cielo he perdido me volviera,
- »Y al lado de su trono me pusiera,
- »Bastara que viniese de su mano
- »El don, para que yo lo aborreciera.
- »Jamás estará ufano
- »De que le adore yo. Mayor bajeza
- »Sería que esta mísera caída,
- »El adorar á aquel que ha vacilado (1)
- »En su trono elevado,
- »De este brazo al sentir la fortaleza.
- »Y pues que ser no puede destruida
- »De un hijo de los cielos la existencia,
- »Pues que ha dispuesto el hado
- »Que este divino sér que poseemos,
- »Sea inmortal, sus iras despreciemos.
- »De esta misma desgracia á la experiencia,
- »Sin abatir nuestro ánimo indomable,
- »Una lección preciosa deberemos
- »De cautela y prudencia,
- »Para hacer una guerra interminable.
- »Por arte, si por fuerza no es posible,
- »A ese enemigo hasta ahora tan terrible.
- »Esta esperanza debe dar aliento
- »A los nuestros, y más en un momento,
- »En que, de su victoria envanecido,

»Triunfa en el cielo solo y sin rivales,  
 »Desprecia nuestras fuerzas desiguales,  
 »Y no recela ser acometido,  
 »Dejándonos el tiempo suficiente  
 »Para adoptar el medio más prudente.»

Así habló Satanás, en la apariencia  
 Intrépido, mas dentro acongojado,  
 Maldiciendo su mísera existencia,  
 De su debilidad desesperado:  
 A lo que en tono ronco y lastimero,  
 Así le respondió su compañero:

«¡Oh Príncipe! ¡Oh caudillo generoso  
 »De tantos Tronos, tantas Potestades!  
 »¡Que de los Serafines ordenados  
 »Condujiste los fieros batallones  
 »Al combate más justo y peligroso  
 »Que ocurrir puede en todas las edades!  
 »¡Tú, que con tus heroicas acciones,  
 »Incapaz de temor, dudar hiciste  
 »Si debe el Criador Omnipotente  
 »Su autoridad suprema al contingente  
 »Azar, ó si en su mismo sér consiste!  
 »¡Ah! ¡Demasiado ví la inesperada  
 »Confusión, la derrota desastrada  
 »De todo nuestro ejército valiente,  
 »Después de hacer temblar estremecida  
 »Con sus esfuerzos la extensión del cielo:  
 »La fiera destrucción, que de la vida  
 »Feliz (pues que otra no puede quitarnos,  
 »Siendo Deidades, la enemiga suerte)  
 »Nos privó, y nos entrega al desconsuelo  
 »De otra peor é interminable muerte,  
 »Que en este abismo debe atormentarnos!  
 »¿Qué fruto, con efecto, sacaremos  
 »De nuestra eterna y mísera existencia,

»Si ese Dios... (por que al fin la omnipotencia  
»Confieso que negarle no podemos,  
»Pues nunca á nuestro ejército glorioso  
»Venciera, sino un Todopoderoso);  
»Si ese Dios quiere que entre los horrores  
»De este fuego, sirviendo á sus furores  
»De triste cebo, en indecibles penas  
»Arrastremos muriendo sus cadenas;  
»Si ese Dios, digo, nos conserva vivos,  
»Sólo para saciar su atroz venganza  
»Con tormentos eternos y excesivos?  
»En este caso, puestas en balanza  
»La muerte y vida, ¿cuánto mejor fuera  
»Que de una sola vez nos destruyera?»

—«Sea cual fuere», le replica osado  
El infernal caudillo, «nuestra suerte,  
»Más ó menos cruel, sólo una fuerte  
»Resolución, un ánimo invencible  
»Harán que sea menos desgraciado  
»Nuestro destino, no una vil flaqueza.  
»Hasta ahora ignoro su naturaleza;  
»Pero cualquier que fuere, es imposible,  
»Lo sabes como yo, que en adelante  
»Tu corazón y el mío gozar puedan  
»De algún bien: incapaces de mudanza,  
»La roedora envidia, la constante  
»Sed insaciable de una atroz venganza,  
»Son los solos placeres que nos quedan.  
»Hacer mal, debe ser nuestra incumbencia  
»Única, por lo mismo que él no quiere  
»Sino es el bien. Lo que el amare odiamos,  
»Y lo que aborreciere fomentemos.  
»Cuando su providencia  
»Sacar bien de los males pretendiere,  
»Procuremos nosotros lo contrario

- »Pues que se reservó nuestro adversario,  
»Como un Dios, para sí el placer divino  
»De hacer bien, nuestro lote son los males;  
»Sigamos cada cual nuestro destino,  
»Mas juntemos el arte á la osadía,  
»Que, ó yo me engaño, ó llegará algún día  
»En que, á pesar de nuestras desiguales  
»Fuerzas, el alto triunfo consigamos  
»De perturbar sus planes más secretos,  
»Y de humillar su odiosa tiranía,  
»Burlando sus despóticos decretos;  
»Único alivio que esperar podamos  
»En la funesta situación que estamos.  
»Mas á lo lejos hacia el cielo mira,  
»Que el vencedor su ejército retira,  
»Que aun aquella sulfúrea lluvia espesa  
»De rayos y de piedra, que caía  
»En torrentes de fuego, y perseguía  
»Constante nuestras huestes aterradas,  
»Hasta aquí mismo, por momentos cesa;  
»Que no retumban ya las dilatadas  
»Bóvedas de este abismo con el fiero  
»Huracán é incesantes estallidos  
»De prolongados truenos, ni el ligero  
»Resplandor de relámpagos seguidos  
»Interrumpe, como antes, la palpable  
»Lobreguez de esta cárcel formidable.  
»Sea, pues, que el enemigo haya agotado  
»Sus armas, ó que ya se haya cansado  
»Su furor, ó más bien, que envanecido  
»De su victoria, en despreciable olvido  
»Nos deje, este momento aprovechemos  
»Feliz, y nuestra ruina reparemos.  
»¿Ves hacia aquella parte una llanura  
»Inmensa y desolada,

»Cubierta toda de una niebla oscura,  
»Apenas por los pálidos fulgores  
»De este lago de fuego penetrada,  
»Infecunda región, desierto suelo,  
»Triste abrigo de todos los dolores?  
»Hacia ella dirijamos nuestro vuelo.  
»Allí, ya libres del balance horrible  
»De estas ondas del lago proceloso,  
»Hallaremos quizás algún reposo,  
»Si es ¡ay de mí! posible  
»Que habite este lugar desventurado!  
»Allí nuestros guerreros esparcidos  
»Por ese ardiente mar reuniremos,  
»A fin de que sus pechos abatidos  
»Recobren su valor acostumbrado.  
»Después con madurez tratar podremos,  
»Juntando de los jefes el senado,  
»De acertar con el plan mas ventajoso,  
»Para dañar á ese enemigo odioso,  
»Reparar nuestras pérdidas, y acaso  
»Sacar utilidad de este fracaso,  
»Pues á lo que no llega la esperanza,  
»La desesperación tal vez alcanza.»

Así en el desmayado compañero,  
Entre las negras llamas sumergido,  
Satanás el antiguo ardor guerrero  
Procura despertar, adormecido,  
Y desde el pecho arriba con presteza,  
La espantosa cabeza  
Sobre el líquido fuego levantando,  
Centellas de los ojos arrojando,  
Registra ansioso la desconocida  
Bóveda, para ver si halla salida.  
Lo restante del cuerpo desmedido,  
En las sulfúreas olas extendido,



Veinte estadios ocupa, á semejanza  
De los Gigantes hijos de la tierra  
Briareo, ó Tiphón, cuya pujanza,  
Según pinta la fábula, al potente  
Júpiter hizo formidable guerra,  
Hasta que en fin, armado del ardiente  
Rayo, los hizo caer precipitados,  
Y junto á Tarso fueron sepultados.  
Tal en las hondas la Ballena inmensa,  
Reina del mar, de lejos aparece,  
Que cuando inmóvil duerme entre la densa  
Niebla, que es tan frecuente en la apartada  
Costa de la Noruega, siempre helada,  
Al pescador atónito parece  
Una isla, y conflado, en su piel dura  
El ánora clavando, cree segura  
Su débil barca, hasta que en el Oriente  
La suspirada Aurora se presente.  
Así el infernal Príncipe extendía  
Su cuerpo enorme sobre el inflamado  
Golfo en que, para siempre encadenado,  
Gemido hubiera, si el Omnipotente,  
Que acrecentar su humillación quería,  
Y su castigo, no le permitiera  
Que de aquella prisión cruel saliera.  
Por este medio aquel endurecido  
Monstruo, al forjar ansioso las ajenas  
Miserias, nuevamente confundido,  
Había de agravar sus propias penas,  
Y ver, de eterna rabia consumido,  
Que sólo había servido su malicia,  
Contra el linaje humano dirigida,  
A dar mayor realce á la justicia  
De Dios, con su sentencia,  
Por sus nuevos delitos merecida,

Y á su inmensa bondad, á su clemencia,  
Con el perdón piadoso concedido  
Al hombre, por su envidia seducido.  
Mas ya, en el fuego líquido estribando,  
De pie se pone el infernal Gigante,  
A un elevado monte semejante.  
Retroceden bramando,  
De ambos lados, las olas inflamadas,  
A impulso de los brazos separadas,  
Y al paso que se alejan,  
Un vasto ahumado valle entre ellas dejan.  
Él sus enormes alas extendiendo,  
Con espantoso estruendo  
El aire corta, rápido, que gime  
Bajo el no usado peso que le oprime.  
En breve tiempo pisa la ribera  
De la remota tierra, si pudiera  
Así llamarse un suelo eternamente  
Inflamado, y en nada diferente,  
Sino en la solidez, del que fluctuaba  
Dentro del lago; un calcinado suelo,  
Semejante á los trozos formidables  
De ardiente y dura lava  
Que arranca de sus ásperas entrañas  
Y escupe el abrasado Mongibelo,  
O el Vesubio, agitados de espantables  
Convulsiones extrañas,  
Cuando el aire en su centro comprimido  
Arde, y su cárcel rompe embravecido,  
Con humo denso el día oscureciendo,  
Estragos y terrores esparciendo.  
Allí el caudillo, y su lugarteniente  
Belzebuth, que de cerca le ha seguido  
El vuelo paran, y concordemente  
La nueva libertad de haber salido

Del lago ardiente aplauden, cual si fueran  
 Deidades que á sus fuerzas la debieran,  
 Ignorando que Dios la permitía  
 Para más confusión de su osadía.

«¡Es esta la región, es este clima,»  
 Grita el precito Príncipe, gimiendo,  
 «Que hemos cambiado por la excelsa cima  
 »Del cielo, por su estancia luminosa!  
 »Sea así, pues que aquel cuya espantosa  
 »Fuerza está de la suerte disponiendo,  
 »Lo halla por justo. Cuanto más remotos  
 »De él estemos, pues somos desiguales  
 »A él en poder, aunque en el resto iguales,  
 »Tanto más consolados viviremos.  
 »¡Adiós, pues, dulce objeto de los votos  
 »De nuestro corazón! ¡Adiós, moradas  
 »Celestiales! ¡Mansiones deleitosas  
 »Del gozo, á donde nunca volveremos,  
 »Por siempre adiós! ¡Salud, oh temerosas  
 »Regiones por las sombras habitadas!  
 »¡Salve principalmente, oh tú, hondo infierno!  
 »Tus puertas abre á tu Monarca eterno,  
 »Al nuevo poseedor de tus horrores,  
 »A aquel cuyo carácter inflexible,  
 »Por más que el cielo agote sus furores  
 »Sobre él, que corra el tiempo, ó que cambiare  
 »De lugar ó de estado, es imposible  
 »Que la menor mudanza experimente.  
 »¡Y á qué mudar? En donde me encontrare,  
 »Formar puede mi mente,  
 »Pues que en sí sola existe, si es preciso,  
 »Aun del infierno mismo un paraíso,  
 »Como del propio cielo un cruel infierno.  
 »Nuestra dicha consiste,  
 »No en la naturaleza del externo

- »Lugar á que la suerte nos destina,  
 »Sino en la voluntad. Esta divina  
 »Facultad, lisonjeando nuestro triste  
 »Corazón, y calmando sus dolores,  
 »En placeres convierte los horrores.  
 »Guarde su cielo, pues, nuestro enemigo,  
 »Que á su corte servil anteponemos  
 »Reinar en este abismo, á cuyo abrigo  
 »La dulce libertad conservaremos.  
 »Nuestra felicidad, únicamente  
 »En no serle inferiores coloquemos.  
 »Ni hay que temer que de este Reino intente  
 »Privarnos. Ya su rabia lo ha criado  
 »Tal, que no pueda sernos envidiado.  
 »Mas despertemos á nuestros queridos  
 »Amigos, en el lago amortecidos.  
 »Tratemos de inspirarles nuevo aliento:  
 »Ya que una misma ruina nos aterra,  
 »Dividan el alivio que encontramos  
 »En esta firme, aunque funesta tierra;  
 »Y reunidos en noble ayuntamiento,  
 »Con reflexión veamos,  
 »Si nos conviene renovar la guerra  
 »Contra el déspota cruel, ó interiormente  
 »Nuestro implacable enojo alimentando,  
 »Para una hora oportuna, ir cautamente  
 »Las más sabias medidas preparando.»  
 —«¡Oh capitán! ¡Oh jefe valeroso,»  
 Responde Belcebuth, «de aquel luciente  
 »Ejército, al que nada resistiera,  
 »A no ser sólo el Todopoderoso!  
 »Apenas oigan nuestros atrevidos  
 »Guerreros los acentos conocidos  
 »De esa voz, con que en tantas ocasiones,  
 »En medio de los riesgos, inspiraste

»Nueva audacia á sus fieros batallones,  
»Y las fuerzas de un Dios equilibraste,  
»Esa voz que es la prenda más segura  
»De su esperanza en la refriega dura;  
»Está seguro de que en el momento  
»Despertarán del triste abatimiento,  
»Del letargo en que están en ese lago,  
»Nada extraño, después del fiero estrago,  
»La horrible rapidez con que han caído,  
»De mucho más allá del firmamento,  
»A esa profunda sima del olvido.»

Sin dejarle acabar, marcha el caudillo  
A la orilla del lago: el vasto escudo  
De celestial materia fabricado,  
Compacta, impenetrable, que desnudo  
Al brazo izquierdo lleva, esparce un brillo  
Cual de la luna el disco dilatado  
A los curiosos ojos reflejaba  
De aquel sabio toscano que, ayudado  
Del telescopio, ansioso la observaba  
De la cima de Fésóle, advirtiendo,  
En las que á nuestra vista parecían  
Manchas, tierras y mares, distinguiendo  
Aun montañas y selvas, que extendían  
A lo lejos sus sombras prolongadas,  
En aquellas regiones ignoradas.  
Lleva en la mano su espantosa lanza,  
Con la cual comparado el alto pino  
Que á las nubes soberbio se abalanza  
En la helada Noruega, con destino  
A ser palo mayor de una guerrera  
Nave almiranta, un junco pareciera.  
Sobre ella se sostiene, y lento avanza  
Con paso incierto sobre el encendido  
Desigual suelo, no con la ligera

Noble presteza con que en la llanura,  
Volaba, de los cielos, algún día.  
Su cuerpo (2), por el fuego atormentado,  
Y por la interior pena que le apura,  
No siente ya el esfuerzo que tenía.  
Llega en fin á la orilla, y esparcidos  
Ve fluctuar sin sentido sus guerreros,  
A fuerza de terror amortecidos,  
En número mayor que en Val-umbrosa  
La muchedumbre de hojas asombrosa,  
Que el suelo cubre, desde los primeros  
Días de otoño, hasta que apresurado,  
El duro invierno extiende el cetro helado;  
O cual los juncos secos amontona  
El encendido Orión, en la ribera  
Del mar Bermejo, que según menciona  
Del Hebreo la historia verdadera,  
Aquel pueblo, que el cielo protegía,  
Pasó á pie seco, y donde perseguido  
Por Faraón, que con su numerosa  
Hueste vió entre sus hondas sumergido,  
Celebró con cantares de alegría  
La súbita victoria milagrosa,  
De la segura orilla contemplando  
Sus carros destruidos, anegadas  
Sus falanges, en medio de las fieras  
Olas, de sus cadáveres sembradas,  
Que hasta sus pies, bramando,  
Sus despojos preciosos le trajeron,  
Riquezas tales, que sus lisonjeras,  
Codiciosas ideas excedieron.  
Al contemplar aquella muchedumbre  
De Angeles, para siempre desdichados,  
Siente el caudillo nueva pesadumbre;  
Mas con tonante voz, sus aterrados

Batallones convoca, repitiendo  
 Los infernales ecos el estruendo.

- » ¡Oh vosotros, les grita, flor del cielo,
- » En otro tiempo vuestro, ahora perdido!
- » ¡Príncipes, Serafines, Potestades!
- » ¿Qué es de vuestro valor, de vuestro celo
- » Por la causa común? ¿Unas Deidades,
- » Cuales lo sois, es dable que al olvido
- » Así se entreguen? ¿Ha llegado á tanto
- » Nuestra desgracia, que á un cobarde espanto,
- » Vuestro antiguo valor haya cedido?
- » Mas cansados quizá del trabajoso
- » Combate, ¿pretendéis hallar reposo
- » Sobre las llamas de este lago horrible,
- » Y con sueño apacible,
- » Como allá en las mansiones celestiales,
- » Restaurar vuestras fuerzas agotadas?
- » ¿Ó bien queréis, en esa vil postura
- » Prostrados, como súbditos leales,
- » Adorar á ese vencedor altivo
- » Que de las apartadas
- » Bóvedas del Empíreo, en esta oscura
- » Laguna os ve, con el placer más vivo,
- » Hechos juguete de sus olas fieras
- » Con vuestros carros, armas y banderas?
- » ¿Aguardáis por ventura
- » Que, vuestro torpe abatimiento viendo,
- » Ansiosos aprovechen sus ligeros
- » Soldados tan funesto parasismo?
- » ¿Que con nuevo furor acometiendo,
- » Agoten en nosotros sus postreros
- » Rayos, y en lo más hondo de este abismo,
- » Entre sus torbellinos inflamados,
- » Nos dejen para siempre encadenados?
- » ¡Alzaos pues, armaos con presteza,

«O doblad al vil yugo la cabeza!»

Despiertan todos al horrible acento,  
Y de su torpe miedo avergonzados,  
Se ponen al instante en movimiento.  
Hierven las ondas, á los formidables  
Impulsos de sus alas, que ya el viento  
Silbando cortan, sus innumerables  
Escuadras trasladando á la ribera,  
Donde el fiero caudillo los espera.  
Así las descuidadas centinelas,  
Que el sueño vence en las nocturnas velas,  
De la alarma á la voz sobresaltadas,  
Los vapores letárgicos sacuden  
De sus robustos cuerpos, é indignadas,  
A combatir al enemigo acuden.  
Como al tender la vara milagrosa,  
De Amrán el hijo, sobre el obstinado  
Egipto, densa nube tenebrosa  
De langostas aladas, por el viento  
De Oriente conducida, volvió el día  
En noche, en aquel Reino dilatado  
En que su muchedumbre no cabía;  
Así con repentino movimiento,  
Y con horrible estruendo, en un momento,  
Aquel enjambre de Demonios sube,  
Y el lago asombra cual inmensa nube.  
No vomitó jamás el proceloso  
Helado Norte, de su belicoso  
Seno, un número tal de batallones,  
Cuando el Rhin y el Danubio sus riberas  
Vieron hervir de bárbaras banderas,  
E ignoradas naciones,  
Que al modo de un diluvio arrebatado  
Inundaron de Europa las regiones,  
De la Noruega helada, al elevado



**Calpe, y aun desde allí, á los encendidos  
Arenales del Africa escondidos.**

**En mayor multitud las infernales  
Legiones, en sus alas balanceadas,  
Sobre el negro horizonte, á las señales  
De su Príncipe atienden,  
Y por sus capitanes ordenadas,  
Al suelo ardiente rápidas descienden.**

**Los primeros magnates ya rodean  
Al temido Monarca. Su figura,  
Sus armas, su estatura,  
Su vigor, nada tienen de mortales:  
De resplandor vestidos centellean,  
Como que sobre tronos celestiales  
Algún día sentados estuvieron;  
Mas ya sus malhadados nombres fueron  
Para siempre del libro de la vida  
Borrados, por la culpa cometida.  
Ellos en su soberbia pertinaces,  
Otros nuevos después sustituyeron,  
Sacados de las más viles pasiones,  
Según que los juzgaron eficaces  
Para engañar los míseros humanos,  
Hacerse tributar adoraciones,  
Tener altares, y de inciensos vanos  
Saciar su orgullo, cual si Dioses fueran  
Y á ellos todos los cultos se debieran:  
Con efecto, á los hombres pervirtieron;  
Entre ellos esparciendo mil errores,  
Que de Dios se olvidasen consiguieron,  
Y les prostituyesen los honores  
Divinos, que al Criador sólo debían,  
Bajo de extraños nombres y figuras,  
Ya de astros que en el cielo relucían,  
Ya de monstruos, ya de hombres, de reptiles,**

Y aun de plantas, y de entes los más viles,  
Uniendo el culto con las más impuras  
Costumbres, y delitos vergonzosos,  
Gratos á aquellos Angeles odiosos;  
La pompa, el esplendor y la alegría,  
Que á aquel perverso culto acompañaban,  
Más y más á los hombres engañaban,  
Extendiendo la atroz idolatría;  
Permitiéndolo así la Providencia,  
Para probar al hombre envanecido,  
De su corta razón la insuficiencia,  
Y castigar de nuevo la insolencia  
Del Diablo, en su soberbia endurecido.

Díme ahora, oh Musa, por los nombres varios  
Que adoptaron, los jefes principales  
Que al frente de las tropas infernales  
A la voz los primeros acudieron  
De su Monarca, y que sus temerarios  
Proyectos con sus votos sostuvieron,  
Y también los que, menos arrojados,  
A la paz se mostraron inclinados.  
Moloch al frente está de los primeros.  
Moloch, que de los llantos lastimeros  
Maternales, gozoso se apacienta,  
Y de sangre de niños se alimenta,  
Cuando sobre sus bárbaros altares  
Los ve sacrificados á millares,  
De las manos de su ídolo nefando  
A la espantosa hoguera,  
A sus pies encendida, resbalando,  
Mientras que sus gemidos, una fiera  
Música de panderos y tambores  
Cubre, volviendo en fiesta los horrores.  
Este también fué el monstruo que, emulando  
De Dios la gloria, en el augusto templo

De Sión introdujo temerario  
Su ídolo, hasta en su mismo santuario,  
Dando á sus camaradas el ejemplo  
De insultarle en su trono cara á cara,  
Sacrilego erigiendo, junto al ara  
De Jehová, sus altares, y su silla  
Frente al Arca en que estaba colocado,  
Sobre los Querubines apoyado,  
Y haciendo que los hombres la rodilla  
En la presencia humildes le doblasen  
De su mismo Criador, y le adorasen:  
Audacia, de los otros imitada,  
Que el santo templo convirtió en impura  
Morada de desorden, de locura,  
A los vicios más torpes consagrada.  
A su culto redujo la rëgada  
Llanura de Rabbá y el Ammonita  
Pueblo. De allí á Basán y Argol pasando,  
A las tierras que el río Arnón limita,  
Fué su áspero dominio dilatando;  
Y hasta Hinnón mismo propagó sus leyes.  
Con el tiempo el más sabio de los Reyes  
Cayó en sus lazos, y con increíble  
Ceguedad, abrazando el culto horrible,  
Llegó á insultar al Todopoderoso,  
Erigiéndole un templo, en el famoso  
Monte que del oprobio fué llamado.

Después llegaste tú, espantajo obsceno,  
Por las crédulas hijas adorado  
De Moab. Tú, oh Chamós, que del veneno  
De tu culto á Aroer atosigaste,  
Y á Nebó; que de allí lo propagaste  
Hasta Hesebón, y adonde se extendía  
El desierto al ardiente Mediodía,  
Pasando á la llanura deleitosa

De Sibmá, por sus vinos afamada,  
Desde allí á Elealé, y á la azufrada  
Laguna, que aun humea tenebrosa  
De los fuegos del cielo con que ardieron  
De Sodoma y Gomorra las ciudades  
(Triste recuerdo á todas las edades),  
Que en donde están sus aguas florecieron.  
Peor, aquel Dios falso se nombraba  
En el hebreo pueblo, cuando daba,  
Junto á Setim, á su ídolo profano,  
Al salir del Egipto, culto impuro,  
Que la torpe lujuria presidía,  
Y que atrajo un castigo largo y duro,  
Sobre aquel pueblo ingrato, de la mano  
De Dios, cansado de su rebeldía.  
Vióse después el ídolo exécrable  
En el monte de oprobio ya nombrado,  
Al lado de Moloch entronizado,  
La lujuria reunir, y la alegría  
De sus fiestas, al eco lamentable  
De las víctimas tristes, abrazadas  
A los pies del sangriento compañero.  
¡Contraste cruel! en que naturaleza  
Vió con horror sus leyes trastornadas,  
Y que duró hasta tanto que el piadoso  
Rey Josías, ardiendo en un sincero  
Celo, contra tan bárbara torpeza  
Las ofensas del Todopoderoso  
Vengó, aquellos altares destrozando,  
Y sus impuros ídolos quemando.

Después de éstos, veloces acudieron  
Todos aquellos Angeles inmundos  
Que del antiguo Eufrates los fecundos  
Y extendidos países poseyeron,  
Y á su dominio, desde allí, reunieron

Cuanto media hasta aquel pobre arroyuelo  
Que del moreno Egipcio el fértil suelo  
De la Siria separa.  
Los más autorizados se llamaban  
Astaroth y Baal, con lo que daban  
A conocer su sexo diferente,  
Aun más que su carácter, pues la rara  
Facultad los Demonios poseían  
De adoptar aquel sexo que querían (3).  
Y aun variar prontamente  
A voluntad: tal es la sutileza  
De aquella superior naturaleza,  
No cual la nuestra, material, pesada,  
De huesos y de carne fabricada,  
Carga bajo la cual nuestra alma gime  
Y que su natural vigor oprime,  
Sino es etérea, transparente y pura,  
Que cuando quieren muda de figura,  
Pequeña ó grande, oscura ó luminosa,  
Suelta ó compacta, bella ó pavorosa,  
Según que lo requieren sus amores  
Infames, ó de su ira los furores.  
Por tales monstruos, el linaje humano  
Olvidó á su Hacedor, y envilecido,  
A los brutos más bajos dió rendido  
Adoración, creyendo que habitaban  
Sus Deidades en ellos. ¡Culto insano,  
Increíble, que atrajo la ruína  
Aun á los Israelitas, que gozaban  
Con tal favor la protección divina!  
Astoreth, con escolta numerosa  
Vino después, envuelta en tenebrosa  
Nube: Astoreth, que fué más adelante,  
Bajo el nombre de Astharte respetada,  
Como Reina del cielo, del brillante

Creciente de la luna coronada,  
A la que dieron culto las Sidonias  
Doncellas, con nocturnas ceremonias  
Y cantos amorosos.  
Sión también sus ritos misteriosos.  
Adoptó, y un Monarca, á quien el cielo  
Colmó de beneficios sin medida,  
La edificó sobre la cima erguida  
De un monte, en medio de árboles frondosos,  
Un magnífico templo, sin recelo  
De la ira del Eterno, el culto sacro  
Partiendo entre él y el torpe simulacro.  
Llegó después Thamuz, por cuya herida,  
Hecha por una fiera enfurecida,  
Que cada año se abría, derramaban  
Las hijas de Sidón amargo llanto,  
Bajo el sombrío manto  
Que los Cedros del Líbano formaban,  
Del escondido prado en la verdura,  
Donde estaba su triste sepultura.  
Un día aquellas vírgenes lloraban  
Su infausta muerte, mientras silencioso  
El río Adonis, que se suponía  
El herido Thamuz, con las sangrientas  
Aguas bañaba el campo delicioso,  
Y en dos brazos partido, se metía  
En el mar, que de púrpura teñía,  
Mezclado con sus ondas turbulentas.  
Pronto corrió esta fábula amorosa  
Por todas partes; y cual contagiosa  
Peste, aun á Sión misma emponzoñaba,  
Cuando Ezequiel, por el hendido muro,  
De orden de Dios, miró lo que pasaba  
En lo interior del templo, y espantado,  
Los llantos vió con que se celebraba,

Delante del Señor, el culto impuro,  
En su recinto sacro profanado,  
Y de Judá las hijas seducidas,  
Con sus infames ritos pervertidas,  
A esta falsa Deidad sigue el monstruoso  
Idolo que, de veras afligido,  
Con llanto doloroso  
Regó su altar, cuando precipitado  
Cayó á los pies del Arca hecho pedazos:  
Del Arca, que él contaba haber traído  
A su profano templo prisionera,  
Y que de su alto trono, separado  
De la cabeza el tronco y de los brazos,  
Le hizo rodar al suelo. Su nombre era  
Dagón: su simulacro presentaba,  
De medio cuerpo arriba, la figura  
De un hombre; lo demás, de la cintura  
Abajo, en pez disforme remataba.  
Los campos de Ascalón y los hermosos  
Valles de Ger el culto profesaron  
De esta Deidad marina;  
Temblando la adoró la Palestina;  
De Gaza y Accarón los belicosos  
Pueblos, á él sus inciensos tributaron,  
Y el rico templo que en Azat tenía  
Insultar á los cielos parecía.

Y tú, Rimmón, también allí acudiste;  
Tú que el país de Damasco poseiste,  
Regado por las aguas cristalinas  
Del Abana y Farfar, cuyas riberas  
Amenas, y de frutas peregrinas  
Colmadas, fueron causa que atrajeras  
Al fin la Siria toda á tu obediencia.  
No contento con esto, la insolencia  
También tuviste de ir con tu profano

Culto á insultar al Dios omnipotente,  
En medio de su pueblo, astutamente  
Al Rey Achaz venciendo,  
Que fué tu vencedor, y que allí, ufano  
De su triunfo, te había conducido;  
A fuerza de artificios consiguiendo  
Que él mismo te erigiese  
Un templo en sus dominios, y un vencido.  
Dios al Dios verdadero antepusiese.

Llegó tras de Rimmón la numerosa  
Caterva de ridículas Deidades  
Que, en las varias magníficas ciudades  
Sembradas en la margen deleitosa  
Del Nilo, los inciensos dividieron,  
Por los crédulos pueblos adoradas,  
Que el nombre del Señor prostituyeron  
A Isis, Osiris, Horo, y otras brutas  
Esencias, en los cuerpos alojadas  
De bestias, de reptiles, plantas, frutas,  
Y á cuanto objeto material encierra  
El ámbito del mar y de la tierra.  
Israel mismo en este abominable  
Error cayó, cuando al becerro de oro,  
Formando alrededor alegre coro,  
Al pie del fuego y humo que espantable  
El Sinaí cubría, en la presencia  
De Dios, que hacía allí su residencia,  
Sin temer su ira, le adoró postrado.  
Poco después en Dan un Rey malvado,  
Y en Bethel, introdujo aquel funesto  
Veneno, hasta que el Dios omnipotente,  
Irritado de ver que era pospuesto  
Su nombre al de los viles animales,  
De improvisó se armó de sus mortales  
Enojos, y tomó del insolente



Exceso la más áspera venganza,  
 En un solo momento exterminando,  
 De la funesta noche en los horrores,  
 Todos los primogénitos nacidos  
 En la extensión de Egipto, la esperanza  
 De sus infieles padres; y asolando,  
 Con las aras y Dioses bramadores,  
 Templos y sacerdotes confundidos.

Belial después al jefe se presenta.  
 Entre cuantos rebeldes malhechores  
 El infierno contiene, no se cuenta  
 Otro más acreedor á aquel castigo:  
 Es de todos los vicios el amigo.  
 Por todas partes los propaga ardiente,  
 Los ama, meramente  
 Porque lo son. De su odio es el objeto  
 La virtud sola, á que jamás perdona.  
 Nunca de los humanos el respeto,  
 El culto, los inciensos lisonjeros  
 Apreció, cual los otros compañeros;  
 Este impuro demonio no blasona  
 Sino de que en la furia y la malicia  
 Le ceda toda la infernal milicia.  
 Su mayor complacencia  
 Es la de penetrar lo más interno  
 Del templo santo, y en el escogido  
 Gremio de sus ministros, la licencia  
 Introducir del vicio, y el olvido  
 Fomentar, y el desprecio del Eterno.  
 Cuando de Helí los hijos ultrajaron  
 El templo augusto, con su atroz violencia,  
 Sus artificios solos lo causaron.

Este espíritu infame se complace  
 En los palacios, y en las cortes hace  
 Su mansión más frecuente; se recrea

En correr las ciudades más viciosas,  
Sobre sus torres plácido volando,  
Se cierne, cuanto pasa examinando:  
Desde allí con delicia saborea  
Las risas, las canciones lujuriosas,  
Las riñas, las venganzas, los gemidos  
De la inocencia, y la desenfrenada  
Disolución, contra ella encarnizada,  
Único incienso grato á sus sentidos.  
¡Sodoma impura, tu memoria ofrece  
De esta verdad el testimonio claro!  
¡Tú, teatro de horrores, que aborrece  
El vicio mismo, mientras su torpeza  
No huella audaz á la naturaleza!  
¡Y tú, de la pureza vano amparo,  
Santa hospitalidad, atropellada  
En la ciudad de Gaba, que obligada  
Te viste á tolerar que pereciera  
Víctima de la fuerza una inocente  
Mujer, por evitar que el insolente  
Pueblo mayor delito cometiera!

Sería no acabar, si se añadiera  
A esta turba de jefes distinguidos  
La serie innumerable  
De los Dioses Ionios, descendidos  
Del antiguo Javán, que supusieron,  
Que al cielo y á la tierra precedieron;  
Los Titánes, la prole abominable  
De Saturno y de Rea procedente,  
Que la Grecia en la cumbre formidable  
Del Olimpo adoró, ya en la eminente  
Cima del Ida, ya en la selva umbrosa  
De Dodona; familia prodigiosa  
De biznietos, de nietos y de abuelos,  
Que recíprocamente

Se fueron arrojando de los cielos,  
Que el oráculo Déléfco fundaron,  
O que el furioso Adriático pasaron,  
Al Dios que Jove proscribió siguiendo,  
Y su trono en la Hesperia estableciendo,  
Desde donde á los Celtas trasladaron,  
Y aun hasta la lejána  
Thule, en el vasto mar, su ara profana.

A estos guerreros Dioses, en la cumbre  
Del cielo anteriormente colocados,  
Se siguió la confusa muchedumbre  
De los vulgares Dioses no nombrados.  
Ninguno queda de la turba inmunda  
En el lago. Ya están en la extendida  
Ribera, pero todos, abatida  
La vista, del espanto y la profunda  
Tristeza en sus semblantes dan señales,  
En medio de las cuales,  
Cual la luna entre nubes, relucía  
Con todo una vislumbre de alegría,  
Viendo de su caudillo en los intentos,  
Que de su suerte aún no desespera.  
Al notar que á pesar de su caída  
Tan horrible conservan aún la vida,  
Viene á esforzar de nuevo sus alientos  
Un resto de esperanza lisonjera;  
Satanás lo repara; sus miradas  
Dudosas atestiguan los temores  
Que ocupan sus potencias agitadas;  
Pero al fin, recobrando su primera  
Audacia, trata de animar su gente,  
Y despertar de nuevo sus ardores  
Guerreros: su temor disimulando,  
Y una falsa confianza aparentando,  
Manda que prontamente,

Con el s3n de clarines y timbales,  
Las b3vedas retumben infernales,  
Y se despliegue al viento  
La bandera imperial. En el instante  
El fiero Azaziel, que disfrutaba  
¡Ay triste! de este honor, cuando pisaba  
Las b3vedas del alto firmamento,  
De tan funesto trueque bien distante,  
La desenvuelve al aire, tremolando  
La inmensa tela, que del m3s brillante  
Meteoro las luces eclipsando,  
La vista ofusca. En ella est3 expresada.  
De piedras preciosisimas bordada,  
Por mano de la Diosa de memoria,  
De aquellas huestes la pasada gloria.

A la se3al de la imperial bandera,  
Y del herido bronce al ronco estruendo.  
Responde aquella muchedumbre fiera,  
Con guerrero clamor, que estremeciendo  
La boveda infernal, entre la densa  
Oscuridad, por toda aquella inmensa  
Triste regi3n circula repetido.  
Millares de estandartes al momento,  
En su recinto ondeando por el viento,  
Dan 3 la sombra un vivo colorido  
Purp3reo, tal que en donde el claro d3a  
Nace, el bello matiz se envidiar3a.  
Una selva de dardos, y morriones,  
De acicaladas picas, de millones  
De escudos de oro, arroja al circunstante  
Campo por todas partes luz brillante.  
La vista admira la magnificencia,  
El n3mero de aquellos batallones,  
Y su profundidad inconcebible  
A pesar de sus filas apretadas.

Mas ya á un tiempo, con presta diligencia  
Se mueven las escuadras ordenadas,  
Al compás, fiero á un tiempo y apacible,  
De los célebres dóricos acentos  
De mil oboes y flautas; armonía  
Majestuosa y patética, que unía  
La varonil firmeza á la dulzura;  
Que en el antiguo tiempo, los alientos  
Se ocupó en excitar del heroísmo;  
Que del cielo y la tierra es el encanto,  
Como lo fué en aquella coyuntura  
Del infernal abismo;  
Que la cólera excita, ó la modera;  
El desmayo destierra, y el espanto;  
Que las ideas del peligro ahuyenta,  
Y da un aire tranquilo en la tormenta;  
Que la furia guerrera  
Transforma en un esfuerzo inexpugnable,  
Para cualquier fortuna inalterable.

De esta especie el valor de aquellos fieros  
Angeles era. De él asegurados,  
Marchan todos unidos y callados,  
Espesa miés formando los aceros  
De las picas y dardos, al sonido  
De aquella orquesta, que los dolorosos  
Pasos templaba sobre el encendido  
Suelo, con orden tal que se diría  
Que un espíritu sólo los movía.  
Avanzan, y á los ojos codiciosos  
Desplegan ya su frente formidable,  
Sin fin por aquel campo dilatada,  
Terrores y amenazas respirando,  
Revestidos de acero impenetrable  
A la manera usada  
Por los antiguos héroes, adornando

Sus armas mil empresas y colores  
Que burlaban del arte los primores.  
Hacen alto llegados á su puesto,  
Aguardando las órdenes ansiosos.  
El infernal Monarca su dispuesto  
Ejército registra de una ojeada,  
Más penetrante aún que los fogosos  
Resplandores del rayo: una mirada  
De aquellas que deciden las batallas  
Hasta el fin atraviesa sus murallas  
Vivientes. La presencia belicosa  
De su gente, el ardor que resplandece  
En sus ojos, su prócera estatura,  
Su porte, que en un todo se parece  
Al de los Dioses que la fabulosa  
Poesía fingió, su orden severo,  
Su vivo celo, su lealtad segura,  
Más que su muchedumbre prodigiosa,  
Si no le vuelven su valor primero,  
Disipando por fin su desconfianza,  
Le llenan de soberbia y de esperanza.

Los ejércitos todos que la tierra  
Hollar vió sus campiñas devastadas,  
Si reunidos á aquél se compararan,  
A la risible hueste asemejaran  
Con que el débil Pigmeo hace la guerra  
A las grullas, contra él encarnizadas.  
Júntense los Titanes, cuya audacia  
Amontonó las sierras de la Tracia  
Unas sobre otras, con el fiero intento  
De asaltar el remoto firmamento;  
Los intrépidos héroes Tebanos,  
Los Capitanes Griegos y Troyanos,  
Que por una mujer tal guerra hicieron;  
Los Dioses que con ellos combatieron;

Cuanto los libros de caballería,  
La fábula y la historia relataron  
De la espantosa fuerza y valentía  
De aquellos caballeros que á la gloria  
Del famoso Rey Artus asociaron  
De sus hazañas propias la memoria;  
Cuantos en los torneos vencedores,  
Del premio disfrutaron los honores;  
Los famosos guerreros, ya cristianos,  
Ya también musulmanes ó paganos,  
Que al pie de las murallas de Aspramonte  
Y Montalván hicieron sus hazañas,  
O en diverso horizonte  
Llenaron de su gloria las campañas  
De Trebisonda, la abrasada arena  
De Biserta, ó tal vez la vega amena  
De Damasco, las tropas que á millares  
El Africa lanzó contra el valiente  
Carlomagno, en el tiempo en que sus Pares  
En Roncesvalles fueron destrozados,  
Con lo más escogido de su gente;  
¿Qué serían al cabo estos mortales  
Poderes, comparados  
Con aquellos intrépidos rivales  
Del cielo, en destruirlo conjurados?  
Con paso grave Satanás recorre  
Sus dóciles escuadras, y descuella  
Sobre ellas todas, cual excelsa torre.  
Una serenidad, aunque aparente,  
Se deja ver sobre su noble frente:  
Aun se notan en ella  
Algunos rastros de su primitiva  
Hermosura. La luz resplandeciente.  
Que antes en sus facciones deslumbraba,  
Mezclada con la sombra no era viva

Como antes; mas con todo, no dejaba  
Duda, á los que sus tristes ruinas vieran,  
De que las ruinas de un Arcángel eran.  
Así el sol, al nacer en una oscura  
Atmósfera cubierta de vapores,  
Sólo despide tristes resplandores,  
O alguna claridad poco segura;  
Y tal también se ve descolorido  
Cuando su hermana eclipsa su encendido  
Inmenso disco, que penado arroja  
Algún rayo de luz funesta y roja,  
Anuncio de sucesos desgraciados,  
Terror de los más altos potentados;  
Mas con todo, á pesar de las fatales  
Tinieblas con que espanta á los mortales.  
Los demás astros nunca le disputan  
El Reino, y vasallaje le tributan.

Tal el terrible Arcángel se presenta:  
Su resplandor celeste, aunque eclipsado,  
Eclipsa á los demás. Su rostro, arado  
Por el vengador rayo, está cubierto  
De negros surcos, y en la macilenta  
Frente se aloja el roedor cuidado;  
En su ceño se muestra al descubierto  
La estudiada soberbia, el indomable  
Furor, que sólo anhela una implacable  
Venganza; mas con todo, en sus miradas  
Cruelles, al lado del remordimiento  
Se ve el dolor y el arrepentimiento,  
Al fijarse en aquellas desgraciadas  
Víctimas de su culpa, que caídas  
Con él en el abismo, hubieran sido  
Felices en no haberle conocido,  
Tristes, para una eternidad, perdidas,  
Desterradas de aquella venturosa



Patria: su multitud, que en el instante  
Vuelve á admirar; la suerte dolorosa  
En que se hallan, poco antes tan brillante  
Y ahora eclipsada, sin que la mudanza  
De millones de siglos y millones  
Pueda dar á sus tristes corazones  
El más pequeño rayo de esperanza;  
Todo junto, su pecho aflige tanto,  
Que apenas puede reprimir el llanto.  
Aun más su dolor crece, cuando piensa  
Que toda aquella muchedumbre inmensa,  
Que sólo por seguirle está penando,  
Fiel á su causa, y siempre generosa,  
Desafiando intrépida la saña  
Del cielo, en su desgracia le acompaña,  
Su honor, aunque oprimida, conservando.  
Tal la encina en el monte, alta y frondosa,  
O en la colina algún robusto pino  
Con que tropezó el rayo en su camino,  
De sus hojas y ramas despojados,  
En medio de las ruinas encendidas,  
Que cubren sus contornos esparcidas,  
A los cielos insultan aún osados.

El Monarca infernal se para al frente  
De sus tropas, que en círculo formadas,  
Le cercan con las alas encorvadas:  
Los Jefes, revestidos de eminente  
Dignidad, en el centro le rodean;  
Sus órdenes aguardan silenciosos,  
Con ansia tal, que apenas pestañean.  
Él por tres veces á sus valerosos  
Batallones romper á hablar intenta,  
Y otras tantas lo impiden con violenta  
Avenida las lágrimas, corriendo,  
Sin querer, de sus ojos tenebrosos,

Su aparente firmeza desmintiendo  
 No lágrimas comunes, sino cuales  
 Derramar pueden entes celestiales:  
 Al fin reprime su dolor, y á todo  
 Su ejército se explica de este modo:

«¡Oh vosotros, gloriosos Querubines,  
 »Potestades, Virtudes, Serafines,  
 »Angeles todos, cuya audacia fiera  
 »Sólo el poder de Dios vencido hubiera;  
 »Que si no conseguisteis la victoria,  
 »Tuvisteis á lo menos la alta gloria  
 »De disputarla con tan gran denuedo!  
 »La resulta cruel negar no puedo  
 »Que aquel combate horrendo ha producido;  
 »Este abismo la muestra, en que penamos;  
 »Mas siquiera el honor no hemos perdido.  
 »Y al mirar este ejército sin cuento  
 »De altas Deidades que con tal aliento  
 »Contra el fiero enemigo disputamos  
 »Nuestros derechos, ¿quién pensado habría  
 »Por más que la experiencia el velo oscuro  
 »Le enseñase á correr de lo futuro,  
 »Por más penetración que disfrutara,  
 »Que aquella lucha en esto pararía?  
 »Mas ¿qué digo? Ahora mismo en este triste  
 »Estado que la suerte nos depara,  
 »Por más que del pasado tanto diste,  
 »¿Quién es el que tendrá por imposible  
 »Que el número, la unión y la terrible  
 »Fuerza de tantos seres inmortales,  
 »Quebrante estas prisiones infernales,  
 »Y vuelva á conquistar la patria amada  
 »Del cielo, con su ausencia despoblada?  
 »En cuanto á mí, lo espero, y por testigo  
 »Cito á todo ese ejército celeste,

- »De que en los riesgos del combate fiero  
 »Fuí, como en los consejos, el primero;  
 »Y que si nos venció el cruel enemigo,  
 »No consistió en nosotros, sino en que este  
 »Que ahora allá arriba está con tal sosiego,  
 »Ese Dios á quien un respeto ciego,  
 »Fundado sobre el uso envejecido.  
 »La majestad, la pompa y la apariencia  
 »Sobre el caduco trono han sostenido,  
 »Sus fuerzas ocultando cauteloso,  
 »Para probar mejor nuestra obediencia,  
 »El camino allanó á la rebeldía.  
 »Esta es, pues, la razón porque ha caído  
 »Un diluvio de penas doloroso  
 »Sobre nosotros; pero ya en el día,  
 »Gracias á la lección de la experiencia,  
 »Hemos podido ver la diferencia  
 »De su fuerza á la nuestra, y por lo tanto  
 »Burlarñõs de sus rayos no debemos,  
 »Mas tampoco mirarlos con espanto:  
 »Y ya que, aunque en las fuerzas inferiores,  
 »En la astucia le somos superiores,  
 »Con una sorda guerra procuremos  
 »Destruir su poder. Que él mismo vea  
 »Que por más que abatido  
 »Un enemigo por la fuerza sea,  
 »A medias solamentè está vencido.  
 »¿Y quién sabe también las novedades  
 »Que puede producir en nuestro estado  
 »La larga sucesión de las edades?  
 »Nuevos mundos quizá existir veremos,  
 »Y en ellos nuestro agravio vengaremos;  
 »Pues que en el cielo es cierto que se ha hablado  
 »De que, en un apartado y delicioso  
 »Orbe, el tirano que nos ha proscrito

»Se ha empeñado en formar nuevos vivientes,  
»Que compondrán su pueblo favorito,  
»Y que serán, mediante el poderoso  
»Decreto, de uno sólo descendientes,  
»Gozando privilegios casi iguales  
»A los hijos del cielo naturales,  
»Como ellos de sus dotes adornados,  
»Y á usurpar nuestros tronos destinados.  
»Romparamos pues, rompamos las cadenas  
»De esta prisión horrible, tan ajenas  
»De nuestro noble sér. De este paraje  
»Salgamos. Que esta hazaña la primera  
»Sea; no nos hagamos el ultraje  
»De pensar que, del cielo descendidos,  
»Para estar siempre aquí somos nacidos.  
»Volemos, pues, hacía esa nueva esfera;  
»Lo que ha hecho allí el Criador examinemos,  
»Y así en nuestra conducta acertaremos;  
»Pero antes es preciso con gran tiento  
»Tratarlo en general ayuntamiento.  
»Sobre todo, jamás entre nosotros  
»Hablar se oiga de paz, de tregua, ó de otros  
»Medios de transigir con el tirano  
»Que de nuestros sollozos se apacienta.  
»Guerra, guerra sin fin la más sangrienta:  
»Todo otro plan es un delirio vano.  
»Tal es mi voto, á que confiado espero  
»Responda el de mi ejército guerrero.»  
Acaba apenas, cuando mil millones  
De desnudos aceros por el viento  
Brillan, en los broqueles, y morriones  
Sus vivos resplandores reflejando,  
Y aun del Infierno en el profundo asiento,  
Entre las densas sombras centelleando;  
Armas con armas chocan, y el crujido

Horrible, por los ecos repetido,  
La general alarma prontamente  
Lleva á todos sus senos tenebrosos.  
La aumentan del ejército insolente  
Las blasfemias y gritos sediciosos  
Con que el delirio de su audacia impía  
Al Eterno en su trono desafia.  
Cerca de allí se alzaba una inflamada  
Cumbre, que continuados torbellinos  
De llamas y humo espeso despedía.  
Toda la falda, de que está cercada,  
De una costra brillante está cubierta,  
Que da á entender que algunos peregrinos  
Minerales oculta su terreno,  
Que el azufre labró, de que está lleno.  
Vuelan al punto á hacer la descubierta  
De aquellos preciosísimos metales  
Algunos escuadrones infernales.

Como se ve una turba numerosa  
De fuertes Zapadores, dividida  
En tropas, y en los campos extendida,  
Que de picos armados y azadones,  
Escavan con una ansia presurosa  
Fosos, ó alzan trincheras, ó espaldones;  
Así se esparcen todos, presididos  
Por Mammón, de los Angeles caídos  
Reputado el más vil, por su avaricia  
Vergonzosa. Aun estando en el dichoso  
Celeste Alcázar, con mayor codicia  
Parecía atender al suntüoso  
Adorno, á la riqueza que brillaba  
En su soberbio pavimento de oro,  
Que á los encantos del celeste coro:  
Cuando éste al ver á Dios, en los ardores  
De su divino amor se enajenaba,

Y concorde entonaba sus loores,  
A él, por efecto de su villanía  
Siempre al suelo mirar se le veía.  
Este espíritu inmundado  
Fué el que la sed del oro en nuestro mundo  
Introdujo después. El hombre ingrato,  
De su madre la tierra penetrando  
Los senos, sus entrañas destrozando,  
En ellas fue á buscarlo. ¡Qué insensato!  
El mismo se privó, con mano avara,  
Del sólido tesoro que le diera,  
Si en lugar de seguir la lisonjera  
Vana ilusión, juicioso la labrara.

Mas ya la infernal tropa ha hecho en la dura  
Falda del alto monte una abertura  
Ancha, á fin de extraer el escondido  
Oro, en sus negras venas esparcido.  
Ni es de extrañar se hallase en aquel puesto,  
En el infierno, aquel metal funesto:  
¿Dónde mejor hallarse debería?  
¡Venid ahora vosotros que á porfía  
En las antiguas hojas de la historia  
Los extraños prodigios ponderasteis  
De Memfis y de Thebas, y su gloria  
Hasta el cielo ensalzasteis,  
La veréis eclipsada en el momento,  
Al lado del magnífico portento  
Que en una ojeada sola fabricaron  
Aquellos poderosos é inmortales  
Espíritus! ¡Veréis cómo humillaron  
La soberbia del hombre y de sus reales  
Obras más afamadas;  
Lo que á él le costó siglos de un constante  
Empeño, á que sus artes agotadas  
Llegaron, superando en un instante!

Todos trabajan, todos se apresuran:  
Varios conductos, desde el lago ardiente  
Practicados al pie de la eminente  
Montaña, un fuego líquido conducen;  
El metal bruto en él funden y apuran,  
Separada la escoria, lo introducen,  
Formando mil arroyos espumosos  
De vivo fuego, en otros tantos fosos,  
En donde hirviendo, cual requiere el arte,  
Líquido y puro, toma ya la forma  
Para echarlo en los moldes, excavados  
En el sólido suelo, en donde aparte  
Cada porción se enfría, y mitigados  
Los fuegos lentamente, se transforma  
En sólidas figuras, delicadas  
Y varias, á la fábrica arregladas.  
En el Órgano así, tan sólo un viento,  
Por todos los cañones repartido,  
Por cada cual con diferente acento,  
Melodioso, varía su sonido.

De un magnífico templo á la manera,  
El inmenso edificio se levanta  
Por grados todo, con presteza tanta,  
Cual de la tierra exhalación ligera,  
Al són de una agradable sinfonía;  
Así como á la dulce melodía,  
Y al compás de la lira, se elevaron  
Las murallas que á Thebas circundaron.  
La magnífica mole levantada  
Deja ver una serie dilatada  
De soberbias columnas, en que el oro  
Con la plata compite, y en que ostentan  
Los sabios arquitectos el decoro,  
Con el gusto y primor; los arquitrabes  
Cual los zócalos todos que sustentan

Las dóricas pilastras, y aun las naves  
De relieves y adornos revestidas,  
Todos con alusiones conocidas  
A los pasados hechos, tan precioso  
Portento de las artes, de la ciencia,  
Y la riqueza ostentan reunidas,  
Que supera la humana inteligencia.  
Jamás, aun cuando el Nilo caudaloso  
Y el Eufrates porfiados compitieron  
En fabricar con más magnificencia  
Sus templos y palacios, consiguieron  
Acercarse de esta obra á la grandeza,  
Y menos del trabajo á la belleza.  
Ya en fin aquel inmenso monumento  
Completo está, sobre su firme asiento;  
Soberbia, incomparable maravilla,  
Digna de que establezca allí su silla  
De los cielos el émulo insolente.

Mas las puertas de bronce, de repente  
Sobre goznes enormes resonando,  
Se abren á un lado y otro, presentando  
A la vista curiosa el fondo interno,  
Que se extiende sin fin, obra acabada,  
Sin igual. De la bóveda elevada  
Mil arañas preciosas encendidas,  
Con torrentes de luces del Infierno,  
Hacen un nuevo Cielo, suspendidas,  
Y un resplandor esparcen indecible,  
Mantenido de asfalto inextinguible.  
Entra la muchedumbre en él, ansiosa,  
Admirando el magnífico edificio:  
A éste sorprende el ver su portentosa  
Capacidad; aquél, pasmado, alaba  
Su preciosa materia; otro no acaba  
De ensalzar la destreza y artificio



Del arquitecto, y todos convenían  
En que la obra era digna del obrero \*  
Celeste, cuya ciencia conocían,  
Como que en el Empíreo, primero,  
Los palacios había fabricado,  
Los altos domos de los Serafines,  
Desde los cuales, cada cual sentado  
Como Rey, sobre un trono majestuoso.  
Con el cetro en la mano, gobernaba  
La provincia del cielo, cuyos fines  
El supremo Monarca le confiaba.  
También el arquitecto primoroso  
Fué conocido del linaje humano  
En la Grecia y la Ausonia; adoraciones  
Recibió bajo el nombre de Vulcano,  
Y si hemos de dar fe á las narraciones  
De la fábula, el fué al que el iracundo  
Jove, desde el palacio cristalino  
Que con arte divino  
Para su uso en el cielo había labrado,  
De un puntapié, hasta el mundo  
Que habitamos echó precipitado.  
Desde la aurora hasta que el medio día  
Declinó, y desde entonces hasta tanto  
Que la noche extendió su oscuro manto,  
El triste, sin parar volteado había  
Por el éter inmenso, cual si fuera  
Una estrella brillante, que cayera,  
Hasta que en Lemnos, hija de los mares,  
Paró, y se vió adorado en sus altares.  
La fábula habla así; pero mucho antes  
Del cielo, con los Angeles restantes  
A una, cayó. ¿Y qué saca el desgraciado,  
De haber con tal primor edificado  
Palacios, más allá del firmamento,

Pues que, en castigo de su atrevimiento,  
Dios le ha arrojado á trabajar en tales  
Obras en los abismos infernales?

Mas ya los reyes de armas, con pomposo  
Fausto, y las trompas con sonoro acento,  
De orden suprema, al pueblo belicoso  
Llaman al general ayuntamiento  
Que debe en aquel templo celebrarse.  
Los Jefes principales á juntarse  
Comienzan en el vasto Pandemonio,  
Capital de su nuevo patrimonio.  
Sigue después la turba, con afluencia  
Tal el ancho vestíbulo llenando,  
Y en lo interior cargando  
De todo el templo, que aunque en competencia  
Con el mayor cercado entrar podían  
En que en la antigüedad lidiar solían  
Con lanza en mano, ó despedir ligeros  
Dardos, los vigorosos caballeros,  
O disputar en carros la primera  
Corona de la rápida carrera,  
Aun no eran ni con mucho suficientes  
A contener las infernales gentes.  
Su muchedumbre, que la tierra inunda,  
Los aires oscurece,  
Y al ruido de sus alas estremece  
El vasto espacio. Así en la primavera,  
Cuando el campo fecunda  
Con su rocío la temprana aurora,  
De las negras abejas la guerrera  
Multitud, en enjambres dividida,  
El aire y las llanuras va ocupando;  
Y cuando el sol dora  
Con su luz, á lo lejos extendida,  
Las olorosas flores,

De sus cálices bebe, susurrando,  
Los preciosos licores,  
O amontonada toda sobre un viejo  
Tronco, en él colocarse solicita,  
Y allí teniendo sabia su consejo,  
Los intereses del estado agita.

Del mismo modo aquella innumerable  
Multitud, allí dentro se apresura  
Y no puede caber: mas ¡oh admirable  
Prodigio! á una señal que de repente  
Hace su Rey, la prócera estatura  
De los soldados, que era semejante  
A la de aquel gigante  
Pueblo de los Titanes, prontamente  
Se reduce, se encoge de tal forma,  
Que cada uno en pigmeo se transforma,  
Como aquellos que ocupan la ribera  
Del Estrimón, que en un pequeño espacio  
Cabe su multitud, como pudiera  
En el vasto recinto de un palacio.  
Así el pastor al resplandor dudoso  
De la luna, imagina, ó mas bien sueña,  
Que ve volar en torno un numeroso  
Pueblo de aéreos y pequeños entes,  
Turba humilde que danza á sus lucientes  
Rayos, y que el Planeta con risueña  
Cara presencia aquella alegre fiesta;  
Su alma al temor y á la ilusión dispuesta,  
Sigue á su vista la gloriosa escena  
Lejos, y se figura que á su oído  
El dulce acuerdo de sus voces suena,  
De placer y terror estremecido.  
Como ellos, pues, se encuentran achicados  
En un instante los agigantados  
Angeles infernales, y debajo

Del vasto techo caben sin trabajo;  
Pero los Serafines elevados,  
Los Querubines, y otros principales  
Jefes, conservan todos su estatura,  
Su talle y nobilísima figuras,  
Sobre el inmenso vulgo descollando;  
Y en el remoto fondo, sus sitiales  
Regios, de él separados, ocupando  
Según el orden de sus dignidades,  
Forman un gran senado de Deidades,  
Hasta que el gran Monarca se endereza  
Hacia su solio, y el consejo empieza.

---

---

---

## LIBRO SEGUNDO.

---

### SUMARIO.

TRATA Satanás en el consejo infernal, sobre si conviene aventurar aún otra batalla para recobrar el Cielo. Algunos son de este dictamen, y otros se oponen. Determinase que es necesario, antes de todo, seguir la idea de Satanás, inquiriendo el sentido de la profecía, ó tradición del Cielo, acerca del nuevo mundo, destinado á una especie de criaturas poco inferiores á los ángeles y que al parecer estaba ya en tiempo de verificarse. Se refiere su embarazo para saber á quién han de enviar á descubrir aquel nuevo mundo. Satanás se encarga solo de aquella empresa, colmado de honores y de aplausos. Acabado el consejo, se separan los ángeles, y para suspender sus males, entre tanto que su jefe vuelve de la empresa, se ocupan en diferentes ejercicios. Satanás llega á las puertas del Infierno, que halla cerradas, y guardadas por dos monstruos espantosos. Después de algunas explicaciones, se las abren. Ya fuera de ellas, ve el abismo colocado entre el Infierno y el Cielo, y lo atraviesa, aunque con mucha dificultad. El Caos, que reina en el, le da señas del camino que ha de seguir para llegar al mundo que busca.

En regio trono, más resplandeciente,  
Con mucho, que las bárbaras, pomposas  
Riquezas de oro y perlas que el Oriente  
Derrama á plenas manos  
Sobre los ponderados soberanos  
De Ormuz y de las Indias fabulosas,  
El fiero Satanás se ve sentado,  
Por todas partes de magnificencia  
E indecible aparato circundado.

¡Triste gloria! ¡Funesta preeminencia  
Que al mérito de ser el más culpable  
Debe, y su orgullo indómito alimenta!  
¿Qué es, en efecto, aquella miserable  
Elevación, sino un escollo horrendo  
En que debe estrellarse su esperanza,  
Con los embates de la más violenta  
Cruel desesperación, que se abalanza  
A empeños que, sus fuerzas excediendo,  
Han de dejar su ardiente sed burlada  
Y aumentar la tormenta

De desgracias sobre él acumulada?  
Mas su soberbia nada reflexiona,  
Y ciego á sus proyectos se abandona:  
En vano le ha mostrado la experiencia,  
De su débil poder la insuficiencia  
Contra su Criador, que audaz se cierra  
En hacerle sangrienta eterna guerra;  
Y con este discurso á aquella dura  
Empresa á todos animar procura:

«¡Tronos, Dominaciones, Potentados,  
»Monarcas de los Cielos respetados!  
»De los Cielos, repito; pues no es dable,  
»Por más que la injusticia nos oprima,  
»Que un pueblo de inmortales seres gima  
»Siempre en esta prisión insoportable;  
»Y así no doy los Cielos por perdidos  
»Para nosotros; de ellos descendidos,  
»Nuestra caída misma darnos debe  
»Un natural impulso, que nos lleve  
»Con mayor fuerza á nuestra patria amada,  
»Y cuanto más la odiosa tiranía  
»Vemos en abatirnos empeñada,  
»Más se debe aumentar nuestra osadía  
»En cuanto á mí, que la naturaleza

- »Destinó de este trono á la grandeza,
- »Y que vosotros mismos libremente
- »Por vuestro Rey habéis reconocido,
- »A estos derechos, con justicia puedo
- »Decir que otros mayores he añadido,
- »Sirviéndoos con el celo más prudente
- »En los consejos, y con un denuedo
- »Sin igual en la guerra batallando,
- »El primero los riesgos arrostrando.
- »A estos títulos debo este alto puesto.
- »Que nadie envidia. ¿Y quién envidiaría
- »Un trono sobre el cual no conseguía (1)
- »Sino estar á los males más expuesto?
- »Que tenga pretendientes no es posible
- »El triste cetro de este abismo horrible:
- »Sola del Cielo la feliz mōrada
- »Merece con empeño disputarse.
- »¿Mas habrá acaso quien de mi abrazada
- »Corona tenga aliento de encargarse?
- »Cuanto más vasta, es más desventurada:
- »El bien tan sólo la ambición excita,
- »Y así donde no lo hay, la paz habita:
- »El mismo exceso de la desventura
- »Que nos oprime, nuestra unión conserva,
- »La ambición desterrando,
- »Y con lazos eternos la asegura:
- »La envidia para el Cielo se reserva,
- »Que allí halla cebo la ambición del mando,
- »Y no entre estas cadenas,
- »En que éste no produce más que penas.
- »Esta ventaja, pues, que al Cielo hacemos
- »En concordia y firmeza, aprovechemos;
- »Hagamos á lo menos lo posible
- »Por recobrar nuestra primera herencia:
- »La honra y el interés á competencia

- »Nos lo aconsejan, y por otra parte,  
 »Nuestra actual situación es tan horrible,  
 »Que aunque en la empresa no seamos felices,  
 »Jamás nos podrá hacer más infelices.  
 »Sólo, pues, queda que juzguéis si al arte  
 »Hemos de recurrir, ó si más cierta  
 »Será nuestra ventaja en guerra abierta.»

Satanás acabó, y en pie elevado  
 El Jefe que inmediato se seguía  
 En aquella malvada compañía,  
 El más feroz, más fuerte y más osado  
 Entre los moradores del Infierno,  
 Moloch, que se decía al Sér eterno  
 Igual, y en su delirio prefería  
 Perder enteramente la existencia  
 A concederle alguna precedencia,  
 Terrores y amenazas despreciando,  
 Y el Cielo y los Infiernos olvidando,  
 Cediendo del despecho á la violencia,  
 El furioso Moloch, su horrible encono  
 Con voz áspera exhala en este tono:

- «Venganza, guerra abierta, interminable:  
 »Tal es mi único voto. No me precio  
 »De artes ni de ficciones,  
 »Arma sólo adaptable  
 »A unos seres cobardes que desprecio:  
 »Usenlas ellos, en las ocasiones  
 »En que las necesiten; mas que ahora  
 »En proyectos inútiles gastemos  
 »El tiempo, cuando todo ese valiente  
 »Ejército, del ocio ya impaciente,  
 »A sí mismo en silencio se devora,  
 »Hasta que el freno á su furor soltemos;  
 »Y que á tantos millones de soldados,  
 »Por una causa tan gloriosa armados,



- »A tragar sus ultrajes precisemos,
- »Tranquilos en los hierros vergonzosos
- »De la más detestable servidumbre,
- »Y á que se tengan casi por dichosos
- »En ser esclavos, mientras de la cumbre
- »Del Cielo, al vernos mano sobre mano,
- »Se burla de nosotros el tirano
- »En medio de su corte envanecida,
- »Y su gobierno injusto consolida;
- »Tolerar no es posible tal vileza.
- »Partamos pues, volemós con presteza;
- »Esta cárcel horrible destruyamos;
- »Para nuestra venganza armas hagamos
- »De esas mismas cadenas inflamadas,
- »De esos nuevos y crueles instrumentos,
- »Que su autor destinó á nuestros tormentos
- »Volvámoslos contra él. Que esos torrentes
- »De fuego, que esas olas azufradas,
- »Al soplo de su cólera encendidas,
- »Nuestra marcha precedan, en ardientes
- »Rayos por nuestra rabia convertidas.
- »Si ese enemigo, de piedad ajeno,
- »Se lisonjea de infundir desmayo
- »En nuestros pechos con su fiero trueno,
- »Trueno á trueno opongamos, rayo á rayo:
- »Que nuestros fuegos rápidos, rompiendo
- »A manera de horrible torbellino
- »El aire, tropezando en el camino
- »Con los suyos, su trono estremeciendo,
- »Vayan á herirle á él mismo, entre los vanos
- »Obsequios de sus viles cortesanos.
- »¿Mas quién podrá, dirán, su osado vuelo
- »Eleva, del profundo infernal suelo
- »En que yacemos, hasta aquella altura?
- »¿Y su ventaja no será segura

- »Desde ella, sobre gente ya vencida,  
»Falta de fuerzas, y que no podemos  
»Juzgar apta á tan áspera subida?  
»¡Infundado terror! ¿Pues qué, no vemos:  
»Que si nuestro vigor se ha amortecido  
«Un momento, al beber en ese hirviente  
»Lago las torpes aguas del olvido,  
»El Angel á subir naturalmente  
»Por su propia energía destinado,  
»Y para descender violentado,  
»Es preciso recobre prontamente  
»Su natural impulso? ¿Y no lo vimos  
»Todos, cuando una fuerza irresistible  
»Nos arrojó del cielo? ¿A qué debimos,  
»Sino á este impulso sólo, la constante  
»Resistencia que hicimos al pujante  
»Brazo que al fondo de este abismo horrible  
»Con su peso fatal nos impelia?  
»A cada paso al Cielo nos volvía  
»Nuestra naturaleza, batallando  
»Con los rayos, y á palmos disputando  
»El campo, que quizás jamás perdiera  
»Nuestra guerrera gente,  
»Si conocido hubiera  
»Su fuerza natural, como al presente.  
    »¿El éxito teméis? ¿Y por ventura,  
»Acrecentar podrá ese Dios terrible  
»De esta infausta morada los horrores?  
»¿Podrá más, si la cólera le apura,  
»Que acabar de una vez nuestros dolores,  
»Privándonos del ser? ¿Y era posible,  
»Si aquí hemos de existir, que nos hiciese  
»Una gracia que más nos conviniese?  
»Sobre nosotros tiene ya perdido  
»La desgracia su influjo. No podemos

- » Vernos más infelices que nos vemos.
- » ¿Y qué podrá añadir, por irritado
- » Que esté, al infierno en que nos ha metido?
- » Privados de la dicha y la alegría,
- » Desterrados de aquella venturosa
- » Patria, de la luz misma, á este olvidado
- » Asilo de la noche tenebrosa,
- » Víctimas de una baja cobardía,
- » A esos fuegos de pábulo sirviendo;
- » Mientras que en otro abismo aun más horrendo
- » Os sepulta ese bárbaro tirano,
- » Cual vasallos rendidos; ¡id, prestadle
- » Homenaje; aguardad que sus feroces
- » Verdugos, sus tormentos más atroces
- » Arrepentir os hagan, y aunque en vano,
- » Que os perdone apiadado suplicadle!
- » Sabéis que no lo hará, y aunque lo hiciera,
- » Mil veces yo el infierno prefiriera.
- » Y ¿qué recelo pueden ya causaros
- » Sus amenazas? ¿En la horrible suerte
- » En que os halláis, acaso puede daros
- » Otro tormento nuevo, que la muerte?
- » ¿Qué fuerza, pues, os hace un enemigo
- » Que daros ya no puede otro castigo,
- » Por más que le irritéis, que el de quitaros
- » La vida, pena menos espantosa
- » Mil veces que la suerte dolorosa
- » Que teméis para siempre en adelante?
- » Si es, cual lo creo, nuestro ser divino,
- » Y la inmortalidad nuestro destino,
- » Tan larga duración será bastante
- » Para causar su furia, por constante
- » Que sea, y agotados
- » Sus rayos, su poder desfallecido,
- » Podrá ser con ventaja acometido.

»La experiencia nos dicta que podremos  
»Al fin llevar la guerra á sus estados,  
»Y por más que se precie de invencible,  
»Sobre su odioso trono inaccesible  
»Insultarle: testigos los extremos  
»A que le vimos todos reducido  
»En la batalla cruel que hemos perdido;  
»Y en fin, aunque vencerlo no logremos.  
»Aunque caídos mil veces nos veamos,  
»Otras tantas con nuevo ardor volvamos  
»A hacer guerra al tirano endurecido.  
»Y sean siempre el odio y la venganza  
»Nuestro consuelo y bienaventuranza.»

Así acaba, los dientes rechinando,  
Y el entrecejo lúgubre arrugando:  
Se ve en su boca una sonrisa horrible;  
Sus miradas, que arrojan un funesto  
Resplandor; su aire audaz y fiero gesto,  
El enemigo anuncian más temible,  
Para todo otro que el Omnipotente.  
Más humano, más suave y cariñoso  
En su trato, Belial, el más hermoso  
Entre todos los Angeles perdidos,  
Repugnando el dictamen precedente,  
Habla después: Belial, cuyos fingidos  
Rasgos de dignidad y de nobleza,  
Del más vil pecho ocultan la bajeza;  
Pero que en sus palabras tal dulzura  
Derrama, y con tan noble gracia toca  
Cualquier materia, por ingrata y dura  
Que sea, que no hay alma que á su influencia  
Haga, por más que quiera, resistencia:  
La miel destila siempre de su boca,  
A pesar de la hiel de que está lleno  
Su corazón: su ingenio cauteloso

Sabe envolver, entre las delicadas  
 Redes de sus palabras estudiadas,  
 A la razón; esparce su veneno  
 Con lenguaje doloso  
 Sobre toda virtud, y su artificio  
 Hace que en su lugar se aplauda el vicio:  
 Para toda acción noble negligente,  
 Sólo para ruindades es ardiente;  
 Mas no obstante, su voz encantadora  
 Cautiva la atención, y así perora:

- «No menos que vosotros ¡oh señores!  
 »Odio la esclavitud y tiranía:  
 »No menos de la guerra los ardores  
 »Mi pecho encienden; pero yo querría  
 »Que no se decidiese de ligero,  
 »Y á impulsos del furor, mal consejero;  
 »Sino que, consultando á la prudencia,  
 »Viésemos si el hacerla convenía.  
 »Voy, pues, á examinarlo: y lo primero  
 »Hallo, que el mismo Jefe generoso  
 »Que nos gobierna, y que en inteligencia  
 »Y en valor sobresale, desconfía  
 »De que el éxito sea ventajoso.  
 »La desesperación es el cimiento  
 »Sólo en que funda todo su ardimiento,  
 »Y su última esperanza está cifrada  
 »En vernos reducidos á la nada:  
 »La aniquilación es la sola mira  
 »A que, con tal que esté vengado, aspira:  
 »¡Mas qué venganza! ¡Acaso ésta es posible?  
 »Huéste inmensa de espíritus leales  
 »Está velando sin cesar, armada,  
 »Sobre los altos muros celestiales,  
 »Y hace toda sorpresa inasequible;  
 »A veces parte de ella, hasta en las puertas

»Del Infierno la vemos acampada,  
»Y una gran multitud de sus despiertas  
»Avanzadas penetran con desvelo  
»Nuestro mismo horizonte, registrando  
»Con negras alas todo este hondo suelo.  
»Siendo, pues, imposible una sorpresa,  
»¿Se podrá á fuerza abierta nuestra empresa  
»Conseguir? Las tinieblas agregando  
»Unas á otras, en este abismo horrendo,  
»Envuelto todo nuestro innumerable  
»Ejército en su lóbrega espesura,  
»¿Podrá acercarse al Cielo, oscureciendo  
»Con sombra prolongada y espantable  
»Del éter intermedio la luz pura?  
»¡Vano intento! Del trono inaccesible,  
»De resplandor eterno circundado,  
»Ese enemigo nuestro arrojaría  
»Raudales de su luz incorruptible  
»Que volviesen la noche en claro día,  
»Que penetrando hasta este abismo odiado,  
»Nuestros débiles ojos deslumbrasen  
»Y aun más al fondo nos precipitasen.  
»Ultraje sobre ultraje acumulemos,  
»Dicen; así su cólera agotando,  
»Su venganza quizás engañaremos,  
»Y que nos haga perecer logrando,  
»En la muerte hallaremos el remedio  
»Unico del dolor que nos oprime.  
»¿En la muerte decís? ¡Qué triste medio!  
»¿Y quién, no obstante sus horribles penas,  
»Querrá sufrir que su funesta mano,  
»A cuyo aspecto consternado gime  
»El universo, rompa sus cadenas;  
»Saber cuál corta la guadaña dura  
»De ese monstruo inhumano;

- »Para siempre perder esa luz pura,  
 »Ese espíritu activo, cuyo vuelo  
 »La inmensidad recorre en un momento;  
 »Verlo apagar bajo del torpe hielo  
 »Del sepulcro, y caer desde la altura  
 »De la inmortalidad hasta la nada;  
 »Eterna lobreguez que el pensamiento,  
 »El sentido y el sér mismo anonada?  
 »Y aunque fuese el perder nuestra existencia  
 »Algún bien y ese Dios poder tuviera  
 »Para hacerlo, ¿os parece que él quisiera  
 »Con nosotros usar tanta indulgencia?  
 »Dudoso es que lo pueda; pero es cierto  
 »Que nunca incurrirá en tal desacierto.  
 »No puede un Dios tan sabio de manera  
 »Cegarse que de su ira no sea dueño.  
 »Crear que no sepa aquel Sér elevado  
 »Y omnipotente, que domina al mundo,  
 »Dominarse á sí mismo, fuera un sueño.  
 »¿Por más que con nosotros esté airado,  
 »Querrá revocar nunca una sentencia  
 »Dictada por el odio más profundo,  
 »Y á la muerte voraz dando licencia  
 »De penetrar en esta sima ardiente,  
 »A un golpe, de sus víctimas privarse,  
 »Y de aquel placer dulce de vengarse  
 »Que puede disfrutar perpetuamente?  
 »Si es así, me dirán, ¿por qué dudamos  
 »Combatirle mil veces? ¿Por fatales  
 »Que sean las resultas que suframos,  
 »Podrán crecer acaso nuestros males?  
 »¡Pues qué! ¿Os parece tan cruel, señores,  
 »La situación en que ahora nos hallamos,  
 »En medio del Infierno y sus horrores?  
 »¿Poco se os hace que se nos conceda

»Conspirar quietos, libres, reunidos,  
»En este vasto templo establecidos?  
»¿Juzgáis que no pudieran ser mayores  
»Nuestros trabajos? Si memoria os queda,  
»Acordaos de aquel terrible día  
»En que de la celeste monarquía,  
»Por ese mismo Dios precipitados,  
»De una lluvia de rayos aterrados,  
»Este abismo invocábamos gimiendo,  
»Donde en tropel nos iba sumergiendo,  
»Con más miedo á sus golpes espantosos  
»Que á los voraces fuegos tenebrosos  
»En que su ira feroz nos sepultaba.  
»¿Quién de vosotros no se reputaba,  
»Decídmelo, por más desventurado  
»Que en el presente estado?  
»¿Pues qué fuera si aquellos vengadores  
»Fuegos, al soplo rápido encendidos  
»De su furor, doblasen sus ardores  
»De nuevo, y nuestras penas duplicaran?  
»¿Qué, si de vivos rayos, despedidos  
»Por su irritada mano, nubes densas,  
»Cortando del vacío las inmensas  
»Regiones, otra vez nos inundaran  
»De un diluvio de llamas insufrible?  
»¿Qué en fin, si su venganza completando,  
»Sobre nuestras cabezas derribase  
»Esa bóveda horrenda, derramase  
»El vasto mar de fuego inextinguible  
»Que sostenido en ella está bramando,  
»Y envueltos en la ruina, en los raudales  
»De aquellas cataratas infernales,  
»Para siempre en su fondo nos metiera?  
»¿Y quién sabe, si mientras con sosiego  
»Aquí reunidos, nuestro encono ciego



»Sus varios planes de venganza traza,  
»Ese Dios, que de lo alto considera  
»Nuestros vanos proyectos, que permite  
»Para hacernos escarnio, ahora en desquite  
»Con nueva tempestad nos amenaza,  
»Que sobre alguna de esas duras rocas  
»Vivos nos clave, expuestos al embate  
»De las tormentas y los torbellinos,  
»O que quizá de sumergirnos trate  
»En ese ardiente mar, con nuestras locas  
»tramas, al fondo de esos remolinos  
»De fuego abrasador encadenados,  
»Funesta habitación del negro espanto,  
»Donde no se oye sino eterno llanto;  
»En el que para siempre sepultados  
»Sin piedad, sin remedio y sin reposo,  
»Pasemos siglos nunca rematados,  
»Sin otra perspectiva que un lloroso  
»Teatro de dolores inmortales,  
»De opresión cruel é interminables males?  
»¿Y á esta suerte queremos exponernos?  
»Harto mejor, creedme, es abstenernos  
»De combatir. Sabemos demasiado  
»Lo que es el brazo de ese Dios terrible.  
»A la astucia y la fuerza inaccesible,  
»Todo lo sabe y puede, y sosegado  
»En su trono, al ver esta clandestina  
»Junta, y cuanto se trata y determina,  
»Nuestra flaqueza y nuestro orgullo necio,  
»Aun más que su ira, excitan su desprecio.  
»¿Pues qué, diréis, nosotros, que traemos  
»Del Cielo nuestro origen, sufriremos  
»Que se nos dé el Infierno por morada?  
»¿La cabeza tendremos agobiada  
»Bajo un vil yugo, y á los inhumanos

- »Hierros presentaremos nuestras manos?  
»Con razón os quejáis; y yo el más fuerte  
»Impugnador de tal arbitrio fuera,  
»Si una vislumbre de esperanza hubiera  
»De no empeorar, peleando, nuestra suerte.  
»Mas, por desgracia..... no nos engañemos,  
»No existe, y nuestro mal agravaremos:  
»Sometámonos, pues, como vencidos;  
»Cual cautivos, suframos los estrechos  
»Hierros, puesto que así quieren los hados  
»Y de los vencedores los derechos.  
»En todos los trabajos ser sufridos  
»Es tan propio de pechos generosos,  
»Cual lo es el ser osados  
»En cualesquiera eventos peligrosos;  
»Y pues para sufrir fuerza tenemos,  
»Firmes los nuestros tolerar debemos.  
»¿Y hay acaso razón para quejarnos?  
»¿Quién en nuestras desgracias tuvo parte  
»Sino nosotros mismos? ¿Por ventura,  
»De otro éxito pudimos lisonjearnos,  
»Cuando sin reflexión, y á la ventura,  
»Desplegó nuestro orgullo el estandarte  
»Contra Dios? Yo me río ciertamente,  
»Al ver aquella furibunda gente,  
»En los primeros lances tan osada,  
»No poder sufrir ahora acobardada,  
»La ignominia, el destierro y demás males  
»Que eran las consecuencias naturales  
»De un suceso funesto, y un castigo  
»Que era fuerza esperar del enemigo.  
»¿Y quién sabe s acaso desarmado  
»Ese Dios, al notar nuestra obediencia,  
»Su furia aplacará, y desagraviado  
»Por los tormentos que hemos padecido,

- »Quietos nos dejará con negligencia  
»En un rincón del Reino del olvido?  
»Temamos, si insistimos, al contrario,  
»En renovar el choque temerario,  
»Despertar su ira y avivar el fuego.  
»Si obramos con prudencia y con sosiego,  
»Este al fin se enfriará, y nuestras esencias  
»Puras sentirán menos las influencias  
»De sus llamas mortíferas. Lo allana  
»El tiempo todo, y la costumbre puede  
»Esta sima pestífera hacer sana:  
»Del hábito á la fuerza todo cede:  
»Con ella, aunque ahora aquí nos abrasemos,  
»Estas llamas quizá no sentiremos:  
»Aun esta sombra que nos intimida  
»Veremos en luz clara convertida;  
»Ya con aspecto menos espantoso  
»Brillará este desierto doloroso,  
»Nuestro fatal estado suavizando  
»Y todas nuestras penas aliviando.  
»Así lo espero. ¿Y contaréis por nada  
»Las grandes novedades  
»Que acostumbra á traer la continuada  
»Serie de las edades,  
»Ese flujo y reflujo de los varios  
»Sucesos, que no pueden ser contrarios  
»A nosotros, de modo miserables,  
»Que han de sernos por fuerza favorables?  
»Ayer felices, hoy desventurados,  
»Esperémoslo todo de los hados;  
»Pero nuevos esfuerzos no tentemos,  
»Con que este infierno más profundicemos.»

Así Belial, fingiendo una prudencia  
Falaz, aconsejaba á sus oyentes,  
Con título de paz, vil indolencia;

Mammón habló después en este tono:

- » ¡Potentados y Jefes eminentes!
- » Cuando nuestro caudillo se dispone
- » A nueva guerra, en ella se propone
- » Precipitar á Dios de su alto trono,
- » O aquellos recobrar que hemos perdido:
- » Este deseo viéramos cumplido,
- » Si la casualidad, favoreciendo
- » Nuestro vivo interés, con su dudoso
- » Influjo los decretos no minara
- » Del destino, ó si el caos, sumergiendo
- » Otra vez en su seno tenebroso
- » El orbe, esta gran causa sentenciará;
- » Pero contra el Altísimo, ¿qué puede
- » Nuestro loco furor? Nada esperamos
- » Contra el que á todos en grandeza excede:
- » Tampoco de lograr nos lisonjeemos
- » Mejor suerte. ¿Y qué puesto apetecible
- » Habrá para vosotros en el Cielo?
- » Mientras que allí domine ese tirano,
- » ¿Podríais disfrutarlo sin recelo?
- » Pero un momento demos por posible
- » Que nuestras tramas nos perdone humano;
- » ¡Iréis el abandono consagrando
- » De los derechos vuestros, cual rendidos
- » Vasallos, á postraros en presencia
- » Suya, y darle homenaje y obediencia?
- » O humildes, de rodillas, disputando
- » El incensario á los envilecidos
- » Angeles, antes vuestros compañeros,
- » Su deidad adorando,
- » Vuestro encono interior disimulando,
- » A adularle con himnos lisonjeros,
- » Y á celebrar forzados sus grandezas,
- » Al mismo tiempo que él vuestras cabezas

»Huelle orgulloso, desde su elevado  
 »Trono, en el polvo, sin honor postradas!  
 »Vuestros acatamientos vergonzosos  
 »Contará entre sus triunfos más gloriosos,  
 »Y de tales bajezas admirado,  
 »Sobre sus aras, de Angeles rodeadas  
 »Y de inmortales flores coronadas,  
 »Saboreará á su gusto la ambrosía.  
 »¡Id, pues; con despreciable cobardía,  
 »Sus despóticas leyes, obedientes  
 »Cumplid, y tributadle reverentes  
 »Los cultos en su corte regulares,  
 »Con eternos é insípidos cantares!  
 »Tal es el quehacer noble que os espera,  
 »¡Oh vil rebaño! en la celeste esfera.  
 »¡Y qué siglos eternos tan penosos  
 »Gastaréis en dar cultos fastidiosos,  
 »Sin cesar, á un tirano aborrecido!  
 »Sea, pues, que él os llame á su celeste  
 »Cárcel, sea que poco esfuerzo os cueste  
 »A ella volver, tened bien entendido  
 »Que si habéis de vivir con tal afrenta,  
 »Ni aun habitar el Cielo os tiene cuenta.  
 »Antes que mendigar una pomposa  
 »Esclavitud, vivamos, cual prudentes,  
 »Para nosotros mismos. Poseemos  
 »En nuestros corazones la abundosa  
 »Fuente de nuestra dicha. Si sabemos  
 »Buscarla dentro de ellos diligentes,  
 »Burlar podremos, aun desde este suelo,  
 »La cólera del déspota del Cielo.  
 »Por más que esta prisión parezca horrible,  
 »Será para nosotros apacible,  
 »Si nuestra libertad, aunque penada,  
 »Anteponemos á una acomodada

- »Esclavitud, y á la magnificencia
- »De los grillos, la noble independendencia.
- »Sacar de los sucesos más fatales
- »La dicha; en bienes convertir los males;
- »Formarnos una patria de este triste
- »Destierro; sustituir á la pobreza
- »La industria, manantial de la riqueza;
- »Inventar, cultivar los ingeniosos
- »Artes á lo que nada se resiste;
- »Tales deben de ser en adelante
- »Vuestras empresas, ¡oh hijos laboriosos
- »De la activa miseria! ¿Y qué victoria
- »Sería en nuestro estado más brillante?
- »Cuanto menos los medios, mayor gloria.
- »¿De esta region, acaso os intimida
- »La oscuridad? Pues dad á la extendida
- »Etérea llanura una mirada:
- »Ved al Eterno con el negro manto
- »De la noche cubrir su augusta frente:
- »Notad esa tormenta, de repente
- »De las espesas nubes fabricada:
- »El mismo, precedido del espanto,
- »Viene en su seno, mientras que rugiendo
- »Estremece la esfera amedrentada,
- »Abrasadores rayos despidiendo,
- »Al compás de horrosos estallidos,
- »Por los lejanos ecos repetidos,
- »Y velado en sus sombras é invisible
- »Aun es más majestuoso y más terrible.
- »Supuesto, pues, que al Cielo adoptar vemos
- »Del Infierno los fúnebres colores,
- »¿Por qué su resplandor no imitaremos,
- »Y su adorno, como él nuestros horrosos?
- »Duerme enterrado aquí más de un tesoro;
- »Nuestros pies negligentes huellan oro

»Y diamantes. ¿Y acaso la destreza  
 »Nos falta, para darles las labores  
 »Que exigen el valor y la belleza  
 »De estas nobles materias? ¡Qué consuelo  
 »Será lograr, á fuerza de desvelo,  
 »Que el blando lujo, que es de la riqueza  
 »Hijo, en este hondo Infierno se introduzca,  
 »Y mil comodidades nos produzca!  
 »Ese fuego, hasta aquí nuestro tormento,  
 »Con el tiempo será nuestro elemento,  
 »Y aun hará la costumbre tolerables  
 »Sus llamas, que nos son insoportables,  
 »Sus dolorosas puntas embotando,  
 »Y á nuestro temple el suyo acomodando.  
 »Todo exige la paz. A las divinas  
 »Venganzas, arranquemos nuestras ruinas;  
 »Nuestras pérdidas tristes reparemos;  
 »El bien aprovechemos suavizando  
 »Los males; nuestros votos arreglemos,  
 »Como nuestros proyectos, con prudente  
 »Juicio, al estado en que ahora nos hallamos;  
 »Y cautivos, de la suerte contingente  
 »De los combates sobre todo huyamos:  
 »Yo la paz voto.» Apenas ha acabado,  
 Cuando un sordo murmullo prolongado  
 De general aplauso, dulce suena  
 En el salón inmenso, semejante  
 A aquel ruido confuso de los vientos  
 Que en los peñascos cóncavos resuena  
 De la orilla del mar, cuando distante  
 La tormenta, ya calma sus violentos  
 Impetus, entre tanto que, acogido  
 Al fondo de una cala más remoto,  
 De altas rocas rodeado, al fin rendido  
 De las fatigas del pasado apuro,

Anclado el barco, de temor seguro,  
Duerme con sueño plácido el piloto,  
Por las olas y ráfagas mecido.

Así, «¡la paz, la paz!» con alegría  
Por todas partes resonar se oía:  
¡Tal terror al concurso ocasionaba  
El nuevo Infierno que se le anunciaba!  
Aunque en suerte tan triste, todavía  
Se acuerdan del acero pavoroso  
De Miguel, y del Todopoderoso  
Temen los rayos. Una lisonjera  
Esperanza se añade de formarse  
Quizás un vasto imperio en adelante,  
En donde están, que pueda á su primera  
Mansión, aunque no sea tan brillante,  
Al pronto de algún modo compararse,  
El cual, con sabias leyes floreciendo,  
Con valor y prudencia gobernado,  
Por grados nuevas fuerzas adquiriendo,  
Del Infierno haga un Cielo, y envidiado  
Del Cielo mismo, le haga competencia,  
No menos en poder que en opulencia.

Al ver aquel delirio bullicioso,  
El grande Belzebuth, después del fiero  
Satanás, entre todos el primero,  
A quien con preferencia, acordemente  
Respeta aquel concurso numeroso,  
Se levanta, y dirán que aun tiempo mismo  
Consigo eleva el reino del abismo.  
Profundamente impresos en su frente,  
Se ven los vastos planes, los talentos  
Sublimes, los más altos pensamientos:  
Aunque caído, su semblante augusto  
Conserva el majestuoso continente,  
Y en su aire autorizado, y su robusto



Y gigantesco talle, semejante  
 En construcción al del forzudo Atlante,  
 Se ve que sostendrá el mayor Estado  
 Sobre sus firmes hombros apoyado.  
 Comienza, y de la noche la carrera  
 Tranquila, ó del ardiente mediodía  
 El inmóvil reposo,  
 No igualan al respeto silencioso  
 Que enmudece al momento á la guerrera  
 Junta, atendiendo á lo que así decía:

- «Príncipes, Reyes de la etérea Corte,  
 »Hijos del Cielo, pues así algún día  
 »El Empíreo os nombró, ¿será posible  
 »Que hayáis de menester que se os exhorte  
 »A conservar dictados tan gloriosos?  
 »¿Y querréis esos nombres inmortales  
 »Trocar por el de Reyes infernales?  
 »Así parece, por vuestros gozosos  
 »Aplausos á la idea de ese Imperio  
 »Nuevo, que se ha propuesto sin misterio  
 »Con tal satisfacción, y que es la mira  
 »Única ya á que el vulgo todo aspira.  
 »¡Imprudentes! ¿Tan pronto se os olvida  
 »Ese Dios sin piedad, ese implacable  
 »Vencedor? ¿Desde cuándo esta espantable  
 »Sima veis en asilo convertida?  
 »¿Os lisonjeáis de hallar algún seguro  
 »Abrigo en este calabozo oscuro,  
 »Que oculte vuestras tramas un instante  
 »A su vista severa y penetrante?  
 »¿Pensáis que aquí podréis, conspiradores  
 »Tranquilos, otra vez contra él ligaros,  
 »Fuera de alcance de su brazo fiero,  
 »Y evitar de sus leyes los rigores?  
 »¡Qué daños no traería el lisonjearos

- »Con este falso sueño pasajero!
- »Ese Dios, no dudéis, es el primero
- »Y el último, el más grande y eminente,
- »Así como el más sabio y más prudente.
- »Todo lo puede, todo lo contiene;
- »Su excelso imperio límites no tiene:
- »Aunque de estos abismos tan distante,
- »Siempre cautivos suyos, su venganza
- »En su más hondo seno nos alcanza:
- »Para nosotros, no es su cetro de oro
- »Mas que un cetro de acero fulminante.
- »¿Por qué pues, cuando aun suena á vuestro oído
- »El fragor espantable de sus truenos,
- »Y el hostil eco del clarín sonoro
- »De su hueste, cercana á este escondido
- »Abismo, cada instante nos aterra,
- »Expendemos el tiempo muy serenos,
- »En disputar sobre la paz ó guerra?
- »La guerra nos perdió sin duda alguna;
- »Nos perdió para siempre; y ya ninguna
- »Abertura de paz juzgo posible.
- »¿Qué condiciones conceder podría
- »A esclavos, cual nosotros, su amo airado,
- »Sino cárceles, hierros y tormentos,
- »Y cuanto imponer puede más terrible,
- »De un vencedor, como él, la tiranía,
- »A vencidos que así le han agraviado?
- »¿Y qué pacto, á los nobles sentimientos
- »Que profesáis, conviene, ó qué tratado?
- »Sólo el de alimentar un implacable
- »Odio, ofender sin fin á ese enemigo
- »Que de todas maneras nos oprime:
- »Insultar á su misma formidable
- »Venganza: hacer escarnio del castigo,
- »Y no abandonar nunca la esperanza

- »De que el tiempo los duros hierros lime
- »Que nos sujetan, con feliz mudanza.
- »Esta al fin llegará, no lo dudemos:
- »Su furor, por más que haga, cansaremos.  
»Con nuestra astucia su poder minando,
- »Y hasta en los Cielos su quietud turbando,
- »Sus triunfos á lo menos aguaremos;
- »Mas cerremos, creedme á mí, la puerta
- »A todo lo que sea guerra abierta:
- »Dejémonos de sitios y batallas;
- »De asaltar no soñemos las murallas
- »Del Cielo, á todo esfuerzo inaccesible,
- »Y mucho más el trono luminoso
- »No menos que del Todopoderoso,
- »A la fuerza y al arte inasequible:
- »Medios nos quedan menos arriesgados,
- »Y eficaces. Si no son inventados
- »Ciertos rumores que generalmente
- »En el Cielo han corrido,
- »En un mundo de nuevo construído,
- »Muy remoto, la mano omnipotente
- »Va presto á dar el sér á unas criaturas
- »Venturosas y puras,
- »Que en un jardín habiten delicioso,
- »Y aunque tal vez nos cedan en la ciencia
- »El poder y nobleza de la esencia (2),
- »Disfruten de los dones, y el precioso
- »Afecto de su dueño poderoso:
- »Añaden que del cielo en el senado
- »Está ya este decreto publicado,
- »Y que Dios mismo, desde el alto asiento
- »Del trono eterno, con su juramento
- »Sacro, esta voluntad ha confirmado,
- »En presencia del Cielo estremecido.
- »Siendo esto así, nuestra atención volvamos

- »A ese nuevo lugar desconocido:
- »Hacia él nuestra venganza dirijamos,
- »Y nuestra actividad: averigüemos
- »Que habitantes en ese nuevo mundo,
- »Ha producido su poder fecundo:
- »Cómo han salido de él investiguemos:
- »Sepamos qué materia, qué elementos
- »Forman sus cuerpos, cuál es su figura,
- »Cuál es su duración y su estructura:
- »Cuáles son sus costumbres, sus talentos:
- »De su virtud la fuerza ó la flaqueza:
- »Si debemos armarnos de violencia
- »Contra ellos, ó valernos de destreza.
- »En vano de altos muros circundados
- »Los Cielos, invencible resistencia
- »Nos opondrán: en vano los osados
- »Esfuerzos nuestros burlará á su gusto,
- »Seguro en ellos, su Monarca augusto:
- »Si ese mundo reciente acometemos,
- »Que de sus reinos forma la frontera,
- »Sin resguardo quizás le encontraremos,
- »Sin muros, sin soldados, y patente
- »Sin más defensa que su débil gente,
- »Y una empresa será la más ligera
- »Meternos en su plácida morada.
- »Perezca pues, perezca enteramente,
- »Por el infernal fuego devorada,
- »Y vea su Criador, que ha destruído
- »Nuestra justa venganza, en un momento,
- »Lo que con tanto empeño ha construído;
- »O mejor, conservando aquel portento.
- »Gocemos de los bienes destinados
- »A aquellos seres, y pues nos destierra
- »Del Cielo, también ellos desterrados
- »Salgan de aquella deliciosa tierra.

- »Así de él á placer nos vengaremos:
- »Seducir á lo menos procuremos,
- »Con astucia, ese pueblo favorito;
- »Rebelarlo contra él; que degradado
- »Por nosotros, también sea proscrito;
- »Que se vea forzado
- »A aborrecer lo que antes ha querido
- »Y á destruir su obra misma arrepentido.
- »¿Y podéis concebir lo despechado
- »Que estará? ¿Cuál será el furor sangriento
- »Suyo, al ver que turbamos un momento
- »El tirano placer que en nuestras penas
- »Disfruta? ¿Y cuál será nuestra alegría
- »En poder derramar á manos llenas,
- »Sobre esos hijos suyos tan queridos,
- »Los males que nos tienen afligidos,
- »Y lograr que maldigan á porfía
- »En este propio abismo sus bondades,
- »Nuestras crueles desgracias dividiendo,
- »Del mismo modo que nuestras maldades,
- »A ese bienhechor suyo aboreciendo;
- »Y lloren con nosotros su pasada
- »Gloria, antes tan brillante, ya eclipsada
- »Con befa de ese protector divino?
- »Hablad, pues. ¿Elegís este destino
- »Util en todo evento, y decoroso,
- »O el funesto proyecto ignominioso
- »De ese imperio soñado
- »En esta infernal noche sepultado?»

Así el astuto Belzebuth procura  
 Persuadir que se adopte el plan maligno,  
 De la invención de su Monarca digno,  
 Que en su arenga lo había ya indicado.  
 ¿Y quién sino él, abriéndonos la impura  
 Senda del mal, emponzoñar pudiera

Al humano linaje, en su primera  
Fuente, asociar la tierra á los furores  
Del Infierno, é intentar osadamente  
Turbar la paz del Rey del universo?  
¡Inútil arrogancia! los mayores  
Esfuerzos de aquel ánimo perverso  
No servirán sino es á hacer patente,  
Más que nunca, su gloria y su potencia.  
Pero los infernales moradores,  
Apenas oyen esta audaz propuesta,  
Cuando, de una común inteligencia,  
La aprueban todos, con clamor gozoso,  
Y el brillo de sus ojos manifiesta  
Cuánto admiran el plan maravilloso:  
Con tono entonces ya más arrogante,  
Vuelve á hablar Belzebuth de esta manera:

«¡Cuánto consuelo, oh celestial senado,  
»Ese concorde voto me ha causado,  
»De vos tan digno! Llegará el instante  
»Quizás, y aun presto, en que á la envidia fiera  
»De ese tirano, arranque esta gloriosa  
»Resolución las víctimas, que ahora  
»En este abismo fúnebre devora,  
»Y libres á su patria venturosa  
»Las acerque. A su vista aun más valientes,  
»Tal vez volando al Cielo, lograremos  
»Recobrar nuestros tronos eminentes,  
»O si nos rechazare del divino  
»Lugar, sin duda nos dará el destino  
»Otra zona más dulce, en que podremos  
»Algún rayo gozar de la apacible  
»Luz de los Cielos, y de la frescura  
»Del Oriente, alejados de esta horrible  
»Negra prisión. Ahí con su aura pura,  
»Alegre, calmará la primavera,

- » Cual bálsamo süave, los dolores  
 » De estos cuerpos, que el fuego ha marchitado.  
 » ¿Mas quién irá á buscar, por los horrores  
 » De un ignorado espacio, esa ribera  
 » Feliz, en que termina este abrasado  
 » Abismo? ¿Quién será tan animoso  
 » Entre nosotros, que el arrojó tenga  
 » De emprender ese viaje peligroso,  
 » Sin que terror alguno le detenga,  
 » De atravesar á solas por la inmensa  
 » Región del infinito; entre su densa  
 » Oscuridad volar, bajar, subirse;  
 » En su sima sin fondo sumergirse;  
 » Con alas incansables remontarse  
 » Cada vez más y más, hasta encontrarse  
 » Victorioso en esa isla deseada,  
 » De la extensión del éter circundada?  
 » ¿Y qué fuerza ó qué astucia son bastantes  
 » Para poder burlar las vigilantes  
 » Guardias, las numerosas centinelas  
 » Que las eternas puertas noche y día  
 » Custodian, evitando sus cautelas,  
 » O abriendo paso á fuerza de osadía?  
 » Cuanto es más de temer la resistencia,  
 » Cuanto más peligroso es el objeto,  
 » Tanto debemos con mayor prudencia  
 » Examinar las prendas del sujeto  
 » Que ha de intentar la hazaña señalada  
 » En que nuestra esperanza está cifrada.»

Se sienta á estas palabras, y girando  
 Los ojos, impaciente está esperando  
 Ver quién se ofrece, entre la fiera turba,  
 Al riesgo de efectuar la audaz empresa:  
 Pálido espanto á todos los perturba;  
 Cada cual triste y en silencio pesa

El arrojo temible, y de horror lleno  
 Su miedo mide por el miedo ajeno.  
 Cierto de lo que sabe y lo que puede,  
 Satanás solo, que en valor excede,  
 Como en todo, á los otros, se adelanta,  
 Y así en tono de un Rey la voz levanta:

«¡De los Cielos ilustre descendencia,  
 »Pueblo de Serafines! visto el giro,  
 »Que ha tomado este asunto, no me admiro  
 »Que el valor ahora ceda á la prudencia.  
 »Más que de los peligros, sorprendidos  
 »De las dificultades que presentan  
 »Las circunstancias, vuestros valerosos  
 »Pechos se turban, no se desalientan.  
 »Obstáculos se oponen nunca oídos;  
 »Caminos los más largos y escabrosos,  
 »Desde el abismo lóbrego conducen  
 »De la noche á los campos, en que lucen  
 »Del Cielo los primeros resplandores;  
 »Cierra un recinto casi insuperable  
 »Esta cárcel; un muro formidable  
 »De negro fuego, nueve vueltas dando,  
 »De nuestros calabozos los horrores  
 »Cerca, y aumenta, sin cesar bramando.  
 »Sus puertas, aun más duras que el diamante,  
 »Para nosotros siempre están cerradas.  
 »Una ley de aquel Dios, cuyo constante  
 »Encono en e los cierra amontonadas  
 »Nuestras huestes, nos tiene prohibida,  
 »Severa, irrevocable, la salida.

»Y aun cuando estos obstáculos sea dable  
 »Vencer, triunfo á mis ojos muy dudoso,  
 »Queda que superar el inapeable  
 »Abismo del vacío; ese espantoso  
 »Desierto, por la nada limitado,



- »Donde la negación de la existencia
- »Asusta nuestra corta inteligencia;
- »Reino que el sér jamás ha disfrutado,
- »Que amenaza quitar al atrevido
- »Que en él se engolfe, el sér que allí ha traído,
- »Y triunfa, envuelto en noche, de la ausencia
- »De cuanto existe. Y aunque se consiga
- »De este abismo salir, vasto y profundo,
- »De todo aborto origen infecundo,
- »Para que al fin propuesto el viaje siga,
- »¡Cuánto nos falta aún! ¡Qué de extendidas
- »Regiones, hasta aquí desconocidas,
- »Tiene que transitar! ¡Cuántos penosos
- »Trabajos que sufrir! ¡Cuán horrorosos
- »Peligros que arrostrar á cada paso!
- »No es posible contarlos. ¿Pero acaso
- »Satanás digno de este cetro fuera,
- »Si cuando vuestra gloria un sacrificio
- »Exige, ó de evitaros un perjuicio
- »Se trata, un temor bajo le impidiera
- »Que á cualquier pena ó riesgo se arrojara?
- »¡Con qué derecho Satanás gozara
- »Este supremo rango? ¡Qué serían
- »Este augusto diadema, este glorioso
- »Cetro, sino el ornato más ocioso,
- »Si olvidando el deber que le imponían,
- »A su poder su celo no igualase,
- »Y el público interés abandonase?
- »No se hizo el trono para que de un vano
- »Homenaje disfrute el soberano;
- »Y el valor debe ser al eminente
- »Grado de cada cual correspondiente.
- »¡Idos pues, camaradas generosos
- »De mis desgracias, aún terror del Cielo!
- »A pesar de ellas, idos sin recelo

»A concertar el modo de abreviaros  
»Las largas horas de los dolorosos  
»Días que en esta lóbrega morada  
»Os quedan que pasar, y recrearos  
»Lo mejor que podáis, mas con cautela;  
»No sea que la vista penetrante  
»De ese Dios, que jamás esta apartada  
»Región olvida, y en su daño vela,  
»Astuta se aproveche del instante  
»De mi ausencia, y pretenda acometeros.  
»A vosotros os toca defenderos  
»En este caso, mientras de la muerte  
»Atravesando el Reino tenebroso,  
»Voy á buscaros otra mejor suerte.  
»Sé que el empeño es arduo y trabajoso,  
»Y pues solo á los riesgos me aventuro,  
»Mía sólo ha de ser también la gloria;  
»Mas con vosotros, de otro interés puro,  
»Los frutos partiré de la victoria.»

Dice, y sin permitir se ratifique  
Su propuesta, ó que alguno le replique,  
La señal hace de que se ha acabado  
El infernal consejo, receloso  
De que alguno, movido de envidioso  
Orgullo, sin peligro disputarle  
Quisiese aquella gloria, asegurado  
De que su oferta no se admitiría;  
Y que con tal ficción su cobardía,  
Del honor consiguiera defraudarle  
De ser solo, y partir villanamente  
Con él el premio y fama de valiente.  
Su orden la puerta á toda astucia cierra.  
Sólo una seña de su majestuoso  
Semblante, aquella muchedumbre aterra  
Más que todos los riesgos de que ha hablado,

Y se disuelve al punto el gran senado.  
El ruido del concurso bullicioso  
Al salir, al del trueno se parece  
Cuando lejano por el Cielo rueda  
Y sus bóvedas altas estremece.  
Satanás sólo fijo en pie se queda,  
Los respetos de todos recibiendo, •  
Que la frente, al pasar, á su presencia  
Inclinan con humilde reverencia;  
Aquel arrojó intrépido aplaudiendo,  
Le ensalzan, y le igualan á Dios mismo;  
Cómo se sacrifica ponderando,  
Su bien por el del público olvidando.  
Tal es la fuerza que hasta en el abismo  
La virtud tiene, que aun á la enemiga  
Perversa raza á respetarla obliga.

Resuelta de este modo la importante  
Y dudosa cuestión, con alabanza  
De Satanás, brilló por un instante  
En el Infierno un rayo de esperanza.  
Así cuando del austro el denso viento,  
Vencido el aquilón, con su violento  
Soplo, del horizonte  
Barre las nubes, y en las elevadas  
Cumbres las junta de uno y otro monte,  
El día en noche oscura transformando,  
Descolora los campos, con un velo  
Formado de sus sombras dilatadas  
Cubriendo el astro que domina el Cielo,  
• La tierra con tormentas inundando,  
Y la piedra ó la nieve derramando;  
Si hacia la tarde, el sol á romper llega  
Con sus rayos aquella noche ciega,  
Viniendo á despedirse dulcemente  
De la naturaleza, los colores

Recobran de repente  
Los árboles, las plantas, y las flores;  
Todo renace, vuelve la alegría  
A los montes, los valles, y los prados;  
Sus gozosos balidos los ganados  
Repiten, y las aves á porfía  
Renuevan su agradable melodía:  
Tales también las tenebrosas frentes  
De aquellos infernales habitantes  
Se abren alegres á los refulgentes  
Rayos de la esperanza, aunque distantes  
Un plan, un mismo voto los reúne,  
Y en liga inseparable á todos une.

Así aun aquellas fieras infernales  
Concordes viven en su abismo horrendo,  
Y los hombres ¡oh exceso vergonzoso!  
Solos entre los seres racionales,  
Ferozes, uno al otro aborreciendo,  
Cuando el Cielo piadoso  
A la paz y concordia los convida  
Y al dulce premio de otra feliz vida,  
De odios, enemistades, discusiones  
Alimentan sus negros corazones,  
En incesantes guerras derramando  
Su sangre, y todo el orbe devastando!  
¡Infelices! ¡En tanto que engañados  
Saciáis así estas bárbaras pasiones,  
En lugar de estar todos hermanados,  
Prestáis, necios, el flanco á las heridas  
De aquellos infernales homicidas,  
En vuestra perdición encarnizados!

Disuelto ya el consejo, se esparcieron  
Todos, menos los Jefes principales,  
Que á hacer corte á su Rey se detuvieron.  
Sola, entre sus cabezas desleales,

Audaz domina su elevada frente.  
Despótico, no tiene otros rivales  
Que al Sér omnipotente,  
Al cual él solo espera hacer más guerra  
Que cuantas tropas el Infierno encierra.  
Su corte alrededor, con reverencia  
Desplega de un real lujo la opulencia.  
Un armado escuadrón de Serafines,  
Cubierto de blasones inmortales,  
Fiero le guarda, y cuatro Querubines,  
Desde los cuatro puntos cardinales  
De la luz, de orden suya, con sonora  
Trompa, publican á una misma hora  
El decreto infernal. Los tenebrosos  
Antros repiten el fatal sonido:  
Lo oye el Cielo, y con gritos espantosos  
Por la precita turba es aplaudido.  
La esperanza suspende la tristeza  
De ésta, y crece su orgullo por momentos,  
En valor convirtiendo su flaqueza.  
Cada Angel por su parte, distraído  
Con alegres ó tristes pensamientos,  
Va á buscar el paraje más del caso,  
Según su idea ó su secreto instinto,  
Para que no le canse el tardo paso  
De horas tan dolorosas, y anda errante  
Por la extensión del lóbrego recinto,  
Esperando con ansia que, triunfante  
Y feliz, su Rey vuelva á consolarle,  
Y de todas sus penas á librarle.

Algunos hacen justas y torneos,  
Para pasar el tiempo entretenidos.  
Varios de entre ellos, á la semejanza  
De los Pythicos juegos, y Nemeos,  
En atléticas luchas su pujanza

Desplegan; éstos por los extendidos  
Campos la muestra dan de su presteza,  
El espacio volando señalado.  
Muchos en el vigor y la destreza  
Disputan, disparando al apartado  
Blanco dardos y flechas, ó siguiendo  
Las leyes de la Olímpica carrera,  
Envueltos en nublado polvoroso,  
En rápidos caballos se apresuran  
A la meta, ó los carros dirigiendo  
A ella, raudos volando, con ligera  
Vuelta evitan su encuentro peligroso.  
Con más utilidad, otros apuran  
Las reglas de la táctica, reuniendo  
Las tropas de su mando á sus pendones  
Y haciéndolas hacer evoluciones;  
Como cuando en la atmósfera encendida,  
Nos figuramos ver una reñida  
Batalla entre diversos escuadrones  
De aparentes guerreros celestiales,  
Anuncio triste de espantosos males:  
Los caudillos aéreos, vestidos  
De resplandor, con furia se abalanzan,  
Con las picas se embisten, ó se lanzan  
Dardos; al fin combaten confundidos;  
La tormenta prosigue, amontonando  
Inmensas nubes, que entre sí chocando,  
El orbe atruenan, de donde la aurora  
Nace, hasta el antro en que la noche mora.

Otros Demonios, aun más esforzados,  
En negros torbellinos remontados,  
Alborotan con juegos espantosos  
De la noche los reinos silenciosos;  
Con fuerza sin igual, de las entrañas  
De aquel suelo, peñascos y montañas

Arrancan, y se arrojan mutuamente.  
Lo mismo los Gigantes en Thesalia  
Se nos cuenta que hicieron, é igualmente  
Del vencedor se dice de la Oechalia,  
De Hércules el membrudo,  
Que delirante con la envenenada  
Túnica, con su piel incorporada,  
De una alta roca, de piedad desnudo,  
Al triste Lycas con el brazo fiero  
Lanzó en el mar, con vuelo más ligero  
Que la piedra de la honda disparada,  
Y que desarraigando el roble, el alto  
Pino, les hizo dar el propio salto.  
Otros, que eran de un genio más tranquilo,  
En valles silenciosos, separados  
Del ruido, buscan agradable asilo:  
Allí alivian sus penas, con los suaves  
Acentos del laúd, acompañados  
De los tonos, ya agudos y ya graves,  
De un patético canto, en que, gimiendo,  
Se quejan del destino, que á la odiosa  
Fuerza de un yugo bárbaro ha rendido  
Como esclava su gente valerosa,  
Todas sus esperanzas destruyendo:  
Sus gloriosas hazañas luego cantan,  
Y hasta el Cielo, aun el choque que han perdido,  
Cual si vencieran, con ardor levantan.  
La soberbia dictaba sus canciones,  
Mas con todo, tal es de la armonía  
Celestial el hechizo, adormecía  
Esta en aquellos tristes corazones  
Las penas crueles; y su influjo tierno  
Calmaba aun los tormentos del Infierno.  
Fuera de sí, la turba presurosa  
Se aprieta en torno, y la maravillosa

Dulzura goza con atento oído,  
Echando sus desgracias en olvido.

Otros de aquellos infelices seres,  
Igualmente remotos del rüido,  
El tiempo en doctos raciocinios gastan,  
Más noble ocupación, cuyos placeres  
Sus almas grandes, á las que no bastan  
A aliviar los delcites del sentido,  
Encantan de manera, que suavizan  
De su funesto estado la amargura,  
Y calman de las llamas los ardores  
Que allí hasta los instantes eternizan.  
De la sublime altura,  
A que su vivo ingenio los eleva,  
Con vuelo audaz dominan los horrores  
De aquella inapeable sima oscura:  
De grado en grado su razón los lleva  
A discurrir sobre la eterna esencia  
De Dios, sobre sus leyes inmortales,  
Sus nobles atributos, y decretos (3),  
Y sobre conciliar de su presciencia  
La infalibilidad, con la absoluta  
Libertad de los entes racionales.  
Pasan de allí á tratar de los secretos  
Caminos de su augusta providencia;  
Del orden inmutable se disputa,  
Y del término cierto á que el destino,  
Que es de su voluntad sólo un divino  
Acto, conduce todos los eventos:  
De unos en otros puntos, engolfados  
Se pierden en un vasto, insuperable  
Laberinto de vagos pensamientos.  
Por mil varios objetos extraviados  
Cada instante, en su larga conferencia  
Ocurren el enigma inexplicable



Del bien y el mal, los ímpetus violentos  
De las pasiones, y la resistencia  
Para vencer su impulso necesaria;  
La libertad, la dicha, los perjuicios  
Del error, las virtudes y los vicios,  
La eternidad, sus penas y placeres,  
Con otra multitud extraordinaria  
De cuestiones abstractas que, tocando  
Al infinito, son incomprensibles,  
Fuera de Dios, á los restantes seres.  
Entre un millón de dudas delirando  
Su loca ciencia, en cosas imposibles  
E inútiles esfuerzos se perdía;  
Mas con todo sus penas consolaba,  
Su valor y esperanzas alentaba,  
Y como un triple bronce endurecía  
Sus voluntades de soberbia llenas,  
Por que en secreto en ellas fomentaba  
El desprecio del mal y de las penas.

Muchos en escuadrones numerosos,  
De viajar adoptaron el partido,  
Y buscar por aquellos tenebrosos  
Vastos Reinos algún desconocido  
Clima más tolerable, algún paraje  
Donde poder vivir con más sosiego.  
Cuatro puntos distintos desde luego,  
En otras tantas tropas separados,  
Registrar se proponen en su viaje.  
Costean cuatro ríos señalados,  
Que en aquel infernal lago de fuego  
Desaguan sus corrientes encendidas:  
El negro Estix, cuyas aborrecidas  
Ondas el odio exhalan; el horrible  
Coccito, en todos tiempos insensible  
A los perpetuos míseros gemidos,

A los gritos que afligen los oídos  
En toda su ribera; el Aqueronte  
Profundo, manantial de la amargura,  
Y el rápido abrasado Flegetonte,  
Cuya corriente de rabiosa y pura  
Activa llama, todo lo destruye.  
Muy lejos de ellos, silencioso fluye,  
Con lento curso, el río del olvido,  
El plácido Letheo, y al reposo  
Convida á los que huellan su ribera  
Tranquila. En el instante que cualquiera  
Sus cristalinas aguas ha bebido,  
Queda en perpetuo olvido delicioso,  
De todas cuantas penas ha pasado,  
Como de los placeres que ha gozado:  
Del licor el efecto prodigioso  
Es tal, en aquel dulce parasismo,  
Que llega aun á olvidarse de sí mismo.  
Más allá de este río penetrando,  
Se ve un mundo glacial, por todas partes  
De témpanos cubierto endurecidos  
De nieves, y de hielos esparcidos  
Sin orden por el suelo, figurando  
Viejas ruinas de antiguos baluartes,  
De torres y edificios, por el blando  
Favonio sople nunca derretidos,  
Teatro de huracanes agitado  
De nubes y tormentas abrumado:  
Un abismo sin fondo  
De eterna, y densa nieve lo termina,  
Harto más espantoso que aquel hondo  
Golfo arenoso, entre la celebrada  
Damieta y la pendiente prolongada  
Que desde el alto Casio á ella declina,  
Cuyas olas tragaron en sus fieros

Remolinos, ejércitos enteros.  
Abrasa todo aquel funesto suelo,  
Cual lo pudiera el fuego, el frío hielo.  
Por turno en ciertos tiempos, trasladadas  
Se ven á aquel desierto las impías  
Víctimas, al Infierno condenadas.  
Allí, recién salidas del ardiente  
Fuego, mil crueles Furias, mil Arpías,  
A su encuentro acudiendo de repente,  
Las zambullen á fuerza en las heladas  
Nieves, que sus tormentos acrecientan  
Hasta un grado de pena inconcebible,  
Con el contraste horrible  
Que del calor al frío experimentan.  
Así, en lugar de hacerles beneficio  
Mudar de clima, aumenta su suplicio,  
De extremo á extremo pasan, ahora hirviendo  
En vivas llamas, ahora entorpecidos,  
En inmóviles masas convertidos  
De duro hielo, sin morir, muriendo:  
En vano imploran, con crujir de dientes,  
Del éter puro el tibio y dulce aliento.  
Luego que en lo posible aquel tormento,  
Su fuerza con el hábito ha perdido,  
Los trasfieren de nuevo á las ardientes  
Llamas, y de éstas al empedernido  
Hielo otra vez. La variación imploran,  
Mas en la variación siempre empeoran.  
Para añadirles nuevas aflicciones  
En estas continuadas traslaciones,  
Las benéficas ondas de Letheo  
Vadear les hacen, sin que les permitan  
Beber de ellas. En vano su deseo  
Con una sola gota se contenta,  
Para echar sus angustias en olvido.

¡Sin fruto aun esta gracia solicitan!  
Si al fin desesperados la sedienta  
Boca bajan hacia ellas, al instante  
En que las va á tocar el encendido  
Labio, un destino bárbaro lo impide;  
Una Furia espantosa, que despide  
Centellas de la vista fulminante,  
Una Gorgona horrible se adelanta,  
Sus serpientes eriza, y los espanta;  
Al paso que las aguas engañosas,  
Al trueno de su voz obedeciendo,  
De su boca se apartan presurosas,  
De Tántalo el suplicio repitiendo.

Todo esto los precitos caminantes,  
De una á otra playa transitando errantes,  
En aquellas regiones tenebrosas,  
Unica herencia suya, repararon.  
Aterrados de aquellas temerosas  
Perspectivas, perdidos los colores  
De sus semblantes, por la vez primera  
A conocer con claridad llegaron  
De su infeliz morada los horrores.  
No han hallado el descanso en su carrera,  
Pero sí en todas partes los dolores;  
En vano aquel desierto interminable  
Penetrando, mil climas espantosos  
Han registrado, con imponderable  
Pena, trepando á veces encumbrados  
Alpes de hielo, á veces prodigiosos  
Alpes de fuego: nada han advertido  
Sino antros, rocas, lagos congelados,  
Breñas y precipicios escarpados,  
Simas de fuego, sombras, y visiones  
Horribles, precursoras de la muerte,  
Por las que, prevenida de su suerte,

La desesperación la vista gira,  
Y no ve mas que un mundo de aficciones.  
Y de dolor, en que la vida espira,  
En que la muerte vive, y su crudeza  
Ejerce libremente;  
Y sus mismas informes producciones  
Ve con espanto la naturaleza:  
Seres desfigurados, embriones,  
Monstruosas criaturas que la mente  
No puede concebir horrorizada,  
Fantasmas más terribles que lo han sido  
Todas las que la fábula ha creído  
O la imaginación más exaltada  
Ha podido inventar: Gorgonas fieras,  
Furias, Larvas, Dragones y Quimeras.  
Tales son, pues, aquellas afligidas  
Y malditas regiones,  
Al gozo y á la paz desconocidas,  
Del eterno dolor vastas prisiones,  
En que ya justamente padeciendo,  
Ya su rigor los cielos ejerciendo,  
Todo es delitos, penas y furores,  
Lamentables gemidos y terrores.  
Allí el déspota mismo del Infierno,  
El mal, ejecutando del eterno  
Las leyes, es el que obra únicamente  
Bien, castigando al mal severamente.  
Mas ya de sus rebeldes planes lleno.  
Satanás, en sus alas sostenido,  
Rápido parte, de temor ajeno,  
Cortando el aire denso y tenebroso,  
A dos distintos puntos dirigido.  
Por solitarias sendas silencioso,  
Las puertas del Infierno va buscando,  
Tan pronto al negro lago paralelo,

Bajo, hacia el horizonte lleva el vuelo.  
La dirección variando,  
Ya adonde mora el apartado Oriente,  
Ya adonde acaba el lóbrego Poniente;  
Tan pronto el fiero vuelo remontando,  
A la elevada bóveda camina,  
Y el vasto abismo intrépido domina.  
Así cuando ha tomado el peligroso  
Rumbo una nave, desde la apartada  
Ribera de Bengala, ó de los mares  
De Tidor, conduciendo su oloroso  
Y rico fruto hacia sus patrios lares,  
Sigue errante su marcha aventurada:  
Al cabo que termina el africano  
Suelo, en la inmensidad del Oceano,  
Sus espumosos surcos endereza,  
Unas veces con rápida presteza  
Volando por la líquida llanura,  
Otras en los abismos sumergida  
Que forma de sus olas la pendiente,  
O en la mayor altura  
De sus rizadas cumbres eminente,  
Con las oscuras nubes confundida.  
Día y noche su viaje continuando,  
De dirección al parecer variando,  
Sus extravíos mismos, con acierto  
Combinados, la surgen en el puerto.  
Tal Satanás su viaje dirigía,  
Así con vuelo rápido surcaba,  
Recto, ó si era á propósito, bordeaba  
Por el vacío inmenso, ó se cernía  
Sobre sus vastas alas, extendiendo  
Su vista á todas partes, hasta tanto  
Que divisó, con indecible encanto,  
La extremidad de aquel abismo horrendo,

Y llegó á tropezar con las fatales  
Puertas de las regiones infernales.

Nueve en número son, que la salida  
Una tras de otra cierran. Tres de acero,  
Tres de bronce brillante,  
Y tres de dura roca de diamante.  
Además otro estorbo hace la huída  
Más difícil á todo prisionero:  
De inextinguible fuego un muro ardiente,  
Y elevado, las cerca enteramente.  
Dios sólo, con sus manos inmortales,  
Fabricó aquellas puertas eternas,  
Y á esto añadió las incesantes velas  
De las más horrorosas centinelas,  
Dos espantables monstruos, que sentados  
De la primera puerta á entrambos lados,  
El paso impiden siempre vigilantes.  
De medio cuerpo arriba, la figura  
De mujer tiene el uno, y los brillantes  
Atractivos de gracia y de hermosura;  
La otra mitad, á modo de Serpiente,  
Masa informe, en mil vueltas prolongada.  
Arrastra por el suelo torpemente:  
De un látigo la mano tiene armada:  
Saliendo de su vientre, y en cadena,  
De perros infernales una muta,  
En fiereza disputa  
Al trifuca Cerbero, y con ladridos  
Horribles, sin cesar el aire atruena;  
O de un súbito espanto poseídos  
Los crueles perros, su feroz nidada  
Redoblando medrosa sus aullidos,  
El seno maternal de nuevo llena,  
Entrando dentro de él atropellada  
A refugiarse, y con rabiosos dientes,

ngrata despedaza las calientes  
Entrañas que la dieron á la vida.

Aun menos espantosa era la corte  
De perros de que Scila era seguida,  
Y la que bajo del helado norte  
Puebla los aires en la noche oscura,  
Escoltando á la bárbara hechicera,  
Que al Infierno con pacto fiel unida,  
De una inocente víctima la pura  
Sangre al oler, de lejos saboreando  
El horrible festín, vuela ligera  
Del Lapón á las hijas, que gozosas  
Sus maldades ayudan, convidando  
A celebrarlo con sus bulliciosas  
Danzas, al mismo tiempo que parada  
La luna, en fuerza del terrible encanto,  
Entre nubes oculta con espanto  
Su macilenta luz amortiguada.

Con aspecto más fiero y pavoroso,  
El otro monstruo al que le mira aterra,  
Si acaso en dar tal nombre no se yerra  
A un espectro engañoso,  
Semejante á las sombras fabulosas  
De que en tiempos pobló la fantasía  
Poética las simas tenebrosas  
Que el duro cetro de Plutón regía,  
Ó á los vanos vapores aparentes,  
Sin forma, sin materia, y existentes  
Tan sólo de algún sueño en el reposo;  
Mas con todo su rostro es más horrendo  
Que lo es el del demonio más odioso,  
Más triste que la noche que cubriendo  
Está el Infierno. Al ver al extranjero,  
Con un gesto feroz se alza, esgrimiendo  
Un largo dardo en la derecha mano,



De ensangrentado acero;  
 De una corona el simulacro vano  
 Ciñe su altiva frente.  
 Al Angel va á encontrar rápidamente,  
 Ó por mejor decir á él se abalanza,  
 Inmensos saltos dando. Al movimiento,  
 Tiembla del negro Infierno el hondo asiento.  
 Satanás á su vista sorprendido,  
 Mas no turbado, hacia él también se avanza.  
 El fiero Satanás, cuya osadía  
 Dios solamente intimidar podría,  
 Le observa de alto á bajo, y detenido  
 El paso, así le dice desdeñoso:

«¿Quién eres? ¿Qué me quieres, espantoso  
 »Monstruo? Responde presto. ¿Por ventura  
 »En cerrarme te empeñas esas puertas?  
 »Mi brazo hará que pronto estén abiertas  
 »A pesar tuyo, y rota la clausura.  
 »¡Desaparece, pues, sombra horrorosa!  
 »¡Huye! Lejos de mí lleva esa odiosa  
 »Figura, ó te haré ver con esta lanza  
 »Lo que de una Deidad la fuerza alcanza,  
 »Y que unâ infernal sombra ceder debe  
 »Al que de hijo del Cielo el nombre lleve.»

—«Y tú mismo ¿quién eres?» le responde  
 Con voz horrenda la fantasma airada,  
 Blandiendo el dardo con la diestra armada.  
 «¿Acaso á mí sufrir me corresponde  
 »La audacia de aquel Angel temerario  
 »Que tuvo la ridícula osadía  
 »De declararse público adversario  
 »Del mismo Dios á quien su ser debía,  
 »Ingrato á su bondad, desconociendo  
 »Su omnipotencia, astuto seduciendo  
 »A tantos celestiales moradores

»A quienes su señor tierno quería,  
 »Y que ahora tristes lloran, dividiendo  
 »Con él de ese hondo abismo los horrores?  
 »Desde que Dios, con justa providencia,  
 »Airado os arrojó de su presencia,  
 »¿Qué sois ellos y tú, seres malvados?  
 »¿Qué sois, sino unos viles desertores,  
 »Unos cobardes, míseros proscritos,  
 »Para siempre al Infierno condenados,  
 »En que debéis pagar vuestros delitos?  
 »¿Cómo te atreves, pues, á intitularte  
 »Hijo del Cielo, en vez de avergonzarte  
 »De verte con justicia en tal afrenta?  
 »Y para hacer tu rabia más violenta  
 »Contra mí, que desprecio tu odio insano,  
 »¿Cómo has tenido, dime, atrevimiento  
 »Para insultarme á mí, tu soberano,  
 »Y en mi corte, debiendo humildemente  
 »Rendirme vasallaje? Huye al momento:  
 »Vuelve á pagar tus culpas: diligente  
 »Tira con esas alas á ausentarte,  
 »Que bien las necesitas, pues si un punto  
 »¡Bajo y vil desterrado! en escapartè  
 »Tardas, con vivo azote de escorpiones  
 »Haré que echas de menos tus prisiones,  
 »Y veas que el Infierno todo junto,  
 »Con sus tormentos, es menos temible  
 »Que un golpe sólo de este brazo horrible.»

Así con voz tonante,

De un volcán al estruendo semejante,  
 Le amenaza el espectro furibundo.  
 Feroz, á nadie en el valor segundo,  
 Satanás no se inmuta, mas rabioso,  
 Tales injurias no oye con reposo.  
 Se adelanta los dientes rechinando,

Vivos rayos los ojos arrojando.  
Jamás se presentó tan ominoso  
El astro errante que, con su abrasada  
Cabellera, de Ophicuo la apartada  
Constelación enciende, y coloreando  
Del Norte helado el cerco tenebroso,  
De su noche los velos despedaza,  
Y cuya luz funesta y macilenta  
A los pueblos pasmados amenaza  
Con la peste homicida, la sangrienta  
Guerra, ó con otras plagas lastimosas,  
Que al sacudir su horrible cabellera  
Deja caer en la terrestre esfera.  
Así aquellas dos furias espantosas  
A combatir se aprestan; frente á frente,  
Uno al otro se observan cautamente;  
Blandiendo el arma, cada cual la mira  
Dirige del contrario á la cabeza,  
Pues segundar no quieren. Con destreza  
Espían la ocasión, y nadie aun tira.  
Tales dos negras nubes, impelidas  
De dos opuestos puntos, á embestirse  
Furiosas vuelan, con los densos senos  
Preñados de tormentas y de truenos;  
Tal vez con todo, un rato suspendidas,  
Próximas ya, pero sin combatirse,  
Aguardan el instante en que los vientos,  
Con su soplo invisible,  
Den la señal de la descarga horrible  
Con que han de estremecer los elementos.  
Así ambos monstruos, con ceñudas frentes,  
Añadir al Infierno parecían  
Tinieblas. Como en fuerzas competían,  
Eran también iguales en alientos;  
Pero por más que sean tan valientes

¿Llegará al fin un día en que la suerte  
Les haga conocer otro más fuerte  
Vencedor que aniquile su potencia?

Ahora todo el abismo á la violencia  
De sus iras se hubiera confundido  
Si al instante, con gritos espantables,  
El otro monstruo, que las formidables  
Puertas guardaba, no hubiera acudido.  
Aquel vestiglo, á cuya dura mano  
Sus llaves fió el eterno soberano,  
Llega, entre ellos se arroja, los separa,  
Y hablando así con Satanás se encara:

«¿Por qué ese furor ciego, oh padre amado,  
»Contra tu único hijo? ¿Y tú, hijo mío,  
»Intentarás bañar tu acero impío  
»De tu padre en la sangre? ¡Oh deslumbrado!  
»Ese temido Dios, cuya justicia,  
»Mejor diré, cuyo furor maquina  
»De los tres que aquí estamos la rüina  
»Desde el cielo se está de tu impericia  
»Riëndo, al ver que tú mismo fomentas  
»Sus proyectos. ¿Ignoras que algún día  
»Hemos de ser las víctimas sangrientas  
»Que ha de sacrificar?» Este discurso  
De Satanás la cólera resfría,

Que así responde al sér desconocido:

«Tus clamores y súplicas el curso  
»De mis justos furores han parado  
»Y mis mortales golpes suspendido;  
»Pero quiero saber en el instante  
»Quién eres, el origen de tu informe  
»Cuerpo en tan rara forma duplicado,  
»Cómo tu padre soy, y ese disforme  
»Espectro cómo es mi hijo; él, que delante  
»De mis ojos jamás se ha presentado;

- »Él, cuya fealdad, cuya fiereza  
 »Sonroja, espanta á la naturaleza.»  
 —«¡Cómo! responde la infernal portera;  
 »¿Desconoces también al caro objeto  
 »De tu más fino amor, á tu querida  
 »Hija, que ha sido de tu sér perfecto  
 »La producción primera,  
 »Que en el Cielo nacida  
 »En tiempos más felices fué tu encanto?  
 »¿Tu infeliz suerte te ha mudado tanto  
 »Que la época dichosa se te olvida  
 »En que los Serafines conjurados  
 »Contigo y otros seres inmortales  
 »Contra Dios en el cielo se reunieron?  
 »¿No te acuerdas que estando congregados,  
 »Mientras todos urdíais los fatales  
 »Planes de rebelión, te sorprendieron  
 »Los más crueles dolores, se turbaron  
 »Tus ojos, tu razón oscurecida  
 »Te abandonó, tus fuerzas desmayaron,  
 »Se abrió tu frente en llamas encendida,  
 »y dió á luz de repente esta criatura  
 »Que á tu vista parece ahora espantosa,  
 »Y que llena de gracias y hermosura  
 »Celeste, joven, refulgente, armada,  
 »Semejante á una Diosa,  
 »Fué como tal entonces admirada  
 »Por toda aquella augusta concurrencia?  
 »La *Culpa* el nombre fué que me dió el Cielo.  
 »Todo el mundo, á pesar del dulce encanto  
 »De mi hermosura y gracia, á mi presencia  
 »Retrocedió de espanto;  
 »Pero pronto olvidaron su recelo:  
 »Ganaron mis facciones hechiceras.  
 »Imágenes en todo verdaderas

»De las tuyas. los ojos seduciendo,  
»Gran número de aquellos corazones.  
»Los mismos que con odio me miraron,  
»Al hábito de verme al fin cediendo,  
»Fueron después, en todas ocasiones,  
»Aquellos que con más ardor me amaron;  
»Y sobre todo tú, á quien inflamaron  
»Mis bellos ojos, tú, que en mi figura  
»Retratada adoraste tu hermosura.  
»Por el placer unidos prontamente,  
»A sentir comencé que palpitaba  
»En mi interior de nuestro amor ardiente  
»La prenda que yo ansiosa deseaba.  
»La guerra que ya entonces se encendía  
»En el Cielo ocupó tu valentía;  
»Venció Dios. ¿Mas acaso ser pudiera  
»Que el Todopoderoso no venciera?  
»Arrojados del Cielo los guerreros  
»Tuyos, aquí bajé entre los primeros.  
»Nuestro enemigo en el instante, ufano  
»De la victoria, confió á mi mano  
»Los llaves de esta puerta formidable,  
»Que desde entonces pende solamente  
»De mi arbitrio y que nadie, por osado  
»Que hayá sido, jamás ha transitado.  
»En este lugar, pues, desagradable,  
»Por fuerza á sus decretos obediente,  
»Solitaria viví, siempre sufriendo,  
»Hasta que al fin dí á luz el fruto horrendo  
»De nuestro torpe amor. Yo la primera  
»Me atemoriqué al ver peste tan fiera,  
»Y de ese hijo del Cielo la presencia  
»Al mismo Infierno estremeció de espanto.  
»Los dolores que yo sentí entretanto  
»Mis pasados deleites excedieron,

- »Apurando del todo mi paciencia,
- »Y esta triste mudanza
- »En mi cuerpo ya débil produjeron.
  - »El fruto mismo de nuestros amores
  - »Sólo nació para tormento mío.
  - »Salió blandiendo la sangrienta lanza,
  - »Esa lanza que causa los terrores
  - »De todo el universo. Me desvíó
  - »Del mortal golpe. Corro apresurada,
  - »Sin volver la cabeza, y con voz fuerte,
  - »Toda fuera de mí, grito: ¡la Muerte!
  - »Esas cavernas á este nombre horrible
  - »Temblaron. Retumbó esa dilatada
  - »Bóveda. Los abismos repitieron:
    - »¡La Muerte! y aquel nombre aborrecible
    - »A sus más hondas simas extendieron.
      - »En vano quise huir; alegué en vano
      - »El título de madre; el monstruo horrendo,
      - »Aun más que de ira de lujuria ardiendo,
      - »Me alcanzó, me oprimió con su profano
      - »Abraza á mí, su madre desdichada.
      - »Este exceso inaudito, abominable,
      - »Dió á luz esa mortífera manada
      - »De monstruos, que con ansia imponderable,
      - »Sin cesar concebidos
      - »Y sin cesar de nuevo producidos,
      - »En mí ejercen rabiosos su venganza.
      - »Mi seno apenas fuera de él los lanza
      - »Cuando en él nuevamente recogidos
      - »Aullando con furor roen, devoran
      - »A su madre. Este seno desgraciado
      - »Es su cuna, y á un tiempo acomodado
      - »Antro, en que todos moran;
      - »Son de su hambre insaciable el alimento
      - »Perpetuo estas entrañas destrozadas

»Por sus feroces dientes. Renovadas  
»Con prodigio cruel cada momento,  
»Eternizan su pasto y mi tormento.  
»Esa fantasma misma que me tiene  
»Por víctima y por madre, á darlas viene  
»Nueva rabia, y á gritos las anima  
»A comerme. Por más que ansiosa gima  
»Y la implore, ella propia saciaría  
»Su apetito voraz en esta triste  
»Madre suya si pasto la faltara,  
»A no ser porque sabe que consiste  
»Su existencia en la mía,  
»Y que si yo mi vida terminara  
»La suya al mismo instante acabaría;  
»Que conmigo triunfante, juntamente  
»Perecerá conmigo. Decretado  
»Lo tiene así el Monarca omnipotente.  
»Pero tú, ¡oh caro padre! ten cuidado;  
»No provoques su enojo formidable.  
»De nada servirá tu impenetrable  
»Celestial armadura. Nada puede  
»Al brazo resistir de ese inhumano  
»Verdugo: á sus furores todo cede,  
»Fuera del Rey del Cielo soberano.»

Con más dulzura, Satanás prudente  
Responde entonces: «Pues que tú, hija mía,  
»Reclamas en mí un padre, y de mi fino  
»Afecto me haces acordar confiada;  
»Pues que esa prenda del amor ardiente  
»Que allá en el Cielo nos unió algún día  
»Vuelves á mi cariño, y que el destino  
»De aquel amor tan dulce en que cifrada  
»Tuve toda mi gloria  
»Tan sola me ha dejado la memoria,  
»Desde que de los Cielos desterrados



- »Fuimos en el Infierno sepultados,
- »No temas que yo venga conducido
- »Por el odio. El amor sólo me guía;
- »¿Y qué odio nuestro amor no apagaría?
- »A tu hijo, á tí y á cuantos desgraciados
- »En las mismas desdichas han caído
- »Que nosotros, que un mismo golpe ha envuelto
- »En nuestra ruina, porque generosos
- »Nuestros justos derechos reclamaron,
- »De este abismo fatal vengo resuelto
- »A sacaros. En él con fausto agüero
- »Nuestros nobles guerreros encargaron
- »A mí solo este empeño peligroso;
- »Víctima voluntaria, yo no quiero
- »Que nadie me acompañe en ese inmenso
- »Desierto en que concluye la existencia
- »Y el vacío comienza silencioso;
- »Sólo en sus sombras engolfarme pienso;
- »Transitaré sus vastas soledades,
- »En busca de ese mundo, por la ciencia
- »Profética anunciado en las edades
- »Futuras tantas veces como un hecho.
- »No sólo por mil cálculos sospecho,
- »Sino creo que ha sido ya criado;
- »Mundo de nuevos seres habitado,
- »Que en él disfrutan una paz profunda,
- »Hollando con placer una fecunda
- »Y deliciosa tierra, en la frontera
- »Del Cielo colocada,
- »Ó bien un nuevo Cielo en que dichosos
- »No envidiarán quizá nuestra primera
- »Suerte feliz, ni aquellos venturosos
- »Campos de nuestra patria suspirada.
- »¿Y quién sabe también si la divina
- »Providencia á esos seres les destina



»A ocupar con el tiempo los brillantes  
»Tronos, ¡ay tristes! que llenamos antes?  
»Si el dárselos por ahora ha suspendido,  
»Procederá tal vez de algún recelo  
»De que la redundancia de habitantes  
»Mueva nuevos disturbios en el Cielo,  
»Que precaver primero haya querido  
»Con algunas medidas. Mas cualquiera  
»Que sea su proyecto, yo esa esfera  
»Voy á reconocer sin más tardanza:  
»Adiós pues, mientras vuelvo allá á llevaros:  
»En ella trocaréis libres, gozosos,  
»En placeres, con súbita mudanza,  
»Estos vuestros afanes dolorosos;  
»De delicias sin término saciaros  
»Podréis completamente.  
»Tú, hijo mío, también como tu amada  
»Madre, á todos los ojos invisibles,  
»De la atmósfera pura embalsamada  
»Gozaréis, de las flores de un viviente  
»Universo, de todos los sensibles  
»Deleites, y de víctimas lucidas  
»Vuestras aras veréis abastecidas;  
»De aquel orbe despóticos señores,  
»Y de una inmensa presa poseedores.»

A estas palabras saltan de alegría  
Sus corazones. Con sonrisa fiera  
La Muerte las celebra; aguarda el día  
En que su hambre voraz saciar espera,  
Y ya devora con el pensamiento  
Sus víctimas futuras; mientras tanto  
Que su madre se ocupa con encanto,  
En ver de los delitos el aumento,  
Y á Satanás responde: «El poderoso  
»Rey del Cielo, á mí sola ha confiado

»Las llaves del Infierno: á él sólo debo  
»De ellas dar cuenta: este amo riguroso,  
»De su venganza cruel me ha amenazado,  
»Si tan sacro depósito me pruebo  
»A otro á fiar: la puerta formidable  
»Es para los demás inexpugnable:  
»Si abrirla pretendiese otro cualquiera,  
»Más que esa triple valla, poderoso,  
»De la invencible Muerte, el espantoso  
»Dardo á su loca empresa se opusiera.  
»¿Y cuál es el viviente tan osado,  
»Que pueda resistir su brazo airado?  
»Mas ¿qué derecho tiene á mi obediencia  
»Un Dios cuya inclemencia,  
»Siendo yo hija del Cielo,  
»Por morada me dió este horrendo suelo,  
»Y me precisó á hacer esta penosa  
»Faena, tan funesta y vergonzosa?  
»Metida sin cesar en los horrores  
»De largas agonías y dolores,  
»No oigo continuamente mas que aullidos  
»De esos monstruosos hijos, que metidos  
»En mis entrañas, de ellas se alimentan,  
»Y á esta su madre mísera atormentan;  
»Pero por más que á mí, como á enemiga,  
»De estos hijos ingratos me persiga  
»La rabia, yo á mi padre debo amarle,  
»Y cuanto esté en mi árbitro consagrarle.  
»Tú en efecto serás el que á esta hollada  
»Hija, de esta prisión abominable,  
»Conduzcas pronto á la feliz morada  
»En que una gloria, un gozo interminable  
»La aguardan, donde en paz no interrumpida,  
»La dicha de sus horas sea medida;  
»Donde á tu diestra en dulce ocio, sentada,

»Vuelva á ver renacer los deleitosos  
 »Placeres de mis días venturosos,  
 »Próspera un vasto imperio dominando,  
 »Digno de tu hija amada,  
 »Digno del padre que me dió su mando.»

De la negra cintura, al decir estas  
 Palabras, arrancando las funestas  
 Llaves, los instrumentos de los males  
 Que nos afligen, ¡miseros mortales!  
 Se dirige á la puerta, y con ligera  
 Mano, cual si una débil paja fuera,  
 Del rastrillo de hierro el peso horrendo  
 Alza, y la enorme llave introduciendo  
 Por la vasta abertura,  
 La vuelve en la acerada cerradura:  
 Barras, cerrojos, bronces, hierros, ceden  
 Al fácil juego de su diestra mano;  
 Para ella sola todo estorbo es vano:  
 Á impulso de su fuerza temerosa,  
 Temblando ambos batientes retroceden;  
 Batientes que el Infierno todo, unido,  
 En vano abrir hubiera pretendido.  
 Con presteza espantosa,  
 Sobre los goznes rápidos tronando  
 Á un lado y otro vuelan, y patente  
 Dejan la puerta al Ángel impaciente:  
 Responde con bramidos el profundo  
 Infierno, y la ancha boca dilatando,  
 Se prepara á tragar del nuevo mundo  
 Las ruinas, sin que ya una vez abiertas,  
 Aun la que las ha abierto, en adelante  
 Volver pueda á cerrar las duras puertas.

Por su vasta extensión, cuanto se encierra  
 En el Infierno, de él en un instante  
 Puede en orden de guerra

Junto salir: ejércitos enteros,  
Armas, caballos, carros, con los fieros  
Estandartes al aire desplegados,  
Y toda su tonante artillería  
De rayos y centellas, anchamente  
Pueden caber en formación de frente,  
Por mucho que se extiendan sus costados.  
À manera de un horno, despedía  
Voraces llamas, con que se abrasara  
Un mundo entero, la abertura inmensa,  
Revueltas de humo en una nube densa.  
À su funesta luz, que se extendía  
Entre las negras sombras, ya se aclara  
El horizonte nuevo, y el camino  
Que ha de seguir el pérfido viajero,  
Para poder llegar á su destino.  
À su vista aparece de repente  
Del espacio el desierto interminable,  
Océano infinito, en que es un cero  
Cualquier grandeza: abismo inapeable,  
En que desaparecen totalmente  
La longitud, profundidad y anchura,  
El número y el tiempo. Allí la oscura  
Antigua noche, como el caos profundo,  
De la naturaleza antecesores,  
Tienen, como antes que naciese el mundo,  
Su tirana anarquía establecida.  
De la discordia eterna en los horrores,  
En el ruido, en la sombra, en la reñida  
Confusión, su poder está fundado.  
Sin orden, sin objeto y sin reposo,  
Los embriones del aire y de la tierra,  
Con los del agua, en incesante guerra,  
Se agitan en su imperio alborotado.  
Con estruendo no menos espantoso,

Y aun con mayor desvío,  
La sequedad con la humedad, el frío  
Con el calor, rivales implacables,  
Dirigen al combate innumerables  
Átomos vagos, bajo sus banderas  
En densos batallones reunidos,  
Por diferentes jefes dirigidos.  
Y todos ellos, de sus armas vanos  
Están, sean pesadas ó ligeras,  
Ásperas, lisas, finas ó groseras:  
Unos apresurados y otros lentos,  
Pero de su poder todos ufanos,  
Tan numerosos como las movibles  
Arenas arrancadas por los vientos  
De la árida Cirene en la llanura,  
Cuyo lastre de arena, colocado  
Encima de sus alas invisibles  
Y demasiado leves, asegura  
Su vuelo, sin tal peso aventurado.  
Así, el que mayor número ha juntado  
De aquellos polvorosos batallones,  
Es de aquellas regiones,  
Que á cada paso mudan inconstantes,  
Rey algunos instantes.  
El caos sólo, obtiene el duradero  
Cetro de aquel Imperio pasajero:  
Él, de aquellos inquietos torbellinos  
Dispone á gusto, rige los destinos,  
Aumenta su discordia y turbulencia;  
Y sobre ella asegura su potencia,  
Al paso que el azar ciego reputa  
Justas sus leyes, y las ejecuta.

Tal es la vasta sima, el tenebroso  
Hueco, que fué de la naturaleza  
Cuna, y tal vez allá en la edad futura,

Será su sepultura;  
 Lugar donde jamás reina el reposo,  
 Lóbrega habitación de la tristeza,  
 Sin luz, sin mar, sin aire, sin orillas,  
 Donde continuarán siempre en pandillas,  
 Los diversos principios batallando,  
 A no ser que el Eterno sacar quiera,  
 Sus estériles senos fecundando,  
 De ellos á luz alguna nueva esfera.  
 Satanás pensativo y solitario,  
 Á sus riberas en silencio para.  
 Á tal empresa peligrosa y rara  
 Ningún valor vulgar fuera bastante;  
 Es preciso un arrojo temerario.  
 Ya de los huracanes el tonante  
 Furor, y de elementos divididos  
 Los duros choques hieren sus oídos.

Tal (si á las grandes las pequeñas cosas  
 Se cotejaren), tal cuando invencible  
 Marte, soltando el freno á sus furiosas  
 Iras, á los asaltos se prepara,  
 Es de sus truenos el fragor horrible  
 Y de la cruel refriega la algazara;  
 Retumban, por los ecos repetidos,  
 De las bombas los fuertes estampidos,  
 Los crujidos y estruendos prolongados  
 De edificios y muros que arruinados,  
 Después de horrendos estremecimientos,  
 Al suelo vienen. Pero ¿qué sería  
 Todo esto al lado de lo que tenía  
 Detenido á la orilla al Angel fiero?  
 El orbe todo de sus fundamentos  
 Arrancado; la bóveda elevada  
 Del Cielo que cayese destrozada;  
 De cuanto existe el hálito postrero,

No hubieran suspendido su osadía  
Como la suspendió lo que veía;  
Pero pronto en sí vuelve: cual la nave  
Sus anchas velas desenvuelve al viento.  
Satanás, que impaciente ya no cabe  
En sí, desplega sus agigantadas  
Alas al aire, y sobre el pie estribando,  
Rápido como el rayo, en un momento  
Parte y desaparece, señaladas  
Con surcos de luz pálida dejando  
Las sendas prolongadas  
Por donde corta el éter tenebroso;  
Sobre los torbellinos animoso  
Se remonta, al través de las tormentas,  
Y subiéndose á tientas  
Sobre un oscuro grupo de nublados,  
Como en carro triunfal rápidamente  
A la mayor altura lleva el vuelo,  
Hasta que, de las nubes disipados  
Los débiles vapores, de repente  
Falta debajo de sus pies el suelo.  
Sobre el vacío solicita en vano  
Apoyarse: de nuevo hacia el lejano  
Abismo, por su peso descendiendo,  
Cada momento más se precipita,  
Por más que sus esfuerzos repitiendo  
Sus vastas alas enojado agita  
En el espacio, en que estribar no pueden.  
Ya éstas cansadas ceden,  
Y sin duda sin fin rodado hubiera,  
Si de nuevo otra nube condensada,  
Con ímpetu hacia lo alto arrebatada,  
Sobre su negra cumbre no le diera  
Cómico asiento en que se colocase  
Y aun más que anteriormente se elevase.



Un suelo encuentra al fin sin consistencia,  
Que ni es tierra ni mar, de la influencia  
De un clima sin calor producto informe,  
Y cede bajo de sus pies conforme  
Sobre él estriba. Para sostenerse,  
De sus alas también ha de valerse,  
Y cual se surca el mar á remo y vela,  
Los pies rápido mueve, forcejeando  
A proporción del riesgo; y aleteando,  
Al mismo tiempo que anda, también vuela.

Como el Grifo que avaro guarda el oro,  
Cuando el diestro Arimaspio su tesoro  
Le ha robado, los montes y los llanos  
Con las alas y pies rápido corre  
Hasta arrancarlo á sus rapaces manos;  
Así el infernal Príncipe recorre  
Mil caminos, mil sendas diligente;  
Adopta cuantos medios á su ardiente  
Ansia ocurren; la fuerza y la destreza,  
Los pies, las manos, cuantas facultades  
Tiene, ocupa en romper las tempestades,  
Las nieblas, las tormentas y huracanes  
Que se amontonan sobre su cabeza:  
Soberbia la alza al fin y los domina,  
Nada le para ni le descamina;  
Logra también vencer con sus afanes  
Los hondos valles, los erguidos montes,  
Los precipicios, los desfiladeros,  
La espesura del aire, los ligeros  
Vapores, los torrentes, las dormidas  
Aguas; y cuanto aquellos horizontes  
Horrorosos le oponen, lo supera  
A nado, á vuelo, á rastras ó á carrera,  
Sin dar jamás sus fuerzas por rendidas.

Mas presto su atención llama el estruendo

De variedad de gritos espantosos,  
De sordos ruidos y ayes lastimosos,  
Confusos, de mil gritos diferentes,  
Que aquel vacío enorme ensordeciendo  
Temblar hicieran á los más valientes.  
Hacia donde se escucha el turbulento  
Sonido se encamina, con intento  
De averiguar á quién el raro estado  
Pertenece, qué espíritu dirige,  
O qué ser, aquel reino alborotado;  
Que se informe también su empeño exige  
Del camino que al nuevo mundo guía  
Desde aquella asombrada monarquía.  
Llega cerca, y divisa de repente  
Al viejo Caos, que sobre eminente  
Trono domina la región extraña.  
De prolongados lutos revestida  
Y en sí misma sumida,  
La antigua y triste Noche le acompaña.  
El Caos con ella su poder divide,  
Y ella también, cuando éste se las pide,  
Sus tinieblas le presta. El horroroso  
Orco está cerca de ellos, y el odioso  
Demogorgón, cuyo temido nombre  
Es suficiente para que se asombre  
Aun el Infierno mismo. Están al lado  
La Casualidad ciega, los errantes  
Rumores y las Voces disonantes,  
Por las cien fieras bocas exhaladas  
De la Discordia. Tal del malhadado,  
Insensato Monarca es la escogida  
Corte, digna de su alma entorpecida.

«¡Príncipes, Potestades respetadas»

—Les dice Satanás con tono osado—

«De este vasto dominio; Caos oscuro;

- » Y tú, Noche, que amáis con preferencia  
 » El desorden confuso y la anarquía,  
 » Ningún recelo os cause mi presencia!  
 » No vengo á investigar, os lo aseguro,  
 » Los secretos augustos que venero  
 » De vuestra respetable Monarquía:  
 » No soy más que un viajero  
 » Que, perdido el camino y extraviado,  
 » Por casualidad pura aquí he llegado;  
 » Camino solo y á pedir os vengo  
 » El favor de indicarme la más corta  
 » Dirección que conduce á aquel dudoso  
 » Punto de vuestro Imperio tenebroso  
 » Más cercano á los Cielos, y os prevengo  
 » Que aun más que á mí el hacérmele os importa;  
 » Y no es de desdeñar la recompensa  
 » Que os prometo por él, pues el glorioso,  
 » Único objeto de este osado viaje,  
 » Es el de ver, llegando á aquel paraje,  
 » Lo que ese Rey del Cielo á vuestra extensa  
 » Antigua Monarquía inicua mente  
 » Ha usurpado: yo haré que prontamente  
 » Todo os devuelva ese vecino injusto,  
 » Y otra vez quede vuestro Imperio augusto  
 » Íntegro: que el sol pierda su luciente  
 » Resplandor cuando llegue á su frontera,  
 » Y que todo recobre la severa  
 » Antigua majestad que oscurecía  
 » Sus confines y tanto os complacía.  
 » Poned, pues, nuestros premios en balanza;  
 » Veréis que es el Imperio el que os espera  
 » Sin riesgo alguno, y yo, en mi empresa fiera,  
 » Otro no aguardo más que la venganza.»  
 Satanás acabó, y tartamudeando,  
 El anárquico anciano de este modo

Le contestó: «Extranjero, sé ya todo  
»Cuanto puedes decirme; sé tu historia,  
»Tu nombre, y que al Eterno disputando  
»En abierta batalla la victoria,  
»Os cubristeis de gloria tú y tu bando.  
»Dios triunfó á la verdad, y tú perdiste  
»Tu resplandor, pero en tu misma ruina  
»Tu celestial grandeza descubriste:  
»Oí, vi la derrota temerosa  
»En que os puso la cólera divina.  
»¿Y cómo tal ejército pudiera  
»Rodar desde la altura prodigiosa,  
»Sin ser sentido, hasta esta negra esfera?  
»Ví con efecto, sí, y desde aquel día  
»Mi temblor no ha cesado todavía,  
»Ví caer unas sobre otras de la cumbre  
»De los Cielos tus huestes apiñadas,  
»Las ruinas de su horrible muchedumbre  
»Confusas hasta aquí precipitadas:  
»Desorden espantoso aun á mis ojos.  
»Encarnizadas con vuestros despojos  
»En mucho mayor número os seguían  
»Las huestes del Eterno vencedoras;  
»Rápidas por los aires descendían  
»Con furor, dando alcance á los vencidos  
»Hasta las mismas puertas del Infierno.  
»Yo desde entonces, viendo que por horas  
»Mis antiguos dominios disminuían,  
»Me ocupé en conservar estos ceñidos  
»Estados. Lo que siento es que un interno  
»Principio de discordia contribuye  
»Más que todo á su ruina y nos destruye.  
»Aun ese abismo á donde el Cielo airado  
»Vuestros guerreros ha precipitado,  
»La más bella mitad formó algún día

»De mi vasta y antigua Monarquía,  
»Hasta que de mi mano fué arrancado  
»Para formar en él vuestras prisiones.  
»El cetro de la Noche, enflaquecida  
»Por la vejez, igualmente que el mío,  
»Han perdido otras grandes posesiones.  
»De una cadena de oro suspendida  
»A nuestro trono estaba aun una esfera  
»Brillante, que algún tanto este sombrío  
»Espacio desde lejos aclaraba,  
»Cuando ese Dios, que despojar quisiera  
»A todos y que al hombre deseaba  
»En ella colocar, la ha conquistado;  
»Y así, en caso que el término deseado  
»De tu camino sea ese orbe hermoso  
»De la tierra, bien puedes animoso  
»Esperar encontrarlo, pues confina  
»Con ese mismo punto de los Cielos  
»Por donde aquí os echó la ira divina.  
»Ve así si son fundados mis recelos  
»Con ese peligroso vecindario:  
»Sigue, pues, ese empeño, necesario  
»A todos: parte, siembra con destreza  
»Por todas partes la discordia, el llanto,  
»El confuso desorden, el espanto;  
»Confunde Cielos, tierra, vencedores,  
»Vencidos, toda la naturaleza,  
»De una misma ruína en los horrores;  
»Que en la turbación fundo mi grandeza,  
»Y en los males mi triunfo y mis honores.»

Sin contestarle, Satanás extiende  
Las raudas alas, y el camino emprende:  
Con la nueva esperanza,  
Alegre al alto Cielo se abalanza  
Cual columna de fuego luminosa,

La atmósfera cortando tenebrosa:  
Del caos pasa el turbulento imperio:  
Al paso mismo que el peligro aumenta,  
Su intrépido valor más se acrecienta.  
Con harto más terror otro hemisferio,  
Si hemos de creer historias fabulosas,  
Y con menos esfuerzo vió arrojarse  
La nave de Argos, entre las furiosas  
Ondas del mar de Tracia, y asustarse  
Al oír bramar las amenazadoras  
Rocas de Scyla, y á sus ladradoras  
Mutas, ó ver venir el flujo horrendo  
De tumultuosas olas, que rugiendo,  
Caribdis por la boca recogía,  
O con vómito fiero despedía  
De Ithaca el celebrado peregrino,  
Cuando le embarazaron el camino.

De todo triunfa á fuerza de trabajo,  
Pues aun no existe aquel funesto atajo  
Que la culpa y la muerte coligadas  
Con audacia infernal después abrieron:  
Un ancho inmenso puente construyeron,  
Que sobre el vasto abismo suspendido  
De sus negras moradas,  
Firme hasta el nuevo mundo conducía:  
Así el Señor en su sabiduría  
Justamente lo había permitido.  
La tierra y el Infierno comunican  
Por aquel puente misino hasta el presente.  
Por él, de los demonios que se aplican  
A seducir los hombres, el perverso  
Trato prosigue con nuestro universo,  
Y el precito dragón, con rabia ardiente,  
Seguido de ministros infernales,  
Va, vuelve, engaña, y pierde á los mortales.

Ninguno de su furia se librara  
Si la gracia de Dios no le esforzara,  
Ó los Angeles buenos no velasen  
Y aquellos enemigos ahuyentasen.

Mas el viajero intrépido, siguiendo  
Su vuelo, al fin divisa algún dudoso  
Crepúsculo; que se iba introduciendo  
Por medio de las sombras dilatadas.  
Así como asomando un numeroso  
Ejército, se ahuyentan consternadas  
Las guardias de otro menos poderoso,  
Así, con las banderas ya plegadas,  
Retrocede temblando silencioso  
El caos, y con él huyen ligeras  
De la naturaleza en las fronteras  
Las tinieblas, que á toda prisa lanza  
A sus cuevas oscuras  
El resplandor del mundo, que se avanza.  
A sus luces, aún poco seguras,  
Satanás, más tranquilo, va surcando  
Un mar plácido ya, que dulcemente  
Le sostiene. Por él rápidamente,  
Sus esfuerzos, más fáciles, doblando,  
Como nave que llega destrozada  
De las tormentas de una prolongada  
Navegación, á vista ya del puerto,  
Se anima, y dirigida con acierto,  
Al fin consigue verse en él anclada,  
Satanás, alentándose á sí mismo,  
Vencedor del oscuro inmenso abismo.  
Llega al cabo gozoso á la ribera,  
Al término deseado  
De su arriesgada y rápida carrera  
De allí, un rato parado,  
La atmósfera cargada de vapores,

Parecidos al aire en sutileza,  
Sobre sus vastas alas balanceado,  
Registra; admira sobre su cabeza  
Los vivos y agradables resplandores  
De la alta inmensa bóveda del Cielo;  
A sus ojos la forma, en su grandeza  
Se pierde; sus murallas, de preciosos  
Zafiros y topacios fabricadas,  
Contempla ansioso, y de su desconsuelo  
Renueva los recuerdos lastimosos;  
Los brillantes palacios, las moradas  
Felices de su patria divisando,  
Por los Angeles fieles habitadas,  
Se abandona al despecho sollozando.  
Al fin distingue, junto á la lumbrera  
Plateada que reemplaza el sol ardiente,  
De una cadena de oro sostenida,  
Colgada al Cielo la terrestre esfera,  
Igual en el tamaño á una luciente  
Estrella, de las que hay en la extendida  
Región del firmamento colocadas,  
Y entre las más pequeñas numeradas;  
El fiero Arcángel, ya su ardid profundo  
Prepara, parte. ¡Ay de él! ¡Ay de este mundo!

---



---

---

## LIBRO TERCERO.

---

### SUMARIO.

Desde lo alto de su trono ve el Eterno á Satanás, volando hacia el mundo nuevamente criado: se lo enseña á su hijo sentado á su diestra: le anuncia que el hombre caerá en la culpa; y hace ver que no puede acusar de ella á su justicia ni á su sabiduría, pues que le ha criado libre y capaz de resistir á la tentación: sigue declarando á su hijo que la justicia divina exige una satisfacción, y que debe morir el hombre con toda su posteridad, á no ser que algún sér capaz de expiar su ofensa sufra por él el castigo. El hijo de Dios se ofrece voluntariamente á ello: el padre lo admite: consiente en su encarnación, y pronuncia que será exaltado sobre todo cuanto existe en el Cielo y en la Tierra. Manda después á los Angeles santos que le adoren: le obedecen, y todos sus coros, uniendo sus voces á los ecos de sus arpas, celebran la gloria del padre y del hijo. Satanás llega á la superficie exterior de este universo, pasando por un paraje llamado el Limbo de la vanidad, cuyo destino se describe: desde allí se traslada á la órbita del Sol, con ánimo de hablar con Uriel, conductor de aquella esfera luminosa; pero antes de acercarse á él, se transforma en Angel de luz, y pretextando que el celo le ha hecho emprender aquel viaje, para contemplar el nuevo mundo y el hombre colocado por Dios en él, se informa por este medio del paraje en que está situado. Después de haberlo sabido, parte y pára su vuelo sobre la cumbre del Niphates.

¡Salve, oh tu, hija del Cielo, luz del día,  
Fuente de la belleza y la alegría,  
Del resplandor eterno procedente,  
Emanación del mismo Omnipotente,  
Fulgor inseparable de su esencia,  
Que en torno de su solio derramada,

Cual pabellón augusto, su presencia  
Ocultas! ¡Esplendor de su sagrada  
Inteligencia! ¡De su excelsa gloria  
Fecunda producción! ¡Inagotable  
Manantial, fuente pura, inalterable  
De la felicidad, que á la memoria  
De la eternidad misma precediste,  
Y escondiendo tu origen, esparciste,  
Como esparces en todas las edades,  
Tus benéficas dulces claridades;  
Salve! Antes que una voz tan sola diera  
El nacimiento al mundo,  
Y la tierra arrancara del profundo  
Abismo de los mares; que el luciente  
Sol su trono en los aires erigiera,  
Y la naturaleza diligente,  
El vacío á sus leyes redujera;  
Antes que el Cielo mismo recibiese  
Por ella el ser, y de astros guarneciese  
Brillantes, su soberbia vestidura,  
Existías tú, ¡oh luz divina y pura!  
Y á la voz del Eterno, en el instante  
En que el orbe nació de los horrores  
Del negro abismo, con tus resplandores  
Formaste su envoltura rutilante.

Del tenebroso Infierno al fin salido,  
En que he estado harto tiempo detenido,  
Después de haber despacio registrado  
Sus cavernas oscuras y profundas,  
Sus volcanes, sus ríos espantables,  
Sus sombrías llanuras infecundas,  
Su turbulento océano abrasado,  
Centro de aquellas simas inapeables,  
La eterna Noche, el caos he cantado  
Por otros tonos que los de la lira

De Orfeo, que no pueden en grandeza  
Igualar los acentos con que inspira  
La musa que me asiste, mi flaqueza.  
Esta celeste musa me dió aliento  
Para bajar con tanto atrevimiento  
Al abismo, y subir con tal presteza.  
Ahora ya fuera de él, á visitarte  
Vuelvo, ¡oh luz pura! desde su espantosa  
Oscuridad, y alegre á saludarte.  
El Cielo vuelvo á hallar, la deliciosa  
Tierra, que de magníficos colores  
Vistes, y que fomentan tus ardores.  
Ya poderosa y agradable, inflama  
Mi pecho helado tu divina llama.

Mas ¡ay triste! Que en vano nueva vida  
Me das, pues para siempre estoy privado  
De ver tus resplandores, y perdida  
Mi vista, en noche eterna sepultado,  
No puedo ya gozar de su hermosura.  
Los orbes de mis ojos extinguidos,  
En vano ruedan en la sombra oscura,  
Y ansiosos en la bóveda del Cielo  
Buscan tu claridad, ó dirigidos  
A la tierra, de pena consumidos,  
Procuran distingirla. Un negro velo,  
Para siempre la esconde á su porfía.  
Tu resplandor, que de mis ojos huye,  
Una oscura tristeza sustituye  
A mi antigua alegría:  
Con todo, atenta á mi incesante ruego,  
Aun la celeste musa la voz mía  
Inspira, alienta con su sacro fuego:  
Aun, con dulce delirio, sus pisadas  
Sigo, bajo las bóvedas alzadas  
De los antiguos bosques, por los prados

De balsámicas flores matizados,  
Por el torcido ó rápido camino  
Que se abre el arroyuelo cristalino,  
Y por los frescos valles cultivados,  
Que para otros los rayos luminosos  
Doran del sol, ¡ay Dios! para mí ociosos.  
Mas sobre todo tú, santa montaña  
De Sión, y tú, Fuente sacra y pura,  
Cuya corriente baña  
Su verde falda, y á sus pies murmura,  
El camino entre flores ocultando,  
Y sus tiernas raíces refrescando:  
Vosotras, cuando acudo en el reposo  
A visitaros de la noche oscura,  
Me inspiráis vuestro acento melodioso.  
También, pues somos en desgracia iguales,  
Invoco á aquellos célebres mortales  
Que entre tinieblas, como yo, cantaron.  
Y cantando su nombre eternizaron.  
¡Ojalá que de penas compañero,  
Logre serlo también de vuestra gloria!  
¡Oh Tamiris! ¡Tiresias! ¡y tú, Homero!  
¡Pueda yo dividir vuestra memoria!  
Como ellos, en silencio fecundando  
Mil objetos diversos, la armonía  
De mis fáciles versos, emulando  
La suya, fluye, y mi corazón vierte  
Sus amarguras de la misma suerte  
Que el triste ruseñor, en la sombría  
Copa de un árbol, su nocturno canto,  
Mezclado entona con su tierno llanto.  
El tiempo vuela, y en la sombra ciega  
De la noche se apaga el claro día;  
Pero vuelve, conforme lo ha dispuesto  
Por ley la celestial sabiduría;

Mas nunca para mí su vuelta llega,  
Aunque está á todo el orbe manifesto;  
Vanamente mis ojos los colores  
Disfrutar quieren de las nuevas flores:  
El plateado cristal del arroyuelo,  
Los matutinos rayos del Oriente,  
La púrpura soberbia del Poniente,  
Del pajarillo el agradable vuelo,  
Del ganado los juegos divertidos,  
Y el hermoso semblante,  
En que, al criar al hombre, su brillante  
Imagen grabó Dios, ya son perdidos  
Para mí. Las desgracias me han quedado  
Del sér humano; pero estoy privado  
De sus placeres. Ya de aquel fecundo  
Teatro de deleites y belleza,  
Que presentaba la naturaleza,  
De aquellas deliciosas perspectivas,  
Que en mis ojos cabiendo con un mundo,  
Producían imágenes tan vivas,  
Nada me resta. En vano se reviste  
De su vario matiz la flor ó el fruto;  
Para mi vista fúnebre, no existe  
Mas que un sólo color, y es el del luto.  
Como mi vista oscurecida niega  
Todo paso á la luz, nunca á ella llega  
De los objetos la menor pintura;  
Todo es vago, confuso, de una oscura  
Niebla siempre cubierto,  
Y para mí de la naturaleza  
Jamás está el hermoso libro abierto.  
¡Adiós, pues, de las artes la belleza!  
¡Adiós, oh producciones primorosas,  
Tesoros de la ciencia y la riqueza!  
Os tragan las sombras espantosas.

¡Ven, dulce hija del Cielo, luz divina!  
A falta de mis ojos, ilumina  
Mi razón: con tu fuego purifica  
Mi alma, y su ardor ya muerto vivifica!  
¡Haz que el Cielo, que oculta celestiales  
Objetos, que no han visto los mortales,  
En mis versos heroicos levante,  
Y dignamente su grandeza cante!

Desde el trono invisible y elevado  
De donde en paz profunda la divina  
Incomprensible majestad domina  
Las alturas de todo lo criado,  
Al través del cristal azul y puro  
De los Cielos, el Sér eterno había  
Dirigido la vista á lo profundo  
del sér. Nada á sus ojos se escondía:  
Patente estaba, así el Infierno oscuro  
Como la clara esfera de este mundo,  
Cual lo que amaba lo que aborrecía,  
Y en todo cuanto alrededor miraba  
Su propia gloria impresa cóntemplaba.  
En número mil veces más crecido  
Que los astros sin cuento  
Que alumbran por la noche el extendido  
Campo del azulado firmamento,  
Los celestiales coros le rodeaban  
Con la divina luz resplandecientes  
Que en ellos reflejaba el encendido  
Fulgor de su semblante, y en torrentes  
De inexplicable gozo se anegaban:  
Su hijo, su viva imagen, su traslado  
Único, á su derecha está sentado.  
El Padre celestial da una mirada  
Hacia la tierra, y ve en un delicioso  
Recinto nuestros dos progenitores

Inocentes, coger de su poblada  
 Arboleda los frutos y las flores  
 Con placer, y sin mezcla de penoso  
 Afán: por otra parte, en lo profundo  
 Ve el Infierno y el tránsito espantoso  
 Que lo separa del viviente mundo,  
 Y á Satanás divisa, que callando,  
 Sigue su vuelo, al orbe caminando  
 Por él, y que aunque ya sus fuerzas cedan  
 Al cansancio, y no puedan  
 Sostenerle, ya la árida ribera  
 Toca, de donde la terrestre esfera  
 Descubre toda con la vista ansiosa,  
 Mientras que en su carrera presurosa  
 Ignora si aquel líquido elemento  
 En que nada, es un mar ó denso viento;  
 Y como está rodeado de la oscura  
 Noche, sólo un vislumbre le asegura  
 De que pronto ha de ver el firmamento.  
 Dios, con aquella ojeada penetrante  
 Que junta á lo presente y lo pasado  
 Lo futuro, por más que esté distante,  
 Viendo su infausto viaje terminado,  
 Vuelto á su hijo divino, así se explica:  
 «Ve con qué nueva rabia se dedica  
 »A hacernos guerra ese enemigo osado.  
 »Contra nosotros sin cesar conjura.  
 »Esos tormentos, esa sima oscura  
 »Del Infierno, sus barras y sus puertas,  
 »Sus cadenas pesadas y encendidas,  
 »Esas regiones vastas y desiertas  
 »Del caos, sus tormentas repetidas,  
 »No han bastado á impedir de su venganza  
 »El ímpetu. Furioso, allá se avanza,  
 »Desafiando al Cielo. Su demente

- » Proyecto recaerá sobre su frente;
- » Pero entre tanto, rotas mis cadenas,
- » De ambos abismos vencedor, buscando
- » Viene ese nuevo mundo, en que mis manos
- » Esos seres humanos,
- » Esas criaturas de inocencia aun llenas
- » Han colocado, hacerlas proyectando
- » Víctimas de sus iras, empleando
- » Contra ellas, ya la fuerza,
- » Ya la astucia, resuelto
- » A no parar un punto hasta que tuerza
- » Su recta voluntad de la acertada
- » Senda que yo les tengo señalada.
- » En sus pérfidos lazos caerá envuelto
- » El hombre; yo lo sé; y en su extraviado
- » Corazón, triunfará ese temerario
- » Enemigo del Dios que le ha criado.
- » He impuesto al hombre un solo mandamiento,
- » Súave al mismo tiempo y necesario,
- » Para que pueda su agradecimiento
- » Hacerme ver y humilde tributarme
- » Una leve señal de dependencia.
- » No tardará, con su desobediencia,
- » Quebrantado el precepto, en precisarme
- » A que sobre él ejerza mi justicia,
- » Castigando severo aquel ultraje.
- » De tan enorme culpa la malicia,
- » Cual contagiosa plaga, su linaje
- » Corromperá, corriendo por las venas
- » Aun de sus más remotos descendientes,
- » Y les acarreará las mismas penas:
- » A nadie culpen de su desgraciada
- » Suerte, sino á ellos mismos. Inocentes
- » De mi poder salieron, adornados
- » De dones celestiales, destinados



- »Á darme culto. Así ha sido criada  
 »Toda esa muchedumbre de diversos  
 »Espíritus, ya buenos, ya perversos:  
 »Hijos de un mismo Dios, un mismo aliento  
 »Los anima. Cada uno de absoluta  
 »Libertad de obrar bien ó mal, disfruta:  
 »Su suerte, de su propio movimiento,  
 »De su elección depende únicamente:  
 »Así entre ellos, aquellos que pecaron  
 »Lo hicieron libre y voluntariamente.  
 »Y los que en la virtud perseveraron  
 »Con libertad obraron igualmente:  
 »Y sin ella, ¿qué mérito tuvieran  
 »Ni su fidelidad, ni su obediencia  
 »A mis ojos? ¿Qué aprecio merecieran  
 »Los obsequios forzados  
 »Que el temor tributase á la potencia;  
 »Los servicios de seres gobernados  
 »Por la necesidad, que nada hiciesen  
 »Por mí, aun cuando servirme pareciesen?  
 »Si su razón y voluntad no eligen  
 »El bien, ni libremente me dirigen  
 »Sus cultos, yo de esclavos nada quiero;  
 »Ni á ellos placer alguno les resulta  
 »De su obsequio, ni á mí la menor gloria.  
 »¡Los ingratos! dirán de mi severo  
 »Castigo, que es injusto; pues la oculta  
 »Fuerza de mi decreto insuperable,  
 »Con precisión los liga perentoria  
 »Al mal; que obrar no pueden de otro modo.  
 »Que lo que yo preví no es evitable (1).  
 »¡Vanas excusas! Libremente en todo  
 »Obran, y el bien y el mal únicamente  
 »De su arbitrio dependen, no de ajenas  
 »Influencias. Cuando yo los he criado,

- »Atendiendo á su clase diferente,
- »Leyes equitativas les he dado,
- »No grillos y cadenas.
- »Aunque lo porvenir yo no previera,
- »¿Dejaría por esto su futuro
- »Crimen de ser igualmente seguro
- »Mientras su voluntad la misma fuera?
- »¿Mi previsión acaso la ha forzado?
- »No, no; mi previsión, ni mi infalible
- »Conocimiento de lo venidero,
- »Ni la fuerza inflexible
- »De mis decretos, que al poder de un hado
- »Fingido achacan, ni del orbe entero
- »El influjo reunido,
- »Son de oprimir la libertad capaces
- »Que yo á su voluntad he concedido.
- »De esta los movimientos eficaces
- »Son los que determinan sus acciones.
- »Ella, aunque siempre consultar debía
- »A la razón, en muchas ocasiones
- »Espontáneamente se desvía
- »De sus consejos, y lo malo elige.
- »¿Y qué otra libertad mayor exige
- »La equidad, para darlos por culpados?
- »¿Acaso, en sus caprichos obstinados,
- »Pretenderán que yo á estos condescienda,
- »Mude á su gusto mis irrevocables
- »Leyes, los seres todos trastornando,
- »Los hombres y los Angeles variando,
- »Que de ser yo quien soy me desentienda,
- »Cual los entes mudables,
- »De mi querer perdiendo la firmeza
- »Y turbe toda la naturaleza?
  - »Tal es de sus deseos la injusticia;
- »De ellos que libremente, y por malicia

- »Pura, se hicieron contra mí culpables.
- »Los Angeles los menos excusables
- »En su desorden fueron,
- »Pues que solos por sí se pervirtieron,
- »Y su crimen, del todo voluntario,
- »Con razón debe ser irremisible,
- »Cuando al hombre al contrario,
- »Con perfidia increíble,
- »Por las astucias de ellos seducido,
- »Y en sí menos perfecto, si en olvido
- »Mi bondad echa, y me desobedece,
- »Aunque castigo á proporción merece,
- »Perdonar quiero. Así mi generosa
- »Clemencia y mi justicia en la dichosa
- »Tierra, como del Cielo en las moradas,
- »Juntamente serán glorificadas:
- »Con todo, la clemencia la primera
- »Lo será, y la justicia la postrera.
- »Tal es mi voluntad irrevocable.»

Así el Eterno habló, y llenó del Cielo  
 Los ciudadanos de un gozo inefable  
 Y nuevo, al paso que por su azul velo,  
 Delicioso, á lo lejos se esparcía  
 Un perfume divino de ambrosía.  
 Sobre la multitud innumerable  
 De los más altos inmortales seres,  
 Sobre los tronos todos y poderes,  
 Domina á una distancia imponderable  
 Su hijo celeste, Dios de Dios, traslado  
 De su gloria perfecto, y engendrado  
 De su misma sustancia. En sus miradas  
 La dulce claridad brilla adorable,  
 La gracia, la piedad, las inflamadas  
 Llamas del puro amor, y la infinita  
 Bondad que únicamente en Dios habita.

Y así con voz divina se dirige  
A su celestial padre: «La clemencia,  
»¡Oh padre mío! con que al delincuente  
»Hombre infeliz ofreces tu indulgencia,  
»La admiración del Universo exige.  
»Por ella, todo ser inteligente  
»Te deberá alabanzas inmortales;  
»Por ella, los espíritus leales  
»Que habitan en tu corte, al dulce acento  
»De sus liras, Virtudes, Serafines,  
»Redoblando sus himnos celestiales,  
»Encantarán del Cielo los confines;  
»Bendiciones sin cuento  
»Ensalzarán tu nombre soberano,  
»Por tal piedad con el linaje humano.  
»¿Y tu bondad podría, por ventura,  
»Abandonar al hombre, á esa criatura  
»Predilecta, y destruir tu imagen bella,  
»Que en todo lo visible que has formado  
»Sola dotada de razón descuella,  
»Aunque á tu sacra ley desobediente,  
»El infeliz delinca alucinado  
»Por la perfidia cruel de ese insolente  
»Angel astuto, contra tí obstinado,  
»Que se sepa valer de su flaqueza?  
»¿Correspondiera acaso á tu grandeza  
»Castigarle por ello eternamente?  
»¡Lejos de tí justicia tan severa!  
»¿Cómo es dable que tu ira destruyera  
»A tus hijos, y diese á ese adversario  
»Suyo y nuestro la bárbara alegría  
»De haber de tí triunfado, cual quería?  
»Para este triunfo, indispensable fuera  
»Que el Dios del bien cediese al temerario  
»Y vil Angel del mal, y éste, orgulloso,

»Escarneciendo al Todopoderoso,  
 »De sus manos al hombre arrebatara  
 »Vencedor, y al abismo lo arrastrara.  
 »El humano linaje,  
 »Como víctima así sacrificado,  
 »Sería entre sus llamas abrasado,  
 »Eterno pregonero del ultraje  
 »Hecho á tu omnipotencia,  
 »Y tendría la triste complacencia  
 »De vengarse, con verte desairado.  
 »Y tú mismo, olvidado de tu gloria,  
 »Tranquilo en abolir consentirías  
 »De tus dignos favores la memoria,  
 »Y el hombre objeto de ellos entregando  
 »A su perseguidor, permitirías,  
 »De su empeño el suceso tolerando,  
 »Ya que de tus derechos se dudase,  
 »Y no sólo quedara sin castigo  
 »El crimen de ese pérfido enemigo,  
 »Sino que impune su intención lograrse,  
 »Ya que, con alta cara, de su impía  
 »Blasfemia se jactase, y su osadía?»

—«¡Hijo mío! el Eterno le responde:

»Hijo querido, amor del Cielo y mío,  
 »Tú, en quien yo me complazco y me glorío,  
 »En quien me amo y me admiro; poderoso  
 »Verbo mío, á quien sólo corresponde  
 »Ser en persona mi sabiduría;  
 »Lo que tú quieres, hijo generoso,  
 »Desde la eternidad, ya yo lo había,  
 »Con voluntad suprema, decretado.  
 »No; no está sentenciado  
 »El hombre ni proscrito sin recurso:  
 »Mi gracia tiene pronta, y en su fuente  
 »Perenne la hallará perpetuamente,

- »Si á ella quiere acudir; pero no obstante,
- »Sin mi libre concurso,
- »Su fuerza, por la culpa enflaquecida,
- »Para sacarla no será bastante.
- »No se la negaré. Cuando lo pida,
- »Mi auxilio le daré. Su paso incierto
- »Por las sendas guiaré de la justicia,
- »Y si me sigue fiel, podrá estar cierto
- »De vencer toda la infernal milicia
- »Y reparar su suerte desdichada;
- »De mi suma bondad en la grandeza,
- »Olvidaré su débil y malvada
- »Conducta, y haré que él, desengañado
- »Por la experiencia, vea su flaqueza
- »Para el bien, mientras no sea animado
- »Por mi auxilio, y que nadie por sí mismo
- »Puede sin él librarse del abismo.
- »En todo su linaje numeroso
- »Tendré mis escogidos, que celoso
- »Conservaré. Mis gracias especiales
- »Los librarán de todos los fatales
- »Esfuerzos del Infierno, de manera
- »Que antes el orbe todo pereciera
- »Que ellos. Tal es mi voluntad augusta.
- »A los que pequen, con remordimientos
- »Moveré. Los preceptos de mi justa
- »Ley darán luz á sus entendimientos.
- »Si se van á arrojar al precipicio,
- »Los detendré á la orilla. Con mi gracia
- »Los llamaré, para salir del vicio.
- »Cuando tengan, siguiendo sus pasiones,
- »De atollarse en su cieno la desgracia,
- »Mi inspiración divina, á un dolor santo
- »Los atraerá, y á humildes oraciones:
- »De los ojos más áridos el llanto

- »Hará correr, y si se arrepintieren
- »De sus pasadas culpas, y volvieren
- »Sinceramente á mí, hallarán abiertas
- »A su favor de mi piedad las puertas.
- »Sus lágrimas, sus ruegos repetidos,
- »Con ternura por mí serán oídos.
- »Yo mismo los guiaré por la segura
- »Senda de mis preceptos, si con pura
- »Conciencia velan siempre, hasta el tranquilo
- »Puerto, su eterno y venturoso asilo;
- »Pero si á sus pasiones se abandonan,
- »Si sordos á mis tiernos llamamientos,
- »De la conciencia los remordimientos
- »Desprecian, si frenéticos blasonan
- »De su dureza y su desobediencia,
- »Y obstinados apuran mi paciencia,
- »Me vengaré de sus empedernidos
- »Corazones, cerrando sus oídos
- »A la verdad, corriendo un denso velo
- »Sobre sus ojos, que á la luz del Cielo
- »Impida penetrar. Abandonados
- »Por mi gracia, en la noche tenebrosa
- »De sus vicios, errantes, extraviados
- »De delito en delito, en su espantosa
- »Ceguedad morirán impenitentes,
- »Y del profundo Infierno en las ardientes
- »Simas caerán al fin precipitados.
- »De estos pérfidos solos la insolencia
- »No podrá hallar abrigo en mi clemencia;
- »Mas no es aún el castigo suficiente
- »Para satisfacer á mi ofendida
- »Majestad: ya que el hombre, osadamente
- »Mis leyes quebrantando, ha provocado
- »Mi justicia, ha de ser sacrificado,
- »Ha de sufrir la pena merecida,

- »O ha de quedar mi gloria oscurecida:
- »Pues que orgulloso pretendió elevarse
- »A la clase de un Dios, y eternizarse
- »Como tal, este arrojo temerario
- »Debe pagar. Que muera es necesario
- »Él, y que muera todo su linaje;
- »Herederero por él de su delito,
- »Para siempre, como él, queda proscrito,
- »Si, para compensar tamaño ultraje,
- »Una víctima tal, tan inocente (2)
- »Y augusta cual requiere mi grandeza,
- »A mi justo furor proporcionada,
- »No se presenta voluntariamente
- »A rescatar su muerte, prodigando
- »Por él su vida. ¿Y quién de la nobleza
- »De esta acción de piedad tan extremada,
- »Sus propios intereses olvidando,
- »Será capaz, aun entre las más puras,
- »Más sublimes y dignas criaturas?
- »¿Qué sér se atreverá con su inocente
- »Sangre á salvar al hombre delincuente?
- »¿Habrá quien quiera, entre los inmortales,
- »Morir por redimir á los mortales?»

Esto dijo el Señor, y todo el mundo,  
 En el senado augusto y numeroso,  
 De aquel terrible empeño receloso,  
 Se mantuvo en silencio el más profundo.  
 Ninguno se atrevió á ser medianero  
 Del hombre, ni á mostrar el más ligero  
 Intento de excusar su rebeldía,  
 Y mucho menos aún á aventurarse,  
 Por delitos ajenos, á entregarse  
 Al castigo. La Muerte ya tenía  
 Su presa asegurada, y así hubiera  
 El humano linaje perecido



Sin duda alguna, por su mano fiera,  
 En el infernal seno sumergido,  
 Si un Salvador magnánimo, el glorioso  
 Hijo único del Todopoderoso,  
 En cuyo pecho están depositadas  
 Todas las gracias, todas las sagradas  
 Y puras llamas del amor divino,  
 Al ver del hombre el mísero destino,  
 No hubiera, de su eterno padre airado,  
 La venganza justísima aplacado.

«¡Padre mío! le dijo, tu clemencia  
 »Ha dictado del hombre la sentencia;  
 »Ya perdonado está. ¿Acaso la santa  
 »Gracia, precioso y dulce don del Cielo,  
 »Que con alas de fuego se adelanta  
 »A prevenir el ruego, y el rendido  
 »Deseo mismo, apenas ha nacido,  
 »Que aun al que no lo pide, da consuelo,  
 »Podrá encontrar estorbo que la impida  
 »Darle con su asistencia nueva vida?  
 »¡Dichoso aquel que sin esfuerzo hallarla  
 »Puede! ¿Más cómo el hombre miserable,  
 »Que tu ley conociendo, la culpable  
 »Locura cometió de abandonarla,  
 »Muerto á la gracia, volverá á buscarla?  
 »¿Cuál será el rico don, ó cuál la pura  
 »Víctima que su crimen satisfaga  
 »Y compre su perdón? Una criatura  
 »Que no puede, por más esfuerzos que haga,  
 »Pagar por sí la deuda inconcebible  
 »Que tiene á su Hacedor, ¿cómo es posible  
 »Que las ajenas pague? ¿Y qué sería  
 »El precio que á este fin ofrecería,  
 »Aun cuando sin reserva presentara  
 »Cuanto tiene, y su sér sacrificara?

- »El hombre, pues, jamás podrá pagarte;
- »Pero veme aquí pronto; yo he de darte
- »Satisfacción por él. Tomo con gusto
- »Sobre mí su delito, y su sentencia
- »Yo mismo sufriré. Daré mi vida
- »Porque quede la suya redimida:
- »Sus ofensas son mías, y así es justo
- »Que yo padezca solo la violencia
- »De su infeliz y merecida suerte.
- »Me separaré, pues, de tu presencia,
- »Dejaré el Cielo, y salvaré muriendo
- »Esa obra de mi Padre. Que la muerte,
- »Toda su rabia contra mí volviendo,
- »En mí la sacie. Presto de ella dueño,
- »Sus fúnebres sepulcros victorioso
- »Hollaré, y libre de su torpe sueño,
- »Sus helados despojos arrancando
- »Y sus tristes cenizas avivando,
- »Acabaré con su dominio odioso.
- »De tí recibo siempre eterna vida;
- »La humanidad á mi persona unida
- »Es lo único que en mí podrá encontrarse
- »De que pueda la muerte apoderarse:
- »Dispondrá de ella; pero satisfecha
- »Esta deuda, hacia tí vuelvo glorioso:
- »No dejarás penar mi carne pura
- »Por largo tiempo en la prisión estrecha
- »Y corrompida de la sepultura.
- »Después que intacto esté en su tenebroso
- »Seno un momento, cual si su cautivo
- »Fuese, volaré de él, brillante y vivo,
- »Arrebatando de aquel antro horrible
- »De una deidad el cuerpo incorruptible.
- »Tú misma ¡oh Muerte! al carro encadenada
- »De mi triunfo mi marcha victoriosa

- »Has de seguir, tu muerte lamentando,
- »Hasta que te haga caer precipitada
- »Otra vez en la noche tenebrosa,
- »De que lograste un tiempo libertarte
- »En el mundo habitando.
- »Tus banderas caerán á la gloriosa
- »Vista de mi benéfico estandarte,
- »Y romperé tu dardo envenenado
- »En tu corazón mismo atravesado.
  - »Dividirá tus merecidas penas,
  - »Cautivo como tú, y entre cadenas
  - »Arrastrado en mi triunfo, el orgulloso
  - »Angel rebelde, con el numeroso
  - »Séquito de los seres miserables
  - »Que con su seducción ha hecho culpables,
  - »Al paso que los Cielos elevado
  - »Penetrare, de gloria coronado,
  - »Tú mismo ¡oh padre mío! con amables
  - »Miradas de tu trono dirigidas
  - »Completarás mi gloria, acompañando
  - »Con ellas por los aires mi triunfante
  - »Marcha, mientras tu Imperio dilatando
  - »Con mi victoria, adorarán rendidas
  - »Tu poder y bondad las redimidas
  - »Almas, y ensalzarán con incesante
  - »Himno gozoso el mundo reparado;
  - »Cantarán el horrible luto eterno
  - »Sobre tus enemigos derramado;
  - »Cuál su presa infeliz soltó el Infierno,
  - »Y cómo, hasta la Muerte desarmada,
  - »Fué en su propio sepulcro sepultada.
  - »Los cautivos que de él habré sacado
  - »Mi triunfo seguirán, y con gozosos
  - »Ojos, en esos tuyos tan piadosos
  - »El benigno perdón de su delito

- » Verán con letra celestial escrito.
- » Huirá el terror de tu divina frente,
- » Sólo de dulce amor resplandeciente,
- » De clemencia inefable
- » Y de una paz eterna, inalterable.»

Acabó; pero el celo que le inspira  
En su silencio mismo es elocuente.  
Su rostro un inmortal amor respira  
Para el hombre que sólo al amor tierno  
Puede igualarse de su Padre Eterno.  
Que exprese, pues, su voluntad espera  
Para la obra benéfica á que aspira;  
Victima voluntaria, considera  
Su sacrificio, y apresura ansioso  
La época, en tanto que pasmada admira  
La circunstante corte el misterioso  
Empeño. Vuelve el Padre la amorosa  
Vista al hijo, y anuncia en sus divinos  
Ojos, en que la dulce paz reposa,  
De su hijo eterno el triunfo venturoso  
Y del mundo los prósperos destinos.

- «¡Oh tú, le dice, mi única delicia,
- » Sacrificio el más grande, el más augusto
- » De todos cuantos puedan ofrecerme,
- » Capaz el sólo de satisfacerme
- » Aun más allá de lo que mi justicia
- » Exige del exceso más injusto!
- » Tú sabes que yo aprecio á los humanos,
- » Como que son una obra de mis manos;
- » Juzga cuánto los amo, pues consiento,
- » No obstante que mi ley han quebrantado,
- » En que descieras de tu eterno asiento
- » Y que á padecer vayas, ¡oh hijo amado!
- » La pena que sobre ellos ha caído.
- » Parte, pues: da á tu voto cumplimiento,

- »Y de la forma humana revestido,
- »Vuelve al mundo la paz que antes tenía:
- »Vé á ser un hombre-Dios. Llegará el día,
- »Para todo viviente el más plausible,
- »En que por un misterio inconcebible,
- »Propio de mi bondad, el venturoso
- »Seno de una mujer, que juntamente
- »Será virgen y madre, á mi glorioso
- »Hijo ha de dar á luz. Vé del humano
- »Linaje á ser á un tiempo el Soberano
- »Y el nuevo Adán. Todo él seguramente,
- »A no haber tú mediado, pereciera;
- »En tí renacerá. Ya que el delito
- »De los primeros padres ha proscrito
- »Sus descendientes hasta la postrera
- »Rama, quiero que su árbol corroído,
- »Ingertándose en tí, restablecido
- »Se vea en su verdor y en su primera
- »Robustez, con ventaja conocida:
- »Que el río de la vida,
- »Desde su origen mismo emponzoñado,
- »En fuerza de tu mérito inefable
- »Quede en lo porvenir purificado.
- »El hombre, por tí vuelto á su nobleza,
- »Vencedor de sí mismo, la bajeza
- »De todo amor mundano y despreciable
- »Desterrará prudente. Tú adorado
- »En el Cielo serás; pero en la tierra
- »Proscrito, haz al Infierno cruda guerra
- »Con tu sangrienta muerte. Que interceda
- »Por los reos mortales el más digno
- »De su linaje, el redentor benigno
- »De ellos todos, el único que pueda
- »Mediar en su favor, víctima pura,
- »Cuyos tormentos voluntarios sean

- » Por el Cielo admirados. Asegura
- » De tu piedad á todos los humanos:
- » Hombre, rescata al hombre; que te vean
- » Llenos de espanto todos los vivientes
- » La muerte padecer por tus hermanos.
- » Dios, perdona cual Dios los delincuentes;
- » Será tu muerte causa de su vida,
- » Tu sangre precio de su justa pena;
- » Así reparador de la perdida .
- » Naturaleza humana, en justo duelo
- » Al Infierno por tí vencerá el Cielo
- » Y al odio el dulce amor que te enajena.
- » El hombre, de la envidia triste objeto,
- » Como de compasión, ¿habrá pensado
- » Jamás á tan gran precio ser comprado?
- » ¿Él, á quien yo doté de un sano juicio,
- » Que con todo dió oídos al proyecto
- » De la infernal malicia, y antepuesta
- » A mi ley sacra su ilusión funesta,
- » Me obliga á ese tan grande sacrificio?
- » Y tú, que por bajar al mortal suelo
- » El trono celestial tan generoso
- » Abandonas, jamás tengas recelo
- » De envilecer con esto tu divino
- » Origen: cuanto más esté eclipsado
- » De tu naturaleza el majestuoso
- » Resplandor, tanto más será adorado.
- » Lejos de mí, en la tierra peregrino
- » Vivirás algún tiempo desterrado;
- » Como hombre sufrirás, serás sensible;
- » Como Dios, vencerás siempre impasible.
- » Tu humillación magnánima bendita
- » Será por todo el mundo en adelante,
- » Pues que de mi hijo sólo la infinita
- » Inefable bondad fuera bastante

- »Para olvidar, por una criatura
- »Humilde y desgraciada, su eminente
- »Majestad y mostrarla tal ternura:
- »Sólo de mi hijo la alma compasiva
- »Puede abrigar bondad tan excesiva:
- »Será prueba evidente
- »Tu misma oscuridad de tu nobleza.
- »Cuanto sea mayor tu abatimiento,
- »Añadirá más brillo á tu grandeza,
- »Y presto vuelto á tu celeste asiento,
- »Tu humanidad, á tu deidad unida,
- »De tus humildes Angeles rodeada,
- »Con himnos inmortales aplaudida
- »Se verá y á mi diestra sublimada:
- »Dios y hombre, hijo de Dios y juntamente
- »Del hombre, reinarás eternamente.
- »Quiero que todo, hincada la rodilla,
- »Te adore humilde y tiemble en tu presencia;
- »Que lo que más en el Empíreo brilla,
- »Y en cuanto existe, Tronos, Serafines,
- »Arcángeles, Virtudes, Querubines,
- »Reyes y Potestades, obediencia
- »Y homenaje te presten humillados.
- »Todos los pueblos han de ser juzgados
- »Por tí, su juez supremo establecido:
- »Para esto, el universo estremeciendo,
- »Bajarás á la tierra cuando el día
- »Temido llegue, al espantoso estruendo
- »De truenos incesantes, precedido
- »De tus Ángeles todos, que la fría
- »Ceniza de los hombres reuniendo
- »Con sus almas, al fúnebre sonido
- »De la trompeta, harán que al formidable
- »Juicio acuda su turba innumerable.
- »Tú, por tus Querubines conducido

- »En triunfo sobre el trono majestuoso,
- »Terrible, espantarás con tus miradas
- »A las naciones á tus pies postradas.
- »A tu señal, con vuelo presuroso,
- »Los Angeles, la atmósfera cortando,
- »Hacia los cuatro términos del mundo,
- »Los buenos de los malos separando,
- »Colocarán los buenos á tu diestra,
- »Y los malos á un tiempo á tu siniestra.
- »Todos, en el silencio más profundo,
- »Penderán de tu vista. Congregadas
- »Ante tu tribunal todas las gentes,
- »Vivos y muertos, jóvenes y ancianos,
- »De toda clase y sexo, soberanos
- »Como vasallos, todas las pasadas
- »Generaciones estarán presentes,
- »Trémulas aguardando tu sentencia.
- »Ninguno habrá exceptuado de la dura
- »Convocación: á la señal temida,
- »La Muerte soltará sin resistencia
- »Su presa, y tu voz fuerte será oída
- »De los sepulcros en la noche oscura.
- »Decidida la causa, los malvados
- »Recobrará el Infierno, y con candados
- »Sus cien puertas de bronce reforzadas
- »Quedarán para siempre condenadas.
- »Las llamas, todo el mundo devorando,
- »Lo purificarán de las inmundas
- »Heces que en él la culpa ha producido:
- »Mas pronto nacerán de sus fecundas
- »Cenizas otros orbes, que brillando
- »Más puros que los que hayan perecido,
- »Sirvan de habitación al escogido
- »Pueblo que con tus penas has salvado
- »Allí, bajo de un Cielo no nublado,



- »Llenos de gozo, en el tranquilo puerto,
- »Olvidarán las fieras tempestades,
- »Los trabajos horribles del desierto
- »Arido por donde han peregrinado.
- »Allí, colmados de felicidades
- »Eternas, cogerán los deliciosos
- »Frutos de los jardines venturosos
- »Del Cielo; un día de oro cada día
- »Será, de dulce paz y de alegría:
- »Dios será todo en todos: el desmayo,
- »La inquietud, ni el temor, allí morada
- »No hallarán, y tu cólera aplacada,
- »Hará que caiga de tu diestra el rayo.
- »Vosotros pues, espíritus leales,
- »Postraos á los pies de un Dios que muere
- »Benigno por salvar á los mortales,
- »Y cada cual se esmere
- »En igualar en todas ocasiones
- »El hijo al Padre en las adoraciones.» (3)

Dijo, y retumbó el Cielo, enajenado  
 De gozo, con aplausos tan ruidosos  
 Como los movimientos tumultuosos  
 De las olas del mar alborotado,  
 Y á un tiempo dulces cual la melodía  
 De un concierto de voces arreglado  
 Con el mayor esmero á la armonía.  
 Las voces, los acentos, los hosannas  
 Resuenan por las bóvedas lejanas  
 De los vastos palacios celestiales:  
 Todos de amor deliran y alegría;  
 En el respeto y en el pasmo iguales,  
 Todos se postran con humilde frente  
 Ante aquel doble trono en que eminente  
 Reside el Padre, con el hijo al canto,  
 A sus pies deponiendo sus coronas,

En que al oro, con arte primoroso,  
Brilla inmortal, reunido el amaranto.  
¡Bello amaranto, tú, planta escogida,  
Que ahora nos abandonas,  
Delicia del Edén! en su frondoso  
Jardín, cerca del árbol de la vida  
Crecías. Eva, tus hermosas flores,  
En su rostro imitando sus colores,  
En el tiempo cogió de su inocencia.  
La inocencia ofendida  
Huyó, y con ella desapareciste.  
El Cielo en que naciste  
Su alto don recobró con diligencia.  
Vuelto á tu cuna, con tu fresca sombra  
La fuente de la vida te complaces  
En ocultar, creciendo en sus riberas;  
Con placer también haces  
Brotar tus flores en la verde alfombra  
De las orillas, que con sus ligeras  
Y cristalinas aguas, caudaloso  
El río de delicias atraviesa;  
De correr por los Cielos nunca cesa,  
Con su puro cristal espirituoso,  
Las eliseas flores renovando,  
Y todos los contornos perfumando.  
Con ellas los celestes habitantes  
Tejen guirnaldas nunca marchitadas,  
Con las cuales sus frentes rutilantes  
Se ven de nuevos brillos hermoseedas:  
También el amaranto corre el suelo  
Que ocupa el vasto giro  
De las soberbias bóvedas del Cielo,  
Y de aquel vasto mar de oro y zafiro  
Varía los colores inmortales,  
Ostentando sus rosas virginales,

Mas ya, aquellos obsequios concluidos,  
 Vuelven los Serafines, encendidos  
 En vivo amor, á coronar sus frentes:  
 Ya las liras y cítaras, pendientes  
 Cual carcaj de sus hombros, descolgando,  
 Por las trémulas cuerdas resbalando,  
 Sus sabios dedos prueban, con sonoro  
 Dulce preludio, aquella melodía!  
 Que enajena los Cielos de alegría.  
 Todos cantan; las voces é instrumentos;  
 Nada discorda en el celeste coro,  
 Las más pequeñas notas, los acentos:  
 Donde hay paz, allí habita la armonía.

¡A tí primero, oh Padre omnipotente,  
 Inmutable, infinito, inconcebible!  
 A tí en tus mismas luces invisible  
 Y eterno, de quien todo está pendiente,  
 Ensalza de sus himnos la excelencia;  
 A tí cantan: «¡Oh autor de la existencia;  
 »Rey terrible, de nubes circundado!  
 »Los rayos de tu luz activa y pura  
 »Penetran, cuando quieres, su espesura,  
 »Y el trono de oro muestran elevado,  
 »En que resides, cuyos resplandores  
 »Nos ocultan tu rostro y nos deslumbran,  
 »Al paso que en las sombras nos alumbran.  
 »El Angel mismo con sus perspicaces  
 »Ojos se ciega, y lleno de terrores  
 »Los párpados cerrando á sus vivaces  
 »Rayos, no puede estar, en tal apuro,  
 »Sobre sus alas trémulas seguro.  
 »¡Hosanna al Dios inmenso, eterno y santo!»

Así concluye aquel celeste canto,  
 Que á tí después dirigen: «¡Oh divino  
 »Hijo del Padre Todopoderoso,

- »Que en tu semblante brilla, hecho visible!
- »A tí, por quien el orbe fué criado,
- »Que terrible abatistes el ferino
- »Orgullo del Infierno tenebroso,
- »Con audacia increíble
- »Contra tu eterno Padre conjurado.
- »No ahorrastes en aquel sangriento día
- »Sus formidables rayos, ni su espada
- »Divina, por su cólera afilada,
- »Ni sus flechas de fuego. Estremecía
- »Las llanuras del Cielo el movimiento
- »Rápido de su carro fulminante,
- »Que tú, sereno, desde su alto asiento
- »Gobernabas al paso, que aun distante,
- »El enemigo huía consternado,
- »Cual niebla á impulso del furioso viento.
- »¡Oh Verbo, de tu padre amor y gloria!
- »¡Con qué triunfo, á tu vuelta, tu victoria!
- »Se celebró en el Cielo! Con tu airado
- »Brazo, en el Angel fiero rebelado,
- »Sus injurias vengaste,
- »Y al hombre del perdón aseguraste.
- »¡Tú mismo, oh Dios, oh Padre omnipotente!
- »A tu amor le volvistes indulgente.
- »Tu hijo, tu hijo piadoso, tu justicia
- »Satisfizo, burlando la codicia
- »De sangre, que al inmundo
- »Ejército infernal atrajo al mundo
- »Al delito del hombre vergonzoso,
- »Tu poder ofendido
- »Dudó entre la piedad y la venganza;
- »Hizo caer bien pronto la balanza
- »A favor del culpado tu piadoso
- »Hijo, hablando por él compadecido.
- »Tu grandeza una víctima pedía,

- »¿Y habrá otra igual á la que te ofrecía?  
 »¡Un Dios rescata al hombre! Con sublime  
 »Bondad, por él ensangrentado gime,  
 »La tierra consolando,  
 »La ira del Cielo en dulce amor trocando.  
 »¡Oh piedad sin ejemplo, á que se inclina  
 »Pasmado, con respeto el más profundo,  
 »El universo! Sola la divina  
 »Naturaleza puede poseerte.  
 »Jamás podrá explicar el más facundo  
 »Espíritu celeste tu grandeza,  
 »Ni llegar claramente á conocerte.  
 »¡Salve, oh verbo de Dios, cuya terneza  
 »Salvó á los hombres! De las arpas de oro  
 »Y de las liras al compás sonoro,  
 »Un himno interminable cantaremos:  
 »En los eternos siglos que habitemos  
 »Este divino templo venturoso,  
 »Al Hijo, como al Padre, ensalzaremos.  
 »El Cielo todo aplaudirá gozoso, . .  
 »Y jamás vuestros nombres adorados  
 »Serán en nuestros cantos separados.»

Así de la luz pura en las moradas  
 Se pasaban las horas encantadas.  
 Lejos de allí, sobre la esfera inmensa  
 Que de bóveda sirve á nuestro mundo,  
 Y sus brillantes astros de la densa  
 Noche del caos sólida separa,  
 Satanás fatigado el vuelo para.  
 Dando de allí una ojeada á lo profundo,  
 Como si fuera un globo reducido,  
 Divisa nuestro mundo oscurecido.  
 Él, de una espesa atmósfera rodeado,  
 Se halla en un continente dilatado  
 Sin fin, sombrío, inculto y silencioso,

Que amenazan de cerca, así la oscura  
Noche como el estruendo proceloso  
Del caos. A lo lejos la ribera  
Del orbe remotísimo, una pura  
Luz despide, mas sólo una ligera  
Vislumbre llega á aquellas apartadas  
Regiones, por las sombras ocupadas.  
De aquel vasto desierto, que es frontera  
Del caos, en que riñen furibundos  
Los vientos, y abrasados torbellinos  
De negras llamas, con los remolinos  
De aguas inmensas por allí esparcidas,  
Registra Satanás los infecundos  
Espacios. Así el buitre que ha nacido  
En las rocas erguidas  
De Imaüs, sierra que una impenetrable  
Barrera opone al tártaro bandido  
Con sus puntas de hielo endurecido,  
Huyendo su aridez intolerable,  
Parte voraz, buscando los ganados  
Que del Hidaspes los floridos prados  
Pingües habitan, ó el supersticioso  
Cristal beben del Ganges caudaloso;  
Desfallecido de su largo vuelo,  
Descansa sobre algún árido suelo,  
De Sericana en la desierta arena,  
En la llanura inmensa en que sin pena  
El habitante diestro, el soplo fiero  
Del viento aprovechando, con tendidas  
Velas hace que vuele su ligero  
Carro, y se dude si en el mar undoso  
Va bogando, ó si rueda presuroso  
En movibles arenas extendidas.

Tal Satanás descansa, y al instante,  
Por aquel yermo se encamina errante.

Va, viene, corre, vuela, ya bajando,  
 Ya subiendo, buscando  
 Su presa con ojeada penetrante.  
 Un inmenso vacío se desp'ega  
 Por todas partes á su vista ansiosa;  
 Ni un sér viviente, ni la menor cosa  
 Inanimada, en él á encontrar llega.

No obstante, un nuevo mundo se ha formado (4)  
 En su extensión, después de que extraviado  
 El hombre por su loco orgullo ha sido.  
 Allá, entre el aire vano despedido  
 De nuestra esfera, suben los deseos  
 Quiméricos, los sueños engañosos,  
 Cual ligeros vapores, con los feos  
 Y raros monstruos que la fantasía  
 Se entretiene en formar en los ociosos  
 Ratos, y cuanto la naturaleza  
 Á luz produce, cuando se extravía;  
 Toda obra insubsistente, todo objeto  
 Caprichoso, ridículo, incompleto,  
 Allá cual niebla leve se endereza;  
 Los que en la vida actual, ó en la futura,  
 Han soñado en alguna imaginaria  
 Felicidad á la razón contraria;  
 Aquellos que, cediendo á la locura  
 De un falso celo, por algún famoso  
 Nombre engañados, ciegos abrazaron  
 Sus sistemas, sin ver si verdaderos  
 Eran, y á ejemplo suyo deliraron;  
 Los que, por un error menos dañoso,  
 De los aplausos vanos pasajeros  
 Se alimentaron, que el azar dispensa;  
 Vanos, allí su vana recompensa  
 Vuélvén á hallar, sus necias diversiones,  
 Sus proyectos y locas invenciones.

También tenéis allá vuestra morada,  
Vosotros orgullosos, que elevasteis  
En Senaar la torre celebrada  
Con que espantar al Cielo imaginasteis,  
De impotente soberbia empresa osada.  
Si algún sér real allí posible fuera  
Naciese, su ridícula manía  
Fabricar otras mil intentaría:  
También están allí los insensatos  
Que, á una falsa esperanza lisonjera  
Cediendo, y agotando sus conatos  
De una frívola ciencia en la quimera,  
La vida consumieron,  
Ó de un vano saber mártires fueron;  
El loco entre ellos, que del Mongibelo  
Se sumergió en el cráter espantoso,  
De saber sus secretos deseoso,  
Y murió en su abrasado y hondo suelo;  
Y tú igualmente, que á Platón oyendo,  
Sus Cielos á buscar fuiste corriendo,  
Y la vida perdiste por curioso.

No lejos moran los que en su fecundo  
Cerebro cada día un nuevo mundo  
En idea construyen, más perfecto;  
Llegan apenas á llevar á efecto  
Las líneas primeras de aquella obra,  
Cuando á un soplo del viento, es destruido  
El frágil edificio, y convertido  
En polvo, que la atmósfera recobra;  
Pero pronto, empeñándose obstinados  
En seguir el proyecto imaginario,  
Su infatigable orgullo temerario,  
Sobre los planes mismos arruinados,  
Otros levanta igualmente infundados.  
Así el insecto, que sus redes tiende



Agil, para buscar su subsistencia,  
De aquella frágil descompuesta trama,  
Los hilos rotos, nuevamente extiende.  
Envanecidos con su hinchada ciencia,  
Los eruditos locos, por su parte,  
Cuando más su saber grita la fama,  
À mil esfuerzos vanos todo su arte  
Ven reducido, y que de ruina en ruina,  
Su corto ingenio sin cesar camina;  
Mas con todo, jamás se desengañan,  
Y que no los adore el mundo extrañan.  
Este humo vano es digna recompensa  
Del que de sí con tal orgullo piensa.

Otro, llevado de esperanza avara,  
De los bienes que el Cielo le depara  
No haciendo cuenta, triste y consumido,  
Al lado de un crisol, sin cesar vela,  
Y de sus privaciones se consuela,  
Hallar creyendo aquel desconocido  
Secreto de volver el plomo en oro  
Y hacerse dueño del mayor tesoro:  
Mas, mientras su esperanza alegre crece,  
Ve gimiendo que en humo convertido  
El pérfido metal desaparece.

Hay también otros locos que allí ostentan  
Un ambicioso lujo: trasladados  
Con ellos sus jardines deliciosos,  
Sus palacios de jaspe primorosos,  
Vivir felices cuentan;  
Mas les sucede que por todos lados,  
Porque lo quiere así la Providencia,  
De un fúnebre desierto están cercados  
En que el silencio más profundo habita:  
Bajo sus techos de oro la alegría,  
Acompañada de la complacencia,

En vano introducirse solicita;  
El desprecio y olvido, noche y día,  
Hacen en el umbral guardia severa;  
La Deidad de cien bocas habladora,  
Para ellos solos tiene su sonora  
Trompeta ociosa, y al pasar ligera  
Sus ojos cierra, para no ver cosa  
Que excitar pueda su atención curiosa.  
Bien pronto en sus magníficas moradas  
Los persigue el fastidio y la tristeza;  
Sin testigos, les cansa su grandeza,  
Y lloran sus delicias ignoradas.  
Á lo menos aspiran á la gloria  
De eternizar sus nombres; mas grabados  
En la arena, al momento están borrados,  
Y los vientos se llevan su memoria.

En registrarlo todo se embebece  
El Angel infernal, cuando aparece  
Á su vista en las sombras el dudoso  
Tímido resplandor que en la lejana  
Esfera da principio á la mañana;  
Hacia su claro origen vuela ansioso:  
Presto á la luz de la rosada aurora,  
Las infinitas y brillantes gradas  
Nota de la magnífica escalera  
Que sube á los palacios celestiales.  
Un pórtico soberbio la decora  
En lo alto, por el cual las más nombradas  
Obras del regio lujo, si se hiciera  
Su cotejo, á pesar que con parciales  
Ojos se viesan, fueran eclipsadas.  
Todo él despide llamas, con brillantes  
Preciosísimas piedras adornado;  
Sobresalen el oro y los diamantes;  
Ningún pincel dar puede un adecuado

Bosquejo de su augusta arquitectura:

Menos luciente aún, hasta la altura  
Del Cielo, á vista de Jacob subía  
La escala misteriosa, que lo unía  
Con nuestra tierra, en su admirable sueño,  
Cuando del trono de su eterno dueño  
Ir y venir los Angeles veía,  
Y vuelto del letargo milagroso,  
Profetizó, exclamando con gozoso  
Rostro: «Al través de los mortales velos,  
»Veo abiertas las puertas de los Cielos.»  
Mas la escalera que el Arcángel mira,  
Á la bóveda eterna se retira,  
Y de su alcance al fin desaparece.  
Un mar de claridad de nácar puro  
Y de líquida plata se le ofrece  
Á la vista, en vez de ella, que movible,  
Ondas rueda de luz incorruptible.  
Aquel mar refulgente es el seguro  
Feliz asilo adonde, desde luego  
Que mueren los felices escogidos,  
En angélicos brazos conducidos  
Son, ó en un carro rápido de fuego:  
Á esto, con toda su magnificencia,  
La escalera bajó resplandeciente  
De nuevo, ó por burlar al enemigo  
Que asomaba, ó por dar á su insolencia  
Más severo castigo,  
Haciéndole sentir más vivamente  
De su perdida dicha la amargura.  
Del pórtico soberbio en derechura  
Al risueño jardín en que vivía  
En dulce paz el hombre venturoso,  
Al Edén, un camino conducía,  
Y desde allí del mundo á lo restante.

Excedía el camino, en lo espacioso,  
A la vía sagrada  
Por Dios á sus ministros preparada  
Para que de su trono al fulminante  
Santo monte de Sinay descendieran,  
Por la que al pueblo de Israel, ligeros,  
Enviaba sus alados mensajeros  
A fin de que sus órdenes le dieran:  
Por ella desde el Cielo Dios miraba  
Con placer, y hasta el Nilo contemplaba  
Cuál por la fértil tierra se extendía  
Aquel pueblo querido  
Del Septentrión al Sur establecido.  
Hacia otra parte no menos se abría  
Aquel camino largo y luminoso,  
En donde puso el Todopoderoso  
Con propia mano los intransitables  
Términos á las sombras tenebrosas,  
Cual las costas del mar incontrastables,  
Por cotos á sus ondas procelosas.

Al pie de la escalera

Más que nunca admirado se detiene  
Satanás, y subido en la primera  
Grada, recorre ansioso la extendida  
Soberbia escena que á la vista tiene,  
Y ve en la inmensidad la inesperada  
Pompa del Universo, reunida  
En sola una mirada.  
Así el *escucha* diestro que en la oscura  
Noche su oficio cumple peligroso,  
Acechando camina receloso;  
Llegado, al huir las sombras, á la altura  
De algún monte encumbrado  
Que alumbra ya el fulgor de la mañana,  
Pára, contempla, abarca una lejana

Inmensidad de tierras admirado.

Para él desconocidas, en las cuales,

Entre varias ciudades derramadas

Cerca y lejos, dominan levantadas

De una Corte las torres imperiales.

Tal Satanás el mundo contemplaba,

Y aunque el Cielo había visto, lo envidiaba.

Devora su interior un vil despecho

Al pensar en las manos que lo han hecho.

Aun mucho más allá del alto asiento,

Por las nocturnas sombras dominado,

Descubre un firmamento

Extendido sin término, poblado

De mundos estrellados, y curioso

Los rocorre uno á uno, desde el punto

Del Zodiaco remoto y luminoso

En que la justa Astrea con su libra

Los días con las noches equilibra,

Hasta aquellas esferas que el conjunto

Forman del refulgente vellocino

De Aries, que al lado opuesto la hace frente,

Y mucho más allá del peregrino

Cielo en que el mar Atlántico termina,

Cargado con Andrómeda camina.

En fin, entrambos polos totalmente

Con la vista abrazando,

Registra todo el orbe, y de repente

Se precipita rápido, volando,

Dentro de su recinto majestuoso,

Cuya belleza, al paso que le hechiza,

Para su envidia es un objeto odioso.

Sobre las alas plácido nadando,

Por sus azules ondas se desliza

Entre esferas sin número pasando,

Que desde donde él viene, en los profundos

Aires, parecen astros y son mundos,  
O tal vez islas, como el deleitable  
Jardín de las Hespérides, que lleno  
De flores y de frutas, en el seno  
Se alzaba del Océano espantable.  
Quizá también aquellas aisladas  
Esferas contendrán sus verdes prados,  
Sus floridas llanuras cultivadas,  
Sus frescos valles, sus enmarañadas  
Sombrias sèlvas y sus cristalinas  
Fuentes, que las recorran peregrinas.  
Las ve, las examina; mas no excita  
En él ninguna de ellas el curioso  
Deseo de saber qué pueblo habita  
Feliz en su recinto venturoso.

Entre tantos objetos al Sol mira,  
Que en resplandor á la celeste esfera  
La igualdad casi disputar pudiera,  
Y su belleza, que encantado admira,  
Exceder la del mundo le parece.  
Hacia él vuela, de cerca deseando  
Contemplar su esplendor: su pasmo crece  
Cuando además de su magnificencia  
Nota que varios mundos de su influencia  
Penden, y en su contorno circulando  
A distancias diversas, como Reyes  
Vasallos de otro Rey más poderoso,  
Cada uno observa sus severas leyes  
Y su órbita completa respetuoso,  
Años, meses y días, reduciendo  
A su marcha, que exacto va siguiendo.  
Al paso que aquel astro majestuoso  
Desde su trono á todos los atrae  
Con magnético influjo ó los despide  
De sí, según la utilidad lo pide,

En torrentes su luz sobre ellos cae,  
Y á cada cual con un calor fecunda  
Proporcionado á su naturaleza.  
Su movimiento mismo es procedente  
De su espíritu etéreo, que inunda  
Sin cesar cada esfera dependiente  
De su sistema, y cuya sutileza  
Y fuerza no hallan cuerpo impenetrable  
A su influjo vital y saludable.

Mas Satanás ya huella aquel brillante  
Astro, y nunca una mancha semejante  
Los ojos en su disco descubrieron:  
Con gran placer los del Demonio vieron  
Aquel inmenso globo fulminante.  
La materia preciosa que formaba  
Aquel cuerpo, en la tierra no se hallaba:  
Si el hombre la compara á los metales  
Más finos, dirá que es un mar de plata,  
Un océano de oro el más luciente;  
Si con las piedras más preciosas trata  
De cotejarla, bien que desiguales  
En la belleza, de carbunco ardiente,  
De rubí y de topacio se diría  
Que el encendido mar se componía,  
O de las piedras todas con que tanto  
De Jehová el eterno nombre santo,  
Quando encima del pecho lo llevaba  
El sumo sacerdote Aarón, brillaba.  
No la iguala con mucho en la hermosura,  
Quando en nuestra codicia deliramos,  
La rica piedra que se nos figura  
Encontrar, con la cual en oro puro  
El metal se convierta más impuro;  
Piedra que ansiosos sin cesar buscamos  
Sin hallarla; secreto que por parte

de algún azar quizá será encontrado  
En lo futuro, y en que hasta ahora el arte  
En vano sus esfuerzos ha agotado;  
El arte que, fijando la sustancia  
Movable del mercurio, ha sujetado  
A sus leyes su indócil inconstancia,  
Que ha buscado del mar en las arenas  
A este nuevo Proteo,  
Lo ha encontrado, y conforme á su deseo,  
Diestro, le ha puesto al fin en sus cadenas.  
Así el hombre en las artes industrioso  
Hace aún al mundo más maravilloso.

¿Admiraremos, pues, que en la carrera  
Con que fecunda el sol la vasta esfera,  
Vertiendo de sus fuegos el tesoro,  
Ondas de plata rueda y ríos de oro,  
Cuando, aunque de él estemos tan distantes,  
Su influjo en nuestro globo, del impuro  
Y blando material del cieno oscuro  
Sabe formar rubíes y diamantes;  
En el crisol oculto de la tierra,  
En que penetra y su calor encierra,  
Metales producir, y de las flores  
Componer los balsámicos olores?  
¡Vanos tesoros, si se compararen  
Con el que los produce, aun reunidos  
A los que otras esferas presentaren  
De las que anima con sus encendidos  
Fuegos! No obstante toda la belleza  
Que el arte añade á la naturaleza,  
Un rayo sólo de su lumbre pura  
A eclipsar bastaría su hermosura.

Satanás ve la escena prodigiosa  
Sin deslumbrarse, y toda la espaciosa  
Y nueva inmensidad, desde la altura



En que se halla, registra con atento  
Cuidado, envuelto entre los resplandores  
Del sol, entre las ondas transparentes,  
Matizadas de mil vivos colores  
Que va esparciendo, mientras por el viento,  
Rodando diligentes  
Los demás orbes, cada uno camina  
Con rápida presteza  
En torno de él. Así en aquel instante  
El Angel de la noche, con brillante  
Ajena luz, parece que domina  
De una mirada la naturaleza.

Divisa en esto al Angel luminoso  
Que San Juan vió después sobre el fogoso  
Astro, al que entonces cerca de él parado,  
Vuelto de espaldas, mira embelesado,  
En él su viva imagen conociendo.  
Satanás ver su rostro no podía,  
Mas toda la belleza distinguiendo  
De su celeste porte, conocía  
Que era un sér importante. Alas hermosas,  
En que compite el nácar con las rosas,  
Le están sobre los aires sosteniendo.  
Un diadema brillante, entretejido  
De los rayos más puros que ha elegido  
Del sol uno á uno, ciñe su cabeza:  
Su cuerpo, al alabastro en la blancura  
Excede, y acrecientan la belleza  
De su celeste y plácida figura  
Los cabellos en bucles descendiendo  
Sobre él, y como el oro reluciendo.  
Pensativo medita y silencioso  
Sobre el orden del mundo milagroso.  
Lleno de astucia Satanás espera  
Conseguir engañarle

Con falsas apariencias, de manera  
Que le dé las noticias que á guiarle  
Son necesarias hasta el encantado  
Jardín en que terminà su arriesgado  
Viaje y en que nacieron nuestros males.  
Oculta cuidadoso las señales  
Que pueden descubrirle, y disfrazado  
Con todo el arte, á fuerza de impostura,  
Toma de un Angel bueno la figura;  
Pero de un Angel de segunda clase,  
Para que su ocio menos extrañase.  
De una celeste juventud la aurora  
Brilla en sus ojos, y su cuerpo airoso  
Reviste de una gracia encantadora:  
Corona el oro su agradable frente:  
Al arbitrio del viento, su rizado  
Cabello ondea sobre el cuello hermoso:  
Los colores del Iris suavemente,  
De oro, de azul, de verde y encarnado  
Relumbran en sus alas: el agrado  
De su gesto, su porte, su belleza,  
De un Angel manifiestan la pureza;  
Y anuncia un caminante su vestido,  
Á su cuerpo con púrpura ceñido:  
Lleva de plata una flexible vara:  
Su andar es noble, como lo es su cara:  
Llega: sin verle el Querubín le siente,  
Y hacia él se vuelve majestuosamente.  
Satanás reconoce en el semblante  
Á Uriel, al mismo que el Señor honraba  
En sus tiempos, con más de un importante  
Encargó, y que glorioso se contaba  
Como uno de los siete Serafines  
Que están siempre delante  
De su alto trono, de su pensamiento

Observando el más leve movimiento,  
 Para volar á los remotos fines  
 Del Universo, cuando lo requiere  
 Su voluntad sagrada.  
 La menor seña, la menor ojeada  
 Basta para que sepan lo que quiere,  
 Y rápidos del alto firmamento,  
 Dejando atrás del aire las ligeras  
 Corrientes, ó del mar las ondas fieras,  
 Se arrojan á este mundo en un momento,  
 Á intimar sus decretos soberanos,  
 Su sacra voluntad á los humanos.

«¡Oh Querubín! le dice reverente  
 »Satanás; te conozco; Uriel te llamas;  
 »Sé que uno de los siete mensajeros  
 »Eres de nuestro Dios; que justamente  
 »Su favor logras entre los primeros  
 »Cortesanos celestes; que proclamas  
 »Sus leyes y prodigios de orden suya,  
 »Y aun quizá, fiado en la prudencia tuya,  
 »A este globo remoto y encendido,  
 »Como su embajador, te ha dirigido.  
 »Yo, por mi parte, soy sólo un curioso  
 »Viajero, de instruirme deseoso,  
 »Y saciar mis sencillas  
 »Ansias de ver las grandes maravillas  
 »De Dios, y entre ellas, la que más excita  
 »Mi anhelo, esto es, el hombre, esa apreciable  
 »Producción, su criatura favorita,  
 »Para quien ha formado esa admirable  
 »Bóveda de los Cielos azulada.  
 »Por esto sólo dejo la morada  
 »Del Empíreo, y me ves por aquí errante.  
 »Guía mis pasos, pues, ¡oh tú, glorioso  
 »Querubín! porque ignoro la carrera

- »Que deberé seguir de aquí adelante,  
 »Para acertar, entre ese numeroso  
 »Ejército de mundos, con la esfera  
 »En que habita ese Sér tan venturoso.  
 »Para evitar cualquiera contratiempo,  
 »Dígnate detallármela, y á un tiempo  
 »Decirme si es perpetua la morada  
 »Del hombre en aquel orbe, ó destinado  
 »Está á vivir alguna temporada  
 »En él, y á otros después ser trasladado  
 »Por su turno. ¡Que yo de su glorioso  
 »Criador los beneficios contemplando,  
 »Los cante, ó los admire silencioso!  
 »¡Que su amor, en mi pecho rebosando,  
 »Haga que corresponda agradecido  
 »A tantos como yo mismo he debido  
 »A su bondad! ¡Que su poder eterno  
 »Admire yo en el hombre, como hasta ahora  
 »Lo he admirado en el Cielo, que le adora,  
 »Y aun en el hondo Infierno,  
 »Donde perpetuas llamas implacables  
 »Castigan á los Angeles culpables!  
 »Es de creer que esta raza delincuente,  
 »Del Cielo para siempre desterrada,  
 »Por el hombre inocente  
 »Y su linaje sea reemplazada.  
 »Para nosotros, ¡qué gozo sería  
 »Ver que el culto de Dios así crecía!  
 »Lo mejor dispondrá su Providencia,  
 »Que une con la justicia la clemencia.»

Del Angel falso tal es el doloso  
 Lenguaje. Con aquel sutil engaño,  
 A Uriel deslumbrar logra, y no es extraño,  
 Pues á excepción del Todopoderoso  
 Nadie puede saber lo que en la mente

De un espíritu pasa interiormente,  
 Y muchas veces la sabiduría  
 De Dios permite que la hipocresía,  
 Á la verdad hurtando sus colores,  
 Astuta, enrede al mundo en sus errores,  
 Y aun que se meta, bajo el sacro manto  
 De la virtud, en el lugar más santo.  
 ¡Ah! ¡En vano la prudencia se desvela  
 Para impedir la entrada á sus horrores!  
 La sospecha, su cauta centinela,  
 Á veces á su puerta adormecida,  
 Confiada, el incesante riesgo olvida,  
 A la inocente sencillez entrega  
 Su guardia, y ésta, á quien su bondad ciega,  
 Juzgando lo interior por la apariencia,  
 En el oculto mal ve la inocencia.  
 Tal es su suerte, y tal fué la del bueno  
 Uriel, aunque de juicio y ciencia lleno;  
 Siendo más perspicaz que otro cualquiera,  
 Entre los inmortales de su esfera,  
 Con todo á Satanás, por su alma pura,  
 Midió: víctima fué de su impostura,  
 Y afable contestó de esta manera:

«Puesto que el noble ardor aquí te guía  
 »De ver y de adorar las admirables  
 »Obras de Dios, jamás á tus laudables  
 »Deseos, ¡oh Angel bello! negaría  
 »Mi aprobación, ni menos las noticias  
 »Que desear pareces,  
 »Necesarias al logro de tu intento.  
 »¡Y cuántas alabanzas no mereces  
 »Tú, que tan generoso, á las delicias  
 »Te has arrancado del celeste asiento,  
 »Sólo para venir á estos lejanos  
 »Parajes, á admirar los soberanos

- »Atributos de Dios, en la grandeza  
»Que ha prodigado á la naturaleza,  
»Y por tus ojos ver las maravillas  
»Que otros quizá, por no dejar sus sillas,  
»Sólo sabrán por relación ajena!  
»¡Y cuán grande y magnífica, cuán buena  
»Es la suma deidad, que ha derramado,  
»En un desierto inmenso, esos distantes  
»Y nuevos mundos, esos rutilantes  
»Soberbios astros! ¿Quién ha numerado  
»Hasta ahora estos testigos de su gloria?  
»¡Cuán dulce es verlos y saber su historia!  
»¡Cómo resalta su sabiduría  
»Incomprensible, en todos los objetos!  
»La causa oculta y muestra los efectos.  
»De esto fui buen testigo en aquel día  
»En que la masa informe, inmensa y bruta  
»Del universo todo, en su presencia  
»Apareció á su voz. El caos temblando  
»La oye: el abismo cumple, aunque bramando,  
»Su orden: sola la noche, que aun enluta  
»La masa, hace dudar de su existencia:  
»*¡Haya luz!* dice Dios, y en el instante  
»Todo queda nadando en luz flamante.  
»De la confusión misma el orden sale:  
»Cada elemento el puesto á él destinado  
»Aguarda apenas que se le señale,  
»Y al punto va á ocuparlo apresurado:  
»Según su peso, el aire, fuego, tierra  
»Y agua, en el que les toca, establecidos,  
»Fijos, suspenden su implacable guerra.  
»Su imperio cada cual tiene y su oficio;  
»Pero obedecer deben reünidos  
»A la constante ley, que en beneficio  
»Común por el Criador se les ha impuesto.

- »Partes de ellos, ya cerca, ya distantes,
- »El universo forman: las restantes
- »A establecerse fueron á otro puesto
- »Remoto, y con un muro, que elevaron,
- »Las bóvedas del mundo aseguraron.
- »¡Ves aquellas llanuras azuladas,
- »De los süaves rayos alumbradas
- »De una pálida luz, que no muy lejos
- »De nosotros están? Pues ve ahí la tierra,
- »Que alrededor del Sol viene rodando,
- »Y que de propia luz no disfrutando,
- »Brilla á medias, de este astro á los reflejos;
- »Pues de su redondez nunca destierra
- »Totalmente la noche, y cada día
- »Mientras su media esfera está mirando
- »Al Sol, la otra mitad está sombría.
- »Aquel punto que ves allí luciente,
- »Cerca de ella, es la Luna (que este nombre
- »Dan á esa esfera, tan propicia al hombre);
- »La que aunque también brilla con prestada
- »Luz, la parte con ella diligente,
- »Y con su fulgor suave la consuela,
- »Cuando de la del Sol la ve privada.
- »Ella igualmente es la que se desvela
- »En darla de sus meses la medida,
- »Variando por tres veces inconstante
- »Su cara, ya creciente, ya menguante,
- »Ya llena, y ciertos días escondida
- »En cada uno, hasta tanto que cobrada
- »Toda su luz, de nuevo, con plateada
- »Claridad, en las sombras resplandece
- »Y al dormido hemisferio dulce mece.
- »¿Mas ves aquel terreno reducido,
- »Aunque fértil? Allí está establecido
- »El hombre en un jardín, que cada día,

»Con su cultivo, está más deleitoso.

»Allí la dicha goza y el reposo.

»Un camino inerrable allá te guía.

»Parte: no necesitas mi asistencia;

»Otro deber exige mi presencia.»

Dice, y se va. En silencio, respetuoso,  
Se inclina Satanás, guardando el fuero  
Que se debe á su clase. Con esmero  
Se hace en los Cielos esta diferencia  
De rango; á cada cual exactamente  
Se tributa el honor correspondiente;  
Distinción justa y útil, que conserva  
En el público el orden, y preserva  
De insubordinación á todo estado  
Que entre sus sacras leyes la ha adoptado.  
Mas ya Satanás rápido se aleja  
Volando, y en el aire un surco deja  
De opaca luz, cual fiero torbellino,  
A la tierra siguiendo su camino,  
Y no pára con la ansia que le anima,  
Hasta hollar del Nifates la alta cima.

---



---

---

## LIBRO CUARTO.

---

### SUMARIO.

**SATANÁS**, á la vista del jardín de Edén y del paraje en que ha proyectado ejecutar su atentado contra Dios y contra el hombre, comienza á intimidarse. Se halla agitado de opuestas pasiones, y entre ellas de envidia, de temor y desesperación, pero se confirma en el mal y se avanza hacia el Paraíso. Descripción del monte en cuya cumbre está situado. Satanás vence todos los obstáculos: se transforma en buitre, y se sienta sobre una rama del árbol de la vida. Pintura de aquel jardín delicioso, Satanás examina á Adán y Eva. La nobleza de su figura y la felicidad de su estado le llenan de admiración: persiste en la resolución de arruinarlos; espía en secreto su conversación, y por ella sabe la prohibición del fruto del árbol de la ciencia. Funda sobre esto su plan para hacérsela quebrantar, pero lo dilata á fin de enterarse aún más de su situación. Uriel, bajando del Sol, avisa á Gabriel la llegada de un espíritu infernal al Paraíso, aunque no ha podido conocer cuál es. Gabriel se promete dar con él antes de la mañana inmediata. Adán y Eva se retiran al fin del día á disfrutar del sueño. Descripción del cenador en que dormían. Oración que hacen al llegar á él, antes de recogerse. Gabriel hace la ronda con los Angeles que están de guardia, y entre ellos envía dos al cenador por si acaso ha ocurrido á aquel espíritu maligno emprender alguna cosa contra nuestros primeros padres mientras duermen. Le encuentran, con efecto, junto al oído de Eva, ocupado en tentarla con un sueño, y le traen por fuerza á la presencia de Gabriel, á quien contesta con orgullo, preparándose al combate. Espantado por una señal del Cielo, huye fuera del Paraíso.

¡Oh quién pudiera aquellas temerosas  
Palabras repetir, con voz tonante,  
Que el Santo Evangelista oyó inspirado,  
Cuyo eco hizo temblar las espaciosas  
Bóvedas de los Cielos, que al distante

Mundo gritaron, de temor helado:  
«¡Ay de los habitantes de la tierra!»  
Cuando segunda vez el dragón fiero,  
En figuras, al tiempo venidero  
Por los santos Profetas anunciado,  
Á los humanos vino á hacer la guerra!  
Y esta voz de los Cielos, ¿no podía  
Al hombre prevenir del insidioso  
Lazo, cuando era tiempo todavía  
De evitarlo? Con esto precavido,  
Reconociendo al Angel tenebroso  
Su pérfida traición, quizá burlando,  
De su furor se hubiera defendido.  
Mas si el hombre de cierto lo supiera,  
¿En ser leal qué mérito tuviera?  
Con todo, astuto, ya se va acercando  
Por la primera vez el enemigo  
Infernal á turbar su dulce abrigo,  
Y á vengar en la frágil é inocente  
Pareja sus afrentas merecidas,  
La privación que sufre justamente  
De su felicidad y sus perdidas  
Glorias en el Infierno sepultadas.  
Mas el momento llega. Ya el estruendo  
De la tempestad suena: de ira ardiendo,  
Satanás huella ya aquellas moradas  
Felices. Gime la naturaleza  
Al verle; y á pesar de su fiereza,  
Él turbado, aun en dudas sumergido,  
De sus mismos furores espantado,  
Retrocede: así el bronce de la guerra,  
Cuando la muerte, que en su seno encierra,  
Tronando arroja, ceja estremecido.  
En vano vencedor ha quebrantado  
Las puertas del abismo, y con sus artes

Al Edén delicioso ha penetrado:  
El Infierno consigo á todas partes  
Lleva: sus penas en su pecho moran:  
Las infernales llamas le devoran:  
En una situación tan deplorable  
Por huir de aquel Infierno, el miserable  
A sí mismo su sér se arrancaría.

La desesperación cruel le agría  
Y aviva todos sus remordimientos:  
Teme la previsión y la memoria:  
Ésta le acuerda su pasada gloria,  
Lo que es y lo que ha sido,  
Y sin fin acrecienta sus tormentos:  
La previsión, á su ánimo afligido  
Anunciando la suerte venidera  
Que por sus nuevos crímenes le espera  
De parte de aquel Dios tan implacable  
Y justo vengador, como amo amable,  
Le está continuamente desolando.  
Todo le asusta, oprime y desespera.  
Ya de Edén al aspecto deleitoso,  
De rabia se consume su envidioso  
Corazón, á sus ojos presentando,  
En su recinto plácido y florido,  
Una imagen del Cielo, que ha perdido:  
Ya el apartado empíreo contemplando,  
Con la llorosa vista lo devora,  
Ó al ver el bello Sol que el orbe dora,  
Ríos de resplandores derramando,  
Herido de sus lus luces, con rabiosa  
Ira aparta su vista tepebrosa,  
Y al paso que del pecho en lo hondo gime,  
Así á aquel astro su dolor exprime:  
«¡Brillante globo, antorcha majestuosa,  
»Que pareces el Dios de ese reciente

- »Mundo! ¡Tú, cuyo aspecto es suficiente
- »Para que el color pierda intimidada
- »Esa turba de estrellas luminosa!
- »¡Tú, que á la noche mandas que sus tristes
- »Negros velos recoja apresurada!
- »¡Tú, benéfico don de mi tirano,
- »Portento de tu dueño soberano,
- »Que el mundo todo de alegría vistes!
- »¿Qué te hice yo, que á mí solo atormentas?
- »Sí: te aborrezco ¡oh Sol! ¡Cuánto acrecientas
- »Con tu hermosura misma mis dolores!
- »¡Yo la tuve algún día!
- »¡Rodeado de más vivos resplandores
- »Que tú, á no ser mi infausta rebeldía,
- »¡Triste de mí! en el Cielo, venturoso,
- »Un sólo rayo mío eclipsaría
- »Toda tu luz, y desde mi elevado
- »Trono vería ahora el orgulloso
- »Diadema tuyo por mis pies hollado!
- »¡He caído! Aquel necio desacierto
- »De mi soberbia, me ha precipitado
- »Del Cielo á las cadenas, y me ha abierto
- »El Infierno. ¡Vasallo fementido!...
- »¡Hijo ingrato! ¿Cómo he desconocido
- »A un Dios en quien veía
- »Que más que un amo un bienhechor tenía?
- »Cuando en su corte tan felices fuimos,
- »¿nos echó nunca en cara, por ventura,
- »Los altos dones que á su amor debimos?
- »Himnos, adoraciones, una pura
- »Gratitud, para aquel Monarca augusto,
- »¿Qué homenaje más dulce ni más justo?
- »No exigió de nosotros otra cosa.
- »¿Y cómo pude yo graduar de dura
- »Una ley tan suave y tan honrosa?

- »Quise ser su rival: contra él, ingrato,  
 »Los dones convertí que le debía:  
 »Me persuadí, insensato,  
 »Que á un paso más, con el me igualaría:  
 »De sus mismos favores el exceso  
 »Llegué á temer, como insufrible peso  
 »De reconocimiento; y resentido,  
 »No paré ya hasta haberlo sacudido.  
 »¡Triste mí! ¡Ignoraba por ventura  
 »Que de un corazón bueno la ternura  
 »Jamás recibir teme, porque sabe  
 »Amar, y siendo el reconocimiento  
 »Amor, en él la ingratitud no cabe?  
 »¿Y qué otra cosa que mi amor pudiera,  
 »Lleno de lealtad y rendimiento,  
 »Pagar los beneficios inmortales  
 »De Dios y sus bondades paternas?  
 »¡Cuánta satisfacción para mí fuera  
 »Que al paso que de bienes me llenara,  
 »Yo con mi tierno amor se los volviera,  
 »Y siempre le debiera, aunque pagara!  
 »Mas ¿por qué de tu trono soberano  
 »Me hizo nacer mi suerte tan cercano?  
 »Más lejos, no me hubiera seducido.  
 »De mi dicha mi mal ha procedido.  
 »Se humilla el débil; mas el poderoso  
 »Siempre quiere subir: sí; el engañoso  
 »Poder la causa fué de mi delito:  
 »Aspiré al trono y perezí proscrito.  
 »Pero aunque fiel me hubiera conservado,  
 »¿Quizá entre mis iguales  
 »Otro no hubiera habido que, embriagado  
 »Del poder como yo, se rebelara  
 »Contra Dios, y á imitarle me arrastrara?  
 »No por cierto. Sumisos y leales,

- »A cual más firme, en pie se han sostenido,  
 »Y sólo yo, de todos, he caído.  
 »¿Acaso les dió Dios más abundantes  
 »Dones, más fuerzas, para que constantes  
 »Estuvieran? A todos igualmente  
 »Los repartió su mano omnipotente.  
 »¿De qué me quejo pues? ¿Y qué disculpa  
 »Puedo dar? ¿A quién he de echar la culpa?  
 »¿De libertad quizás carecería?  
 »Tampoco: nada, nada me faltaba,  
 »Libertad, gracias, todo lo tenía,  
 »Y mi corazón sólo claudicaba.  
 »¡Tú, corazón desventurado, fuiste  
 »El que los dulces vínculos rompiste  
 »Del tierno afecto con que Dios te amaba!  
 »¡Perjudicial amor! ¿Y por qué amarme?  
 »Su odio prefiero. De desesperarme  
 »Sólo sirve su amor. ¡Sea maldito!...  
 »Mas ¿qué dices, espíritu precito?  
 »¡Primero que él, lo seas tú mil veces,  
 »Vasallo infiel, de su favor no digno!  
 »¿Qué tienes más que lo que tú mereces,  
 »Tú, que hicistes un uso tan indigno  
 »De tu albedrío, noble gracia suya,  
 »Y cuyo abuso sólo fué obra tuya?  
 »¿Adónde huiré, desventurado? ¿En dónde  
 »De su vista, á la cual nada se esconde,  
 »Podré ocultarme? De su soberano  
 »Poder, del duro alcance de su mano,  
 »¿Quién me libertará? ¡Poder terrible,  
 »Sin fin, igual á mi tormento horrible!  
 »Las infernales puertas he forzado:  
 »De mi prisión he hallado la salida;  
 »Pero de mis fatigas ¿qué he sacado?  
 »¡Ah! ¡el verdadero Infierno aquí se anida.

- »En lo hondo de mi pecho! Es un segundo  
 »Infierno, que arrastrado de un insano  
 »Furor, he abierto por mi propia mano,  
 »Mil veces más voraz y más profundo  
 »Que el primero en que fuí precipitado,  
 »Y tal que aquel un Cielo es á su lado.  
 »¡Arrepiéntete pues, oh miserable!  
 »Es justo, ya que has sido tan culpable.  
 »¿Ha de ser vano mi remordimiento?  
 »¿De mi llanto ese Dios no ha de hacer cuenta?  
 »Póstrate, pues, ante su acatamiento;  
 »Mas ¿qué digo? ¿Postrarme? ¿Yo postrarme?  
 »Sólo el decirlo es la mayor afrenta.  
 »Antes su encono logre aniquilarme.  
 »¿Qué dirían de mí los inmortales  
 »Guerreros que mi suerte han dividido,  
 »Ellos, que firmes en los más fatales  
 »Reveses, á Dios mismo, en el supuesto  
 »De mi superior clase, me han opuesto,  
 »Y en mí sus esperanzas han reunido?  
 »Cuando me oyeron insultar tan bravo  
 »A ese Dios, ¿por ventura han presumido  
 »Que pensase en volver á ser su esclavo?  
 »¿Y podré yo, á los pies de ese tirano  
 »Postrándome en su nombre bajamente,  
 »Llevarles, engañando su esperanza,  
 »Vil perdón, en lugar de la venganza?  
 »Me corro de un proyecto tan insano.  
 »Cuando como á su Rey, concordemente  
 »Rendidos, me prestaron obediencia,  
 »Sobre las ruinas de la omnipotencia  
 »Mis derechos fundaron, y aunque fuera  
 »Posible que ese Dios me perdonara  
 »Y que yo le mirara sin recelo  
 »Tan poco tiempo su perdón durara,

- » Como el dolor con que me arrepintiera.
- » Bien presto Satanás se indignaría
- » De verse perdonado. Vuelto al Cielo,
- » En mi primera silla restaurado,
- » Mis hierros en romper no tardaría,
- » Y á mi anterior audacia volvería.
- » El natural orgullo de la dicha,
- » Se burlaría al punto de un forzado
- » Juramento, arrancado á la desdicha.
- » Mi furor, á ese Dios que yo detesto
- » Acometiendo, un golpe aun más funesto
- » Me atraería de su brazo airado.
- » Y si mi honor echando yo en olvido,
- » Esas paces hiciese de un momento,
- » ¿Que más en mi favor resultaría
- » Que doblar mi vergüenza y mi tormento?
- » Nada basta á curar del ofendido
- » Orgullo las heridas. Yo sabría
- » Los males perdonar; mas no es posible
- » Que una injuria perdone. ¡Demasiado
- » Honda es la llaga que en mi triste pecho
- » Ese soberbio vencedor ha hecho,
- » Para que yo la olvide!. Mi terrible
- » Enemigo lo sabe: así, cerrado
- » A toda compasión, su amor inclina
- » Al hombre, que nos ha sustituido
- » En todo su favor. A éste destina
- » Los tronos de que cruel nos ha arrojado.
- » Para él también es ese delicioso
- » Mundo que liberal ha enriquecido
- » Con tal afán su brazo poderoso.
- » ¡Adiós, pues, esperanzas y temores;
- » Viles remordimientos, sin tardanza
- » Huid de mí! ¡Ven tú, dulce venganza,
- » Penétrame de todos tus furores!



»¡Que el imperio del mundo ese adversario  
»Soberbio y yo á lo menos dividamos,  
»Y en él iguales cultos consigamos!  
»¡Que él sea el Dios del bien, y yo, al contrario,  
»El Dios del mal! Estoy ya decidido.  
»Le juro desde ahora eterna guerra.  
»Ambos nuestros altares en la tierra  
»Tendremos, y esos hombres que ha querido  
»Anteponernos, ese Edén florido,  
»Serán de mi poder y de mi aliento  
»El primero y glorioso monumento.»

Mientras así se explica, está pintada  
La desesperación en su semblante,  
Del aborrecimiento acompañada  
Y la envidia rabiosa.

Su tez, que por tres veces inconstante  
De color ha mudado en un instante,  
Al que atento mirándole estuviera,  
De su corazón bárbaro la odiosa  
Trama, el disfraz con que ocultar quería  
Quién era, y el objeto á que venía,  
Sin duda alguna descubierto hubiera;  
Pues un rostro celeste resplandece  
Siempre igual, ni una nube lo oscurece.  
El mismo Satanás el riesgo advierte  
De ser reconocido, y de tal suerte  
Vuelve á disimular su enojo fiero,  
Que no parece ya en aquel instante  
Más que un Angel de paz. Él fué el primero  
Que inventó el disfrazar con los colores  
De la virtud, del vicio los horrores.  
El dulce resplandor de su semblante  
Hubiera á unos mortales deslumbrado;  
Mas no pudo engañar la penetrante  
Vista de Uriel: sus ojos le han seguido

Hasta la Asiria misma; hasta el erguido  
Monte, en cuya alta cumbre está parado.  
Satanás se cree solo; mas le observa  
El Querubín de lejos vigilante;  
En su inquietud, su vista fulminante,  
Su turbulento andar y su proterva  
Cara, su excelsa patria desconoce,  
Y el yerro en que ha caído reconoce.

Satanás entre tanto, prosiguiendo  
Su aventurada empresa, ya ha llegado  
De Edén á las llanuras deliciosas (1):  
Mira y ve en suave cuesta un dilatado  
Collado, que coronan, compitiendo  
Con sus ramas fornidas y frondosas,  
Los bosques que recorren su ladera:  
Densos entre ellos, mil entretejidos  
Arbustos con su verde cabellera  
Espesan más aquellos escondidos  
Asilos de una sombra impenetrable,  
Y su lozana y rústica abundancia  
La entrada impide á la feliz estancia.  
Subiendo más arriba, con ascenso  
Gradual, el fresno altivo, la apreciable  
Y triunfadora palma, el cedro inmenso  
Y el piramidal pino, aquel oscuro.  
Agreste anfiteatro circundando,  
Y sombra sobre sombra amontonando,  
Forman un majestuoso y verde muro  
Que el vasto espacio del Edén rodea;  
Pero de dentro el hombre señorea  
Su inmensa cerca, alegre contemplando  
A lo lejos su nuevo y extendido  
Imperio. En el paraje más subido  
Del collado, su cumbre coronando,  
Se extiende una arboleda innumerable

De fecundos frutales, escogida.  
A un tiempo junta lo útil y agradable.  
En sus ramas, que un soplo dulce mece,  
Junto á la abierta flor, el botón crece,  
Y la recién nacida  
Fruta, sobre la fruta ya madura,  
Nueva esperanza al apetito ofrece.  
El influjo del Sol, que con dulzura  
Y abundancia sus rayos las envía,  
Las sazona, y varía  
Con los bellos colores que el hermoso  
Celeste arco á un nublado tenebroso.  
Cuanto más Satanás á la encantada  
Arboleda se acerca, más percibe  
De un céfiro süave la pureza;  
Aire divino, con el cual revive  
De aquel fértil terreno la agotada  
Fuerza, y conserva toda su belleza:  
Puro aliento, remedio soberano  
Para todos los males, exceptuada  
La desesperación; ¡para ella vano!  
Alrededor de Satanás respira  
Balsámica la alegre primavera:  
El dulce viento por las plantas gira,  
O de las aguas sobre la ligera  
Y clara cima plácido resbala.  
Su soplo un néctar delicioso exhala,  
Y de sus blandas alas al sonido,  
Revive el verde campo adormecido:  
Las flores inconstantes va besando,  
Con su ámbar ambas alas perfumando:  
Murmurando después, vuela sencillo  
A contar á todo otro vientecillo  
Que halla, cuál es la tierra deliciosa,  
Donde su carga recogió preciosa.

Así cuando un piloto, recorriendo  
Las apartadas costas africanas,  
Bordeando sus desiertos arenales,  
Las torres de Mozámbrica lejanas  
Olvida ya, hácia el Norte prosiguiendo  
Su viaje, entonces de las orientales  
Playas siente venir los olorosos  
Aromas de aquel clima deliciosos,  
Que su olfato disfruta con intenso  
Anhelo. Enajenado respirando  
Los vapores preciosos  
De aquellas tierras, en que siega errante  
El Arabe la mirra y el incienso:  
La vela acorta, y lento navegando  
Por la costa adelante,  
De aquellas sensaciones la dulzura  
Más largo tiempo disfrutar procura:  
Hasta el antiguo Océano risueño  
Celebra de él y de su nave el sueño:  
Aunque al cabo ésta deja la ribera  
Lejos, aspiran aún los marineros  
Los hálitos süaves, que ligeros  
La siguen largo espacio en su carrera.

Tal silencioso el Diablo, disfrutaba  
Con ansia el fresco y perfumado viento  
Que en aquellos contornos respiraba.  
Suspense, solitario, á paso lento,  
Va rodeando la cerca dilatada,  
Penetrar procurando en su recinto;  
Pero cien veces, sin hallar la entrada,  
Se pierde en aquel denso laberinto  
De plantas y de arbustos, que cerrando  
Los huecos y los árboles trepando  
Hasta lo alto, con tal fuerza se enlazan,  
Que el paso á cada instante le embarazan,

Y le ocultan las partes interiores  
De aquel jardín, y sus habitantes.  
Hacia el opuesto lado, que al Oriente  
Mira, es en donde existe únicamente,  
Bajo de frescas sombras, una entrada;  
Satanás la repara, y despreciando  
Con soberbio desdén lo que no cuesta  
Dificultad, de un salto en la sagrada  
Mansión caer se deja, quebrantando  
La ley severa por el Cielo impuesta.

Así entre sombras, cuando recogido  
En el aprisco está el pastor dormido,  
Creyendo su rebaño allí seguro,  
Feroz, de su hambre cruel aguijoneado,  
El voraz lobo acude, y salta el muro;  
Y el ladrón, de las sombras ayudado  
De la noche, sitiando del avaro  
El tesoro, que cien fuertes cerrojos  
Y espesos muros guardan, abre un claro,  
Por el puesto en que menos lo recela  
En el tejado, por allí se cuela,  
Y carga sin temor con sus despojos:  
Del mismo modo aquel Arcángel fiero,  
De todos los bandidos el primero,  
Que desde sus principios fué homicida,  
Pérfido asalta el muro, en que se encierra  
El tesoro de Dios sobre la tierra:  
Ya dentro, sube al árbol de la vida,  
Al árbol que hacia el Cielo con su bella  
Copa entre todos los demás descuella,  
Y en la rama más alta y más frondosa  
Se empina, transformado en la figura  
De un carnícero buitre. No procura  
Buscar la vida eterna en su preciosa  
Fruta, antes bien horrores respirando,

Desde el árbol vital está pensando,  
Con malicia profunda, de qué suerte  
Á cuantos viven ha de dar la muerte.

Tampoco cuenta en sus solicitudes  
El recobrar, con la celeste influencia  
Del árbol saludable, sus virtudes:  
Sólo es una atalaya, desde donde,  
Sin que pueda advertirse su presencia,  
Que entre sus hojas cautamente esconde,  
Consiga ver su presa deseada.  
Así tan sola la divina ciencia  
Conoce el precio justo, y la adecuada  
Medida de los bienes y los males  
De esta vida, y los otros racionales  
Vivientes los pervienten, y hacen de ellos  
Tal vez un uso indigno, profanando  
Los dones más sagrados y más bellos  
Del Cielo, y del bien mismo el mal sacando.

Silencioso el Arcángel examina  
El país delicioso que domina.  
La tierra allí otro Cielo le parece,  
Que rica en bienes á su vista ofrece,  
En sus claros arroyos, los verdores  
De sus campos, sus frutos y sus flores,  
A un breve y vivo cuadro reducida  
En su recinto toda la belleza  
Que extensa brilla en la naturaleza.  
Es el jardín de Dios: es su escogida  
Morada: de su amor es el secreto  
Asilo, y de sus dones el objeto.  
Dios mismo desde Aurán, que hacia el Oriente  
Á su extensión de término servía,  
Lo había prolongado al Occidente,  
Hasta el llano en que vieron los futuros  
Siglos alzarse los soberbios muros

De la griega Seleucia, y allí había  
Plantado con sus manos inmortales  
Mil arbustos floridos, mil frutales,  
Inocentes primicias  
De aquella tierra, virgen todavía,  
Que eran del paladar y del olfato,  
Cual de la vista misma, las delicias.  
Más hermoso, más grato,  
Alzado sobre todos los restantes,  
Daba el árbol de vida sus brillantes  
Frutos, con que los aires perfumaba  
De ambrosía. Muy cerca, en la apariencia  
Poco menos hermoso, se elevaba  
El árbol homicida, de la ciencia  
Del bien y el mal. ¡Ay Dios! ¡Planta funesta!  
¡Y qué de penas á los hombres cuesta!  
Por ella, los ardidés infernales  
Sumergieron la tierra en tantos males.

Un abundante río, al Mediodía,  
Por la llanura mil rodeos dando,  
De su verdor aumenta la alegría.  
Encuentra con un monte, y sin ladearse  
En un abierto seno, que al costado  
Presenta, por la arena jugueteando,  
Sus claras ondas corren á encerrarse.  
Por su mano el Eterno ha atravesado  
El alto monte en medio del camino,  
Que recorre aquel río cristalino,  
Para que se introduzcan en sus venas,  
Por sus sedientos poros invisibles  
Las aguas todas, y después de llenas,  
En manantial de lo alto despedidas,  
Y en multitud de fuentes apacibles,  
Y limpios arroyuelos divididas,  
Rieguen las tierras del jardín hermoso.

Regado todo, nuevamente unidas  
En un lago espacioso,  
De él en cascadas caen con estruendo  
Todas juntas. El río apareciendo  
Segunda vez, triunfante, caudaloso,  
De volver á la luz se ensoberbece,  
Y todos sus raudales agregando  
A su corriente, rápido buscando  
Nuevas tierras, de allí desaparece,  
En las que, en cuatro ríos separadas  
Sus aguas, á infinitas y apartadas  
Regiones la frescura y la abundancia  
Llevan; de cuyos nombres y distancia  
Apenas conservados en la historia,  
Por no alargarme, no hago aquí memoria.

Mas quisiera yo hacer una pintura  
Cabal, si el arte tanto hacer pudiera,  
Del modo con que el río, en su primera  
Libertad, derramando su onda pura,  
De la altura del monte despeñada  
Con fuerte estruendo, cubre su cascada  
De un paño de zafiros cristalino,  
Y cuál rueda después apresurado,  
En los varios arroyos que ha formado,  
Arenas de oro y perlas orientales.  
Cada uno de ellos riega en su camino  
Con su néctar las plantas, coloreando  
Las flores, y las frutas sazonzando.  
Flores y frutas todas celestiales,  
Dignas de aquel divino Paraíso.  
No las oprime el arte al cautiverio  
De su mezquino método preciso,  
Reduciendo sus libres y variadas  
Familias. No conocen de su imperio  
La nimiedad. No están en arregladas



Tablas y estrechos cuadros reunidas,  
Sino al azar, sin orden aparente,  
Por la mano magnífica esparcidas  
De la naturaleza,  
Sobre todas las artes eminente,  
Que inimitable siempre, la belleza  
Que á la esmaltada tierra ha prodigado  
En el mismo desorden ha cifrado.

De aquella multitud innumerable  
De plantas y de flores diferentes,  
Una se abre al rocío de la aurora;  
Otra ostenta la púrpura agradable  
De su cáliz al sol, que la enamora,  
Y tierna se matiza á los ardientes  
Rayos del Mediodía;  
Otras, de un verde bosque á la sombría  
Solitaria espesura,  
Calladas y modestas, su hermosura  
Descubren, ocultando vergonzosas  
Sus atractivos entre sus frondosas  
Ramas del horizonte á la luz pura:  
Tal era aquel jardín rústico, hermoso,  
Sencillo al mismo tiempo y majestuoso.  
Se realizan en él las fabulosas  
Descripciones de aquel incomparable  
Jardín de las Hespérides famoso.  
Mil globos de oro, que entre la agradable  
Verde esmeralda de las hojas penden,  
Y bajo cuyo peso deleitable  
Hasta el suelo descienden  
Las ramas oprimidas,  
Brillan en medio de sus escogidas,  
Innumerables frutas, matizadas  
De distintos vivísimos colores,  
Con tan varios aromas perfumadas,

Como son diferentes sus sabores.  
En otras partes del jardín inmenso,  
A porfía, las lágrimas preciosas,  
Mil arbustos y plantas olorosas  
Destilan, de la mirra y del incienso.

No ven allí los ojos encantados  
Mas que una variedad de perspectivas,  
A cual más admirable, deliciosas  
Campiñas, arboledas, verdes prados,  
Abundantes raudales de aguas vivas  
Que esparcen la alegría y la hermosura;  
Rebaños que, gozando la frescura  
De las sombras, esquilan extendidos  
Con paz inalterable los floridos  
Valles, al lado del león horrible,  
Del voraz lobo, que con apacible  
Inocencia, disfrutan el tranquilo  
Fresco verdor de aquel remoto asilo,  
Debajo de la copa levantada  
De una palma, tendidos en la fina  
Yerba, á la orilla de una clara fuente,  
O paciendo también tranquilamente.

Otro arroyo una vega dilatada  
Baña, de hermosas flores esmaltada,  
Y entre ellas de la rosa sin espina,  
Digna de aquella tierra peregrina.  
Algo más lejos, antros ignorados  
Del sol, de fresco moho entapizados,  
En la hora del calor, al dulce sueño  
Convidan con su plácido beleño;  
Se encarama arrastrando la ambiciosa  
Hiedra sobre ellos, mientras majestuosa  
La parra, á lo más alto va subiendo,  
Sus vástagos robustos extendiendo,  
A sus ásperos muros abrazada:

Pendientes de la bóveda elevada,  
Entre las verdes hojas, resplandecen  
Sus racimos purpúreos, que ofrecen,  
De cada grano en el hinchado seno,  
Un vaso de precioso néctar lleno.  
A otro lado, de lo alto descendiendo  
De las colinas, varios arroyuelos,  
Sus aguas espumosas reuniendo  
En un lago espacioso festoneado  
De mirtos, y de flores coronado,  
En su onda azul, espejo de los Cielos;  
Después de haber regado la fecunda  
Tierra, acaban su marcha vagabunda.

Las aguas se estremecen blandamente,  
Y al sonido responden, con su acento  
Dulce y variado, las canoras aves.  
Murmura entre las hojas el ambiente,  
Que ligero las pone en movimiento,  
Uniendo á aquella orquesta su armonioso  
Gemido, en tonos más ó menos graves.  
Los bosques ya cercanos, ya apartados,  
Por los suaves vientos balanceados.  
Tal es aquel concierto delicioso,  
Natural, que la fábula diría  
Que al coro de las Gracias, agregradas  
Las estaciones, sobre las variadas  
Llanuras del jardín á competencia,  
Al compás de su dulce melodía,  
Con los ligeros pies la yerba hollando,  
Bailaban en cadencia,  
Y que Pan con su flauta, acompañando  
La alegre danza, sobre la pradera,  
Por su parte gozoso celebraba  
La fiesta de una eterna primavera.  
No de la fértil Enna la abundosa

Vega, que en otros tiempos habitaba  
La hija de Ceres, la triforme Diosa,  
Cogiendo flores con su mano bella,  
Menos hermosas que ella,  
Cuando á la noche eterna del profundo  
Tártaro la llevó el enamorado  
Plutón, y su afligida madre el mundo  
Para hallarla corrió de uno á otro lado,  
No era tan verde, rica y deliciosa,  
Como aquella morada venturosa.  
Aun al valle de Daphne celebrado,  
Que del Oronte baña la corriente  
Y fertiliza la Castalia fuente,  
El bello Edén avergonzado habría.  
Las frescas arboledas que hermosea  
El Tritón, donde no penetra el día,  
En las que Baco, aun niño, fué escondido  
Con la cabra Amalthea  
Por Jove, ni las islas encantadas,  
Bañadas por su rápida corriente,  
Pueden con el jardín de Edén florido  
Ser por término alguno comparadas.  
El monte, en fin, en donde antiguamente  
Criar solían los Emperadores  
Abisinos sus hijos, mientras eran  
Jóvenes, en pensiles deleitosos,  
Adornados de plantas y de flores,  
Lo que dió causa de que supusieran  
Algunos sabios que el Edén había  
Existido en los climas calurosos  
De la abrasada Etiopia, no podía  
Sostener el cotejo más ligero  
Con aquel Paraíso verdadero,  
Por más que de sus rocas elevadas  
La vista el vasto espacio distinguía

De su mansión supuesta, recorriendo  
Sus faldas dilatadas  
Y valles amenísimos, en donde  
Su origen ignorado el Nilo esconde.

Se está de negra envidia consumiendo  
Satanás, que contempla el delicioso  
Paraíso; se doblan su dolores  
Sólo al ver la morada venturosa  
De los deleites. Mientras que su ansiosa  
Vista recorre todo su espacioso  
Verde recinto, entre sus moradores,  
Advierte dos, cuya elevada frente  
Y porte majestuoso  
Le sorprenden: en ellos prontamente  
Al ver sus bellos cuerpos, su presencia  
Noble, llena de gracia y de inocencia  
Celestial, el Monarca tenebroso  
A los Reyes del mundo ha conocido.  
Lo eran realmente, y serlo merecían:  
Imágenes de Dios, resplandecían  
En su rostro sus brillos celestiales:  
Dominando en su pecho agradecido  
Los afectos más puros y filiales,  
Como á padre le amaman,  
Y como á Rey supremo le adoraban.  
Queriendo siempre lo que Dios quería,  
Medía su poder la omnipotencia,  
Y en sola la obediencia  
Todos sus privilegios se fundaban;  
Pero su sexo cada uno tenía  
Diverso, y en sus prendas y figura  
Se observaba notable diferencia.  
Presenta el uno en su elevada frente  
El valor junto á la sabiduría:  
La gracia encantadora y la dulzura

Se ven de la otra en el resplandeciente  
Semblante. Ambos del Cielo  
Hijos, habitan en el mismo suelo.  
Él para Dios; mas ella juntamente  
Para él y para Dios criada ha sido.  
En los ojos de Adán alta respira  
La majestad; indican que ha nacido  
Para el mando y la gloria. Su semblante  
Seren y varonil respeto inspira:  
Sus poblados cabellos, de un brillante  
Negro color, de la cabeza hermosa  
Por el nevado cuello repartidos  
En naturales rizos, caen ondeando  
Hasta los hombros sólo, con graciosa  
Negligencia, y los cubren esparcidos.  
Como un velo densísimo fluctuando  
Los de Eva, sin adorno y sin esmero,  
Más poblados y largos, la hermosura  
Ocultan de su talle, prolongando  
Sus bucles de oro, juego del ligero  
Céfiro, más allá de la cintura.  
Aquellos blandos rizos se parecen  
A los corvos zarcillos de la parra  
Con que á los altos álamos se agarra,  
A proporción que crecen  
Sus vástagos, que débiles cayeran  
Si aquel robusto apoyo no tuvieran.  
Cabal emblema son de la flaqueza  
De la mujer, que su ternura excita  
El apoyo á buscar que necesita  
En el amor del hombre y fortaleza;  
Pero con todo, al paso que á él se inclina  
Como inferior, amante le domina.  
El hombre cariñoso, su entereza  
Olvida, y cede voluntariamente

A su imperio. Ella gana dulcemente  
Su corazón, y al paso que desea  
Complacerle, modesta y reservada,  
De su amor los favores le escasea,  
Con lo que cada día es más preciada.

Así se unen la fuerza y la dulzura,  
La bondad y el dominio, y asegura  
El pudor, del cariño la constancia.  
¡No; tú, falso pudor, hijo del crimen,  
Sensación vergonzosa, con que exprimen  
Los vicios un exceso de malicia,  
No existías! El mundo, aun en su infancia,  
No estaba precisado á la injusticia  
De cubrir, con un velo deshonoroso,  
La obra suma del Todopoderoso:  
Con hipócrita adorno, los vestidos  
Vinieron á ocultar posteriormente  
Los dones que ostentaba la inocente  
Naturaleza, y á ultrajarla, unidos  
Con el vicio en estrecha compañía.  
La vergüenza á la tierra de contado  
Vino, y huyó el pudor abandonado.  
Llegó á tener vergüenza de sí mismo  
El hombre, á quien su culpa sumergía  
De la bajeza en el oscuro abismo;  
Su honor perdió, y trocó por la decencia  
Su candor primitivo y su inocencia.  
No estaban en tal caso todavía  
Los monarcas del mundo, que sin velo,  
Sin el menor rubor se presentaban  
A su Dios y á los Angeles del Cielo.  
Como el delito aún no conocían,  
En su desnudez santa no temían,  
O por mejor decir, aun la ignoraban.  
Sin el menor recelo,

Serenos sus bellezas desplegaban.  
Él, de todos los hombres el modelo  
Perfecto por sus prendas y figura;  
Dotada ella de gracia y hermosura  
Sobre todo su sexo; ambos dichosos;  
Las delicias del mundo y los gloriosos  
Dueños de sus restantes moradores,  
Paseaban mano á mano entre las flores  
De sus bellos jardines: el cultivo  
Que daban en aquel feliz estado,  
Sin pena, sin fatiga y sin cuidado,  
No era para ellos más que un sucesivo  
Placer, que les hacía más sabroso  
Después el alimento y el reposo,  
Cuando á la fresca sombra de una hermosa  
Arboleda, á la orilla de una fuente  
Cristalina, tendidos blandamente  
Sobre la tierna yerba deleitosa,  
La dulce precisión satisfacían  
De comer, ó el vigor disminuído  
Con ligero descanso reponían.

Su alimento sencillo ministraban  
Los árboles, bajando  
Sus ramas á sus Reyes con rendido  
Obsequio, y á su mano presentando  
Mil frutas varias que las agobiaban  
Con su peso, balsámicas, jugosas,  
Saludables á un tiempo y deliciosas:  
Calmados ya de la hambre los apuros,  
Para saciar la sed, en sus cortezas  
Perfumadas y huecas, recogían  
De alguna fuente los cristales puros;  
Superiores del lujo á las riquezas,  
De mesa les servían  
Ya un verde otero, ya un ameno prado



De tierna yerba y flores tapizado.  
Venturoso festín, en que se unían  
La festiva sonrisa, las delicias  
De la conversación, con las caricias  
Inocentes y puras, naturales  
Entre aquellos esposos inmortales.

Durante la comida, numerosos  
Vasallos á estos Reyes poderosos  
Del mundo sus respetos tributaban;  
Multitud de diversos animales,  
Que entonces les servían y acataban,  
Y después á los bosques, espantosas  
Soledades y cuevas tenebrosas  
Se refugiaron, donde montaraces  
Y rebeldes, al paso que temblaron  
De sus Reyes, sangrientos y voraces,  
Por su parte también los asustaron;  
Pero ahora, complacerles deseando,  
Su festivo cariño desahogando  
Delante de ellos, los entretenían  
Con sus variadas luchas. Se veían  
Mansos y alegres los leones fieros,  
Y tigres retozar con los corderos;  
Las crueles hienas y forzudos osos  
Juguetear con los ciervos, y medrosos  
Gamos dispersos por el vasto llano.  
Aun el torpe elefante con pesados  
Saltos se esmera en que su Soberano  
Se divierta; ya muestra su destreza,  
Ya de su horrible fuerza la grandeza;  
De su ágil trompa los multiplicados  
Nudos flexibles, ó desenvolviendo,  
O con arte admirable recogiendo,  
Su habilidad agota prodigiosa.

A los pies de sus Reyes, resbalando

Por el suelo, despliega cada anillo  
 Por su turno, y se viene aproximando  
 La pérfida serpiente silenciosa,  
 Sin dar sospecha á su ánimo sencillo.  
 Otros brutos, la fina y fresca yerba  
 Del terreno abundoso  
 Slegan, ó el pasto rumian con reposo,  
 Que tienen en sus buches de reserva.

Mas por grados la luz ya desfallece  
 Del Sol, que al Occidente, sumergido  
 En el remoto mar, desaparece,  
 Y el astro vespertino taciturno,  
 Al luto de las sombras extendido,  
 A prestar viene su farol nocturno.  
 Hasta aquel punto Satanás callado,  
 Desahoga al fin su pecho cancerado.

«¡Con que ésta es, oh Potencias infernales,  
 »Exclama, aquella raza afortunada,  
 »Por el fiero enemigo destinada  
 »A ocupar nuestras sillas inmortales!  
 »¡Oh trueque el más horrible y lastimero!  
 »¡Oh rabia cruel! ¡sus nombres venturosos  
 »De la vida en el libro están escritos,  
 »Los nuestros de él borrados y proscritos!  
 »Pero cuanto yo más los considero,  
 »Más me admiro. Compuestos milagrosos  
 »De luz y cieno; á un tiempo espirituales  
 »Y terrenos; con poca diferencia,  
 »En prendas á los Angeles iguales,  
 »Pueden llegar á hacerles competencia.  
 »Tal gracia en ellos, tal candor respira,  
 »Que á pesar de mi justa y mortal ira,  
 »Me compadecen. ¡Oh desventurada  
 »Pareja! Goza, goza apresurada  
 »De tu felicidad. ¡Bienes, honores,

- » Tranquilidad, placeres, al instante  
» Desaparecerán! Sí: ¡en adelante  
» Igualarán tu gozo tus dolores!  
» ¡Tiembra! ¡Ve á la desgracia encarnizada  
» A devorar su presa preparada!  
» ¡Y por qué Dios, á cuyo amor funesto  
» Debéis vuestra existencia,  
» Tan frágiles os ha hecho, y no ha dispuesto  
» Dar á ese noble sér más consistencia?  
» ¡En vano os hizo un Cielo de la tierra!  
» Satanás mismo os viene á hacer la guerra.  
» ¡Sí, yo propio! Ese Dios que ha establecido  
» Vuestra vivienda aquí, hubiera debido  
» Protegerla contra un desesperado  
» Enemigo cual yo, con más cuidado.  
» ¡Vedme, pues, ya presente!  
» ¡Qué digo? No es el odio el que me guía (2),  
» ¡Oh pareja inocente  
» Tan inferior á mí! La rabia mía  
» Contra vosotros no es. Vuestro abandono,  
» Lejos de hacer que os mire con encono,  
» Mueve en mi pecho un sentimiento humano  
» Que para mí no tuvo mi tirano.  
» Vuestra suerte á la mía á juntar vengo,  
» Unos mismos derechos gozaremos,  
» Y unos para otros todos viviremos.  
» Yo facultad no tengo  
» De daros la alegría y el reposo,  
» Ni un Paraíso como éste delicioso;  
» Mas mi asilo os daré, aunque desgraciado,  
» Que vuestro mismo protector me ha dado:  
» Con él, sea cual fuere, yo os convido;  
» Si no es mejor, en mí no ha consistido.  
» Á mi corte vendrán á conducirnos  
» Reyes y Potentados, y á servirnos

- »De escolta en las desiertas  
 »Regiones que atraviesa su camino:  
 »De par en par las infernales puertas  
 »Patentes os darán ancho pasaje:  
 »No será como aquí vuestro destino  
 »Vivir en un espacio limitado:  
 »Vosotros, vuestros hijos y linaje  
 »Cabréis con sobras en cualquier paraje  
 »Remoto de mi reino dilatado:  
 »Si en lugar de placer halláis dolores,  
 »Acusad á ese Dios, que á mis furoros  
 »A vengar en vosotros ha obligado  
 »Los males de que él sólo autor ha sido:  
 »De vosotros estoy compadecido.  
 »Sí: siento atropellar vuestra inocencia;  
 »Mas lo requiere la razón de estado,  
 »Y ésta debe tener la preferencia.  
 »La conquista de un mundo, tanta dura  
 »Afrenta que vengar, causa bastante  
 »Son para desterrar toda ternura  
 »De mi ulcerado pecho. Mi honor pide  
 »Que para siempre la piedad olvide:  
 »Esta debe callar en el instante  
 »Que la gloria se pone por delante.»

Así para arrojarse á aquel horrible  
 Delito, Satanás endurecía  
 Su corazón, por sí nada sensible,  
 Con la razón de estado y honor vano,  
 Excusas ya sabidas de un tirano.  
 De su rama al momento con impía  
 Resolución desciende, y confundido  
 Entre los animales diferentes  
 Que á la sombra de aquel bosque florido  
 Sestean ó retozan inocentes,  
 Tomando á cada paso la figura

De unos y otros, se oculta, y se asegura  
 De no ser conocido. Con tortuosos  
 Pasos se acerca de los dos esposos,  
 Y con la vista y el oído atento,  
 Notando el menor dicho ó movimiento,  
 Sobre su rica presa astuto vela,  
 Que inocente de nada se recela.  
 Tan pronto del león la catadura  
 Fiera toma, sacude la erizada  
 Melena, y con los ojos centellantes  
 Amenaza: tan pronto la figura  
 Del tigre cruel adopta, su barreada  
 Piel, de sus verdes ojos las brillantes  
 Malignas luces, como su postura,  
 Cuando, espiondo de lejos los sencillos  
 Retozos de dos tiernos cervatillos,  
 Se agacha, con cautela la cabeza  
 Levanta, y arrastrando se endereza  
 Á ellos, hasta esconderse tras de una alta  
 Peña ó maleza, desde donde salta  
 Sobre ambos el traidor con ligereza,  
 Y uno con cada zarpa atroz asiendo,  
 Sacia en su sangre su furor horrendo.  
 Mientras que los acecha disfrazado  
 Satanás, de este modo, cariñoso,  
 Adán á su mujer, que tiene al lado,  
 Abre su corazón, y silencioso  
 El enemigo, que su ruina labra,  
 No pierde del discurso una palabra.

«¡Oh tú, la dice Adán, mi amada prenda  
 »Única, sin la cual esta vivienda,  
 »Por más que sea hermosa,  
 »Me pareciera triste y fastidiosa!  
 »Tú, mi caro tesoro,  
 »Primero y noble don del Dios que adoro.

- » ¡Sin duda á su poder imponderable
- » Iguala su bondad! ¿Y qué derecho
- » Teníamos nosotros á su amable
- » Protección? ¿Qué servicios le hemos hecho?
- » ¿Necesitaba acaso nuestro vano
- » Auxilio, el que del polvo, con su mano
- » Poderosa nos hizo en un momento,
- » Y nos dió todo cuanto poseemos?
- » ¿Y qué nos pide en agradecimiento
- » De tanto beneficio? Que gozando
- » De todos cuantos bienes nos ofrece
- » Este ameno jardín, sólo exceptuemos
- » La fruta de aquel árbol de la ciencia
- » Del bien y el mal, que al puesto está tocando
- » En donde el árbol de la vida crece;
- » Precepto harto süave á quien disfruta,
- » Con una amplia licencia,
- » De tanta varia y exquisita fruta.
- » Pero, ¡oh mi cara esposa, cauta advierte
- » Cuán cerca de la vida está la muerte,
- » Un árbol de otro! Huyamos, pues, juiciosos
- » De tocar á sus frutos venenosos;
- » Contentos con la suerte
- » Feliz que á Dios sin mérito debemos,
- » Su cólera terrible no irritemos;
- » La muerte nos costara. ¡Sólo el nombre
- » Basta, sin conocerla á que me asombre!
- » ¡Ah! pues que sobre todos los vivientes
- » Nuestro imperio absoluto dilatamos,
- » Y el aire, tierra y agua dominamos
- » Mediante su favor, ¿por qué imprudentes,
- » Eva querida, su beneficencia
- » Olvidando, tendremos la insolencia
- » De quebrantar sus leyes soberanas?
- » Obedezcamos, pues, á ese adorable

»Dios, que nos dió un poder tan admirable:

»No perdamos jamás nuestra inocencia,

»Por ideas tan falsas como insanas.

»Ya que todos los frutos poseemos

»De este jardín hermoso y dilatado,

»A excepción de uno sólo, no lleguemos

»Siquiera á ese árbol que nos ha vedado.

»Bien merece este leve sacrificio

»El que nos ha hecho tanto beneficio.

»Rindamos, pues, á nuestro Dios Augusto

»Este homenaje tan ligero y justo.

»Su bondad y grandeza bendiciendo,

»Y su sagrada voluntad cumpliendo,

»Sigamos divertidos las labores

»De las plantas, las frutas y las flores,

»Que aunque trabajo en su cultivo hubiera,

»Siempre á tu lado una delicia fuera.

»—¡Oh tú le responde Eva, tú mi guía,

»Mi dulce dueño, esposo tan querido,

»De quien y para quien formada he sido,

»Sin el cual mi existencia no sería

»Mas que un error de la naturaleza!

»Agradecer, es cierto, no podemos

»A Dios tantos favores dignamente,

»Por más obsequios que le tributemos.

»Por más que cada día su grandeza

»Aplaudamos; y yo principalmente,

»A quien dándome á tí, todo lo ha dado.

»En tí ha agotado su magnificencia.

»¿Qué objeto puede serte comparado,

»Oh caro Adán! ¡Con cuánta complacencia

»Me acuerdo de aquel día memorable

»En que empezó mi amor, como mi vida!

»Estaba entre las flores ya dormida:

»Me despierto de pronto: me sorprendo.

- »Un vivo sentimiento indubitable
- »Me hace ver que yo existo. Esta admirable
- »Novedad, por más que hago, no comprendo,
- »Mas recorro mi sér desconocido;
- »Ni sé quién soy, ni cómo allí me encuentro,
- »Ni de dónde he venido.
- »A los objetos cuidadosa atiendo
- »Que me cercan. En esto oigo el ruido
- »Que hace, al brotar del escondido centro
- »De una honda cueva, una abundosa fuente;
- »Siguiendo más pausada á su destino,
- »De su agua forma un paño trasparente:
- »La miro, y en su seno cristalino
- »Veo brillar la luz. Aventurada,
- »De aquel húmedo plano á la ribera
- »Llego curiosa, dándole una ojeada
- »Tímida; pero ¡cuánto no me admiro
- »Al ver allí á lo vivo retratada
- »La inmensidad de la celeste esfera
- »Y de la tierra, cuanto coge el giro
- »De la vasta llanura deliciosa!
- »En esto de repente en su onda pura
- »Otro prodigio advierto, una figura
- »Fluctuando en ella: me aproximo ansiosa;
- »Pero apenas me inclino
- »Para verla mejor, cuando al camino
- »Me sale, y se me acerca presurosa:
- »Con la misma atención ella me mira
- »Que á ella yo, y si me aparto se retira.
- »Cuando yo me estremezco, se estremece:
- »Se espanta como yo; pero parece
- »Que un móvil interior que yo no entiendo,
- »La una hacia la otra nos está atrayendo.
- »De volver á acercarnos encantadas,
- »Nuestros ojos se buscan mutuamente,



»Y mi crédulo amor, hasta el presente,

»Y el suyo, enajenadas

»Mirándonos una á otra nos tuviera,

»Si del espeso bosque no escuchara

»Una voz, que me habló de esta manera:

—«Deja, Eva, tus delirios, y repara

Que lo que ves no es más que una figura,

Un traslado sutil, una pintura

De tí misma; que insana

Te apasionas por una sombra vana.

Sígueme, y verás pronto un nuevo objeto

No imaginario, sino que realmente

Existe y vive, digno de tu afecto,

Como del suyo tú; que prontamente

Con insolubles lazos á tí unido,

Con ternura será de tí querido:

Él con su ardiente amor te hará dichosa,

Y su suerte no menos venturosa

Será, con tu cariño inalterable.

De tu seno fecundo,

El humano linaje innumerable

Saldrá, que ha de poblar el vasto mundo.

Serás nombrada la universal madre

De los hombres, como él de todos padre.»—

»¿Qué debía yo hacer? Seguí obediente

»De aquella extraña voz el invisible

»Eco, hasta tanto que te hallé dormido

»A la sombra apacible

»De un plátano frondoso y eminente.

»No encontré en tu semblante aquel florido

»Tierno color, aquella gracia viva,

»Delicadas facciones, y atractiva

»Dulzura de la imagen encantada

»En que me había visto retratada.

»Aunque admiré tu varonil belleza,

»Y de tu augusto rostro la nobleza,  
»Tímida huía ya, cuando tú abriste  
»Los ojos, y á carrera me seguiste  
»Gritando:—«¡Vuelve, vuelve, Eva querida!  
No temas; no huyas; mira que tu vida  
De la mía ha salido;  
Que de mi carne y huesos eres hecha.  
Para que tú existieses, te he cedido  
Una parte de mí, la más cercana  
Al corazón, y de ella el amor mana  
Que debe unirnos con la más estrecha  
Inseparable liga. Mi porfía  
No te espante en querer contigo unirme;  
Pues que eres la mitad del alma mía,  
De la cual yo no puedo dividirme.  
No huyas, pues, de un amigo, de un hermano,  
De un esposo.»—«A este punto me alcanzaste,  
»Y cogiéndome tierno de la mano,  
»Sobre tu corazón la colocaste.  
»Cedí, y desde aquel día  
»Conocí en tu hechicera compañía  
»Cuánto mayor amor tu majestuosa  
»Presencia varonil y tu juiciosa  
»Prudencia inspiran, que mi delicada  
»Belleza, que me tuvo alucinada.»

A estas palabras, mira cariñosa  
A Adán, y reverente, de sus brazos  
Le estrecha á medias en los castos lazos,  
Apoyando el nevado y puro seno,  
Que ocultan en gran parte sus dorados  
Cabellos, cual madejas derramados,  
Sobre su corazón. De pasmo lleno,  
Al ver unido aquel respeto raro,  
Con tal cariño, en el objeto caro,  
Adán á sus caricias amoroso

Responde; mas, sereno y majestuoso,  
 Aun su carácter superior demuestra  
 En medio del afecto que la muestra.  
 Así en las narraciones fabulosas  
 A Júpiter se pinta acariciando  
 A Juno, cuando el aire fecundando  
 Su unión sobre la tierra, la atmósfera  
 Llovió alegre los lirios y las rosas,  
 Y derramó la verde primavera.

De la más negra envidia consumido,  
 Observa sus caricias deliciosas,  
 Puras, como sus almas virtuosas,  
 El perverso Demonio: enfurecido,  
 Con crueles ojos de través los mira,  
 Y de este modo suelta el freno á su ira:

«¡Oh espectáculo horrible! ¡Oh nuevo Infierno,  
 »Más insufrible aún que el que he dejado!  
 »Ellos, felices, del amor más tierno  
 »Mutuamente disfrutan. Han hallado  
 »En su sociedad dulce, en este hermoso  
 »Jardín, cuanto podía su ambicioso  
 »Corazón desear. ¡Desventurado  
 »Yo! ¡Al paso que ellos aman, aborrezco,  
 »Y cuando gozan, mísero padezco!  
 »¡Para ellos es la dicha y la alegría!  
 »¡El infierno, las penas, la venganza,  
 »Siglos de padecer sin esperanza,  
 »Llanto y horror serán la suerte mía!  
 »Paz, gozo, dicha, amor, ¡jamás mi triste  
 »Corazón sentirá vuestra dulzura!  
 »La desesperación, con su amargura,  
 »Será en la eternidad mi única herencia.  
 »Pero ¿qué dices? ¡Oh infeliz! ¿No oiste  
 »El secreto importante que ha salido  
 »De su boca? Tal vez algún consuelo

- »Podrá proporcionarte esa imprudencia:
- »En este fértil suelo,
- »Según han dicho, se les ha prohibido
- »La fruta que en el árbol de la ciencia
- »Crece, como funesta al que la toca.
- »Vedar la ciencia, ¿no fuera una loca
- »Manía, en Dios totalmente imposible?
- »En esto es, pues; visible
- »Que se oculta un secreto misterioso.
- »¿La ciencia será un crimen por ventura
- »En ellos? ¿Estará acaso envidioso
- »Dios de que ellos la adquieran? ¿O por suerte
- »Con la ignorancia evitarán la muerte?
- »No; lo más cierto es que será una pura
- »Prueba que Dios habrá determinado
- »Hacer de su obediencia
- »Debida y su filial correspondencia.
- »Si es así, ¡pobres de ellos! No pudiera
- »Su altivo protector haber tomado
- »Providencia que más facilitara
- »Su ruina á un tiempo y mi venganza fiera.
- »Parto; voy á pintarles el precepto
- »De su Dios, que esa fruta ha prohibido,
- »Como extrañeza rara,
- »Como de baja envidia puro efecto,
- »Porque está firmemente persuadido
- »Que si prueban del árbol de la ciencia
- »La fruta, se abrirá su inteligencia,
- »Y como él serán Dioses. Esta astuta
- »Invención, y lo hermoso de la fruta,
- »Sin duda excitarán, ya sus curiosos
- »Deseos, ya sus humos ambiciosos.
- »Si la comen, son muertos, y perdida
- »Su raza, mi venganza está cumplida.
- »Pero nada omitamos; es factible

»Que algún Angel descansa en la espesura  
 »De este jardín, ó goce la frescura  
 »De sus fuentes. Tal vez será posible  
 »Sacarle algún secreto conducente;  
 »Registrémoslo, pues, menudamente.  
 »Y vosotros, objetos tan odiosos  
 »Para mí, que os tenéis por venturosos,  
 »Aprovechad aprisa los momentos  
 »Breves que os quedan que gozar, en tanto  
 »Que vuelto al reino del eterno llanto  
 »Os llevo á tener parte en mis tormentos.»

Dicho esto con escarnio, se endereza  
 Orgullosa á otra parte. Desconfiado  
 Registra el bosque, el llano, el monte, el prado,  
 Los frutales, las yerbas y aun abrojos,  
 Recorriéndolo todo pieza á pieza:  
 Nada se escapa á sus vivaces ojos.  
 Allá en donde la bóveda declina  
 Del Cielo y nuestra vista deslumbrada  
 Juzga que el horizonte se termina  
 Del mar en la llanura dilatada.  
 Remoto, con sus ondas confundido,  
 El Sol entre arreboles, encendido  
 De brillantes colores, se ponía  
 Y lentamente desaparecía;  
 Extendidos sus rayos luminosos  
 Al nivel de los campos deleitosos  
 De Edén, que de oro y púrpura pintaban,  
 En su puerta oriental derechos daban;  
 Junto á ella, hasta los Cielos eminente  
 Un risco desigual, de refulgente  
 Alabastro elevarse se veía:  
 Entre sus rocas ásperas se abría  
 Un camino espacioso, que viniendo  
 Del llano, hasta su cima iba subiendo



En varias vueltas. Los demas costados  
Derechos, escarpados,  
Eran de todo punto inaccesibles.

Sentado con sus Angeles, su altura  
De puntas erizada,  
De peñascos horribles,  
Gabriel ocupa envuelto en una oscura  
Nube, y en tanto que la noche viene,  
A cuidadosas velas destinada,  
En ver sus varios juegos se entretiene.  
Juegos nobles, heroicos y cuales  
A jóvenes convienen celestiales.  
Para hacerlos estaban despojados  
De atavíos guerreros. Esparcidas  
Se ven por todas partes, suspendidas  
Sobre las blancas rocas, las brillantes  
Corazas, los morriones, los pesados  
Broqueles, los escudos, los cimeros  
De oro, ricos de perlas y diamantes;  
De los dardos y lanzas los aceros  
Tersos, que arrojan luz funesta y viva,  
Completan la terrible perspectiva.

En esto, sobre un rayo vespertino  
Del Sol, rápido Uriel, á la manera  
Desciende de una exhalación ligera  
Que en medio de una noche tempestuosa  
Muestra al piloto trémulo el camino  
Por donde se le acerca la espantosa  
tormenta, mientras triste y diligente  
La brújula consulta inútilmente;  
Al llegar dice: «Escucha, ¡oh generoso  
»Gabriel! Puesto que el Todopoderoso  
»La custodia de Edén te ha confiado,  
»En torno de estos muros con cuidado  
»Vela; que temo que hay algún precito

- »Espíritu que intenta en su distrito  
 »Introducirse. En este mismo día,  
 »Cuando mi astro mediaba su carrera,  
 »Un sér espiritual llegó á su esfera,  
 »Y se me presentó como un curioso  
 »Angel, que otro motivo no tenía  
 »De viajar que el de ver el milagroso  
 »Orden del mundo, y particularmente  
 »De admirar en el hombre la preciosa  
 »Y fiel imagen del Omnipotente:  
 »Su aire divino, su presencia hermosa,  
 »Me engañaron al pronto; pero luego  
 »Que partió, con la vista le he seguido  
 »A esos montes al Norte colocados,  
 »Hasta que en su espesura le he perdido.  
 »Su oscuro ceño, su desasosiego  
 »Y sus ojos turbados,  
 »No obstante su disfraz, me han persuadido  
 »De que es sin duda una infernal espía,  
 »Y algún perverso intento aquí le guía.»  
 —«Ilustre hijo del Cielo, le responde  
 »Gabriel, sé bien que de ese Sol brillante  
 »Que habitas, á tu vista penetranté,  
 »Del vasto espacio que con sus fogosos  
 »Rayos alumbra, nada se la esconde,  
 »Y me consta también que no ha llegado  
 »Aquí ninguno de nuestros gloriosos  
 »Ciudadanos celestes desde la hora  
 »Del mediodía, á no ser enviado  
 »Con órdenes del Cielo, pues que hasta ahora  
 »De la guardia ni un punto hemos faltado:  
 »Mas con todo, si alguna criatura  
 »De otra clase, cual dices, atrevida,  
 »Saltando de los muros la clausura  
 »Aquí se ha introducido,

»Lo que á un sér incorpóreo no podemos  
»Impedir, aunque más esté escondida,  
»Antes que la Aurora haya aparecido  
»Está seguro de que la hallaremos.»

Dijo: y á Uriel la punta del dorado  
Rayo del Sol que allí lo había traído,  
Formando un arco, vuelve apresurado  
A llevarlo á aquel astro que su ardiente  
Rostro hacia las Azores ocultaba  
Y su diaria carrera remataba,  
O por mejor decir, rodar veía  
Nuestra pequeña esfera diligente,  
Que su órbita diurna concluía,  
En tanto que él, inmóvil, majestuoso,  
Envuelto en resplandores,  
Cual de la Aurora, así del Occidente,  
El velo de vapores nebuloso  
Adornaba de mil vivos colores.  
Pero la fresca noche ya ha tendido  
Su oscuro manto: el pueblo de las flores  
De su negra librea se ha vestido:  
El silencio la sigue: se adormecen  
Cada cual en su albergue ó en su nido,  
Los brutos y las aves,  
Que al dulce viento plácidas se mecen  
En el bosque distante:  
Todo calla, á excepción del vigilante  
Ruiñeñor, que amoroso, con süaves  
Notas en su variado canto gime,  
Y á las sombras sus quejas tierno exprime:  
Los céfiros detienen sus alientos  
Por oírle, y los ecos solamente  
Envidiosos repiten sus acentos;  
Entretanto la bóveda eminente  
De los Cielos se cubre de zafiros



Centelleantes, que guía en la pomposa  
**Marcha** admirable de sus varios giros  
 Héspero con su luz resplandeciente,  
 Hasta que en medio de la silenciosa  
 Turba se deja ver su majestuosa  
 Reina, todos sus brillos eclipsando,  
 Y desde su azul trono dilatando  
 El blando velo de su luz plateada  
 Sobre la tierra en sueño sepultada.

Adán entonces á su compañera  
 Dice así: «Ya ha empezado su carrera  
 »La noche, como ves: la paz amable  
 »La sigue: así el Señor, con admirable  
 »Orden, suceder hace al bullicioso  
 »Día el nocturno plácido reposo:  
 »De éste los vagabundos animales  
 »Disfrutan ahora sosegadamente,  
 »Sin dar cuenta á su Dios del precedente  
 »Tiempo, ó reconocer sus celestiales  
 »Bondades; mas el hombre, que criado  
 »Fué libre, inteligente,  
 »Y á ser el Rey del mundo destinado,  
 »En espíritu y cuerpo dividido,  
 »Con el alma á su Dios agradecido  
 »Debe amar y alabar, y juntamente  
 »Servirle con sus fuerzas corporales,  
 »Empleándose en trabajos materiales,  
 »Para adornar la habitación hermosa,  
 »El jardín, que ha debido á su sagrada  
 »Dignación, y evitar la peligrosa  
 »Ociosidad, con una moderada  
 »Ocupación, que lejos de cansarle,  
 »El gozo y el placer sirva á aumentarle.  
 »Retirémonos, pues, y disfrutemos  
 »Del sueño á que la noche nos convida,

- » Y en la fresca mañana volveremos,
- » A la rosada aurora adelantados,
- » A dar á este jardín nuestras labores.
- » Hay varias plantas cuya desmedida
- » Lozanía de ramas y de flores
- » Sofoca los retoños moderados
- » De otras, y así cortar es necesario
- » De sus brotes el lujo extraordinario,
- » Que no es más que una estéril abundancia.
- » Del cenador en la agradable estancia
- » Hay también porción de hojas marchitadas,
- » Y de ramas quebradas
- » Que quitar: pero es tarde ya, durmamos,
- » Y la naturaleza repongamos.»

A estas palabras, el modelo hermoso  
De las mujeres, Eva, le replica:

- «¡Oh tú, objeto querido de mi ardiente
- » Amor; tú, de mi vida cara fuente!
- » ¡Con qué gusto me entrego á tu juicioso
- » Dictamen en un todo! Dios se explica
- » Por tu boca: esto basta: me someto:
- » Tú sólo á Dios, yo á tí debo respeto
- » Después de él. Tú en su nombre eres mi guía;
- » Obedecerte es la obligación mía.
- » Sí, caro esposo, en tí todos los dones
- » Encuentro: disfrutando de tu trato,
- » Los días, meses, años y estaciones
- » Me parecerán sólo un breve rato:
- » En todas me deleito y soy dichosa:
- » Que varíen ó no, una misma cosa
- » Son para mí, cuando te tengo al lado:
- » Nada me causa enfado;
- » Todo me hechiza en la naturaleza
- » Contigo. Me deleita la rosada
- » Suave luz del alba y su frescura,

- »El canto de las aves matutino:
- »Del sol recién nacido la belleza,
- »Cuando su luz, á ríos derramada,
- »Se abre, entre la espesura
- »Del bosque más oscuro, ancho camino,
- »Los montes y los valles alegrando,
- »Y las flores y frutas coloreando:
- »No menos el rocío me recrea,
- »Cuando en lluvia del Cielo descendiendo
- »Con sus trémulas gotas hermosa
- »Y refresca las hierbas, esparciendo
- »En el campo un aroma delicioso:
- »También me gusta al fin de un día hermoso
- »La tarde, que apacible sucediendo
- »A sus vivos fulgores, nos convida
- »A una distracción dulce y al reposo:
- »Del tierno ruiseñor la repetida
- »Canción, que siempre nueva me parece,
- »En medio de la noche silenciosa,
- »Mil delicias me ofrece
- »Puras también: me encanta la plateada
- »Luna, y esa preciosa pedrería
- »Del Cielo: esa brillante y numerosa
- »Turba de estrellas de que va escoltada,
- »Que sólo el que las hizo contaría.
- »Mas todo cuanto en la naturaleza
- »Me deleita; las rosas de la aurora,
- »El canto matutino de las aves,
- »Del sol recién nacido la belleza,
- »Sus luces con que el campo se colora,
- »El rocío y sus perlas, la frescura
- »Con que animan las hierbas, los süaves
- »Aromas que despiden, la hermosura
- »De la tarde apacible, el melodioso
- »Trino del ruiseñor, el misterioso

»Silencio de la noche, y las legiones  
»De estrellas que rodando en los distantes  
»Celestes pabellones  
»Relucen á manera de diamantes,  
»Y la luna, su reina majestuosa,  
»¿Qué serían sin tí para tu esposa?  
»Pero dime, ¿esos astros que iluminan  
»El firmamento, cuando en un completo  
»Letargo todo yace, á qué caminan,  
»Y cuál es de sus luces el objeto?»

«¡Oh del hombre y de Dios hija admirable!

»La dice Adán; toda esa muchedumbre  
»De globos, de que sólo una vislumbre  
»Divisamos, con orden inmutable  
»Comienzan y concluyen su camino  
»Cada día, sin fin, con el destino  
»De dar luz á otros pueblos, ó nacidos  
»O por nacer, pero desconocidos,  
»Por estar tan remotos de esta esfera  
»De la tierra, que en orbes más cercanos  
»Vivirán, como en éste los humanos.  
»Sin esa población, la noche, todo  
»Su imperio antiguo recobrado hubiera,  
»Su inmensa posesión, y dominando  
»Cual despótica Reina, extendería  
»Su manto tenebroso de tal modo,  
»Que el universo rápida enlutando,  
»La antorcha de la vida apagaría.  
»Ahora, el fuego eficaz de esas lumbreras  
»Todo lo anima, todo lo ilumina,  
»Y no sólo fomenta las esferas  
»Cercanas, más también veloz camina  
»Por todo el universo, derramando  
»El calor y la luz, comunicando  
»A todas partes su vital aliento.

- »Todo lo templá. todo lo calienta,
- »Todo lo adorna, todo lo alimenta.
- »Y cuanto cría, con su influjo lento
- »Lo prepara en secreto á que reciba
- »Del sol ardiente la impresión más viva,
- »Y aunque para nosotros sean perdidos
- »Por nuestra corta vista los lucidos
- »Brillos de esas esferas, no pensemos
- »Que esa obra prodigiosa
- »La inmensidad que vemos pueble ociosa,
- »Ni que falten tampoco espectadores
- »Que admiren todo lo que no podemos
- »Nosotros alcanzar, y adoradores
- »Que alaben al Señor por su hermosura.
- »Debes estar segura
- »Que de noche y de día, aunque escondidos
- »A nosotros, millares de millares
- »De espíritus celestes, esparcidos
- »Por todos lados, sin cesar velando,
- »Admiran esos bellos luminares,
- »Esos miles de mundos diferentes,
- »A su hacedor benéfico ensalzando.
- »¿Y cuántas noches, de la selva umbrosa,
- »De los valles y montes eminentes,
- »No nos repitió el eco la armoniosa
- »Música de sus voces concertadas,
- »Solas ó en varios coros separadas?
- »Cuando sus escuadrones diligentes
- »Entre la oscura sombra están velando,
- »O en sus nocturnas rondas caminando,
- »Varias veces, cual yo, les has oído
- »Acompañar sus voces deliciosas
- »Con los ecos sonoros
- »De sus arpas y liras melodiosas,
- »Y el tiempo de la noche, dividido

»En varias velas, alternar sus coros,  
»Llamando tiernos nuestros corazones  
»A tributar á Dios adoraciones.»

Así acabó. Se sigue un amoroso  
Silencio, y por la mano de su esposo,  
Eva al lecho nupcial es conducida;  
Lecho de la virtud y la inocencia  
En que está toda la magnificencia  
De la naturaleza resumida.  
Por su mano el Señor plantado había  
El bello cenador, en que existía.  
Con el laurel, el mirto se hermanaba,  
Para formar su techo y sus costados;  
Entre sus verdes ramos enlazados,  
Sus blancas flores el jazmín mezclaba;  
Y el amaranto hermoso,  
Circundado de un pueblo numeroso  
De mil floridas plantas, se elevaba.  
Allí con un desorden aparente  
Se ven resplandecer confusamente  
Los mosaicos Iris y las rosas,  
Los cárdenos jacintos, olorosas  
Violetas, y un sin fin de delicadas  
Flores, tan vivamente coloreadas,  
Que al rubí y al topacio oscurecieran  
Si á su lado sus brillos se pusieran.  
La ave, el insecto y aun el vagabundo  
Cuadrúpedo, se guardan con respeto  
De profanar osados el secreto  
Asilo, reservado al Rey del mundo.  
De la fábula el campo fértil, vario,  
No presentó jamás antro, habitado  
Por los Sátiros, Ninfas y Silvanos,  
Más silencioso, oculto y retirado  
Que lo era aquel refugio solitario,

Entre todas las sombras señalado  
 Del Edén, para ser de los humanos  
 La cuna. Con sus manos virginales  
 Eva hermoseedo lo interior había,  
 Para aquel agradable y feliz día,  
 En que de ambos los lazos inmortales  
 Debían estrecharse, en que del Cielo  
 La sacra bendición los sellaría:  
 Rosas por lecho; la naturaleza  
 Por testigo; por dote la belleza,  
 Y por gala nupcial el blanco velo  
 De la pura inocencia: tales eran  
 Las circunstancias, las solemnidades  
 De una boda que á todas de modelo  
 Servir debía, en las demás edades,  
 Si ambos fieles á Dios permanecieran.

¡Eva feliz, mil veces más hermosa  
 Que la bella Pandora fabulosa,  
 Ojalá que tú al mundo las fatales  
 Desventuras no traigas y los males  
 Que á ella la antigüedad ha atribuído!

Ambos esposos, en el escondido  
 Retiro entrando, adoran reverentes,  
 Por la abierta techumbre divisando  
 El Cielo, al que crió sus refulgentes  
 Bóvedas, aire, tierra, y los lucidos  
 Orbes inmensos que á ésta están rodeando,  
 Para aclarar las sombras repartidos.  
 Unidos cantan este himno amoroso:

«Tú, ¡oh Dios! como la noche, hiciste el día;  
 »Para el descanso aquélla, éste al contrario,  
 »A fin de que un trabajo deleitoso,  
 »Á la naturaleza necesario,  
 »Que un ocio continuado cansaría,  
 »Haga más dulce aquel mismo reposo.

»¿Y á quién, Señor, sino es á tí, debemos  
»Estas delicias, estos indecibles  
»Impetus de amor tuyo con que ardemos,  
»Y los lazos estrechos y apacibles  
»Del dulce afecto que nos profesamos  
»El uno al otro, y que te consagramos?  
»Este afecto inocente, inalterable,  
»Entre tus dones es el más amable.  
»Adorarte, servirte,  
»Y como á tierno padre bendecirte  
»En un corazón sólo siempre unidos,  
»Es nuestro único bien, nuestro desvelo.  
»¿Y basta acaso el más ardiente celo  
»Para corresponder agradecidos  
»Á tanto favor tuyo? Tú criaste  
»Este jardín tan vasto y adornado,  
»Para nosotros solos demasiado  
»Fecundo; y tierno nos aseguraste  
»Que su feracidad y su grandeza,  
»Necesitando brazos numerosos  
»Para darle cultivo, y su belleza  
»Testigos que la admiren religiosos,  
»De nuestra unión amable brotaría  
»Una progenie de hombres abundante,  
»Que á nosotros en todo semejante,  
»Sus frutos y sudor dividiría.  
»¡Con qué delicia, cuando estén cumplidas  
»Estas promesas tuyas, cantaremos  
»Juntos tu gloria, y te bendeciremos,  
»Sea cuando la luz brille del día,  
»Sea cuando las sombras esparcidas  
»De la noche nos llamen al tranquilo  
»Sueño, en nuestro escondido y grato asilo!»

Así los dos esposos acabaron  
Su oración al Eterno; satisfecho



Este dulce deber, se retiraron  
Á su mullido y perfumado lecho,  
Y en brazos de la paz y la inocencia  
Al plácido descanso se entregaron.

Salve, ¡oh sacro Himeneo! ¡Feliz fuente  
Del humano linaje! ¡Entonces puro  
De todo impulso de concupiscencia,  
De mano misma del Omnipotente  
Saliste; y aunque luego el humo impuro  
Del pecado algún tanto ha oscurecido  
Tu lustre, siempre santo, protegido  
Por la divina ley, eres fecundo  
Manantial, destinado á dar al mundo  
Desierto racionales moradores,  
Y á su eterno Señor adoradores!

¡Tú, de esta corta vida en el camino,  
Eres el general, útil destino  
De los humanos, y si alguno tiene  
Tal gracia del Señor, tal fortaleza,  
Que imitando la angélica pureza  
De tus consuelos lícitos se abstiene,  
Hace á Dios el más grande sacrificio!

¡Salve pues, oh tú, origen de la humana  
Sociedad! ¡Noble antídoto del vicio!  
¡Única propiedad de la primera  
Edad de la inocencia, en la cual era  
Lo restante común! ¡De tí dimana  
Todo lazo social, y por tu imperio  
El hombre, á quien el Cielo tu sagrado  
Yugo exclusivamente ha destinado,  
Desterró el adulterio  
Entre los brutos, como los amores  
Vagos y de otros vicios la torpeza  
Con todos sus horrores!  
¡Sóla tu unión es verdadera y pura!

La razón la asegura,  
Como la aprueba la naturaleza.  
¡Tú sólo, refrenando las pasiones,  
Estableces las dulces relaciones,  
Los nombres caros entre los humanos  
De esposos, padres, de hijos y de hermanos,  
Lazos que á un tiempo el público bien hacen,  
Y la privada dicha satisfacen!  
¡Para tí únicamente  
Sus flechas de oro el casto amor reserva,  
Y sus alas de púrpura conserva!  
¡Para tí es de su antorcha el fuego ardiente,  
No ya de los sentidos pasajera  
Vislumbre, sino llama verdadera  
Y pura de las almas! ¡Cuán distante  
Está de aquel impuro  
Fuego, tan sin razón amor nombrado,  
Ya del vicio nacido, ya comprado,  
Y de aquel otro afecto delirante,  
Que disfrazado con el manto oscuro  
De la noche, hace dura centinela  
Á un balcón, y frenético respira,  
Tiritando al compás de su arpa ó lira  
La torpe seducción que le desvela!  
¡Lejos de tí también las engañosas  
Caricias, del desorden alimento,  
Placeres, embriagueces de un momento,  
Con que la loca juventud cebada,  
Víctima de mil penas dolorosas  
Y largas, se ve al fin sacrificada!  
¡No eran tales los lazos que ceñían  
La pareja inocente!  
Del ruiseñor al canto melodioso  
Arrullados, tranquilos, dulcemente  
En su lecho dormían;

Su desnudez cubría el oloroso  
 Rocío de las flores que caían  
 del techo, y la fatiga precedente  
 Desechando, sus fuerzas reparaban,  
 Que así diariamente renovaban.  
 ¡Pareja amable, en dulce paz reposa!  
 ¡Serás siempre dichosa,  
 Si con serlo, cual lo eres, te contentas,  
 Y saber más que sabes nunca intentas!

En esto, ya mediaba su carrera  
 La noche, y para hacer la acostumbrada  
 Ronda, los Querubines con ligera  
 Marcha, la puerta de marfil dejando,  
 Por el bello jardín van caminando.  
 Gabriel entonces, á su camarada,  
 Después de él entre todos el primero,  
 Vuelto, dice: ¡Oh magnánimo guerrero!  
 »Contigo la mitad de estas legiones  
 »Lleva; y con atención al Mediodía  
 »Corre el campo. Vosotros al contrario,  
 »Que velen vuestros fieles escuadrones  
 »Á la parte del Norte es necesario.  
 »Por el camino que al Poniente guía  
 »Nosotros todo lo registraremos,  
 »Y á la mañana allí nos reuniremos.»

La tropa se divide en el momento  
 En tres escuadras, cual la llama al viento.  
 Á Cephón y á Ithuriel con otro fuerte  
 Cuerpo separa, y dice de esta suerte:

«Partid, volad ligeros al instante:  
 »Registrad con cuidado vigilante  
 »Todos los escondites misteriosos  
 »Del jardín; sobre todo, con curiosos  
 »Ojos, examinad el retirado  
 »Asilo en que descansa descuidado

»Adán con su mujer; pues ha venido  
 »Esta tarde á la guardia un mensajero  
 »Celestial del Ocaso, y he sabido  
 »Por él, que de el Infierno se ha escapado  
 »(¡Quién lo hubiera creído!) un prisionero,  
 »De algún malvado intento conducido.  
 »Id, prendedle, y traedle á mi presencia.»

Esto dicho, camina en diligencia  
 Con su fuerte escuadrón, cuya guerrera  
 Armadura en las sombras centelleando,  
 Eclipsa á la brillante mensajera  
 De la noche. Cephón y el de su mando,  
 Rápidos por su parte se enderezan  
 Al asilo en que ocultos descansando  
 Están ambos esposos, y tropiezan  
 Con el cruel Satanás, que revestido  
 De la figura de un reptil pequeño,  
 De la esposa de Adán sitia el oído.  
 Con su hálito mortal durante el sueño (3)  
 Una ilusión la inspira, con que en pena  
 Tiene su corazón, y la enajena  
 La razón, su veneno procurando  
 Difundir en los más puros vapores  
 De la sangre, que á modo de ligera  
 Niebla que eleva de una clara fuente  
 El Sol, de vena en vena circulando  
 Todo lo interior llena. Los horrores  
 Tira á infundirla de que su alma fiera  
 Toda rebosa, la ambición ardiente,  
 La curiosidad vana, la osadía,  
 La esperanza falaz, la rebeldía,  
 Y sobre todo la soberbia adusta,  
 Cuanto más bien tratada más injusta.

Mientras que á la inocente así provoca  
 Al mal, Cephón ligeramente toca

Con la acerada punta de su lanza  
 Al infernal reptil, que diligente,  
 Su venida advirtiendo, se ha escondido  
 Entre las flores. Nada á aquel temido  
 Contacto se resiste; hacia él se avanza  
 El feroz enemigo de repente,  
 De su disfraz desecha la impostura,  
 Y vuelto á su legítima figura.  
 Así como un depósito de inerte  
 Pólvora, de que nadie sospechara,  
 Á no haberlo observado, que encerrara  
 La ruina y el horror, cuando por suerte  
 Una chispa la toca, con tremendo  
 Estampido el contorno estremeciendo  
 Aun á los más lejanos amedrenta,  
 Tal el Rey del Infierno se presenta  
 Delante de Cephón y sus guerreros,  
 Que al verle, al reparar su horrible gesto,  
 Cediendo del horror á los primeros  
 Impulsos, retroceden; pero presto  
 La ira ocupa el lugar de la sorpresa,  
 Y así Cephón su indignación le expresa:

«¿Quién eres, atrevido?

»¿De dónde vienes? Dí. ¿Cómo has podido

»En el jardín entrar? ¿Acaso no eres

»Uno de aquellos delincuentes seres

»Para siempre al Infierno condenados?

»¿Por qué, pues, de tu cárcel los candados

»Has roto? ¿Con qué intento

»En ese disfraz vil y sospechoso

»A turbar vienes á este sacro asiento

»De esos dos inocentes el reposo?»

—«¿Cómo! ¿No me conoces?—le responde

»Satanás.—No lo extraño: colocados

»Todos vosotros en los inferiores

- »Puestos del Cielo como os corresponde,  
 »Remotos de las clases superiores,  
 »Jamás la honra de serme presentados  
 »Tuvisteis; ó si tú me has conocido  
 »En la corte de tu amo casualmente,  
 »Díme, plebeyo vil, ¿por qué has fingido  
 »Ignorar quién soy yo?» Al insolente  
 Vuelve Cephón desprecio por desprecio.  
 »¡Oh sér tan orgulloso como necio!—  
 »Le dice,—no es posible conocerte  
 »Habiendo así llegado á envilecerte.  
 »Un Angel busco aún en ese impuro  
 »Rostro, y no encuentro más que un sér perjuro.  
 »¿Te crees todavía en el estado  
 »En que te ví cuando resplandecías  
 »En tu celeste silla? Aquellos días  
 »¡Infeliz! para tí se han acabado.  
 »¡Perdiste la hermosura y la excelencia,  
 »Al punto que perdiste la inocencia!  
 »¡La venganza de Dios en tu horroroso  
 »Semblante está grabada,  
 »Angel falso de luz, del tenebroso  
 »Dominio esclavo vil, de tu sagrada  
 »Patria deshonra! Ven para entregarte  
 »Al Jefe de esta celestial milicia,  
 »Que de tu odio implacable y tu malicia  
 »Debe guardar esta feliz morada.  
 »Como mereces él sabrá tratarte.»

Así concluye. Su serena frente  
 Y su belleza dan tal ascendiente  
 A su severidad, que sorprendido  
 Se turba Satanás. Desfallecido,  
 Reconoce la fuerza incontrastable  
 De la virtud, y sufre intolerable  
 Tormento al ver un bien que él ha perdido:

Pérdida que, á pesar de su violento  
 Furor, le impide toda resistencia;  
 Pues su desmayo es pura consecuencia  
 De la vergüenza que su pecho oprime,  
 No de temor ni de arrepentimiento.

De no poder vencerla sólo gime  
 Su soberbia; con todo, exteriormente  
 Esta interior debilidad desmiente,  
 Y así á Cephón responde: «Estoy dispuesto  
 »A marchar; pero tú, ¡vil temerario,  
 »De un tirano del Cielo secundario  
 »Ministro! á tu orgulloso Jefe envía  
 »A decir que le espero en este puesto,  
 »O si no, armaos todos juntamente,  
 »Que juntos mi valor os desafía:  
 »Pues siendo en todo tan sobresaliente  
 »Sobre vosotros, fuera poca gloria  
 »Venceros separados, y si acaso  
 »Por un azar es vuestra la victoria,  
 »Tendré menos vergüenza en mi fracaso.»

—«¡Angel degenerado!—le responde  
 »Cephón, con una irónica amargura; —  
 »Tu miedo, que á mis ojos no se esconde,  
 »Que no llegará el caso me asegura  
 »De un combate, en que el último guerrero  
 »De los que están aquí te vencería.»

Satanás no replica, y el ultraje  
 Devorando en silencio, prisionero,  
 Humillado, al paraje  
 Dispuesto, entre la guardia el paso guía.  
 Ardía de furor; pero no osaba  
 Ni huir ni batallar, porque una mano  
 Invisible de lo alto le abrumaba.  
 Su soberbia, ocultar procura en vano  
 La vergüenza interior que á su semblante

Se ve asomada. Tal un arrogante  
 Bridón tasca, espumando,  
 El duro freno que le está domando.  
 Mas llegan á la puerta de Occidente,  
 Puesto asignado á la guerrera gente  
 Para su reunión. Allí se hallaban  
 Ya las otras escuadras y esperaban,  
 Formadas todas bajo sus banderas,  
 De su Jefe las órdenes postreras,  
 Cuando Gabriel exclama: «¡Camaradas!  
 »De gente que aquí viene oigo el ruido:  
 »Tened todos las armas preparadas:  
 »Mas ya á los resplandores del Ocaso  
 »Distingo que es el escuadrón guerrero  
 »Nuestro, á correr el centro dirigido  
 »Del jardín, y con él un extranjero  
 »Viene, que en su estatura, incierto paso,  
 »Vista amenazadora y ceño duro,  
 »Es algún potentado del oscuro  
 »Infernal reino. Cada cual atienda,  
 »Más aun que valeroso, á ser prudente,  
 »Pues que su gesto y su mirar ardiente  
 »Recelar me hacen una gran contienda.»

Llega en esto Cephón, y le da cuenta  
 De cómo y en qué puesto hallado ha sido  
 Aquel rebelde, su disfraz fingido,  
 Sus palabras, sus miras y el exceso  
 De su rabia violenta,  
 Al verse por la fiel escuadra preso.  
 Gabriel entonces con semblante airado,  
 Áspero, así amenaza al monstruo osado:

«Habla, esclavo rebelde, ¿por qué vienes  
 »A corromper con el impuro aliento  
 »Del vicio á la virtud? ¿Qué quehacer tienes,  
 »Pérfida fiera, con los corazones



- » Fieles, que nunca en tus conspiraciones
- » Tuvieron parte? Y si tu atrevimiento
- » Te ha podido sacar de tu terrible
- » Cárcel, dí: ¿cuáles son las intenciones
- » Tuyas en afligir con esa horrible
- » Presencia este Paraíso venturoso?»

Con desdén friamente sonriendo,  
Replica Satanás: «Yo no comprendo

- » Tu delirio, oh Gabriel. Te reputaba,
- » Cual todos en el Cielo, por juicioso;
- » Pero ó no eres el mismo, ó me engañaba.
- » Di: ¿qué cautivo no anhelará ansioso
- » Quebrantar sus cadenas?
- » ¿Quién al placer preferirá las penas?
- » Si tú mismo cautivo te encontraras,
- » Tus hierros á romper no te esforzaras?
- » Mas poco compadece ajenos males
- » Aquel que no ha sentido sus fatales
- » Heridas, y Gabriel, siempre en el Cielo,
- » De la desgracia ignora el desconsuelo.
- » Mimado por la próspera fortuna,
- » Del infeliz la queja le importuna.
- » Dices que yo la ley he quebrantado
- » Que tu amo me había impuesto;
- » ¿Y para qué las puertas me ha dejado
- » Abiertas? Si no quiere estar expuesto
- » A tales lances, que las asegure
- » Con llaves y cerrojos, y procure
- » Que las guarden mejor sus carceleros.
- » Cuando me sorprendieron tus guerreros,
- » Yo soy sincero, andaba paseando
- » El jardín, sus bellezas disfrutando.
- » ¿Y en qué á tu Rey ofende la inocencia
- » De esta distracción mía? ¿Por ventura
- » He cometido la menor violencia?

»¿Cuál es, pues, mi delito ó mi impostura?»

Gabriel con risa amarga le replica:

»¿Conque ya la razón se ha despedido

»Del Cielo y sus oráculos explica

»En el Infierno, donde se ha acogido

»Con Satanás? ¿Él es el que decide

»Del juicio ajeno. cuando el suyo mismo

»Se extravió, hasta arrojarle en el abismo?

»¿Y ahora de las sospechas cuenta pide

»Que de su negra trama hemos formado?

»Dices que es dulce el evitar los males;

»¿Pues por qué provocar las inmortales

»Iras de tu Señor? ¡Vil fugitivo!

»¡Traidor á tu amo! Pronto su irritado

»Brazo, segunda vez á tu olvidada

»Cadena te pondrá. después de arado

»Tu cuerpo todo con azote vivo

»De llamas, con lo cual esa acendrada

»Razón tuya conozca cuán terribles

»Golpes da su venganza provocada.

»Y ahora dime: ¿por qué tus apacibles

»Compañeros, contigo no han salido

»De su oscura prisión? ¿Es su tormento

»Menor que el tuyo, ó tienen más aliento

»Que tú? Si así es, gustoso te concedo

»Que con el mayor juicio ha procedido

»Su digno Jefe, que tan listo ha huído,

»Dejándolos; pues ya que de valiente

»Pruebas no ha dado, su oportuno miedo

»Le acredita á lo menos de prudente.»

Satanás le responde enfurecido:

»¿Quién puede proferir tan insolente

»Calumnia? ¡Yo cobarde! ¡yo medroso!

»¡Ah! ¡No me han visto así los celestiales

»Campos, en que contigo combatiendo,

- »Contigo, que estás ahora tan brioso,
- »Nada de mi venganza te librara,
- »De mis golpes seguros y mortales,
- »Si tu amo, conociendo
- »Cuánto a los míos eran desiguales
- »Tus alientos, sus rayos no juntara
- »A tus débiles tiros! Tu arrogante
- »Discurso viene de tu inexperiencia,
- »Y prueba que aun estás harto distante
- »De saber lo que exige la prudencia
- »De un Jefe, y que éste debe no arrojarse
- »A empresa alguna, sin asegurarse
- »Por sí mismo de si es ó no asequible.
- »Esto es lo que he hecho yo. Habiendo tenido
- »Noticia de este mundo producido
- »De nuevo, penetrado de la horrible
- »Situación en que estamos, deseoso
- »De aliviarla, intenté ver si podría
- »Establecer en este delicioso
- »Vasto país mi pueblo desgraciado.
- »Para lograr la empresa, convenía
- »Antes reconocerlo exactamente;
- »¿Y este empeño difícil y arriesgado
- »Acaso á los demás dejar debía?
- »Lo emprendí: mil peligros he vencido:
- »Con vuelo diligente,
- »Ese desierto inmenso he conseguido
- »Transitar solo, y veme aquí presente.
- »Alaba un poco menos tus guerreros:
- »Las delicias, los cultos lisonjeros
- »Del Cielo, son su gloria. Acostumbrados
- »De la música y canto á la dulzura,
- »Para esto esos pacíficos soldados
- »Son propios, pero no para la dura
- »Guerra: que sigan, pues, esa gloriosa

- »Carrera, que su dueño les inspira:  
 »Que nos dejen la lanza belicosa,  
 »Y alegres vuelvan á tomar la lira.»
- Con escarnio mirándole, le dice  
 De este modo Gabriel: «¿Con tal torpeza  
 »Satanás á sí mismo contradice?  
 »Que fingieses creí, con más destreza:  
 »Aseguraste en tu anterior discurso  
 »Que era tu fuga el natural recurso  
 »De un cautivo infeliz que padecía  
 »Y salir de sus penas pretendía,  
 »Y actualmente confiesas que has venido  
 »A espiar; ¿y te precias, ¡atrevido!  
 »De ser sincero y fiel? ¿Cómo profanas  
 »De la fidelidad el nombre santo?  
 »Si eres fiel, es para esas inhumanas  
 »Criaturas, que el Reino del espanto  
 »Contigo habitan; ¡bien digna gavilla  
 »Del Jefe digno que las acaudilla!  
 »Y tú, que ahora reclamas tu grandeza,  
 »Tu independencia, con altivo ceño,  
 »¿Quién de los Cielos al excelso dueño,  
 »Quién, ¡hipócrita vil! con más bajeza,  
 »Si bajeza cupiera en adorarle,  
 »Hizo que tú la corte, cuando estabas  
 »Con él, pensando insano en destronarle?  
 »Arrastrando, ser grande procurabas.  
 »Mas en tu corazón profundamente  
 »Graba lo que te digo: si insolente,  
 »Segunda vez volvieres á insultarle,  
 »Su sacra ley de nuevo quebrantares,  
 »Y á este lugar vedado penetrases,  
 »En el momento, ¡pérfido villano!  
 »Te agarrará mi poderosa mano,  
 »Y precipitaré tu sér impuro,

»Con vínculos de acero encadenado,  
 »Dentro del calabozo más oscuro,  
 »Más hondo del Infierno: allí encerrado  
 »Verás que sus prisiones abrasadas  
 »Saben guardar las víctimas, confiadas  
 »Por Dios á su custodia. Intenta entonces  
 »De sus puertas falsear los duros bronce:  
 »Ven á decirnos que el Señor no vela  
 »En ellas con bastante diligencia;  
 »Que debía poner de centinela  
 »Carceleros que menos negligencia  
 »Tuviesen, y si acaso es necesario  
 »Que oponga otros cerrojos y prisiones  
 »Más fuertes al arrojó temerario  
 »Tuyo y de tus intrépidas legiones.»

A tales amenazas, con horrendo  
 Furor, responde Satanás, rugiendo:  
 «¡Cómo!... ¡Tú á mí prenderme! ¡encadenarme!  
 »¡Fanfarrón débil! ¡Sabes por ventura  
 »A quién insultas, tú, que ni á mirarme,  
 »Si supieras lo que haces, te atrevieras?  
 »¡La protección de tu amo te asegura?  
 »Pues ya te apronto un golpe más pesado  
 »Que esas puertas de bronce ponderadas  
 »Del Infierno, y que todas sus barreras  
 »De hierro duplicado,  
 »Con candados de aceros reforzadas.  
 »Si: aun cuando tu Dios mismo, congregando  
 »Todas vuestras milicias y vibrando  
 »Ardientes rayos, venga á defenderos  
 »En su carro de fuego, en que ligeros  
 »Le paseáis por el Cielo, como herrados  
 »Viles siervos, al yugo acostumbrados,  
 »Temblad.» Calló, dicho esto, llamaradas  
 Arrojando de fuego sus miradas.

Una selva de dardos le rodea,  
Más numerosa que la mies que ondea  
Cuando sus olas de oro un fiero viento  
Arrancar amenaza de su asiento,  
Mientras el labrador, mudo de espanto,  
Observa con la vista las mudanzas  
Del tiempo, que según su movimiento  
Varía sus inciertas esperanzas.  
Inmóvil entretanto,  
Como de Athos el monte nebuloso,  
Satanás se prepara á algún horrendo  
Choque, que el mundo hubiera estremecido,  
Y el jardín delicioso  
De Edén con él hubiera destruído,  
Si el Todopoderoso, conociendo  
El peligro, no hubiera suspendido  
Su balanza celeste colocada  
Entre los signos de Escorpión y Astrea,  
Balanza en que la masa fué pesada  
Del orbe, entonces en tinieblas ciego,  
La tierra, el agua, el aire y aun el fuego,  
Y que enorme, bruñida, centellea  
Del sol en el camino refulgente,  
Con la que aun al presente,  
Cuando irritado contra los mortales  
Permite de la guerra los excesos,  
Dios, en sus platos de oro, los fatales  
Reveses contrapesa y los sucesos;  
Y decide, librándola en la mano,  
Las suertes todas del linaje humano.  
En uno de ellos pone al tenebroso  
Satanás, en el otro al valeroso  
Querubín: sube aquél al azul velo,  
Y éste al contrario, grave baja al suelo.  
Gabriel lo ve gozoso, y con tonante

Voz á Satanás dice: «Ve delante  
»De tus ojos escrita tu sentencia:  
»La ha dado la divina Omnipotencia:  
»A ella nuestro poder todo debemos:  
»Para pelear, ya arbitrio no tenemos;  
»Sin esto, ¡oh fementido! yo te hubiera  
»Hollado pronto esa cabeza fiera;  
»Pero habló el Cielo, debo respetarle.  
»Tú tiembla en adelante de agraviarle.  
»Los ojos alza, advierte cuán ligera  
»Es de peso tu suerte.» Ansioso mira  
El monstruo á lo alto, y ve que su ominoso  
Plato al Cielo se eleva presuroso.  
Aterrado, confuso, ardiendo en ira,  
Huye dando bramidos: silenciosa  
Huye con él la noche tenebrosa.

---





---

---

## LIBRO QUINTO.

---

### SUMARIO.

**CUENTA** Eva por la mañana el sueño que la ha turbado durante la noche á Adán, que procura consolarla. Salen para cuidar del jardín. Su cántico al Eterno para consagrarle el día. Dios, para hacer al hombre inexcusable, envía á Rafael á advertirle que no se aparte de su obediencia, que use bien de su libertad, y que se guarde de su enemigo. Encarga al Arcángel que descubra á Adán cuál es aquel enemigo, la causa de su aborrecimiento, y todo lo que pueda serle útil. Aparición de Rafael en el Paraíso. Adán le sale al encuentro, le conduce á su morada, y le convida á su rústica mesa. Sus coloquios durante todo el día; Rafael cumple con su comisión, instruye á Adán de quién es su enemigo, de su envidia y del motivo de ella. Le expone el principio y los progresos de la rebelión acaecida en el Cielo; cómo sedujo Satanás una multitud de Angeles, los llevó hacia el Norte, y logró hacer rebelar contra Dios á todos ellos, excepto á Abdiel, Serafín celoso que se le opone con firmeza y por último le abandona.

Ya la rosada aurora se asomaba,  
Pródiga á manos llenas derramando  
Los rubíes y perlas del Oriente  
Sobre la fresca tierra, que ostentando  
Su ropaje de flores demostraba  
Su alegría de verla nuevamente,  
Cuando despertó Adán de su apacible  
Sueño, que como fruto de un sencillo  
Sano alimento, no necesitaba  
De otro despertador que del visible  
Fulgor de la mañana, del acento  
Temprano de algún tierno pajarillo

Entre ramas oculto, del murmullo  
 De las fuentes, ó bien del nuevo arrullo  
 De las hojas, que pone en movimiento  
 Del alba precursor el dulce viento;  
 Se admira al ver que duerme todavía  
 Eva. Un vivo encarnado que teñía  
 Su tersa y blanca tez, una penosa  
 Respiración, y su desordenado  
 Cabello, todo anuncia que ha pasado  
 Una noche turbada y trabajosa.

Sobre el lecho de rosa

Adán en el momento incorporado,  
 Contempla aquel objeto de su ardiente  
 Amor, siempre á sus ojos delicioso,  
 Sea que, enajenada, del reposo  
 Disfrute, ó que despierta, tiernamente  
 Hable con él: la mano suavemente  
 Pone sobre la suya cariñoso,  
 Y con tono más dulce que el ligero  
 Céfitro que á las flores enamora,  
 Cuando el fulgor del alba las colora,  
 La despierta diciéndola: «¡Oh querida  
 »Esposa mía! ¡Hechizo lisonjero  
 »De mi alma! ¡Mitad cara de mi vida!  
 »¡Eva! ¡Tú, de quien sola una mirada  
 »Hace ver la existencia  
 »De un Dios criador y su beneficencia!  
 »¡Tú, su más bello don, su obra postrera!  
 »La frescura, del alba derramada  
 »Ya la luz, nos convida placentera  
 »A despedir el satisfecho sueño  
 »Y acudir del cultivo al desempeño;  
 »Y la naturaleza en este instante,  
 »Renaciendo más bella y más brillante,  
 »Este grato convite

- »Por boca de las aves nos repite.
- »No malogremos, pues, estas preciosas
- »Horas de ir á admirar las tiernas flores
- »Que adelantadas se abren, los rosados
- »Matices de la aurora, y las hermosas
- »Varias figuras con que los vapores,
- »De púrpura teñidos, en nublados
- »Se elevan hacia el Cielo condensados.
- »El azahar nos prodiga sus olores,
- »La mirra sus aromas, y el lloroso
- »Bálsamo su perfume delicioso.
- »¿Oyes cantar las aves, las abejas
- »Obsequiar susurrando las bermejas
- »Flores, y sacar de ellas su sabroso
- »Tesoro? ¿Todo el orbe ha revivido,
- »Y todavía el hombre está dormido?»

A estas palabras, del penoso sueño  
 Despierta Eva, encendida y asustada,  
 Y así responde, á su querido dueño  
 Tiernamente abrazada:

- «¡Oh tú, en quien sólo encuentra su reposo
- »Mi corazón! ¡La gloria, el ornamento,
- »Como el consuelo de la vida mía!
- »¡Cuánto no es mi contento,
- »De volver á mirar ese amoroso
- »Rostro, y á un tiempo el resplandor del día!
- »¡Bien lo necesitaba! ¡Qué insufrible
- »Noche he pasado! ¡El Cielo no permita
- »Que otra vez igual noche se repita!
- »¡Un sueño, una ilusión la más horrible
- »Me ha agitado! En lugar de presentarme,
- »Cual siempre me sucede, tu adorada
- »Imagen, ó pasearme
- »Contigo en la llanura matizada
- »De flores y rodeada de agradables

»Frutales, sólo ideas espantables  
 »De turbación, de ofensas y de penas,  
 »De mi ánimo hasta entonces bien ajenas,  
 »Á mis tímidos ojos ofrecía,  
 »Cuando una voz, que tuya parecía,  
 »Tal era de su tono la dulzura:

—«¡Despierta, Eva! me dijo: la hermosura  
 De la noche más bella, el apacible  
 Silencio, de las ondas la frescura,  
 El ruiseñor, que el corazón, sensible  
 Al amor, desahoga enternecido  
 Con su variado músico quejido,  
 Y la luna en su trono ya subida,  
 Que reviste de plata la extendida  
 Llanura entre los bosques penetrando,  
 Y el terreno á sus sombras disputando,  
 Todo á una grata admiración convida:  
 Mas ¿de qué sirve toda esta belleza  
 Sin testigos? ¡Ven, pues, Eva dichosa,  
 Con tu presencia hermosa  
 Á darla nuevo encanto! Esas distantes  
 Estrellas, que á pesar de su grandeza  
 Parecen chispas, ojos son brillantes,  
 Con los que el Cielo tu hermosura mira,  
 Y su obra misma embelesado admira.»—

»Me levanto, creyendo  
 »Que era tu voz; pero te busco en vano:  
 »Extraviada me veo recorriendo  
 »Un árido desierto, y en presencia  
 »Poco después del árbol de la ciencia.  
 »Jamás lo había visto tan lozano  
 »Y bello: mientras tanto que curiosa  
 »Considerando estoy su fruta hermosa,  
 »Al pié del tronco un sér desconocido  
 »Veo, que nada de mortal ofrece

»En su traza: en sus alas y figura  
 »A un celestial espíritu parece,  
 »De aquellos que otras veces han venido  
 »Del Cielo á visitarnos: la dulzura  
 »En sus ojos brillaba: su dorado  
 »Cabello espeso, con primor trenzado,  
 »Sobre la espalda jugueteando ondeaba,  
 »Y la ambrosía en perlas derramaba:  
 »Ansioso mira á aquel árbol vedado,  
 »Y en vivo tono exclama:—«¡Árbol precioso!  
 ¿No hay en este jardín algún viviente,  
 Hombre ó Deidad, que de tu delicioso  
 Peso te alivie, y pruebe tu excelente  
 Celestial fruta? ¿Conque, sin aprecio,  
 De tí pendiente, la divina ciencia,  
 Por un capricho de la envidia necio,  
 No será más que inútil apariencia?  
 ¿Y qué amo tan injusto y tan avaro  
 Es el que guarda ese tesoro raro,  
 Que con tanto primor ha producido  
 Para sí solo? Cumpla su temido  
 Mandamiento quien quiera: yo pretendo  
 Que la útil fruta que me está ofreciendo  
 No me la ofrezca en vano.»—

»Al decir esto, audaz echa la mano  
 »A la fruta, la admira, se recrea  
 »Con su aroma, la come y saborea.  
 »Sus blasfemias, su arrojo temerario,  
 »Me llenaron de horror; él al contrario  
 »Gritaba enajenado de alegría:  
 —«¡Oh fruta celestial y deliciosa!  
 Hasta ahora tu valor no conocía:  
 Vedada por la envidia caprichosa,  
 La prohibición misma me ha tentado,  
 Y me hace hallar en tí mayor dulzura.

Tu sabor corresponde á tu hermosura:  
No hay que dudar, si el Cielo el sér te ha dado,  
Sólo para los Dioses te ha criado.

Mas el hombre tal vez llegar pudiera  
A ser también un Dios, si te comiera.  
¿Y por qué esta esperanza no tendría?  
El bien, á proporción que cunde, crece,  
Y Dios, cuanto más da, más se enriquece.  
De su bondad divina desconfía  
El que no goza de lo que ha formado.  
¡Tú pues, objeto del amor del Cielo  
En la tierra adorado!

Eva, desde hoy eleva más el vuelo:  
Una suerte te espera más gloriosa:  
Come conmigo de esta milagrosa  
Fruta, y ¡pueda algún día tu grandeza  
Igualar á tu gracia y tu belleza!  
Esa prisión estrecha, ¿es por ventura  
Digna de tan perfecta criatura?  
Da un más vasto horizonte al pensamiento:  
Llévalo más alla del firmamento,  
Al Empíreo mismo. Allí gloriosa  
Serás, entre los Dioses colocada;  
Y de eternas delicias embriagada,  
También, cual lo son ellos, serás Diosa.»—

»Dice así: de la boca me aproxima  
»La fruta, y casi en ella la introduce:  
»Su perfume, su vivo color de oro  
»Me hechizan; su belleza me seduce:  
»El insiste y me anima.  
»Vencida en fin, la tomo y la devoro.  
»Al instante, en mí misma experimento  
»Mil nuevas sensaciones deliciosas,  
»Y por los aires rápida me siento  
»Elevar. Este mundo á mis pies veo,

- »Montes, ríos, llanuras espaciosas,
- »Todo lo advierto, en todo me recreo;
- »Pero el prodigio de que más me admiro
- »Soy yo misma, que atónita me miro,
- »Sin poder comprender de qué manera
- »Feliz me hallo en aquella nueva esfera.
- »Desaparece en esto de repente
- »Mi guía: desde el Cielo hasta este hermoso
- »Cenador caigo, mucho más ligera
- »Que subí, y nuevamente
- »A mi anterior reposo
- »Vuelvo. Al fin, con el día he sacudido
- »La espantosa ilusión que ha producido
- »La noche, y con tu vista, del recelo
- »Y pena que he tenido me consuelo.»

Acaba así la relación funesta,

Y Adán más triste que Eva, la contesta:

«¡Oh imagen, oh mitad del alma mía!

- »¡Cuánto no compadezco tu agonía
- »De esta cruel noche! En todo ese conjunto
- »De ideas y de especies, tan extraño,
- »Quizá el Angel del mal, que en nuestro daño
- »Vela (no hay que dudarlo), tiene parte:
- »Lo temo; mas con todo, en este punto
- »¿Por qué debo asustarme ni asustarte?
- »Eva, tu corazón celeste y puro
- »De los choques del mal está seguro:
- »Morar en tí no puede, pues depende
- »De tí el que se introduzca. Pero aprende,
- »Para tranquilizarte, de qué modo
- »El Dios que nos dió el sér nos ha formado.
- »Por los sentidos solos entra todo
- »A nuestras almas: nuestra fantasía,
- »De todas las especies diferentes
- »Que por aquellas puertas la han llegado,

- »Imágenes se forma, que reúne,
- »Descompone ó varía,
- »Cual facticias que son y dependientes
- »De su arbitrio; mas éste, dominado
- »Por la razón, las junta, las desune,
- »O su orden cambia, exacto obedeciendo
- »Sus decretos supremos, y eligiendo
- »Lo que ella, á la verdad siempre arreglada,
- »Justa le dicta; pero apenas llega
- »La noche, y en el sueño sepultada
- »La razón calla, cuando sacudiendo
- »La libre y caprichosa fantasía
- »De esta rival el yugo, usurpa, ciega
- »De ambición, el imperio que tenía.
- »Su móvil veleidad desarreglada
- »Lo trueca, lo confunde y desordena
- »Todo, mientras el sueño encadenada
- »Tiene nuestra razón; necia nos llena
- »De pinturas informes y ficciones:
- »Las especies, los actos y expresiones
- »Nos representa de los precedentes
- »Tiempos, y mil objetos, mil asuntos,
- »Tan opuestos reúne y diferentes,
- »Que ellos mismos se admiran de estar juntos.
- »Así á la más perfecta criatura
- »El mal puede acercarse, por su loco
- »Influjo, Eva querida; pero poco
- »En nosotros subsiste su impostura:
- »Despierta la razón y la deshace,
- »Antes que llegue su fatal aliento
- »A empañar la pureza
- »De nuestros corazones, ó que abrace
- »Error alguno nuestro entendimiento.
- »Así, aunque en sueños ceda tu flaqueza,
- »Despierta tienes toda la entereza



»De la virtud. Deshechos los vapores  
 »De la ilusión, desprecia sus horrores  
 »Soñados, Eva amada, y nuevamente  
 »Vuelva á tus ojos su resplandeciente  
 »Brillo celeste, en que mi dicha mora  
 »Y que excede á los rayos de la aurora.  
 »Ven á nuestro verjel, á las orillas  
 »De nuestras cristalinas fuentecillas,  
 »A recobrar tu dulce paz turbada,  
 »Con el placer de la labor usada.  
 »La noche sus delicias suspendiendo,  
 »Las acrecienta. Ve esas tiernas flores,  
 »Que para tí sus cálices abriendo,  
 »Ostentan los colores, la frescura  
 »Que las dan de la aurora los albores:  
 »Ven pues, Eva, á gozar de su hermosura.»

Así á la esposa trémula consuela  
 Con tierna voz Adán, y la asegura.  
 Ella se le sonrie; pero vierte  
 Tal cual lágrima aún, que se desvela  
 En ocultar á Adán. Este lo advierte,  
 Y las enjuga él mismo cariñoso,  
 No obstante que ella del cabello hermoso,  
 Pañuelo para el mismo fin hacía:  
 ¡Lágrimas dulces de arrepentimiento,  
 Propias de un alma cándida y sublime,  
 Que aunque ningún delito la extravía,  
 Siente las puntas del remordimiento,  
 Y aun de una culpa imaginaria gime!

Ambos del cenador salen gozosos:  
 Admiran, al nacer el claro día,  
 Cómo el sol, en los senos espumosos  
 Del vasto mar aun medio sumergido,  
 Asoma su lucido  
 Carro, y sus vivos rayos, resbalando

Sobre la superficie de la tierra,  
 Sus montes poco á poco van dorando,  
 Y cual la sombra tímida se encierra  
 En los antros y bosques más poblados.  
 Ambos concordemente arrodillados,  
 Como acostumbran, á su Dios adoran,  
 Y su benigna protección imploran;  
 Justo tributo que diariamente  
 Le pagan, concluyendo con un tierno  
 Himno, que llega hasta su trono eterno:  
 Canto que une lo dulce á lo sublime,  
 Que sin orden, sin arte, de su ardiente  
 Y puro amor los ímpetus exprime;  
 Que á manera de fuego, en los estrechos  
 Límites no cabiendo de sus pechos,  
 Al Cielo se remonta en llama viva.  
 Para que éste gustoso lo reciba,  
 No ha menester del acompañamiento  
 De la arpa, ó de la lira melodiosa,  
 Y así comienza su amoroso acento:

«Toda esta obra, tan bella y majestuosa,  
 »Tú la hicistes, ¡oh Dios omnipotente,  
 »De todo bien, perenne, única fuente!  
 »En ella está tu imagen delineada,  
 »A más de ser por sí tan prodigiosa.  
 »¿Mas qué es en tu presencia sino nada?  
 »Nunca te admiro, ¡oh Sér eterno y santo!  
 »Sin que me oprima un religioso espanto.  
 »¿Y á quien será posible  
 »Formar de tí la más confusa idea?  
 »¡Tú, que sólo á tí mismo comprensible,  
 »Remoto de nosotros, en la altura  
 »Del Cielo de los Cielos elevado,  
 »Resides sólo! En vano centellea  
 »En la vasta extensión de la visible,

- »De cuando en cuando, por la sombra oscura
- »De nuestra limitada inteligencia,
- »Algún débil fulgor, proporcionado
- »A sus alcances, de tu sacra esencia,
- »Que al mismo tiempo tu bondad divina
- »Demuestra y á adorarla nos inclina;
- »¡Siempre acerca de tí nuestro concepto
- »Es, cual nosotros mismos, imperfecto!
- » Vosotros, sí, podéis, Angeles santos,
- »Algún bosquejo hacer más semejante.
- »¡Vosotros, que asistís á su brillante
- »Trono durante un día interminable
- »Sin noche, ensalza, pues, con dulces cantos
- »Su bondad, su grandeza imponderable!
- »Cielos, tierra, alabad al venturoso
- »Dueño; principio y fin de cuanto existe!
- »¡Y tú, claro lucero matutino.
- »Que el último en salir y el más hermoso,
- »Cierras la marcha silenciosa y triste
- »Del nocturno escuadrón de las estrellas,
- »Precediendo á la aurora en su camino,
- »Celebra del Criador el amoroso
- »Esmero que te dió luces tan bellas!
- »¡Tú también, alma á un tiempo y refulgente
- »Farol del mundo, sea que tu ardiente
- »Carro asome del fondo de los mares,
- »Sea que al alto Cielo ya subido,
- »Con tus fulgores hayas extinguido
- »El brillo de los otros luminaires,
- »O que ya desmayado, sus fogosas
- »Ruedas de nuevo entre las procelosas
- »Ondas bañes, oh sol, que en la belleza
- »Y de tu resplandor en la viveza
- »Eres su imagen, sigue diligente,
- »Sin parar, de la aurora al Occidente,

- »Y de éste hasta la aurora, tu carrera  
 »Veloz y eterna, á voces ensalzando  
 »Su nombre, y sus grandezas publicando!  
 »¡Y tú, de aquel luciente astro del día  
 »Blanca y modesta hermana, que su esfera  
 »Teniendo en tu breve órbita por guía,  
 »Parece que deseas acercarte  
 »Á él, y por turno á veces separarte,  
 »Como vosotros, orbes encendidos,  
 »Que sobre vuestros ejes sostenidos  
 »Siempre en un mismo puesto estáis rodando,  
 »Y vosotros errantes  
 »Mundos, por el espacio repartidos,  
 »Que os movéis á compás, y las brillantes  
 »Órbitas unas á otras enlazando,  
 »Mil prodigiosas y arregladas danzas  
 »Formáis; á la suprema inteligencia,  
 »A que el orden debéis y la existencia,  
 »Entonad incesantes alabanzas!  
 »¡Vosotros, hermanados elementos,  
 »De la naturaleza primitivas  
 »Producciones, que libres divagando,  
 »Con varios combinados movimientos  
 »Sin cesar vuestros átomos mezclando,  
 »Sus vastas obras entretenéis vivas,  
 »A su inmutable sér adoraciones  
 »Nuevas rendid con vuestras variaciones!  
 »¡Vapores, nieblas densas elevadas  
 »De los montes, los ríos y lagunas,  
 »Sea que en negras nubes transformadas  
 »Refrigeréis con lluvias oportunas  
 »Nuestros áridos campos, ó cubriendo  
 »El Cielo, por los rayos coloreadas  
 »Del Sol, con estupendo  
 »Velo de oro y de púrpura templados

- »Hagáis llegar sus brillos á nosotros,  
 »Naced, subid, caed, y acordemente  
 »Alabad al Criador omnipotente!  
   »¡Aquilones helados,  
 »Huracanes furiosos, y vosotros  
 »Céfiro blandos, á quienes confía  
 »De la extensión del aire el vasto imperio,  
 »Id, llenad de su nombre el hemisferio!  
 »¡Selvas incultas, bosques, á porfía  
 »Doblad delante de él vuestras frondosas  
 »Copas! ¡Cedros inmensos, adoradle!  
 »¡Torrentes, vuestras ondas presurosas  
 »Detened á su nombre, y tributadle  
 »Humilde vasallaje! ¡Claros fuentes,  
 »Cristalinos arroyos, que corriendo,  
 »Vuestras ondas le vayan bendiciendo  
 »Con sus gratos murmullos! ¡Entonadle  
 »Vosotras, oh vivientes  
 »Liras, pintadas, tiernas avecillas,  
 »Al despertaros, cuando á la ventana  
 »Del Oriente se asoma la mañana,  
 »Alegres, vuestras dulces cancioncillas!  
 »¡Que los coros del aire repartidos  
 »Lleven sus alabanzas inmortales  
 »Sobre sus alas hasta los subidos  
 »Palacios celestiales!  
   »¡Huéspedes de las selvas y espesuras,  
 »De los ásperos montes y llanuras,  
 »Del aire, mar y tierra habitadores,  
 »Que de tantas figuras y colores  
 »Voláis, nadáis, andáis, ó lentamente  
 »Arrastráis por el suelo,  
 »Sed testigos del puro y vivo celo  
 »Con que mañana y tarde acordemente  
 »Humildes y afectuosos le alabamos,

» Y á que nos imitéis os convidamos!  
 » ¡Y quién, oyendo tan maravilloso  
 » Concierto universal de sus criaturas,  
 » Podría mantenerse silencioso?  
 » A ensalzarle enseñamos  
 » Nosotros, como más favorecidos  
 » Por su excelsa bondad, á las oscuras  
 » Cuevas, los duros riscos, extendidos  
 » Llanos fecundos, y empinados montes,  
 » Cotos de nuestros vastos horizontes.  
 » ¡Salve, pues, Sér divino, Soberano  
 » Del Universo! ¡Sé nuestro benigno  
 » Protector! ¡Haz que el hombre sea digno  
 » De haber sido formado por tu mano!  
 » Ella nos hizo, ¡guárdanos piadoso,  
 » Y si tal vez el Angel inhumano  
 » Del mal, de las tinieblas guarecido  
 » De la noche, algún lazo ha prevenido,  
 » Destrúyelo! ¡Disipa poderoso  
 » Las vanas nieblas que en la fantasía  
 » Nuestra hubiere esparcido,  
 » Cual disipa las sombras ahora el día!»

Los dos esposos juntos así oraron,  
 Y su calma ordinaria recobraron.  
 La mañana los llama á sus labores;  
 Al través de una multitud de flores  
 Que ha abierto de la aurora la frescura,  
 De rocío los blancos pies bañando,  
 Cada uno alegre por llegar se apura  
 Al punto en que su mano está esperando,  
 Ya la madura fruta, ya la hermosa  
 Flor. Todo lo recorren: enderezan  
 Allí un torcido arbusto: allá tropiezan  
 Con una rama inútil, lujuriosa  
 En demasía, y sin piedad la cortan,

Cual los retoños lánguidos que abortan  
 Las plantas por sobrada lozanía.  
 En otra parte casan la viciosa  
 Parra, que en vano sus renuevos guía,  
 Buscando apoyos con algún robusto  
 Álamo, en cuyas ramas á su gusto  
 Se enlacen; los racimos su precioso  
 Dote forman, y mezclan sus morados  
 Visos con la hoja estéril del frondoso  
 Arbol, hasta su cima encaramados.

Mira el Eterno su trabajo agreste,  
 Y llama á Rafael, que después vino  
 Con el tiempo á la tierra, cual celeste  
 Viajero, á conducir en su camino  
 Al buen Tobías, y con la virtuosa  
 Sara, que siete esposos por la odiosa  
 Rabia había perdido de un Demonio,  
 Unirle en casto y santo matrimonio.

«Rafael, le dice Dios, tú ya has sabido  
 »Que por su encono horrible conducido,  
 »En esta noche el infernal Tirano  
 »De entrar en el Paraíso la insolencia  
 »Ha tenido, y tentar con sugerencias  
 »De esos tiernos esposos la inocencia:  
 »Conozco todo su proyecto insano:  
 »Su ira aprovechará las ocasiones  
 »De perderlos, con todo su linaje.  
 »Parte, y escoge para tu mensaje  
 »El oportuno instante en que, cansado  
 »Adán, huyendo el sol del Mediodía,  
 »Se haya ya retirado á la sombría  
 »Espesura, y respire sosegado,  
 »Después de haber en dulce paz comido,  
 »Ó con un breve sueño despedido  
 »La fatiga. Precave con juiciosos

»Avisos su desgracia. Con él pasa  
»Como entre dos amigos cariñosos  
»Toda la tarde, hasta que ya la escasa  
»Luz anuncie la noche; con dulzura  
»Exponle todas sus obligaciones  
»Para conmigo, su dichosa suerte,  
»Y tanto como debe á mi ternura:  
»Que no dé oídos á las tentaciones,  
»Y no fie de sí, cauto le advierte.  
»Sino de mis auxilios. Yo le he dado  
»Cuantos ha menester para guardarse;  
»Está, pues, en su mano conservarse  
»Fiel y dichoso, cual lo está igualmente.  
»Si quiere, el ser infiel y desgraciado.  
»Le crié libre y obra libremente:  
»Mas temo que la misma circunstancia  
»De ser libre produzca su inconstancia,  
»Y que en solas sus fuerzas descuidado,  
»Halle en su pecho abrigo  
»Algún ardid fatal de su enemigo.  
»Prevenle, pues, de todo: que recele  
»Sus artificios más que su violencia.  
»De ésta le guardaré con mi asistencia,  
»Mas de los otros no: será posible  
»Que Satanás le engañe: así, que cele  
»Sobre sí mismo y sobre su invisible  
»Cruel adversario, que en extremo astuto,  
»Puede su dicha convertir en luto.  
»Si ya por tí avisado se perdiere,  
»Cúltese á sí del mal que le viniere.»

Tal fué de Dios el inmortal decreto.  
Rafael se le inclina con respeto  
Profundo. En el momento los ardores  
Que engolfado en presencia le tenían  
De Dios, deja; las alas desplegando



Que de aquellos eternos resplandores  
Sus ojos deslumbrados defendían,  
Y entre la muchedumbre va pasando  
De espíritus celestes, que ligera  
Se abre para que siga su carrera.  
Llega pronto á las puertas relucientes  
Del Cielo: con presteza ambos batientes  
Sobre sus goznes rápidos volviendo,  
Por sí solos abiertos, libre paso  
Le dan: ¡tal era el arte milagroso  
Con que los fabricó su autor divino!  
Sin detenerse, Rafael saliendo  
De la aurora al ocaso,  
Recorre de una ojeada el espacioso  
Éter, por donde lleva su camino.  
Ni nube ni astro estorba que su viva  
Vista penetre la extensión inmensa  
De aquella prodigiosa perspectiva,  
Cubierta de brillante niebla densa,  
Por los rayos del sol iluminada.  
Distingue claramente la apartada  
Tierra, como una esfera reducida,  
Mas con todo á las otras parecida  
Que aquel espacio pueblan numerosas.  
Del fresco Edén las sombras deleitosas  
Divisa, cuya cima coronada  
De verdes cedros, vastos horizontes  
Descubre, en majestad sobrepujando  
Á los más altos y frondosos montes.  
Tal, remota del mar en la azulada  
Y líquida llanura,  
La verde isla de Delos, dominando  
Las aguas, como un punto nebuloso  
Divisa el desvelado navegante,  
O la encumbrada altura

Del Ida fabuloso.

Entre las ondas líquidas del viento  
Se lanza el Serafín, que una brillante  
Figura de ave toma de repente,  
Y con arrebatado movimiento  
Entre los soles nada, ó atraviesa  
Los varios mundos; ya rápidamente  
Por el Aquilón fiero conducido,  
Con vuelo igual resbala,  
Ya sobre el aire con esfuerzo pesa,  
Y azota con sus alas duramente  
Sus blandas olas, ó con sostenido  
Sesgo las equilibra y las iguala.  
Prosigue y toca al término del Cielo,  
Adonde subir puede el alto vuelo  
De la águila ambiciosa, cuando gira  
Más remota del mundo. A su llegada  
El pueblo de las aves sorprendido  
Al extranjero admira:  
Créele el Fénix, ave celebrada  
Por su hermosura, que la vista hechiza;  
Maravilla del mundo, que nacido  
De sí mismo, hijo y padre juntamente,  
A los thebanos campos acogido,  
De su misma ceniza,  
Después que hecha una ardiente  
Pira en su voraz llama se ha abrasado,  
Vuelve á vivir de nuevo y se eterniza.  
Sólo entre los vivientes, la fortuna  
Hace para él de su sepulcro cuna.  
Así, siguiendo el mensajero alado  
Su viaje, llega cerca del frondoso  
Edén, se pára y vuelve á su primera  
Figura natural. Resplandeciente  
Con seis alas, que forman el glorioso

Atributo asignado á su eminente  
Dignidad, se presenta: á la manera  
De un manto real de púrpura, nacidas  
Dos de los hombros, sirven extendidas  
Para volar: las otras, en figura  
De una celeste zona rutilante,  
Le rodean y ocultan su cintura,  
De donde salen: sirve el par restante,  
Compuesto de las plumas más ligeras,  
De formarle brillantes taloneras.  
Su plumaje de mil varios colores  
Centellea una viva y pura llama,  
Y esparce preciosísimos olores,  
Con que en torno los aires embalsama.

Los Angeles qué á Edén están guardando,  
Desde muy lejos, de que es él no dudan,  
Y con respeto, alegres le saludan.  
Corresponde, y su campo atravesando,  
A los verjeles llega, en que se miran  
Crecer el nardo y el incienso unidos  
Con la mirra y el ámbar, y respiran  
Un aroma que encanta los sentidos:  
Profusión de los dones más preciosos  
De la naturaleza,  
Que el juvenil vigor y la entereza  
Virginal, en aquellos venturosos  
Tiempos, intacta y pura conservaba,  
Y liberal, cual rica, presentaba  
Por todos lados una lozanía,  
Sin aparato ni arte, que decía,  
Caprichosa y ligera,  
Que estaba en su florida primavera.

Mientras que iba así solo transitando  
El llano, Adán de lejos le divisa.  
Era la hora precisa

En que el sol, su carrera equilibrando,  
Del mar y de la tierra, fulminando,  
Los senos penetraba. En la sombría  
Espesura de un fresco bosquecillo  
Eva ya la comida prevenía;  
No menos saludable que sencillo,  
El banquete agradable consistía  
En leche y varias frutas delicadas,  
Por la alegre inocencia sazonadas.

- «¡Acude, grita Adán, Eva querida!  
»Un ilustre extranjero hacia aquí viene  
»Por el Oriente. Tal belleza tiene  
»En su semblante, á tanta gracia unida,  
»Tan puro resplandor le condecora,  
»Que creo al mediodía ver la aurora.  
»Es, no hay ya que dudarle, algún enviado  
»Del Señor. ¡Quiera el Cielo que logremos  
»La dicha de hospedarle! ¡Vé, prepara,  
»Eva mía, cuanto hayas conservado  
»De fruta más sabrosa, bella y rara!  
»Es preciso que honremos  
»En él á nuestro Dios, y que volvamos  
»A su bondad divina alguna parte  
»De los dones que de ella disfrutamos.  
»¿Y puedo, cara esposa, idea darte  
»De lo que de su mano recibimos?  
»Cuanto más le pedimos,  
»Mas nos da, nuestros votos excediendo;  
»Los tesoros que vamos consumiendo.  
»Sin cesar nos renueva.  
»Si una flor se marchita, salen ciento;  
»Si una fruta se pierde, en el momento  
»Brotó una multitud de fruta nueva.  
»Pues nos prodiga bienes tan preciosos,  
»Seamos á su ejemplo generosos.»

—«¡Oh tú, le responde Eva, que formado  
 »Fuiste por el Eterno del más puro  
 »Barro! Oprimidos crujen los hermosos  
 »Arboles bajo el fruto ya maduro,  
 »Que los carga: también he reservado  
 »De aquellas frutas que imperfectas nacen  
 »Y agrias, una porción, depositadas  
 »En un paraje cómodo y seguro,  
 »Para lo venidero destinadas;  
 »Pues sé que á fuerza de guardarlas se hacen  
 »Perfectas: de ellas, parte servir puede,  
 »Y añadiré cuanto el verjel contenga  
 »De mejor, y en el orden que convenga,  
 »Para que el huésped satisfecho quede;  
 »El jugoso melón, la mantecosa  
 »Pera, la uva morada y la olorosa  
 »Anana. Que se admire ese elevado  
 »Angel, al ver que vuestro fértil suelo,  
 »Por nuestras mismas manos cultivado,  
 »Es en las frutas el rival del Cielo.»

Dice, y á escoger corre apresurada  
 Cuando puede adornar su agreste mesa;  
 De procurar no cesa  
 Que á un mismo tiempo hechice delicada,  
 Con su orden natural sencillo y grato,  
 El paladar, la vista y el olfato:  
 Que con tal proporción las escogidas  
 Frutas estén allí distribuídas,  
 Que por grados creciendo  
 En sabor y belleza,  
 Del lánguido apetito la pereza  
 Despierten. Su tesoro recogiendo  
 Anda, cual las abejas, afanada,  
 Y el jardín y el verjel, de su sabrosa  
 Carga despoja, que hacia su morada,

Ligera lleva. Entonces abundosa  
Madre, por sí la tierra producía  
Todos los frutos que ahora repartidos  
Están en varios climas, y ofrecía,  
Dentro de aquel recinto reunidos,  
Cuanto la Europa y la Africa presentan,  
Cuanto ambas Indias de precioso ostentan,  
Las frutas que de Alcino el huerto daba,  
Que con sus reales manos cultivaba,  
Todo en aquel verjel rico florece:  
Junto al oro la púrpura se ofrece  
En esta fruta: aquélla la blandura  
Del algodón más fino muestra, al lado  
De otra que en su corteza áspera y dura  
Encierra el dulce zumo más preciado:  
Erizada de espinas se defiende  
Otra de aquella mano que pretende  
Su tesoro arrancarla, y cada una  
Por su olor y sabor, á competencia,  
En el puesto pretende preferencia.  
El buen gusto decide su importuna  
Disputa. Eva contenta, amontonada  
En pirámides bella, y ordenada  
A su placer, la admira. Una bebida  
Grata forma después, de la jugosa  
Uva, en sus propias manos exprimida,  
Que excite espirituosa y moderada,  
La inocente alegría, y la gustosa  
Leche de las almendras extraída,  
Corona el lujo con que está dispuesta  
Aquella natural solemne fiesta,  
En que de vasos sirven las más bellas  
Cortezas, de ornamento, delicadas  
Flores las más balsámicas, y entre ellas  
Con profusión las rosas derramadas.

Adán vuela á encontrar á su importante  
 Huésped, que viene sin la pompa vana  
 Que acompaña constante  
 La majestad terrible  
 De aquellos Reyes, que su soberana  
 Persona hacen al pueblo inaccesible.  
 ¡Locos! Por la soberbia alucinados,  
 Piensan que serán de él más respetados  
 Por sus carrozas de oro y su opulencia,  
 Que por su amor y su beneficencia:  
 El noble Serafín no trae más corte  
 Que sus virtudes y celeste porte:  
 En esto sólo cifra sus honores,  
 No en una turba vil de aduladores.

Saludándole, hacia él Adán se avanza,  
 Y al respeto juntando la confianza,  
 Así le dice: «¡Oh Príncipe del Cielo!  
 »Pues tal tu noble aspecto te declara.  
 »Ya que una feliz suerte nos depara  
 »Que á este jardín, dejando tu alta silla,  
 »Te hayas dignado dirigir el vuelo,  
 »Haznos aun otra gracia, que te pido;  
 »Divide con nosotros la sencilla  
 »Habitación que aquí hemos adornado,  
 »En cuanto á nuestra industria ha sido dable,  
 »Hasta que el sol, de lo alto descendido,  
 »Su ardor haya templado.  
 »Goza en paz con nosotros la agradable  
 »Sombra, y las frutas frescas y sabrosas  
 »De este huerto encantado.  
 »Solos en él nuestra mansión hacemos.  
 »Nuestro Señor, y tuyo, nos ha dado  
 »En propiedad sus tierras abundosas,  
 »Y así contigo le bendeciremos.»

El Arcángel responde: «Este precioso

»Jardín y el que lo habita  
 »Merecen bien de un Angel la visita:  
 »Esperaré con gusto en consecuencia,  
 »En su recinto umbroso,  
 »Que el sol haya templado su violencia.»

Dicho esto, del abrigo campesino  
 Alegres ambos toman el camino,  
 Asilo grato, cuya arquitectura  
 Simple consiste en varias enlazadas  
 Plantas y hermosas flores perfumadas,  
 Que conservan la sombra y la frescura.  
 Eva allí los espera: la bella Eva,  
 A quien sin duda Paris en la prueba  
 De la hermosura, hubiera preferido  
 A cuantas Diosas se la disputaban.  
 A la gracia hechicera en ella unido  
 El candor se veía: la inocencia  
 Y la bondad brillaban  
 En su celeste rostro á competencia,  
 Y con su velo sonrosado y puro,  
 La modestia vestía  
 La casta desnudez que descubría.

«¡Salve! la dice el Angel» (venturosa  
 Palabra, que ha de ser en lo futuro  
 A otra Eva, á la purísima María  
 Repetida, y con suerte más dichosa;  
 Pues que esta divina Eva la cabeza  
 Quebrantará de la infernal serpiente,  
 Y la esposa de Adán, por su flaqueza,  
 Será engañada lastimosamente).  
 «¡Salve! la dice pues, ¡oh tú fecunda  
 »Madre de los humanos, destinada  
 »Á poblar esta esfera dilatada!  
 »La multitud de perlas con que inunda  
 »Sus campiñas la aurora, y las estrellas



»Innumerables cuyas luces bellas  
 »El Cielo alumbran, á tu descendencia  
 »En número darán la preeminencia.»

Á una mesa de céspedes formada  
 Se sientan, esto dicho, circundada  
 De naturales sillas  
 De lo mismo: un tapiz de hierbecillas  
 Verde cubre la mesa y los asientos:  
 En lugar de compuestos alimentos,  
 Ofrece aquélla cuantas excelentes  
 Frutas producir puede la florida  
 Primavera, al otoño reunida;  
 Se dan la mano entrambas estaciones,  
 Juntando sus magníficos presentes  
 Para obsequiar al huésped soberano.

«Dígnate de probar mis pobres dones,  
 »Le dice el padre del linaje humano:  
 »Esas frutas que ves, un delicioso  
 »Regalo son de aquel Dios poderoso  
 »Á quien el sér debemos, que previene  
 »Nuestros deseos y necesidades,  
 »Y aun de nuestros placeres cuenta tiene.  
 »¡Tales son con los hombres sus bondades!  
 »Es verdad que tal vez estas agrestes  
 »Frutas, para nosotros tan sabrosas,  
 »Mérito no tendrán para celestes  
 »Séres, cual tú; mas vienen de la mano  
 »De nuestro común Dueño soberano:  
 »Esto es bastante para que preciosas  
 »Las juzgues, y te dignes recibirlas.»

—«Bendigamos al sér que os las ha dado,  
 »Responde Rafael: en admitirlas  
 »Tengo el mayor placer; pues á mi augusto  
 »Dios, que las ha criado,  
 »Muestro humilde mi aprecio y mi respeto,

- » Y al mismo tiempo correspondo justo
- » Á la expresión sencilla del afecto
- » Que me mostráis. Es cierto, como dices,
- » Que una esencia incorpórea no tiene
- » Necesidad de vuestros materiales
- » Alimentos. Allá, en nuestras felices
- » Moradas, se mantiene
- » Nuestro sér de alimentos celestiales,
- » Incorpóreos, al hombre incomprensibles
- » Mientras la tierra habite; mas podemos,
- » Como de Dios la voluntad hacemos
- » En mostrarnos visibles,
- » En ocasión como ésta acompañaros,
- » Y tomar parte en vuestros inocentes
- » Convites, igualmente que ayudaros
- » Á agradecer sus dones excelentes.
- » Vosotros, que aunque sois espirituales,
- » Estáis ligados á unos materiales
- » Cuerpos íntimamente, de tal modo
- » Que con ellos formáis un solo todo,
- » Á la necesidad estáis sujetos
- » De hacer uso de viandas corporales,
- » Necesidad que á todos los objetos
- » Corpóreos comprende. Así repara
- » Cómo se dan los mismos elementos
- » Liberales uno á otro los sustentos:
- » Al agua nutre el aire y refrigera:
- » Á éste el fuego abrasara,
- » Si en sus densos vapores no le diera
- » El agua nutrimento que calmase
- » El ardor y sus fuerzas reparase,
- » Cual la tierra sin duda pereciera,
- » Si el agua, el aire y fuego no tuviesen
- » Cuidado de nutrirla, introducidos
- » En sus poros: sin esto, desunidos

- »Sus cuerpos todos, fuera indispensable
- »Que en átomos al fin se disolviesen.
- »Por otra parte, el fuego formidable
- »Privado de ejercicio dormiría,
- »Ó del todo tal vez se extinguiría,
- »Si el aire con su aliento
- »Y la tierra con sólido alimento
- »De su letargo no le despertaran
- »Y su apetito horrible no saciaran.
- »Esos astros que alumbran y calientan
- »El Universo, todos igualmente
- »Del éter y del fuego se apacientan,
- »Y el mismo sol que ves, calma su ardiente
- »Sed, los cristales de la mar bebiendo,
- »Y los preciosos jugos extrayendo
- »De la tierra, á la cual también él cuenta
- »Que su fuego benéfico sustenta.
- »Á ejemplo de los entes materiales,
- »También nuestras sustancias celestiales
- »De espirituales dones se mantienen,
- »Y en disfrutarlos su delicia tienen.
- »Ved en esta admirable providencia
- »De nuestro dueño la beneficencia.
- »En esta mutua unión de las criaturas
- »Materiales, nos hace ver las puras
- »Llamas de amor, que deben inmortales
- »Unir á él, y entre sí las racionales.
- »De esta precisión misma un placer hace:
- »Al paso que la fuerza se rehace
- »Con el sustento, halláis en él un vivo
- »Deleite; al cual, no obstante, un excesivo
- »Apego no tengáis, pues que os espera
- »Otro indecible en la celeste esfera,
- »Cuando sirviendo á Dios aquí leales,
- »Os lleve á sus verjeles inmortales.

»Agradeced, en tanto, estos hermosos  
 »Frutos conmigo, como la figura  
 »De aquella dicha deliciosa y pura  
 »Que con nosotros gozaréis gloriosos.»

Acabó, y comenzaron su comida  
 Gustosa y limpia, con candor servida  
 Por la bella Eva, que con la dulzura  
 De su conversación los animaba,  
 Y del gozo común participaba.  
 El festín moderado y saludable  
 Concluyó, y disfrutando la frescura  
 De las opacas sombras deleitable,  
 Adán, que hacía tiempo deseaba  
 Curioso conocer las ignoradas  
 Costumbres de los seres escogidos  
 Que del Cielo habitando las moradas,  
 Del majestuoso resplandor vestidos  
 De Dios, eran imágenes sagradas  
 De su grandeza, la obra prodigiosa  
 De sus manos, ministros que leales  
 Deben velar con ansia cariñosa  
 En guardar á los frágiles mortales  
 De todo mal, al Angel se dirige,  
 Y así rodeando, que se explique exige:

«¡Hijo del Cielo, cuánto no debemos  
 »A tus bondades! ¡Cuánta honra tenemos  
 »En ver huésped tan grande colocado  
 »Á nuestra mesa! Tú que en el celeste  
 »Alcázar estás hecho cada día  
 »Á saciarte de néctar y ambrosía,  
 »De la pobreza no te has desdeñado  
 »Tan diferente, de un festín como éste.»

—«Adán, responde el Angel, ha llegado  
 »El tiempo de que tengas más idea  
 »De nosotros, del mundo, de tí mismo,

- »Y en cuanto dable sea
- »Á tu débil alcance, de ese abismo
- »De perfecciones, Dios, que por sí existe,
- »Y por quien sólo lo demás subsiste.
- »En él somos, vivimos, nos movemos;
- »De él nacidos, si el mal nuestra carrera
- »En su origen no altera,
- »Á él, como á nuestra fuente, volveremos;
- »Jamás de ésta ha salido cosa impura.
- »Él es el que los seres diferentes
- »Ha formado, y en clases, ya eminentes,
- »Ya medianas, ya bajas, dividido;
- »Y él es el que sus rangos asegura.
- »Cuanto más cerca están de su presencia,
- »Mayor es su pureza y su excelencia,
- »Y tanto más su grado distinguido.
- »Según su inclinación, según su estado
- »Ó su naturaleza, cada día
- »Hacia la perfección, grado por grado,
- »Caminan todos ellos, y á porfía
- »Á su Hacedor se esfuerzan á acercarse.
- »Observa el Universo con cuidado,
- »Y verás esta ley verificarse:
- »Repara la recién nacida planta;
- »Apenas brota, cuando desplegando
- »Sus tallitos, se empina, se levanta
- »Por los aires, sus hojas arrojando
- »Con la dirección misma: ya frondosa
- »Y cubierta de flores, más hermosa
- »Cada instante, con todo no contenta,
- »Poco después su rico fruto ostenta,
- »Y éste levanta, á ejemplo de las flores,
- »Hacia el Cielo aromáticos vapores.
- »Entre la multitud de materiales
- »Seres, en clase y orden desiguales,

- » Todo á subir, á mejorar aspira:
- » A ser un vegetal la piedra tira:
- » La planta á ser se acerca, en lo posible.
- » Un animal sensible:
- » El animal procura aproximarse
- » Naturalmente al hombre, que quisiera
- » Por su parte ser Angel, de manera
- » Que todos desearían despojarse
- » De su cuerpo mortal, y que su esencia
- » A ser llegase pura inteligencia.
- » Vosotros, oprimidos
- » Bajo la esclavitud de los sentidos,
- » No podéis discurrir con la presteza,
- » Ni la extensión, que la naturaleza
- » Angélica: nosotros claramente
- » Vemos, cuando vosotros, al contrario.
- » Solo pensáis confusa y lentamente,
- » Y aun os es, para hacerlo, necesario
- » Que sea en una especie limitada,
- » Cuando nosotros, de una sola ojeada,
- » Una infinidad de ellas abrazamos,
- » Y como son en sí las conocemos.
- » Pero por más que estéis ahora distantes
- » De los excelsos dones que gozamos
- » Los que del Cielo somos habitantes,
- » Un día llegará en que, como hacemos
- » Nosotros, á las bóvedas eternas
- » El alto vuelo dirijáis gloriosos,
- » Y habitéis sus palacios venturosos.
- » Responded gratos á las miras tiernas
- » Del Señor, que os ha dado la existencia.
- » La dicha mereced con la obediencia:
- » Conservad la inocencia con cuidado,
- » Y del bien que os prodiga satisfechos,
- » No lo perdáis, abriendo vuestros pechos

- »A la ambición de verlo acrecentado.»  
 —«¡Qué dulce claridad has esparcido,  
 »Responde Adán, en nuestro entendimiento!  
 »¡Con qué facilidad he comprendido  
 »La inmensa escala de las criaturas,  
 »Y por ellas subido hasta el asiento  
 »De la Divinidad! Pero ¿á qué vienen  
 »Los consejos, que tanto has repetido,  
 »De obediencia y afecto? Son seguras  
 »Muestras de desconfianza. ¿Acaso tienen  
 »Tanta dificultad? ¿Sería dable  
 »Que el hombre á un sér no amase tan amable?  
 »¡Y qué ingratos no fueran  
 »Hijos que á un padre, á un Dios no obedecieran,  
 »Que de un vil barro, con sus generosas  
 »Manos, dos criaturas tan dichosas  
 »Hizo, y que aun nos ofrece la esperanza  
 »De otra más grande bienaventuranza!»

Replica Rafael: «¡Oh hijo del Cielo  
 »Y de la tierra! tu dichosa suerte  
 »Del Todopoderoso se origina:  
 »El conservarla es obra de tu celo:  
 »De tu fidelidad penderá verte  
 »Cada vez más feliz; agradecido  
 »Responde siempre á su bondad Divina,  
 »Y ella te sostendrá. Te ha concedido  
 »Un sér perfecto, pero no inmutable,  
 »Bueno, mas libre. Puedes igualmente  
 »Continuar en ser justo, ó ser culpable:  
 »En tí sólo consiste. Único dueño  
 »De tu voluntad eres: el empeño  
 »De todo lo criado, el más ardiente,  
 »Fuera para forzarla insuficiente,  
 »Del hado aun tiene menos dependencia,  
 »Pues no hay otro hado que la Providencia,

- » Y de ésta los decretos inmortales  
 » Nunca violentan á los racionales.  
 » ¡Y qué valor tendría una forzada  
 » Docilidad debida á la impotencia?  
 » Jamás adora meritoriamente  
 » A Dios el que no puede libremente  
 » Ofenderle: de modo que arriesgada  
 » Está siempre á pecar la criatura,  
 » Hasta que habiendo el premio merecido,  
 » En el tiempo por Dios establecido,  
 » Sea en eterna gracia confirmada.  
 » Tal es tu suerte actual, tal la futura,  
 » Y el decreto del Cielo, y tal ha sido  
 » La nuestra: aunque nacimos en la altura  
 » De los Cielos, igual prueba pasamos,  
 » Antes de estar seguros, como estamos.  
 » ¡Y cuántos de los nuestros no perdieron  
 » Su dicha, por el mal uso que hicieron  
 » De aquella libertad! Alucinados  
 » Por su orgullo, pudiendo ser leales,  
 » Fueron rebeldes; y precipitados  
 » En un abismo de perpetuos males,  
 » Gimen. ¡Oh desgraciada rebeldía!  
 » ¡Cuán distinto destino hubiera sido  
 » El suyo, si no hubieran delinquido!  
 » Aprende de su suerte desgraciada;  
 » Imítanos, no imites su osadía.»  
 —«¡Hijo del Cielo, dice reverente  
 » El padre de los hombres; de qué ardiente  
 » Fervor el alma siento penetrada  
 » Al oír de tu boca esa sagrada  
 » Instrucción! ¡Con qué gusto la recibo!  
 » No experimenté nunca otro tan vivo,  
 » Aun cuando en medio de la silenciosa  
 » Noche, llegó á mi oído la armoniosa



- »Música de los coros celestiales.
  - »Sabía las verdades principales
  - »Que me has dicho; mas ¡cuánto no ha aclarado
  - »Tu explicación divina lo que había
  - »De oscuro en mis ideas, y movía
  - »Mil interiores dudas! Enterado
  - »Quedo, pues, de que obramos libremente
  - »En todo cuanto hacemos ó deseamos;
  - »Y por lo mismo que nos encontramos
  - »En esta situación independiente
  - »Y feliz, ¿no es muy justo que observemos
  - »La ley del Dios á quien se la debemos?
  - »Sí: me ofrezco á observarla exactamente;
  - »Mas la noticia de esa rebeldía,
  - »Sucedida en el Cielo, me ha inquietado,
  - »Y si á bien lo tuvieses, desearía
  - »Con detalle saber lo que ha pasado;
  - »Quiénes han delinquido,
  - »Cuáles sus culpas y castigo han sido.
  - »Tiempo hay, porque del sol la ardiente esfera
  - »Poco hace que ha mediado su carrera.
  - »Dígnate, pues, benigno, de informarnos
  - »De lo que tanto debe interesarnos.»
- Rafael á esta súplica, un instante  
 Suspenso, de este modo le contesta:
- «¡Oh padre de los hombres! ¡Qué funesta
  - »Memoria me propones que renueve! (1)
  - »¿Cómo de tal asunto, tan distante
  - »De vuestro corto alcance, podré daros
  - »Aun la menor idea, aunque me pruebe
  - »A acomodarle á vuestras corporales
  - »Imágenes, ó cómo he de explicaros
  - »Las discordias crueles, las horribles
  - »Batallas de los campos eternos,
  - »A la imaginación incomprensibles?

- »¿Y podré acaso, sin dolor, contaros  
 »La súbita caída lamentable  
 »De aquella muchedumbre innumerable  
 »De Angeles, antes puros y gloriosos?  
 »¿Me será permitido  
 »Sacar de las tinieblas del profundo  
 »Secreto los sucesos prodigiosos  
 »De un invisible mundo,  
 »Para vosotros aun desconocido?  
 »Sí: todo ceder debe á vuestra urgente  
 »Utilidad. Sabréis, por lo que os cuente,  
 »Lo que es la ira de Dios; y los pecados  
 »Del Cielo justamente castigados  
 »Serán una lección muy conducente  
 »Para vosotros. No extrañéis, os ruego,  
 »Que al pintaros un cuadro de la guerra  
 »De los Cielos, me valga desde luego  
 »De colores tomados de la tierra:  
 »Además de que no fuera posible  
 »Que con otros os fuese inteligible,  
 »Sabed que en muchas cosas vuestro suelo  
 »Es una imagen material del Cielo.  
 »Dios no había criado todavía  
 »Este mundo que veis; el caos horrendo,  
 »De la fúnebre noche en compañía,  
 »Cual Monarca supremo poseyendo  
 »Estaba este lugar, en que ahora vemos  
 »Los orbes todos rápidos rodando,  
 »Y en el éter su peso equilibrando;  
 »Cuando un día... (En el Cielo conocemos  
 »También la distinción de cada día,  
 »Sino que al anual curso le arreglamos  
 »De las estrellas, y un día llamamos  
 »Al año vuestro.) En el que yo os decía,  
 »Por orden del Eterno, con pomposa

»Marcha desde los cuatro cardinales  
»Puntos del orbe, á su presencia vienen,  
»Por la extensión del éter espaciosa,  
»Formadas las milicias celestiales  
»En apretadas filas y en hileras  
»Sin término: sus Jefes, según tienen  
»El grado, de su mando las señales  
»Ostentan. Los pendones, las banderas,  
»Los estandartes por el aire ondeando,  
»Y entre selvas de picas dominando,  
»En su color diverso, y sus empresas,  
»El número, la clase y distinciones  
»Designan de los varios batallones.  
»Las pruebas de lealtad también impresas  
»Se ven en ellas, que cada uno ha dado,  
»Emblemas que interpretan, elocuentes  
»En su mudo lenguaje, los ardientes  
»Afectos de sus puros corazones  
»Para el Criador, que así los ha ensalzado  
    »Alrededor del trono majestuoso  
»De su Dios, con respeto silencioso,  
»Se apiñan los inmensos escuadrones,  
»Círculo sobre círculo formando,  
»En uno incalculable terminando.  
»Sentado está á su diestra su glorioso  
»Hijo en el mismo trono, cuyo vivo  
»Resplandor, fulminando cara á cara,  
»El celeste concurso no pudiera  
»Sufrir sin perecer, si su excesivo  
»Brillo el Monarca eterno no cubriera  
»De un velo que su efecto moderara:  
»Desde aquel invisible monte ardiente  
»Así se oyó su voz omnipotente:  
    —«¡Angeles, hijos del resplandor puro  
De los Cielos, Virtudes, Potestades,

Tronos, Dominaciones, herederos  
 De mis felicidades,  
 Oid! ¡Escuchad todos lo que juro,  
 Mi irrevocable ley, y los primeros  
 Sed en obedecerla! Hoy ha nacido,  
 En este día eterno, este glorioso  
 Hijo de mí: es el único: es mi ungido  
 Divino Verbo Todopoderoso.  
 Yo, yo mismo el diadema en su cabeza  
 Colocando, proclamo su grandeza.  
 Quiero que á mi derecha, en mi real silla,  
 Todo el Cielo le doble la rodilla,  
 Que como á mí le adore y le respete.  
 Los que le sirvan, súbditos leales,  
 Gozarán mis favores inmortales;  
 Mas todo el que á esta ley no se sujete,  
 Me ultraja, es un rebelde declarado,  
 Perturbador del Cielo, y enemigo  
 De mi Imperio sagrado:  
 Como á tal le maldigo;  
 Por la eternidad toda le destierro  
 De esta mansión augusta, deliciosa,  
 De la dicha y la paz: precipitado  
 De ella, caerá al momento en el encierro  
 Más negro del abismo, en donde sea  
 Víctima de mi eterna y espantosa  
 Venganza, y de su pena el fin no vea.»—

»Al oír estas solemnes  
 »Palabras, Querubines, Serafines,  
 »Todos llenos de gozo, en los confines  
 »Del Cielo, con perennes  
 »Hosannas, al Rey nuevo celebraron.  
 »Mas por desgracia algunos no faltaron  
 »Que, soberbios, de envidia consumidos,  
 »Se dieron entre sí por ofendidos:

- »No obstante, en lo exterior disimularon,
- »Y todo aquel festivo y fausto día,
- »Con general concordia y armonía,
- »En dulces cantos, en alegres danzas
- »Y en conciertos pasó, como acaece
- »Cuando una real celebridad se ofrece:
- »Las agradables rápidas mudanzas
- »De aquellos bailes, aunque con distinto
- »Mérito superior, eran iguales,
- »En el enlace vario, al laberinto
- »Majestuoso que forman enredadas
- »Entre sí las esferas celestiales,
- »Que unidas ó apartadas,
- »Sin arreglo ninguno en la apariencia,
- »Subiendo sin cesar ó descendiendo,
- »Rectas marchando ó círculos haciendo;
- »Fieles al orden que la providencia
- »Divina ha establecido en su carrera,
- »Al que el fin de sus giros considera
- »Profundamente, de tan ordenado
- »Bello desorden dejan hechizado.
- »Concierto eterno que el respeto inspira,
- »Y el pasmo para el sér de cuya ciencia
- »Tiene su origen tal magnificencia,
- »Y que su mismo autor con placer mira.
- »Llegó la noche; (que también los Cielos
- »Ven extenderse sus oscuros velos
- »Por turno, y no carecen de su aurora:
- »No porque allí esta varia
- »Revolución nos sea necesaria,
- »Sino por disfrutar la encantadora
- »Pompa del espectáculo movible,
- »Prodigioso de todo lo visible.)
- »Aquella noche, pues, un delicioso
- »Banquete reunió todo el numeroso

- »Concurso: en platos de oro la ambrosía
- »Por las suntuosas mesas discurría,
- »Y el néctar en rubíes rutilante
- »Espumaba en los vasos de diamante.
- »Con la copa en la mano, coronados
- »De flores, sobre flores recostados,
- »Todos en amorosa compañía
- »Beben la eterna vida y la alegría.
- »Dios mismo de su gozo participa,
- »Y pródigo á inundarlos se anticipa
- »De un placer, tanto más puro y perfecto,
- »Cuanto exceso no admite, ni defecto.
- »Pero ya en esto, de la excelsa altura|
- »De aquel divino monte, que derrama
- »La luz del día, cual la sombra oscura,
- »El crepúsculo suave va cubriendo
- »La fulminante llama,
- »Y sus sombríos tintes esparciendo;
- »Velo ligero que en aquel hermoso
- »País la noche aclara,
- »De tal modo, que casi se dudara
- »Si aun es de día. Bajo aquel umbroso
- »Y plácido vapor, su soporoso
- »Bálsamo, el blando sueño introducía
- »En nuestros ojos. Todo se dormía,
- »Excepto aquel de cuya vigilante
- »Vista depende el orbe en todo instante.
- »Al pie del monte santo, una llanura
- »Inmensa corre, que aunque se extendiera
- »A nivel aplanada, vuestra esfera
- »No igualaría: en ella la frescura
- »Mantiene siempre el río de la vida
- »Que la atraviesa. Sobre su florida
- »Dilatada ribera,
- »Por orden los diversos batallones,

- »Para pasar la noche, desplegaron
- »Soberbias tiendas, ricos pabellones:
- »Dentro de ellos, sirviéndoles de arrullo
- »De los céfros suaves el murmullo,
- »Del sueño al dulce olvido se entregaron.
- »Sólo aquellos velando se quedaron
- »Que al pie del trono del Eterno hacían
- »Guardia incesante, atentos esperando
- »Sus órdenes, y alegres repartían
- »La noche en varios coros divididos;
- »Sus pechos encendidos,
- »Con amorosos himnos desahogando.
- »¡Bien distinta es la causa del desvelo
- »Del fiero Satanás! (que ya en el Cielo
- »No se le da otro nombre desde el día
- »En que cayó, y de Dios en la presencia.
- »Jamás el primer nombre que tenía
- »Pronunciar se permite.) ¡Cuán diverso
- »Objeto le despierta, y cuán perverso!
- »Contra aquel lugar santo, una violencia
- »Atroz fragua en su pecho rencoroso.
- »Hasta entonces del Todopoderoso
- »Favorito, la envidia le consume
- »Secretamente al ver su Hijo divino,
- »A quien profesa un odio el más ferino,
- »Elevado sobre él. Loco, presume
- »Que á él solo el alto trono se debía,
- »Y á cada honor con que el Señor decora
- »Al heredero de su monarquía,
- »La rabia cruel su corazón devora.
- »Por último resuelve, aprovechando
- »De la noche el silencio, retirarse
- »Con todas las escuadras de su mando,
- »Y otras que recogiese astutamente,
- »Á un paraje remoto, y ocuparse

»En seducirlas, é interinamente  
 »Desairar al Señor con una ausencia  
 »Que aguaba la alegría de la fiesta,  
 »Y mostrar á su nuevo Soberano  
 »Su desprecio, hasta tanto que dispuesta  
 »La turba, que trajera á su obediencia,  
 »Estuviese á abrazar su empeño insano.  
 »Con este intento astuto se endereza  
 »Al subalterno superior en grado  
 »Que se le sigue, y tienta su flaqueza.

—«¿Duermes, le dice, camarada amado?

¿Ignoras el dolor que al despertarte  
 De ese cobarde sueño ha de asaltarte?  
 ¿Duermes? ¿Olvidas ese vergonzoso  
 Decreto que dió ayer el poderoso  
 Rey del Cielo, del cual fuistes testigo,  
 Decreto en que nos cabe tanta parte  
 Á nosotros? Tú bien sabes que un amigo  
 En mí has tenido siempre, que igualmente  
 Te he abierto los secretos de mi mente  
 Con la propia amistad, y que con celo  
 Por tí me he desvelado muchas veces,  
 Y con todo ¿te entregas sin recelo  
 Al sueño en este lance, y no te ofreces  
 Con tus sabios consejos á ayudarme?  
 Puesto que nuevas leyes nos imponen,  
 ¿No es justo examinar si éstas se oponen  
 A los derechos que hemos poseído  
 Siempre? Fuera imprudencia el explicarme  
 Más claro en un asunto decidido,  
 Y en un puesto como éste. Vé al momento:  
 Á los jefes despierta: mis guerreras  
 Huestes recoge bajo sus banderas:  
 Diles que orden de Dios he recibido  
 Que nos manda poner en movimiento



Para el campo del Norte: allí debemos  
 Estar mañana, para cuando venga  
 Ese Hijo suyo, que con cetro en mano  
 Quiere hacer ver su nuevo Soberano  
 Á nuestras tropas. Luego que lleguemos,  
 Podremos disponer lo que convenga,  
 Para que en su triunfal marcha gloriosa  
 Se le hagan los honores que merece.»—

- »Apenas acabó, desaparece
- »El subalterno Jefe, seducido
- »Por su pérfida arenga sediciosa,
- »Volando á trasladar lo prevenido
- »De uno á otro Jefe, á los que comunica
- »La orden, sus reflexiones añadiendo
- »Malignas, con que astutamente indica
- »Su segunda intención, y recorriendo
- »El celestial ejército, se aplica
- »Á despertar la envidia y el encono
- »En unos; á otros, con soberbio tono
- »Á la venganza incita de su herida
- »Dignidad; de éste excita la mudanza,
- »Inspirándole miedo y desconfianza;
- »De aquel, alienta la ambición dormida.
- »Y logra al fin con sus falaces artes
- »Se agreguen muchos á los estandartes
- »Reales de Satanás, cuyo famoso
- »Nombre, universalmente respetado,
- »Ayuda, más que todo, á aquel odioso
- »Proyecto. Su valor acreditado,
- »De su celeste empleo la grandeza,
- »Y su radiante rostro, que en belleza
- »Al astro hermoso precursor del día,
- »Y en brillo superaba, los tenía
- »A todos hechizados, ¡Miserable!
- »De aquel mismo lucero,

»De los nocturnos astros el primero,  
 »Que en resplandor á todos excedía,  
 »El nombre tuvo, hasta la lamentable  
 »Época en que perdió toda su dicha.  
   »Tal impresión sus artes, por desdicha,  
 »En los guerreros crédulos hicieron.  
 »Que una tercera parte sedujeron  
 »Del celestial ejército. Validos  
 »De la noche, con él se desertaron.  
 »Mas, aunque de las sombras protegidos,  
 »Su vergonzosa fuga no ocultaron  
 »A aquel Dios cuya vista penetrante,  
 »Claro ú oscuro, próximo ó distante,  
 »Todo lo abraza, y lee abiertamente  
 »En lo más interior de toda mente.

  »Del Monte sacro que entre resplandores  
 »Habita, en que de noche, suspendidas  
 »Las lámparas eternas, sus fulgores  
 »Clarísimos esparcen encendidas,  
 »Sin que las necesite, ha distinguido  
 »La fuga: los intentos que ha tenido  
 »Cada uno en ella: el norte rebelado;  
 »Y el brillante hemisferio  
 »Del Oriente con ligas infestado.  
 »Y con dulce sonrisa, dirigido  
 »A su Hijo, dice:—« ¡Apoyo de mi Imperio!  
 ¡Tú, en quien yo resplandezco enteramente!  
 Tú, el heredero eterno de mi trono  
 Antiguo, es tiempo de que castigemos  
 Esa turba insolente,  
 Y la quietud del Cielo aseguremos.  
 Satanás, arrastrado de su encono  
 Y ambición inhumana,  
 Pretende, hollando nuestra soberana  
 Majestad, elevar independiente

Su solio á par del nuestro, en la eminente  
 Montaña, en que un palacio ya ha erigido.  
 Tomemos pues, contra ese temerario  
 Las medidas que exige su atrevido  
 Proyecto: defendamos el santuario,  
 Nuestros derechos. esa bienhadada  
 Tierra, á los escogidos destinada,  
 Y el mismo augusto monte, en que te he ungido.»

»Sosegado, sereno, rebosando  
 »Resplandores divinos, cual glorioso  
 »Triunfador que de lauro belicoso  
 »Está ya la victoria coronando,  
 »El Hijo Eterno al Padre así responde:  
 —«¡Cuán bien el desdén tuyo corresponde  
 Al endeble enemigo que se atreve  
 A ofendernos! A mí, su saña fiera  
 Me abre una nobilísima carrera.  
 Yo haré que sepa en breve  
 Como de su Señor la fortaleza  
 Abate del soberbio la braveza,  
 Cómo reprimir sabe los malvados  
 Intentos de unos viles coligados,  
 Y si tu Hijo divino su luciente  
 Trono debe ceder á un insolente.»—

»Entretanto, que esto dice, el furibundo  
 »General de las ordas rebeladas,  
 »Rápido va volando al infecundo  
 »Suelo que el Septentrión con sus heladas  
 »Manos siembra de nieves eternas:  
 »Con igual rapidez, los desleales  
 »Escuadrones le siguen, excediendo  
 »Mil veces su indecible muchedumbre  
 »A la de las estrellas cuya lumbre  
 »El firmamento aclara, á las arenas  
 »Que términos del mar su hervor horrendo

- »Contienen, y al aljófara que la aurora
- »Sobre la tierra compasiva llora,
- »La aridez refrescando de sus venas.
- »Atraviesa veloz con sus legiones,
- »Mil estados diversos, mil regiones,
- »En que reinan Monarcas poderosos,
- »Príncipes, Potentados numerosos,
- »Provincias de los Cielos dependientes;
- »Con las cuales, vuestro orbe celebrado
- »Y sus remotos climas diferentes
- »Cotejados, serían lo que fuera
- »El jardín en que estamos, limitado,
- »Con la espaciosa esfera
- »De todo lo visible comparado.
- »Al polo llega al fin, de su potencia
- »El centro. Allí, con toda la pomposa
- »Ostentación de Real magnificencia,
- »Cual un monte sobre otro establecido,
- »Hacia el Cielo la cumbre alza orgullosa
- »El enorme edificio contruído
- »Por Satanás, con sus piramidales
- »Soberbias torres, que la nebulosa
- »Altura dominando, y el espacio
- »Inmenso del contorno, cual rivales
- »De las que ostenta el celestial palacio
- »Del Eterno, á distancia prodigiosa
- »Se descubren, vestidas de brillantes
- »Rubíes, esmeraldas y diamantes.
- »Del orgullo funesto monumento,
- »Lo había fabricado su insolencia,
- »Por competir en la magnificencia
- »Con aquel en que Dios tiene su asiento,
- »La corte de su excelsa monarquía,
- »En donde á su Hijo coronado había.
- »Llegado á su palacio, en el momento

»Satanás, reunido su consejo,  
 »Con él consulta, al parecer perplejo,  
 »Ya sobre resolver á qué paraje  
 »Saldrán á recibir al Soberano  
 »Nuevo, ya sobre el culto y homenaje  
 »Que se le ha de rendir. Le viene á mano  
 »Este pretexto, para dar un tiento  
 »Sobre su empresa á aquel ayuntamiento.

—«¡Príncipes, dice, Tronos, Potestades!  
 Si estos dictados ya no son ociosos  
 Títulos, gracias á las novedades  
 Que ocurren desde la época en que, hollados  
 Nuestros fueros preciosos,  
 Nuestros justos derechos, y eclipsados  
 Todos nuestros honores, ha subido  
 Al trono de los Cielos ese unguido  
 Hijo de Dios Eterno, ese perfecto  
 Sér, á quien todo debe estar sujeto:  
 De su severo Padre una imperiosa  
 Orden súbita, aquí nos ha traído,  
 Cansados en la noche tenebrosa,  
 ¿Y á qué fin? A que alegres preparemos  
 La entrada á ese otro Rey que ya tenemos;  
 A aprontar el tributo que á su viaje  
 Aquí debe pagársele, y rendirle,  
 Cuando llegue, el usado vasallaje.  
 ¡Dichosos si al salir á recibirle;  
 Al tributarle humildes esos pechos  
 De invención nueva, contra los derechos  
 Innatos, que tenemos; al postrarnos  
 A sus plantas, se digna de mirarnos!  
 »¿De dos cetros á un tiempo, en adelante  
 El peso sufriremos? ¿No es bastante  
 El que ya nos oprime? Levantaos  
 Contra tan inauditas novedades,

Nobles hijos del Cielo, y acordaos  
Que, aunque en poder y rango diferentes,  
También vosotros sois divinidades:  
Que todos los derechos consiguientes  
A la Deidad, con Dios os son comunes,  
Y por naturaleza estáis inmunes  
De todo yugo duro ó vergonzoso.  
La noble libertad tolerar puede  
De títulos y honores la existencia,  
Y aun de algún Jefe la útil preeminencia,  
Indispensable á un pueblo numeroso;  
Pero á un poder injusto jamás cede,  
Y arde de indignación cuando la oprime  
Un igual, ó pretende sujetarla.  
Fiel á un gobierno recto y moderado,  
Sobre la igualdad pública fundado,  
Con un esfuerzo intrépido se exime  
Del déspota que intenta esclavizarla.

»Sus decretos opone ese tirano  
A los derechos nuestros; ¿y qué fuerza  
Deben hacer á los que el juicio sano  
Tienen como nosotros? No contento  
Con usurpar el trono, ahora se esfuerza,  
Persuadido de nuestro desaliento,  
A que en su Hijo su imagen adoremos  
Y otro nuevo tirano toleremos.  
No será así: verá con pesadumbre  
Que estos vasallos á quienes intenta  
Imponer una nueva servidumbre,  
Nacidos para el mando, no hacen cuenta  
De amenazas, y nunca envilecidos  
Serán, ó á un servil yugo reducidos.»—

»Así habló Satanás, sin que allí hubiese,  
»Quien á sacar la cara se atreviese,  
»O á vengar á su Dios: todos callaron,

»Y cobardes su causa abandonaron.  
 »Abdiel tan sólo, súbdito celoso (2),  
 »Defendió ardiente al Todopoderoso.  
 »Alzase, y con los ojos inflamados  
 »De una ira justa, á los degenerados  
 »Angeles, y á aquel monstruo que enajena  
 »De Dios sus corazones, así truena:

—«¡Oh maldad! ¡Oh blasfemia nunca oída  
 En el Cielo! ¡Atentado parricida  
 De un ingrato, un traidor contra un piadoso  
 Señor, que de su excelso trono al lado,  
 Sin mérito ninguno, le ha elevado!  
 ¿Por dónde, de tu Dios, á ti te toca,  
 Pérfido sedicioso,  
 Tomar las sacras órdenes en boca?  
 Si á su Hijo único manda que adoremos,  
 ¿A gran dicha tenerlo no debemos?  
 ¿No es Dios como su Padre? ¿Acaso piensas  
 Que á un igual tuyo, al darle culto, inciensas?  
 ¡Insensato!... ¡Igual tuyo!... Ten sabido,  
 Que eres vasallo suyo, dependiente,  
 Y le debes servir rendidamente.  
 ¿O habrás en tu soberbia presumido  
 Hacer vano el solemne juramento  
 Con que su Padre por tu rey le ha ungido,  
 Del Cielo y de tí mismo en la presencia?  
 ¿Y cómo tienes el atrevimiento  
 De meterte á juzgar de la sagrada  
 Autoridad de un Dios que la existencia  
 Te dió, y que sacó el Cielo de la nada:  
 Que para nuestro bien, á la manera  
 De un padre, en tales términos modera  
 Su gobierno, que al paso que gocemos  
 Nuestros derechos, de ellos no abusemos?  
 »¿Y á quién sino á él, delicias, dignidades,

Y toda especie de felicidades,  
Debemos? Lejos de que su grandeza  
Se abata hasta ultrajarnos, se complace  
En colmarnos de bienes y de honores,  
Y liberal, participar nos hace  
De su misma nobleza,  
De sus propios divinos resplandores.  
Y aun cuando cierto fuera,  
Como afirmas con tanto magisterio,  
Que nadie de un igual sufre el imperio,  
¿Es tal de tu soberbia la ceguera,  
Que á pesar de los títulos gloriosos  
Que te ha dado el Señor pródigamente,  
Y debieran saciar los ambiciosos  
Deseos tuyos, llegue á lisonjarte  
De que al Hijo de Dios omnipotente  
Puedes de modo alguno compararte,  
Cuanto más ser su igual? ¿A aquel sagrado  
Verbo, por quien el Cielo fue criado  
Con sola una palabra; á quien debiste,  
Como todos, el sér; en quien consiste,  
Con otra, aniquilar cuanto ha formado?  
»Angeles, tronos, todos le debemos  
Cuanto somos: ¿no es justo que alabemos  
Su infinita bondad agradecidos?  
Pues á esto se reducen los rendidos  
Cultos que exige: en suma, á que le amemos;  
Y lejos de ser esto una penosa  
Esclavitud, ¿habrá otra más gloriosa  
Felicidad? Por ella disfrutamos  
De su misma grandeza: generoso  
Divide con nosotros el gobierno,  
Los bienes todos de su Imperio eterno,  
De su mismo poder participamos.  
Dirían que no juzga ser dichoso,



Si con él á su lado no reinamos.»—

»Así el fiel Angel, sin ningún recelo  
»Los reprendió; pero su santo celo  
»Nadie imita: los más, por el contrario,  
»Le llaman indiscreto y temerario.  
»En fin, Satanás triunfa, y con desprecio  
»Así replica:—«¡Esclavo vil y necio!  
¿Conque fuimos criados, y el encargo  
De criarnos fué dado á ese famoso  
Hijo? ¡Descubrimiento bien precioso  
Por cierto! Pero dínos sin embargo:  
¿Por dónde de ese celestial secreto  
Has logrado instruirte? ¿Con qué objeto,  
Cuándo, y por qué capricho, la potencia  
De ese Dios nos ha dado la existencia?  
Tú bien te acordarás; mas por mi parte,  
No puedo yo dejar de asegurarte  
Que ignoro que en el tiempo precedente  
A nosotros, hubiese un sér viviente.  
No es razón que con ese error desdore  
A nuestros celestiales moradores.  
Coetáneos de Dios, no le debimos  
El sér, y por nosotros existimos.  
Cuando hubo el fatal círculo acabado  
De la suerte, y el punto destinado  
Para nuestra existencia hubo venido,  
Con él nacimos. Celestiales entes,  
Por nosotros nos hemos adquirido  
Los dotes que tenemos eminentes,  
Y pronto haremos ver á esos rivales  
Soberbios, si les somos desiguales  
En valor, ó si un amo conocemos.  
Tú mismo, tú verás si nos valemos  
De ruegos, para que ese Dios temible  
Se aplaque, y si á pedirle gracia vamos

A su palacio, ó bien de él le arrancamos.  
Llévale esta noticia, que sensible  
Será á tu celo, y marcha presuroso,  
Que estarte aquí sería peligroso.»—

»Dice, y por todas partes un estruendo  
»Suenan confuso, cual de las airadas  
»Olas contra las peñas estrelladas,  
»El discurso sacrílego aplaudiendo.  
»Oye bramar Abdiel, sin alterarse,  
»El ejército inmenso alborotado,  
»Y aunque de todo el mundo amenazado,  
»En ira ardiendo, así vuelve á explicarse:  
—«¡Oh corazón, que Dios ha maldecido,  
Duro, cerrado ya al remordimiento,  
A su justa sentencia presta oído!  
Por mi boca se explica: ya el momento  
Llega de tu castigo irremediable,  
En que toda esa turba miserable,  
Por tus viles astucias seducida,  
Como cómplice, envuelta en tu caída,  
Será al mismo suplicio condenada:  
No te inquietes, cobarde sedicioso,  
Del rango que en el Cielo ha de tocarte,  
Que nunca será aquélla tu morada.  
Te quejabas de que un yugo penoso  
Esa cerviz indómita oprimía;  
Seguro está que vuelvas á quejarte  
De él, que otro más terrible está dispuesto  
Para que agobie tu cabeza impía.  
En lugar de esa suerte que lamentas,  
Cual velo sobre tí penden funesto  
De una venganza eterna las tormentas.

»Sabes cómo Dios ama, sabrás presto  
Cómo aborrece. ¡Tiembla! Su decoro  
Le ha obligado á dejar el cetro de oro,

Y á tomar el de hierro. No paciente  
 Para sufrir, como hasta aquí ha sufrido,  
 Tanto insulto, que no se le ha escondido,  
 De tu audacia y de toda esta insolente  
 Turba, sí para hollar esa cabeza  
 Tuya obstinada, y quebrantar tu frente.  
 Mas sigo tu consejo: con presteza  
 Parto: no porque tema esa canalla  
 Revoltosa, ya á punto de batalla,  
 Sino porque los fuegos vengadores  
 Del Cielo, si llovieren de repente,  
 No me confundan con el delincuente.  
 ¡Tiembra! ya Dios el rayo esta vibrando:  
 A soltar va la rienda á sus furores,  
 Y el corazón á la piedad cerrando,  
 Os hará ver, si no pudo criaros,  
 Como os jactáis, que puede aniquilaros.»—  
 »Así habló Abdiel, entre la inicua gente  
 »Él sólo puro, el único inocente.  
 »Lleno de un valor noble y religioso,  
 »Atraviesa del pueblo sedicioso  
 »Las filas. Sus bravatas, su algazara,  
 »O desprecia sereno, ó no repara,  
 »Y otras veces se vuelve, lastimado  
 »De su delirio, á ver si ya las fieras  
 »Llamas del Cielo, tiendas y banderas,  
 »Y el campo, á devorar han comenzado.»

---



---

---

## NOTAS DEL TRADUCTOR.

---

### LIBRO PRIMERO.

(1) Pág. 8, v. 18.—Esta blasfemia, como todas las demás de la misma especie que se encontrarán en los discursos de Satanás y los de sus secuaces en la extensión del poema, no son más que un efecto de su desesperación; pues como se verá por otras expresiones, puestas igualmente en su boca, todos ellos estaban bien ciertos de su debilidad y de su absoluta dependencia de Dios; y así todas las injurias y horrores que vomitan contra él, no son más que falsedades reconocidas por los mismos que las profieren, y nacidas de su soberbia obstinada y de su odio injusto. Téngase esto presente en cuantos pasajes ocurran de esta clase, pues nadie mejor que los ángeles réprobos conoce práctica y especulativamente que Dios lo puede todo, y nada sin él todas las criaturas juntas.

Lo mismo digo de las expresiones que Milton les atribuye, en que suponen, como en los versos que se siguen poco después, la existencia del Hado, y le dan por autor de su sér, de su inmortalidad ó de otros cualesquiera sucesos, pues no podían ignorar que no hay más Hado que la voluntad de Dios, ni otro autor de cuanto existe que él mismo. Así Milton les hace prorrumper en dichas expresiones como en unas fic-

ciones hijas de su ingratitude y orgullo, que les hacen desear engañarse á sí mismos para lisonjearse de no deber su existencia y sus dotes al Señor, á quien aborrecen, como lo dan á conocer en otros pasajes del mismo poema, en que, no teniendo interés para proparlarlas, lo confiesan ellos mismos.

Tampoco podían hablar en otro tono, cuando aquellas ficciones venían al caso, unos espíritus tan desesperados. Ni debe extrañarse que en ellas hablen los demonios como los verdaderos demonios, esto es, con la soberbia y la mentira en la boca. Había de ser, pues, muy mentecato el lector para escandalizarse de semejante lenguaje; y para el que estuviere en este caso, si con efecto se verifica, es para el que se destina esta nota, en que, una vez para todas, se le precave contra semejante necesidad.

(2). Pág. 18, v. 1.—Aunque los Angeles, según la doctrina de la Iglesia Católica, son puros espíritus, Milton, lo supone también corpóreos, porque sin esta ficción era imposible hacerlos figurar en una obra de imaginación cual es un poema épico.

(3) Pág. 25, v. 9.—Esta facultad de mudar de sexo es una nueva fábula adaptada á la naturaleza angélica, supuesta la anterior de hacerla corpórea, que antes habían defendido como efectiva algunos cavilosos escolásticos, que dió lugar á sus cuestiones sobre los demonios incubos y súcubos, y que Milton no ha hecho otra cosa que reproducir y adornar.

#### LIBRO SEGUNDO.

(1) Pág. 51, v. 12.—La Escritura está llena de pasajes que indican esta especie de monarquía establecida entre los espíritus malignos, como también que Satanás es el que la obtiene, y que hay entre ellos aquella especie de jerarquía y de subordinación compatibles con su naturaleza y con las circunstancias en que se hallan, bastando para probarlo las siguientes

palabras de Jesucristo. Decían de él los fariseos, *que lanzaba los demonios en nombre de Belzebuth, príncipe de los demonios; hic non ejicit dæmones, nisi in Belzebuth príncipe dæmoniorum; á lo que el Señor respondió: Todo Reino dividido contra sí, será destruido... y si Satanás lanza á Satanás, está dividido contra sí: ¿cómo subsistirá, pues, su Reino? Omne regnum divisum contra se, desolabitur... et si Satanus Satanam ejicit, adversus se divisus est: ¿quomodo ergo stabit regnum ejus?* Math., cap. xii, verso 24 y siguientes.

(2) Pág. 71, v. 26.—Aquí pone Milton en boca de el orador infernal un testimonio de la excelencia de la naturaleza del hombre, de la que casi duda si es igual á la de los Angeles, conforme al texto del salmo viii. *Minuisti eum pauló minus ab Angelis: le hiciste poco inferior á los Angeles: excelencia que nuestra degradación posterior, producida por el pecado original, no nos permite conocer en esta vida, pero que nos pasará cuando abramos los ojos en la venidera, libre ya el alma de este cuerpo corruptible, que según la Escritura es un peso que la abruma y que comprime todas sus facultades. Corpus enim quod corrumpitur aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem.* Sap., cap. ix, v. 15.

(3) Pág. 84, v. 20.—En estos versos hace ver Milton lo que he dicho en mi primera nota al libro anterior, esto es, cuán distinto es el modo de pensar de los espíritus infernales acerca de la grandeza de Dios y de sus atributos, cuando hablan como sienten, de el que ostentan en los discursos públicos que les atribuye, en los que su soberbia y su encono contra Dios les hacen ocultar, desfigurar ó negar las verdades más evidentes que ellos mismos se ven forzados á creer temblando, como se ve por las palabras del Apóstol Santiago en su epístola (cap. ii, v. 19), *et dæmones credunt, et contremiscunt.*

Precave también, en los versos que se siguen, á los hombres contra la audaz curiosidad que puede llevar-

los á escudriñar los secretos de Dios en materias superiores á sus alcances, haciéndoles ver los errores de los Angeles mismos, que tanto les exceden en el ingenio y en los conocimientos, cuando tienen la temeridad de querer profundizarlos, lección que viene muy al caso para ciertos hombres de nuestro siglo, tan temerarios como superficiales, que niegan los misterios de la religión porque no los comprenden, y ensoberbecidos con el título de filósofos, no comprendiendo las cosas más tenues y triviales de la naturaleza criada, pretenden comprender claramente la de su divino Criador. Son tan acreedores á la risa y al escarnio como á la compasión.

#### LIBRO TERCERO.

(1) Pág. 125, v, 31.—No hay un misterio que haya ocasionado más cavilaciones al orgullo del hombre, que todo lo quiere penetrar, que éste de la concordia de la presciencia divina con la libertad humana. Su dificultad no nace sino de la cortedad de nuestra inteligencia, que en esta vida no nos permite conocer los dos extremos que se trata de reunir, pues que no pudiendo formar más que una idea imperfectísima de lo que es Dios y de lo que es nuestra alma misma, es imposible que la tengamos, á no ser igualmente imperfecta, de la presciencia divina ni de nuestra libertad. Pero si conociésemos, como acaecerá después de nuestra muerte, ambas cosas con la perfección posible, lejos de encontrar dificultad en conciliarlas, nos parecería su conexión la más clara y más natural. Así, un hombre que no tiene idea alguna del arte de navegar, aunque sepa materialmente lo que es un navío y lo que son los vientos, que dando en sus velas lo ponen en movimiento, si se le dice que el hombre lo hace navegar con un mismo viento hacia donde quiere, y aun casi directamente contra el rumbo ó dirección de éste, halla una dificultad insuperable en con-



ciliar el impulso determinado del viento con la oposición de las direcciones de la nave á que comunica su movimiento; pero en el instante en que embarcado se le muestra el mecanismo del timón y de la disposición del velamen, concilia con la mayor claridad ambas cosas y le parece tan natural su conexión, que se admira de no haber caído en ella.

Nunca llegará el hombre á adquirir la sabiduría verdadera de que es capaz en este mundo, si no comienza por humillarse, reconociendo la cortedad de sus alcances, y que, por consiguiente, no debe decidir la incertidumbre de una proposición precisamente por que sea incomprendible para él, antes, sí, tenerla por cierta aunque no la comprenda, siempre que haya por otro lado razones sólidas para creerla, mucho más si interviene la autoridad divina.

(2) Pág. 132, v. 10.—Así como la tradición general de todas las naciones ha conservado la memoria del pecado original, y de que en fuerza de él nacen los hombres contagiados é inclinados al mal, así también nos ha trasmitido el modo de aplacar el cielo irritado contra nosotros, tanto por aquella mancha con que nacemos, como por los pecados personales que son consecuencias naturales de ella. El rito, pues, observado por todas las naciones desde los tiempos más remotos para este efecto ha sido el de los sacrificios sangrientos de toda especie de animales, los más útiles y necesarios al hombre. Rito por el cual han confesado solemne y constantemente que el hombre nace pecador, merecedor de la muerte y hecho objeto de la ira del cielo, al que no puede aplacar sino haciendo morir en su lugar para expiación y satisfacción de sus culpas otras víctimas inocentes de ellas, no siendo él capaz, como culpado, de expiarlas con su propia sangre. Esta práctica, tan antigua como el género humano y extendida uniformemente de un cabo á otro del mundo, no puede haber tenido otro origen que el de la persuasión de dicha verdad, debida á la tradición de los primeros padres del linage humano; pues sin

ella, ¿por dónde podía ocurrir á todos los pueblos en general que la muerte de un animal útil é inocente, tuviese conexión con el perdón de sus culpas heredadas ó personales? No la hay, en efecto, pues la sangre de los hombres y de todos los animales juntos no tiene proporción alguna con la ofensa hecha á un Dios infinito, á no ser que se miren como figuras del sacrificio de una víctima de infinito precio, á saber: del Verbo Divino humanado, sola víctima digna de Dios, capaz de lavar las culpas de todos los hombres, y adecuada y propia para aplacar y satisfacer la justicia divina. Esta verdad sirve de fundamento al discurso que pone Milton en boca del Padre Eterno, dirigido á su hijo y sobre el que recae esta nota.

(3) Pág. 141, v. 19.—Esta expresión de Milton alude á lo que dice San Pablo hablando de Jesucristo (en la epíst. *ad Hebreos*, cap. 1, v. 6): *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ, dicit: et adorent cum omnes Angeli Dei.* Esto es, *y cuando después introduce á su primogénito en el orbe de la tierra, dice: adórenle todos los Angeles de Dios.* Pero como las expresiones de Milton, aunque conformes á esta sagrada autoridad, pueden dar motivo á que algún lector ignorante ó poco instruído en los misterios de nuestra religión, se figure que el hijo de Dios, en el modo de pensar de Milton, no fué reconocido ni adorado como Dios por los Angeles hasta aquella época, y en fuerza de un decreto especial de su Eterno Padre, error tan ajeno de Milton como de cualquier católico enterado de la doctrina de la Iglesia, debo advertir al tal lector que la adoración del Verbo Divino y del Espíritu Santo fueron siempre imprescindibles para los Angeles de la del Padre Eterno, pues que se les reveló desde el principio la trinidad de sus personas como la unidad de su esencia, y que así sólo se trata en este pasaje de que hablamos, de las adoraciones dadas por los Angeles á la humanidad de Jesucristo, que no habían de comenzar sino en la época de la encarnación de el Verbo Divino.

(4) Pág. 174, v. 8.—Este Limbo, que puede llamarse de la vanidad, es una ficción que, aunque algo extravagante, debe perdonarse á Milton por la gracia de las descripciones y pinturas á que da motivo, que contienen mucha moralidad.

## LIBRO CUARTO.

(1) Pág. 174, v. 11.—Han variado infinito los sistemas de los comentadores de la Escritura sobre el lugar en que estuvo situado el Paraíso terrenal; pero las señas que da de él Moisés no dejan arbitrio á otras opiniones que á las que lo colocan en alguna de las grandes llanuras regadas por el Euphrates y el Tigris, entre los montes de la Armenia y el golfo Pérsico: sus palabras son éstas: *Salía un río de aquel lugar de delicias, para regar el Paraíso, que se dividía después en cuatro brazos. Llámase el uno el Phisón: éste es el que rodea toda la tierra de Evilath, en donde se cria oro. El segundo río se llama el Gehón, que rodea toda la tierra de Etiopía.* (Era otra región que la que entendemos ahora por este nombre.) *El nombre del tercer río es el Tigris, que corre hacia la Asiria; y el cuarto es el Euphrates.* (Gen., cap. 11, v. 10 y siguientes.) Esta explicación, dada á los lectores hebreos de aquella época, con las señas necesarias para que reconociesen aquellos ríos por su situación y por sus producciones particulares, es una prueba visible de que aunque el Paraíso hubiese sido destruido y variada la dirección de los ríos, como su origen de un sólo manantial, por los acaecimientos posteriores, el sitio en que había estado aquel hermoso jardín era conocido aún con certeza por las expresadas señas, las que en el día, por haberse borrado con los siglos la tradición, no son suficientes sino para circunscribirlo á algún paraje de aquella vasta región, sin poder fijar precisamente cuál es.

(2) Pág. 191, v. 17.—Estos afectos dulces y genero-

sos que Milton atribuye á Satanás en favor de los primeros hombres, á pesar de su envidia y su ira, son propios, contrastando con estas pasiones para dar mayor interés poético á su carácter, pero no son verdaderamente los de aquel espíritu desesperado y vengativo, cuyo feroz egoísmo no puede mirar sino con odio profundo á cualquiera objeto de su envidia y aun con inhumano desprecio al que sea más infeliz que él. Si hay, con efecto, hombres tan malvados que parecen incapaces de toda conmiseración, ¿cuánto más lo será aquel monstruo, del cual dice Job: *Su corazón se endurecerá como la piedra y se apretará como el yunque del herrero... Él es el que reina sobre todos los hijos de la soberbia: Cor ejus indurabitur tamquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus... Ipse est rex super universos filios superbiæ?* (Cap. iv, vs. 15 y 25.)

(3) Pág. 216, v. 19.—Esta tentación de Satanás, aprovechándose del sueño de Eva, es sumamente verosímil, pues en el estado de gracia y de inocencia en que se hallaba, no pudiendo ser tentada sino por sugerencias exteriores que su razón, entonces en toda su integridad, hubiera rechazado al primer aspecto á estar despierta, de modo que no hubieran podido grabarse sino ligera y momentáneamente en su imaginación, tenía mucha más cuenta al seductor presentarla aquellas especies en una época en que su razón, embargada por el sueño, no podía despedirlas, ni por consiguiente, estorbar que se imprimiesen con individualidad y duración en su fantasía. Es cierto que ésta, luego que se despertase, estando como estaba totalmente sujeta á la razón, no se las propondría sino con su consentimiento; pero una por una, ya estaban trasladadas en ella y cervían para que en la tentación abierta que meditaba aquel enemigo, á poco que la voluntad titubeara, le ayudasen á acabar de vencerla.

## LIBRO QUINTO.

(1) Pág. 261, v. 27.—Cuanto más se estudie la antigüedad, más se notará la analogía que existe entre la fábula y la verdad. Apenas hay hecho ó tradición de grande importancia, pertenecientes á los tiempos primitivos, en la historia del Antiguo Testamento, que no se hallen conservados por la fábula; desfigurados sí, pero en términos que puedan reconocerse. Tal es, por ejemplo, la tradición de la rebelión de los Angeles malos y de su expulsión de el Cielo, que en la mitología de los griegos y romanos vemos sustancialmente conservada en la guerra de los Titanes contra Júpiter y las demás deidades, y bajo otros nombres en las fábulas religiosas de la mayor parte de las naciones.

(2) Pág. 275, v. 2.—El nombre de Abdiel es inventado, pues no se halla en la Escritura; pero el papel que hace es el más noble y poético. Los únicos nombres angélicos que constan en los libros sagrados son los de Miguel, Gabriel y Rafael.





## ÍNDICE.

---

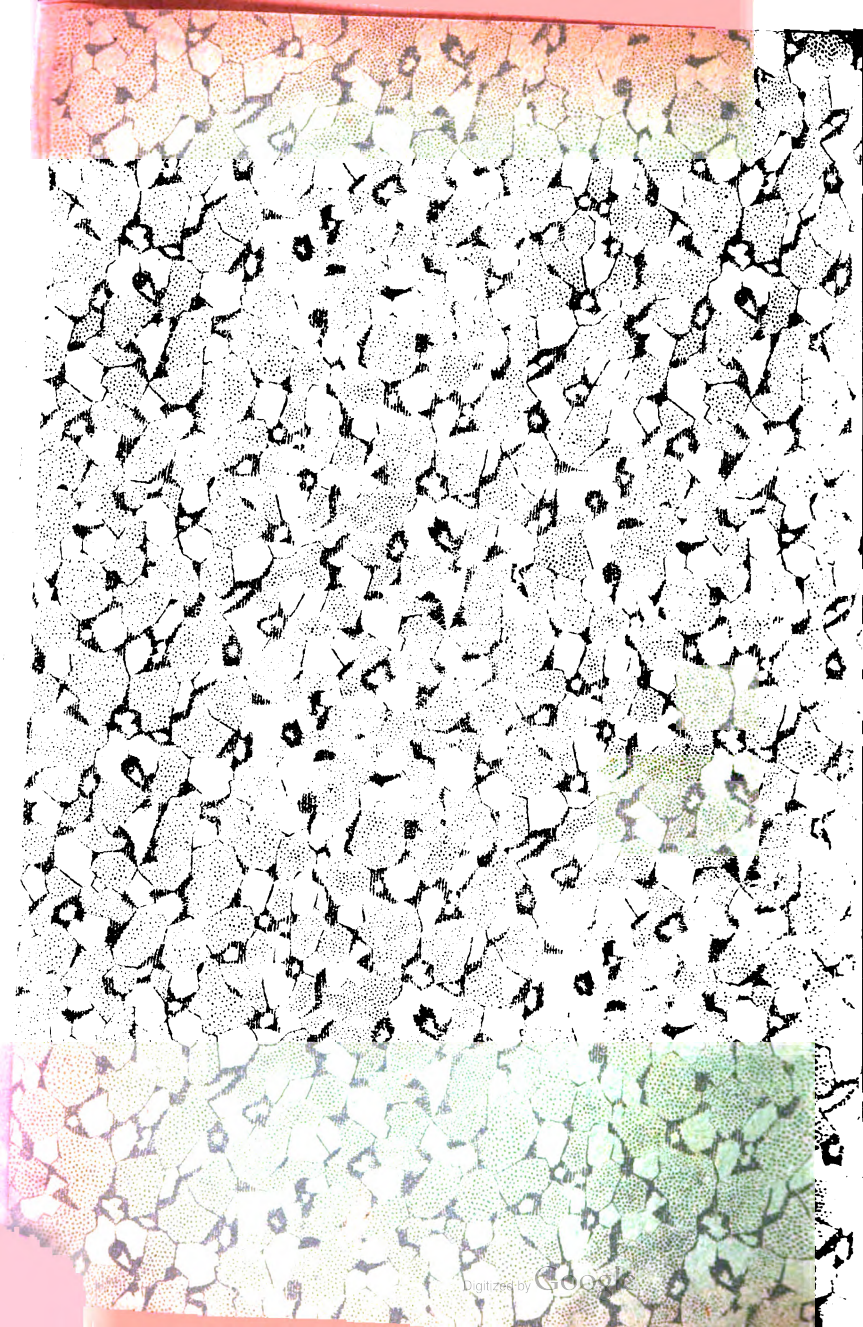
	<u>Págs.</u>
Advertencia.....	III
Estudio biográfico-crítico de Milton. ....	VII
Libro I. ....	1
Libro II. ....	49
Libro III.....	117
Libro IV.....	165
Libro V. ....	229
Notas del traductor.....	281

---









BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001061953



Biblioteca de Catalunya



Adq. C-141

CB. 1001061953





